# ¡Voto a brios!

Terry Pratchett

Traducción de Javier Calvo

Era una noche sin luna, lo que era estupendo para los propósitos de Sólido Jackson.

Se dedicaba a pescar calamares curiosos, que se llamaban así porque, además de ser calamares, eran curiosos. Es decir, lo que tenían de curioso era su curiosidad.

Poco después de sentir curiosidad por el farol que Sólido había colgado en la popa de su barca, empezaron a sentir curiosidad por la forma en que varios de los suyos desaparecían de repente en dirección al cielo con sonidos de salpicadura.

Algunos de ellos incluso sintieron curiosidad —una curiosidad muy, muy breve— por una cosa afilada y con púas que se les acercaba muy deprisa.

Los calamares curiosos eran extremadamente curiosos. Por desgracia, no se les daba muy bien asociar ideas.

Se tardaba mucho en llegar a aquel caladero, pero para Sólido el viaje solía valer la pena. Los calamares curiosos eran muy pequeños, inofensivos, difíciles de encontrar y, según los gourmets, tenían el sabor más asqueroso de todas las criaturas en el mundo. Esto hacía que estuvieran muy buscados en cierta clase de restaurantes donde los chefs más cualificados preparaban con gran esmero platos en los que no había ni el más mínimo rastro del calamar.

El problema de Sólido Jackson era que aquella noche, una noche de luna nueva en la temporada de desove, cuando los calamares sentían una curiosidad especial por todo, parecía que el chef había estado trabajando en el mismo mar.

No había ni un solo ojo interesado a la vista. Tampoco había otros peces, y eso que por lo general la luz solía atraer a unos cuantos. Él había vislumbrado uno. Estaba dedicándose a surcar el agua muy deprisa y en línea recta.

Sólido dejó el tridente y caminó hasta la otra punta del barco, donde su hijo Les también estudiaba concienzudamente el mar iluminado por la llama del farol.

—Nada de nada en media hora —dijo Sólido.

—¿Seguro que estamos en el sitio bueno, papá?

Sólido atisbo el horizonte. Había un leve resplandor en el cielo que señalaba la ciudad de Al-Khali, en la costa klatchiana. Se dio la vuelta. El otro horizonte, por su parte, también resplandecía con las luces de Ankh-Morpork. La barca se mecía suavemente a medio camino entre ambas.

—Claro que sí —dijo, pero la convicción se apartó con disimulo de sus palabras.

Porque el mar estaba en silencio. No tenía buen aspecto. La barca se bamboleaba un poco, pero se debía al movimiento de ellos, no a ninguna oscilación de las olas.

La sensación era la misma que cuando iba a haber una tormenta. Pero las estrellas titilaban suavemente y no había ni una nube en el cielo.

Las estrellas de encima de la superficie del agua también titilaban. Y eso sí que era algo que no se veía a menudo.

—Supongo que tendríamos que ir yéndonos —dijo Sólido.

Les señaló la vela marchita.

—¿Y con qué viento vamos a hacerlo, papá?

Fue entonces cuando oyeron el chapoteo de unos remos.

Sólido, entrecerrando mucho los ojos, pudo distinguir a duras penas el contorno de otra barca que se acercaba a ellos. Agarró el bichero.

—¡Sé que eres tú, hijoputa ladrón extranjero!

Los remos se detuvieron. Una voz trinó sobre el agua.

—¡Ojalá te devore un millar de demonios, maldita persona!

La otra barca flotó hacia ellos. Tenía aspecto extranjero, con unos ojos pintados en la proa.

—Los has pescado tú todos, ¿verdad? ¡Vas a probar mi tridente como la escoria rastrera que eres!

—¡Mi hoja curva irá a tu cuello, inmundo hijo de un perro de género femenino!

Les se asomó por el costado de la barca. En la superficie del mar gorgoteaban burbujitas.

—¿Papá? —llamó.

—¡Ese de ahí es Arif el Grasiento! —exclamó su padre—. ¡Míralo bien! ¡Lleva años viniendo aquí y robándonos nuestros calamares, ese mal bicho mentiroso!

—Papá, hay...

—¡Tú ponte a los remos y yo le voy a romper esos dientes negros que tiene!

El joven Les oyó que una voz en la otra barca decía:

—... fíjate, hijo mío, en cómo ese taimado ladrón de peces...

—¡Rema! —le gritó su padre.

—¡A los remos! —gritó alguien en la barca de al lado.

—Pero ¿de quién son esos calamares, papá? —preguntó Les.

—¡Nuestros!

—¿Cómo, aun antes de que los pesquemos?

—¡Tú calla y rema!

—¡No puedo mover la barca, papá, hemos encallado en algo!

—¡Aquí hay cien brazas de profundidad, chaval! ¿Con qué nos vamos a encallar?

Les intentó desenganchar un remo de la cosa que emergía lentamente del mar espumeante.

—¡Parece un... un pollo, papá!

De debajo de la superficie llegó un ruido. Sonaba como el tañido de una campana o un gong que se balanceara lentamente.

—¡Los pollos no saben nadar!

—¡Es de hierro, papá!

Sólido fue atropelladamente a la parte de atrás de la barca.

Y en efecto era un pollo, hecho de hierro. Estaba cubierto de algas y conchas y chorreaba agua al alzarse frente al telón de las estrellas.

Estaba posado en una percha en forma de cruz. Parecía haber una letra en cada uno de los cuatro extremos de la cruz.

Sólido le acercó el farol.

—¿Qué dem...?

Tiró del remo hasta soltarlo y se sentó junto a su hijo.

—¡Rema como alma que lleva el diablo, Les!

—¿Qué está pasando, papá?

—¡Calla y rema! ¡Aléjanos de esa cosa!

—¿Es un monstruo, papá?

—¡Es peor que un monstruo, hijo! —gritó Sólido, mientras los remos se hincaban en el agua.

La cosa estaba ahora bastante arriba, posada en una especie de torre...

—¿Qué es, papá? ¡¿Qué es?!

—¡Es una maldita veleta!

\* \* \*

En términos generales, no tuvo lugar demasiada emoción geológica. El hundimiento de los continentes sí que solía ir acompañado de volcanes, terremotos y hordas de barquitos llenos de ancianos ansiosos por construir pirámides, y círculos místicos de piedras en alguna nueva tierra donde cupiera esperar que ser el poseedor de una antigua y genuina sabiduría esotérica atraería a las chicas. Pero el ascenso de aquel apenas generó una onda en el esquema puramente físico de las cosas. Regresó de forma más o menos furtiva, como un gato que ha pasado unos días fuera de casa y sabe que te has estado preocupando.

En las orillas del Mar Circular una ola grande, ya de menos de dos metros para cuando las alcanzó, causó algún que otro comentario. Y en algunas de las marismas más bajas el agua inundó algunas aldeas de gente que no le importaba mucho a nadie. Pero en un sentido puramente geológico, no pasó gran cosa. En un sentido puramente geológico.

\* \* \*

—¡Es una ciudad, papá! Mira, se ven todas las ventanas y...

—¡Te he dicho que te calles y sigas remando!

El agua del mar bajaba por las calles. A ambos lados emergían de la espuma, lentos y borboteando, edificios enormes y recubiertos de algas.

Padre e hijo lucharon por mantener algún control sobre la barca mientras ésta era arrastrada. Y como la primera lección del arte de remar es que hay que hacerlo mirando hacia el lado incorrecto, no vieron la otra barca...

—¡Lunático!

—¡Hombre insensato!

—¡Ni se te ocurra tocar ese edificio! ¡Esta tierra pertenece a Ankh-Morpork!

Las dos barcas giraron, presas de un remolino momentáneo.

—¡Reclamo esta tierra en nombre del serif de Al-Khali!

—¡Nosotros la vimos primero! ¡Les, dile que nosotros la vimos primero!

—¡Nosotros la vimos primero antes de que vosotros la vierais primero!

—¡Les, tú lo has visto, ha intentado pegarme con el remo!

—Pero papá, tú estás moviendo ese tridente...

—¡Fíjate en su forma ladina de atacarnos, Akhan!

Se oyó un rechinar por debajo de la quilla de ambas barcas y las dos empezaron a escorarse mientras se quedaban posadas sobre el lodo del fondo marino.

—Mira, padre, hay una estatua interesante...

—¡Ha puesto su pie en suelo klatchiano! ¡Ese ladrón de calamares!

—¡Saca tus asquerosas sandalias del territorio ankh-morporkiano!

—Oh, papá...

Los dos pescadores dejaron de gritarse, principalmente a fin de recuperar el aliento. Los cangrejos se alejaban correteando. El agua caía a chorros por entre las matas de algas, dejando surcos en el cieno gris.

—Padre, mira, todavía quedan azulejos de colores en el...

—¡Son míos!

—¡Son míos!

La mirada de Les encontró la de Akhan. Intercambiaron un vistazo muy breve que sin embargo estaba modulado con una cantidad considerable de información, partiendo de la vergüenza de tamaño galáctico por tener padres y subiendo a partir de ahí.

—Papá, no tenemos que... —empezó a decir Les.

—¡Tú te callas! ¡Estoy pensando en tu futuro, chaval!

—Sí, pero ¿a quién le importa quién lo vio primero, papá? ¡Todos estamos a cientos de kilómetros de casa! O sea, ¿quién lo va a saber, papá?

Los dos pescadores de calamares se miraron entre sí.

Por encima de ellos se erguían los edificios chorreantes. Había agujeros que podrían haber sido puertas y aperturas sin cristales que podrían haber sido ventanas, pero en su interior todo era oscuridad. De vez en cuando, a Les le daba la impresión de que oía algo reptando.

Sólido Jackson tosió.

—El chaval tiene razón —murmuró—. Es tontería pelearse. Solamente nosotros cuatro.

—Ciertamente —dijo Arif.

Se empezaron a alejar, cada hombre vigilando con atención al otro. Y luego, tan a la vez que sus voces se solaparon, los dos gritaron:

—¡Agarra la barca!

Hubo un par de momentos de confusión y luego cada pareja, con la barca levantada en vilo sobre sus cabezas, echó a correr y a resbalarse por las calles enfangadas.

Se vieron obligados a pararse y regresar, soltando idénticos gritos de «conque también eres un secuestrador, ¿eh?», para llevarse cada uno el hijo correcto.

Tal como sabe cualquier estudiante de exploración, el premio no se lo lleva el primer explorador que pone el pie sobre suelo virgen, sino el primero que se lleva ese pie a casa. Y si todavía lo lleva unido a la pierna, mejor que mejor.

\* \* \*

Las veletas de Ankh-Morpork chirriaban al girar por el viento.

Muy pocas de ellas eran realmente representaciones del Avis domestica. Había diversos dragones, peces y animales variados. En el tejado del Gremio de Asesinos una silueta con la forma de uno de sus miembros rechinó hacia una nueva posición, con la capa y la daga listas. En el Gremio de Mendigos una mano de mendigo hecha de hojalata le pidió un cuarto de dólar al viento. En el Gremio de Carniceros un cerdo de cobre olisqueó el aire. En el tejado del Gremio de Ladrones, un ladrón sin licencia de carne y hueso aunque más bien difunto se giró lentamente, lo cual demuestra de lo que es capaz la gente si lo intenta de verdad, o por lo menos si intenta robar sin tener una licencia.

La veleta que había sobre la cúpula de la biblioteca de la Universidad Invisible iba atrasada y no mostraría el cambio hasta dentro de media hora, pero el olor del mar flotaba sobre la ciudad.

En la plaza Sator existía una tradición de arengas públicas por parte de oradores subidos a cajones. «Oradores» es un término que se quedaba corto para abarcar a toda la gente que despotricaba, declamaba y en algunos casos murmuraba ensimismada, dispersa a intervalos entre la multitud. Y tal como dictaba la tradición, la gente decía cualquier cosa que le pasara por la mente y lo decía a gritos. Se decía que el patricio contemplaba esta costumbre con amabilidad. Era cierto. Y también la contemplaba muy de cerca. Probablemente tenía a alguien tomando notas.

Igual que la Guardia.

No era espiar, se decía a sí mismo el comandante Vimes. Espiar era cuando uno acechaba por ahí mirando a hurtadillas por las ventanas. Pero no era espiar cuando había que apartarse un poco para no quedarse sordo.

Extendió el brazo con gesto distraído y encendió una cerilla contra el sargento Detritus.

—Eso era yo, señor —le reprochó el troll.

—Lo siento, sargento —dijo Vimes, encendiéndose el puro.

—Pasa nada.

Volvieron a prestar atención a los oradores.

Es el viento, pensó Vimes. Está trayendo algo nuevo...

Normalmente los oradores trataban toda clase de temas, muchos de ellos en la cúspide de la cordura o bien en los valles apacibles que quedaban al otro lado. Pero ahora eran todos mono-maniáticos.

—¡... hora de que alguien les enseñe una lección! —gritó el que estaba más cerca—. ¿Por qué nuestros supuestos dirigentes no escuchan la voz del pueblo? ¡Ankh-Morpork ya no soporta más a esos forajidos arrogantes! ¡Nos roban el pescado, nos roban el comercio y ahora nos roban nuestra tierra!

Habría sido mejor que la gente estuviera aplaudiendo, pensó Vimes. La gente solía aplaudir a los oradores de forma indiscriminada, para incitarlos. Pero la multitud que rodeaba a aquel hombre parecía limitarse a asentir en gesto de aprobación. Y se le ocurrió: están pensando de verdad en lo que ha dicho...

—¡A mí me han robado las mercancías! —gritó un orador que había delante de él—. ¡Es un jodido imperio pirata! ¡Me abordaron! ¡En aguas de Ankh-Morpork!

Hubo un murmullo general de superioridad moral!

—¿Qué le han robado, señor Jenkins? —preguntó una voz del público.

—¡Un cargamento de seda fina!

La multitud bufó.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿no fueron despojos de pescado o carne en mal estado? Porque creo que eso es lo que suele transportar usted.

El señor Jenkins se estiró para buscar a quien estaba hablando.

—¡Seda fina! —repitió—. ¿Y acaso a la ciudad le importa? ¡Para nada!

Hubo gritos de «¡Qué vergüenza!».

—¿Y alguien se lo ha dicho a la ciudad? —dijo la voz que estaba haciendo todas aquellas preguntas.

La gente empezó a estirar el cuello. Y luego la multitud se abrió un poco para dejar a la vista al comandante Vimes de la Guardia de la Ciudad.

—Bueno, es que... yo —empezó a decir Jenkins—. Esto... yo...

—A mi me importa —dijo Vimes con calma—. No puede costar mucho seguirle el rastro a un cargamento de seda fina que apesta a tripas de pescado. —Hubo risas. La gente de Ankh-Morpork siempre disfruta con un poco de variedad en el teatro callejero.

Vimes pareció hablar con el sargento Detritus, pero mantuvo la mirada fija en Jenkins.

—Detritus, acompañe al señor Jenkins, ¿quiere? Su barco es el Milka, creo. Él le enseñará todos los recibos de carga y los manifiestos y facturas y todo y entonces podremos ayudarle en un periquete.

Se oyó un «clang» cuando la mano enorme de Detritus golpeó en su casco y se detuvo.

—¡Síseñor!

—Esto... no... no va a poder ser —se apresuró a decir Jenkins—. Esto... también me han robado todos los papeles.

—¿En serio? ¿Para poder devolverlo todo a la tienda si no es de su talla?

—Esto... de todas formas, el barco ha zarpado. ¡Sí! ¡Ha zarpado! ¡Tengo que rehacerme de las pérdidas, ya sabe!

—¿Ha zarpado? ¿Sin su capitán? —preguntó Vimes—. ¿Así que el señor Scoplett está al mando? ¿Su primer oficial?

—Sí, sí...

—¡Maldita sea! —dijo Vimes, chasqueando teatralmente los dedos—. Ese hombre que tenemos en las celdas acusado de No Saber Beber anoche... ¿También vamos a tener que acusarlo de robo de identidad, entonces? No sé yo, más maldito papeleo, se acumula de una manera...

El señor Jenkins intentó apartar la vista, pero la mirada de Vimes seguía tirando de ella. Algún que otro temblor de sus labios sugería que estaba preparando una réplica, pero fue lo bastante listo como para ver que la sonrisa de Vimes era tan peculiar como esa que se mueve muy deprisa hacia los hombres que se están ahogando. La que lleva una aleta en la parte de arriba.

El señor Jenkins tomó una sabia decisión y se bajó del cajón.

—Yo... esto... me voy a solucionar... será mejor que me vaya a... esto... —dijo, y se abrió paso a empujones entre la muchedumbre, que esperó un poco a ver si iba a pasar algo interesante y luego, decepcionada, buscó otras formas de entretenimiento.

—¿Quiere que vaya a echar un vistazo al barco ese? —preguntó Detritus.

—No, sargento. No va a haber nada de seda ni tampoco ningún papel. No va a haber nada más que un aroma persistente a tripas de pescado.

—Uau, esos malditos klatchianos roban todo lo que no está clavado al suelo, ¿eh?

Vimes negó con la cabeza y continuó andando.

—En Klatch no tienen trolls, ¿verdad? —dijo.

—Noseñor. Es la calor. El cerebro troll no funciona en la calor. Si yo fuera a Klatch —dijo Detritus, con los nudillos haciendo ruiditos al arrastrarlos por los adoquines— me volvería muy estúuupido.

—¿Detritus?

—¿Síseñor?

—No vayas nunca a Klatch.

—Noseñor.

Otro orador estaba atrayendo a una multitud mucho mayor. Tenía detrás una pancarta muy grande que proclamaba: «FUERA LAS SUCIAS MANOS ESTRANGERAS DE LESHP».

—Leshp —dijo Detritus—. Ese sí que es un nombre que tira de la lengua.

—Es la tierra que regresó del fondo del mar la semana pasada —dijo Vimes en tono pesimista.

Escucharon mientras el orador proclamaba que Ankh-Morpork tenía el deber de proteger a los suyos en la nueva tierra. Detritus pareció perplejo.

—¿Cómo es que hay todos esos suyos allí cuando acaba de salir del agua?

—Buena pregunta —dijo Vimes.

—¿Estaban aguantando la respiración?

—Lo dudo.

El aire transportaba algo más que el salitre del mar, pensó Vimes. Había otra corriente distinta. Él la notaba. De pronto, el problema era Klatch.

Ankh-Morpork llevaba un siglo en paz con Klatch, o por lo menos en estado de no-guerra. Al fin y al cabo, era el país vecino.

Vecinos... ¡ja! Pero ¿qué quería decir aquello? La Guardia sabía un par de cosas sobre los vecinos. Y también los abogados, sobre todo esos muy ricos para los que «vecino» significaba «hombre que se puede pasar veinte años litigando por una franja de jardín de cinco centímetros de ancho». La gente vive toda la vida codo con codo, saludándose amigablemente con la cabeza todos los días de camino al trabajo, y de pronto pasa algo completamente trivial y a alguien le tienen que sacar una horca de jardín del oído.

Y ahora había salido una maldita roca del mar y todo el mundo actuaba como si Klatch hubiera dejado que su perro se pasara la noche ladrando.

—Aagragaab —dijo Detritus, cabizbajo.

—Por mí no te preocupes, basta con que no me lo tires en la bota —dijo Vimes.

—Quiere decir... —Detritus hizo un gesto con su mano enorme— como... esas cosas, que vienen antes... —hizo una pausa y chasqueó los dedos, mientras movía los labios— de las municiones. Aagragaah. Quiere decir ese momento cuando ves las piedrecitas y entonces sabes que te va a caer en la cabeza una avalancha enorme y es demasiado tarde para correr. Ese momento, eso es aagragaah.

Los labios de Vimes se movieron también.

—¿Premoniciones?

—Equelicuá.

—¿De dónde viene la palabra?

Detritus se encogió de hombros.

—Lo mismo viene del ruido que haces cuando te caen encima mil toneladas de rocas.

—Premoniciones... —Vimes se frotó la barbilla—. Sí. Bueno, yo tengo muchas de esas...

Corrimientos de tierras y avalanchas, pensó. Todos los copos diminutos de nieve van aterrizando, ligeros como plumas... Y de pronto toda la ladera de una montaña empieza a moverse.

Detritus lo miró con cara de astucia.

—Ya sé que todo el mundo dice: «Los pelos del culo son igual de tontos que Detritus» —dijo—. Pero yo sé de dónde sopla el viento.

Vimes miró a su sargento con un respeto renovado.

—Lo ves claro, ¿verdad?

El troll se dio un par de golpecitos con el dedo en el casco, con aire avispado.

—Más claro que el agua —dijo—. ¿Se han fijado en todos esos pollos y dragones y tal que hay en los tejados? ¿Y ese pobre mamón del Gremio de Ladrones? Pues solamente hay que mirarlos. Ellos lo saben. No entra en mi cabeza cómo es que siempre señalan hacia donde es.

Vimes se relajó un poco. La inteligencia de Detritus no estaba del todo mal para tratarse de un troll, algo a medio camino entre una sepia y un bailarín de cuadrillas, pero estaba claro que él no iba a dejar que eso le detuviera.

Detritus parpadeó.

—Y me recuerda a ese momento en que buscas un garrote bien grande y escuchas a tu abuelo hablar de cuando él era chaval y le dio una paliza a todos aquellos enanos —dijo—. Hay algo en el aire, ¿eh?

—Esto... sí... —dijo Vimes.

Algo revoloteó encima de él. Suspiró. Estaba llegando un mensaje.

En una paloma.

Pero ya habían probado todo lo demás, ¿no? Los dragones de pantano tendían a explotar en el aire, los diablillos se comían los mensajes y los cascos semáforo, diseñados para emitir señales luminosas, no habían sido ningún éxito, sobre todo cuando había viento fuerte. Pero entonces la cabo Culopequeño señaló que las palomas de Ankh-Morpork eran, gracias a muchos siglos de depredación por parte de la población de gárgolas de la ciudad, considerablemente más inteligentes que la mayoría de las palomas. A Vimes esto no le parecía muy difícil, porque algunas cosas que crecían en el pan viejo y húmedo también eran más inteligentes que la mayoría de palomas.

Se sacó un puñado de maíz del bolsillo. La paloma, obediente a su meticuloso adiestramiento, se posó en su hombro. Y obediente a la presión intestinal, hizo sus necesidades.

—¿Sabes? Tenemos que encontrar algo mejor —dijo Vimes mientras desenrollaba el mensaje—. Cada vez que le enviamos un mensaje al agente Tubería, se lo come.

—Bueno, es que es una gárgola —dijo Detritus—. Piensa que le llega el almuerzo.

—Oh —dijo Vimes—. Su señoría requiere mi presencia. Qué bien.

\* \* \*

Lord Vetinari parecía estar prestando atención, ya que siempre le había parecido que escuchar con interés a la gente solía desalentarlos.

Y en reuniones como aquella, cuando los líderes de la ciudad le estaban aconsejando, escuchaba cuidadosamente porque lo que los demás le decían era lo que querían que él oyera. Él, sin embargo, centraba su atención en los espacios que quedaban fuera de las palabras. Ahí era donde se encontraban las cosas que ellos confiaban en que él no supiera y que no querían que descubriese.

En aquel momento estaba prestando atención a las cosas que lord Downey del Gremio de Asesinos estaba dejando de decir durante su larga exposición sobre el alto nivel de entrenamiento en su gremio y lo valioso que resultaba para la ciudad. Poco rato después, la voz se detuvo al impactar contra la escucha agresiva de Vetinari.

—Gracias, lord Downey —dijo—. Estoy seguro de que todos dormiremos mucho más intranquilos ahora que sabemos todo eso. Solamente un detalle... Tengo entendido que la palabra «asesino» proviene de Klatch, ¿no?

—Bueno... ciertamente...

—Y también creo que muchos de sus estudiantes resultan ser de Klatch y de sus países vecinos, ¿no?

—La calidad sin igual de nuestra educación...

—Exacto. Lo que me está diciendo, de hecho, es que los asesinos de ellos existen desde hace más tiempo, conocen al dedillo nuestra ciudad y además ustedes han refinado sus habilidades tradicionales, ¿me equivoco?

—Esto...

El patricio se giró hacia el señor Burleigh.

—Nuestras armas deben de ser superiores, ¿verdad, señor Burleigh?

—Oh, sí. Diga lo que quiera sobre los enanos, pero últimamente hemos estado produciendo cosas magníficas —afirmó el presidente del Gremio de Armeros.

—Ah. Eso por lo menos me reconforta.

—Sí —dijo Burleigh. Parecía abatido—. Sin embargo, lo que tiene la fabricación de armas... lo importante...

—Creo que está usted a punto de decirme que lo importante del negocio de las armas es que es un negocio —dijo el patricio.

Burleigh puso cara de haber salido de la sartén para caer en el incendio forestal.

—Esto... sí.

—Que, de hecho, las armas son para venderlas.

—Esto... exacto.

—A cualquiera que las quiera comprar.

—Esto... sí.

—Sin importar el uso que se les vaya a dar, ¿no?

El fabricante de armamento se puso a la defensiva.

—¿Disculpe? Pues claro que sí. Son armas.

—Y sospecho que en los últimos años un mercado muy lucrativo ha sido Klatch, ¿no?

—Bueno, sí... el serif las necesita para pacificar las regiones de la periferia...

El patricio levantó la mano. Drumknott, su secretario, le dio un pedazo de papel.

—¿La Ballesta «Último Viaje» de Trescientos Kilos Montada en Carro y con Diez Recámaras? —dijo—. Y, déjeme ver... ¿el Lanzador Automático «Meteoro» de Estrellas Arrojadizas, decapita a veinte pasos, le devolvemos el dinero si no queda totalmente decapitado.

—¿Ha oído usted hablar de los H'eces, milord? —preguntó Burleigh—. Dicen que la única forma de pacificar a uno de ellos es golpearle repetidamente con un hacha y enterrar lo que queda debajo de una roca. Y aun así, hay que elegir una roca pesada.

El patricio parecía estar mirando fijamente un dibujo de gran tamaño de las Boleadoras Con Cuchillas «Derviche» Modelo III. Hubo un silencio doloroso. Burleigh intentó llenarlo, lo cual siempre es un error grave.

—Además, proporcionamos unos trabajos que hacen mucha falta en Ankh-Morpork —murmuró.

—Exportando estas armas a otros países —dijo lord Vetinari. Devolvió el papel y le dedicó una sonrisa amigable a Burleigh.

—Estoy muy contento de ver que a la industria le va tan bien —dijo—. Tendré esto particularmente en cuenta.

Juntó las manos con cuidado.

—La situación es grave, caballeros.

—¿La de quién? —preguntó el señor Burleigh.

—¿Perdone?

—¿Cómo? Oh... estaba pensando en otra cosa, milord...

—Yo me refería al hecho de que cierta cantidad de nuestros ciudadanos se ha marchado a esa isla de los demonios. Y por lo que tengo entendido, lo mismo ha hecho cierta cantidad de klatchianos.

—¿Por qué está yendo allí nuestra gente? —dijo el señor Boggis del Gremio de Ladrones.

—Porque están haciendo gala de un brioso espíritu de pioneros y buscando riquezas y... más riquezas en una tierra nueva —dijo lord Vetinari.

—¿Y qué buscan los klatchianos? —preguntó lord Downey.

—Oh, han ido allí porque son una panda de oportunistas sin principios y siempre están dispuestos a hacerse con algo a cambio de nada —dijo lord Vetinari.

—Un resumen magistral, si me lo permite, milord —dijo el señor Burleigh, que tenía la sensación de que todavía podía recuperar algo de terreno.

El patricio volvió a echar un vistazo a sus notas.

—Oh, les ruego que me perdonen —dijo—. Parece que he leído estas dos últimas frases cambiando el orden... Señor Slant, creo que tiene usted algo que decir aquí, ¿no?

El presidente del Gremio de Abogados carraspeó. El ruido sonó como un estertor de muerte y técnicamente lo era, porque el hombre llevaba varios centenares de años siendo un zombi. Las crónicas históricas, no obstante, sugerían que el único cambio que la muerte había producido en el señor Slant era que había empezado a trabajar también durante la pausa del almuerzo.

—Sí, ciertamente —dijo, abriendo un grueso libro de leyes—. Conocemos bastante poco de la historia de la ciudad de Leshp y el territorio que la rodea. Se sabe que estuvo por encima del nivel del mar hace casi mil años, sin embargo, y los registros sugieren que entonces se consideraba parte del imperio de Ankh-Morpork.

—¿Cuál es la naturaleza de estos registros, y acaso nos dicen quién llevó a cabo esa consideración? —preguntó el patricio. Se abrió la puerta y Vimes entró en la sala—. Ah, comandante, siéntese. Continúe, señor Slant.

Al zombi no le gustaban las interrupciones. Volvió a toser.

—Los registros que se refieren al país perdido datan de hace varios siglos, milord. Y por supuesto, son nuestros registros.

—¿Solamente nuestros?

—No veo cómo podríamos aceptar otros —dijo el señor Slant en tono severo.

—¿Los klatchianos, por ejemplo? —dijo Vimes desde la otra punta de la mesa.

—Sir Samuel, en el idioma klatchiano la palabra «abogado» ni siquiera existe —dijo el señor Slant.

—¿Ah, no? —dijo Vimes—. Bien por ellos.

—Nosotros somos de la opinión —dijo Slant, girando su silla un poco para no tener que mirar a Vimes— de que la nueva tierra nos pertenece por Dominio Eminente, Extraterritorialidad y, lo que es más importante, Acquiris Quodcumque Rapis. Tengo entendido que esta vez ha sido uno de nuestros pescadores el primero que ha puesto pie en el lugar.

—Yo he oído que los klatchianos aseguran que ha sido uno de sus pescadores —dijo Vetinari.

Al final de la mesa Vimes estaba moviendo los labios. A ver, Acquiris...

—¿«Lo que agarras te lo quedas»? —preguntó en voz alta.

—No iremos a aceptar la palabra de ellos, ¿verdad? —dijo Slant, haciendo como si no le oyera—. Perdone, milord, pero no me creo que a la orgullosa Ankh-Morpork le vaya a dar órdenes un puñado de ladrones con toallas en la cabeza.

—¡Claro que no! Ya es hora de que le demos una lección a esos klatchianos —dijo lord Selachii—. ¿Se acuerdan de aquel asunto que hubo el año pasado con los repollos? ¡Diez malditos barcos llenos que se negaron a aceptar!

—Y eso que todo el mundo sabe que las orugas complementan el sabor —dijo Vimes, más o menos para sí mismo. El patricio le lanzó una mirada.

—¡Eso es! —dijo Selachii—. ¡Proteínas buenas de las de toda la vida! ¿Y se acuerdan de los apuros que pasó el capitán Jenkins por aquel cargamento de añojo? ¡Lo querían detener! ¡Mandarlo a una cárcel klatchiana!

—No puede ser. Pero si la carne es mejor cuanto más verde —dijo Vimes.

—Con todo el curry que le ponen, les iba a saber igual —dijo Burleigh—. Una vez fui a una cena en su embajada y ¿saben qué me hicieron comer? Pues un ojo de ov...

—Perdonen, caballeros —dijo Vimes, poniéndose de pie—. Tengo que resolver unos asuntos urgentes.

Saludó con la cabeza al patricio y salió a toda prisa de la sala. Cerró la puerta a su espalda y respiró una bocanada de aire fresco, aunque en esos momentos habría respirado hondo incluso en una curtiduría.

La cabo Culopequeño se puso de pie y se lo quedó mirando con cara expectante. Había estado sentada al lado de una caja que arrullaba apaciblemente.

—Ha pasado algo. Corra a... quiero decir, envíe una paloma a Pseudópolis Yard —dijo Vimes.

—¿Sí, señor?

—Todos los permisos quedan cancelados de inmediato y quiero ver a todos los agentes, y me refiero a todos los agentes, en el Yard a, digamos, las seis en punto.

—Sí, señor. Eso puede requerir una paloma extra, a menos que me salga la letra lo bastante pequeña.

Culopequeño se fue corriendo.

Vimes echó un vistazo por la ventana. Siempre tenía lugar cierta actividad frente al palacio, pero hoy había... no llegaba a una multitud, pero sí había más gente de la habitual, allí plantados sin hacer nada. Como si estuvieran esperando algo.

¡Klatch!

Lo sabe todo el mundo.

El viejo Detritus tenía razón. Se oían caer las piedrecitas. No era una simple reyerta de pescadores, eran cien años de... bueno, de como cuando dos hombres corpulentos intentan caber dentro de un cuarto pequeñito, y tratan de llevarlo con educación, hasta que un día a uno de ellos no le queda más remedio que estirarse y al cabo de un momento están los dos destrozando los muebles.

Pero no podía pasar realmente, ¿verdad? Por lo que él había oído, el serif actual era un hombre competente al que principalmente le preocupaba pacificar los tumultuosos márgenes de su imperio. ¡Y había klatchianos viviendo en Ankh-Morpork, por todos los cielos! Había klatchianos nacidos en Ankh-Morpork. Uno veía a un chaval con cara de aprendiz de camellero, y cuando abría la boca resultaba que tenía un acento ankhiano tan profundo que daba vértigo. Oh, había un montón de chistes sobre la comida rara de los extranjeros, pero a la hora de la verdad...

Ahora que lo pensaba, no eran chistes muy graciosos.

Cuando se oye el estallido, no hay tiempo para preguntarse cuánto tiempo ha estado chispeando la mecha.

Cuando regresó a la Cámara de las Ratas, sus ocupantes estaban levantando la voz.

—Pues porque, lord Selachii —estaba diciendo el patricio—, no estamos en los viejos tiempos. Ya no se considera... correcto... mandar un barco de guerra allí para, tal como dice usted, enseñarle a esos extranjeros lo equivocados que están. Para empezar, no hemos tenido ningún barco de guerra desde que el Mary-Jane se hundió hace cuatrocientos años. Y los tiempos han cambiado. Hoy en día, el mundo entero está mirando. Y milord, ya no se permite decir «¿y tú qué miras, eh?» y ponerles un ojo morado. —Se reclinó en su asiento—. Están Chimeria y Khanli, y Efebia y Tsort. Y hoy en día también Muntab. Y Omnia. Algunas de estas son naciones poderosas, caballeros. A muchas no les gusta la actual actitud expansionista de Klatch, pero tampoco les gustamos mucho nosotros.

—¿Y por qué no? —dijo lord Selachii.

—Bueno, porque a lo largo de nuestra historia a aquellas que no hemos ocupado hemos tendido a declararles la guerra —dijo lord Vetinari—. Por alguna razón el exterminio de millares de personas suele quedarse en la memoria.

—Bah, la historia —dijo lord Selachii—. ¡Ya está en el pasado!

—Es donde suele estar la historia, cierto —dijo el patricio en tono solemne.

—Lo que quería decir es: ¿por qué no les caemos bien ahora? ¿Les debemos dinero?

—No. Sobre todo son ellos quienes nos deben a nosotros. Lo cual, por supuesto, es una razón de mayor peso para que les caigamos mal.

—¿Qué pasa con Sto Lat y Pseudópolis y las demás ciudades? —preguntó lord Downey.

—Tampoco les gustamos demasiado.

—¿Por qué no? Me refiero a que compartimos una herencia común —dijo lord Selachii.

—Sí, milord, pero esa herencia que compartimos consiste principalmente en que hemos librado guerras entre nosotros —dijo el patricio—. Por esa parte no veo mucho apoyo. Lo cual es un poco desafortunado, porque de hecho nosotros no tenemos ejército. Yo no soy militar, por supuesto, pero creo que tener uno se suele considerar de importancia vital para la consecución exitosa de la guerra.

Recorrió la mesa con la mirada.

—Lo cierto —continuó— es que Ankh-Morpork ha rechazado violentamente la idea de tener un ejército estable.

—Todos sabemos por qué la gente no confía en un ejército —dijo lord Downey—. Un montón de hombres armados, todo el día por ahí sin nada que hacer... se les empiezan a ocurrir ideas...

Vimes vio que las cabezas se volvían hacia él.

—Caramba —exclamó, con jovialidad gélida—, ¿puede ser esto una referencia al «Viejo Carapiedra» Vimes, que dirigió a la milicia de la ciudad en una revuelta contra el dominio de un monarca tiránico destinada a implantar algo de libertad y justicia en el lugar? ¡Creo que sí! ¿Y acaso era comandante de la Guardia en aquella época? ¡Por todos los cielos, sí, de hecho sí que lo era! ¿Y lo colgaron y lo desmembraron y lo enterraron en cinco tumbas distintas? ¿Y acaso es un antepasado lejano del comandante actual? Caramba, las coincidencias se amontonan, ¿no? —Su voz pasó de un alborozo maníaco a un gruñido—. ¡Muy bien! Con eso queda todo dicho. A ver, ¿alguien tiene alguna cosa que añadir?

Hubo un movimiento incómodo generalizado y un carraspeo colectivo.

—¿Y si usáramos mercenarios? —preguntó Boggis.

—El problema de los mercenarios —dijo el patricio— es que hay que pagarlos para que se pongan a combatir. Y a menos que uno tenga mucha suerte, termina pagándoles más todavía para que paren...

Selachii dio un golpe en la mesa.

—¡Muy bien pues! —gruñó—. ¡Solos entonces, voto a bríos!

—La verdad, sería mejor que votara a un prestamista —dijo lord Vetinari—. Porque dinero no tenemos. Estaba a punto de decir que no nos podemos permitir mercenarios.

—¿Cómo es posible? —se sorprendió lord Downey—. ¿Es que no pagamos impuestos?

—Ah, ya me parecía que llegaríamos a eso —dijo lord Vetinari. Levantó la mano y, obedeciendo nuevamente a su gesto, su secretario colocó otro papel en ella.

—Vamos a ver... ah, sí. Gremio de Asesinos... Ingresos brutos en el último año: 13.207.048 dólares de Ankh-Morpork. Impuestos pagados el año pasado: cuarenta y siete dólares, veintidós peniques y algo que después de examinarlo resultó ser un medio dong hershebiano, equivalente a un octavo de penique.

—¡Eso es perfectamente legal! El Gremio de Contables...

—Ah, sí. Gremio de Contables. Ingresos brutos: 7.999.011 dólares de Ankh-Morpork. Impuestos pagados: cero. Pero ah, sí, veo que solicitaron una devolución de 200.000 dólares.

—Y lo que recibimos, debo decir, incluía un medio dong her-shebiano —dijo el señor Escarcho del Gremio de Contables.

—Todo lo que va, viene —dijo Vetinari sin inmutarse.

Tiró el papel a un lado.

—Los impuestos, caballeros, se parecen mucho a las vaquerías. La tarea es extraer la cantidad máxima de leche con el mínimo de mugidos. Y me temo que últimamente lo único que obtengo son mugidos.

—¿Nos está diciendo que Ankh-Morpork está en bancarrota? —dijo Downey.

—Por supuesto. Y al mismo tiempo, llena de gente rica. Confío en que hayan estado invirtiendo su fortuna en espadas.

—¿Y usted ha permitido este fraude fiscal al por mayor? —preguntó lord Selachii.

—Oh, nadie ha defraudado al fisco —dijo lord Vetinari—. Ni se han evadido impuestos. Simplemente no se han pagado.

—¡Es una situación repugnante!

El patricio enarcó las cejas.

—¿Comandante Vimes?

—¿Sí, señor?

—¿Sería usted tan amable de reunir a un escuadrón de sus hombres más experimentados, formar equipo con los recaudadores y obtener los impuestos impagados que se han ido acumulando, por favor? Mi secretario aquí presente le dará una lista de los principales morosos.

—Sí, señor. ¿Y si se resisten, señor? —preguntó Vimes, con una sonrisa malévola.

—Pero ¿cómo se van a resistir, comandante? Es la voluntad de nuestros líderes ciudadanos. —Cogió el papel que le ofrecía su secretario—. Vamos a ver. El primero de la lista...

Lord Selachii tosió apresuradamente.

—Ya es demasiado tarde para esas tonterías —dijo.

—Agua pasada —dijo lord Downey.

—El muerto al hoyo —dijo el señor Slant.

—Yo pagué lo mío —dijo Vimes.

—Déjenme recapitular, pues —dijo Vetinari—. No creo que nadie quiera ver a dos naciones adultas pelearse por un pedazo de roca. No queremos luchar, pero...

—Si luchamos, ¡voto a bríos! les vamos a enseñar a esos... —empezó a decir lord Selachii.

—No tenemos barcos. No tenemos hombres. Y tampoco tenemos dinero —dijo lord Vetinari—. Por supuesto, tenemos el arte de la diplomacia. Es asombroso lo que se puede hacer con las palabras adecuadas.

—Por desgracia, la gente escucha con más atención las palabras adecuadas si uno también tiene un palo afilado —dijo lord Downey.

Lord Selachii dio una palmada en la mesa.

—¡No necesitamos hablar con esa gente! ¡Mis señores... caballeros... es cosa nuestra demostrarles que no nos dejaremos avasallar! ¡Tenemos que formar de nuevo los regimientos!

—Oh, ¿ejércitos privados? —dijo Vimes—. ¿Bajo el mando de alguien cuya competencia reside en que puede permitirse pagar mil cascos ridículos?

Alguien se inclinó hacia delante, en mitad de la mesa. Hasta aquel momento Vimes había creído que estaba dormido, y cuando lord Óxido habló, lo hizo ciertamente con una especie de bostezo.

—Cuya competencia, señor Vimes, consiste en un millar de años de crianza para el liderato.

Lo de «señor» se retorció en el pecho de Vimes. Sabía que él era «señor», que siempre sería «señor» y que probablemente era el arquetipo de la señoridad, pero que lo partiera un rayo si alguien que decía «anios» en vez de años no lo tenía que llamar sir Samuel.

—Ah, la buena crianza —dijo—. No, lo siento, de eso no tenemos nada, si es lo que hace falta para que a sus hombres los mate la pura...

—Caballero, por favor —interrumpió el patricio. Negó con la cabeza—. Por favor, no nos peleemos. Después de todo, esto es un concilio de guerra. Y en cuanto a formar de nuevo los regimientos, bueno, por supuesto, es un derecho ancestral que tienen. Proporcionar hombres armados en los momentos de necesidad es uno de los deberes de un caballero. La Historia está de su lado. Los precedentes están muy claros, no puedo oponerme a ellos. Debo decir que no puedo permitírmelo.

—¿Les va a dejar que jueguen a los soldados? —dijo Vimes.

—Oh, comandante Vimes —dijo el señor Burleigh, sonriendo—. Como militar que es usted, tiene que...

A veces la gente puede llamar la atención a gritos. Pueden optar por golpear una mesa, o incluso por atizar a alguien. Pero Vimes consiguió el mismo efecto quedándose inmóvil del todo, limitándose a no hacer nada. El frío irradiaba de él. Las líneas de su cara se encajaron como las de una estatua.

—Yo no soy militar.

Y entonces Burleigh cometió el error de intentar ablandarlo con una sonrisa.

—Bueno, comandante, el casco y la coraza y todo eso... Al final acaba siendo lo mismo, ¿no?

—No. No lo es.

—Caballero... —Lord Vetinari puso las palmas de las manos sobre la mesa, señal de que la reunión había terminado—. Solamente puedo repetirles que mañana discutiré la cuestión con el príncipe Khufurah...

—He recibido buenos informes de él —dijo lord Óxido—. Un hombre estricto pero justo. Hay que admirar lo que está haciendo con algunas de esas regiones atrasadas. De lo más...

—No, señor. Usted se refiere al príncipe Cadram —dijo lord Vetinari—. Khufurah es su hermano menor. Que llega aquí en calidad de enviado especial de su hermano.

—¿Él? ¿Ese? ¡Ese tipo es un gandul! ¡Un tramposo! ¡Un mentiroso! Dicen que acepta sob...

—Gracias por la información diplomática, lord Óxido —dijo el patricio—. Tenemos que tratar con la situación que tenemos. Siempre hay una manera. Nuestras naciones tienen muchos intereses en común. Y por supuesto, dice mucho de la seriedad con que Cadram está tratando el tema el que nos envíe a su propio hermano para discutirlo. Es un gesto hacia la comunidad internacional.

—¿Un pez gordo klatchiano viene aquí? —preguntó Vimes—. ¡Nadie me lo había dicho!

—Por extraño que parezca, sir Samuel, a veces soy capaz de gobernar esta ciudad durante varios minutos seguidos sin buscar el consejo y la orientación de usted.

—Me refería a que hay mucho sentimiento antiklatchiano por aquí...

—Un tipejo de mucho cuidado... —le susurró lord Óxido al señor Boggis, con ese susurro aristocrático especial que se eleva hacia las vigas—. ¡Es un insulto mandarlo aquí!

—Estoy seguro de que se encargará usted de que sea seguro caminar por las calles, Vimes —dijo el patricio en tono cortante—. Sé que se enorgullece usted de esas cosas. Oficialmente ese hombre está aquí porque los magos lo han invitado a su gran ceremonia de premios. Un doctorado honorario, una cosa de esas.

Y después, a uno de sus almuerzos. A mí me gusta negociar con la gente después de que el claustro de la Universidad Invisible los haya invitado a comer. Acostumbran a no moverse mucho y a mostrarse de acuerdo con prácticamente cualquier cosa si creen que tienen alguna posibilidad de conseguir sal de frutas y un vasito de agua. Y ahora, caballeros... si me disculpan...

Los lores y líderes fueron abandonando la sala de uno en uno o por parejas, hablando en voz baja mientras salían al pasillo.

El patricio ordenó sus papeles, pasando un dedo fino por cada borde del montón, y luego levantó la vista.

—Parece estar usted proyectando una sombra, comandante.

—No irá usted de verdad a dejarles que vuelvan a formar los regimientos, ¿verdad? —dijo Vimes.

—No hay absolutamente ninguna ley que lo prohiba, Vimes. Y eso los mantendrá ocupados. Todos los caballeros oficiales tienen el derecho, de hecho creo que solía ser la obligación, de armar hombres cuando la ciudad lo necesite. Y por supuesto, todo ciudadano tiene derecho a portar armas. Téngalo en mente, por favor.

—Portar es una cosa. Pero cogerlas en la mano y ponerse a jugar a soldados es otra. —Vimes apoyó los nudillos en la mesa y se inclinó hacia delante—. Verá usted, señor —continuó—. No puedo evitar pensar que allá en Klatch hay un puñado de idiotas que están haciendo lo mismo. Que le están diciendo al serif: «Es hora de dejarles las cosas claras a esos diablos de Ankh-Morpork, offendi». Y cuando hay un montón de gente corriendo con armas y diciendo memeces sobre la guerra, se producen accidentes. ¿Ha visto usted alguna vez un pub donde todo el mundo va armado? Oh, al principio las cosas se hacen con cortesía, se lo aseguro, y de pronto algún papanatas bebe de la jarra equivocada o coge el cambio de otro por error y cinco minutos más tarde está uno sacando narices del cuenco de los frutos secos.

El patricio bajó la vista hasta los nudillos de Vimes y mantuvo fija la mirada hasta que Vimes los retiró.

—Vimes, mañana va a estar usted en el Convivium de los magos. Le envié una nota sobre el asunto.

—Yo no he... —En su mente apareció traicioneramente una visión de los montones de papeleo sin leer que tenía sobre la mesa—. Ah —dijo.

—El comandante de la Guardia encabeza la procesión con su uniforme de gala completo. Es una antigua costumbre.

—¿Yo? ¿Que camine delante de todo el mundo?

—Por supuesto. Es muy... cívico. Seguro que se acuerda usted. Es una muestra de la alianza amistosa entre la universidad y el gobierno civil, que, debo decirlo, parece consistir en que ellos prometen hacer todo lo que le pidamos siempre y cuando nosotros prometamos no pedirles que hagan nada. De todos modos, es la obligación de usted. Lo decreta la tradición. Y lady Sybil ha aceptado encargarse de que se presente usted con una cara matinal fresca, soleada y alegre.

Vimes respiró hondo.

—¿Se lo ha pedido usted a mi esposa?

—Por supuesto. Está muy orgullosa de usted. Ella lo considera capaz de grandes cosas, Vimes. Debe de ser muy reconfortante para usted.

—Bueno, yo... o sea, yo... sí...

—Excelente. Ah, una cosa más, Vimes. Cuento con el acuerdo de los Asesinos y los Ladrones para esto, pero para cubrir cualquier cosa que pueda pasar... Lo consideraría un favor si usted se encargara de que nadie le tire huevos ni nada al príncipe. Esa clase de cosas siempre molestan a la gente.

\* \* \*

Los dos bandos se vigilaban con cuidado. Eran viejos enemigos. Habían medido sus fuerzas muchas veces, habían saboreado la derrota y la victoria, habían reclamado el mismo territorio. Pero esta vez iban a llegar al final.

Nudillos lívidos. Arrastre impaciente de botas.

El capitán Zanahoria botó un par de veces la pelota.

—Muy bien, chavales, una vez más, ¿eh? Y esta vez, nada de juego sucio. William, ¿qué estás comiendo?

El Artero Bofetón frunció el ceño. Nadie, nadie conocía su nombre. Ni los niños con los que había crecido conocían su nombre. Su madre, si es que alguna vez se enteraba de quién era, probablemente no conocía su nombre. Pero Zanahoria había conseguido averiguarlo. Si cualquier otro lo hubiera llamado «William», ahora estarían buscando su propia oreja. Dentro de su propia boca.

—Goma de mascar, señor.

—¿Has traído bastante para todos?

—No, señor.

—Entonces tíralo, así me gusta. Ahora, vamos a... Gavin, ¿qué llevas en la manga?

El que era conocido como Gav el Cerdo no se molestó en discutir.

—Un cuchillo, señor Zanahoria.

—Y supongo que sí que habrás traído bastantes para todos, ¿eh?

—Exacto, señor. —El Cerdo sonrió. Tenía diez años.

—Venga, ponlos en el montón con los demás...

El agente Shoe miró horrorizado por encima de la tapia. Había unos cincuenta chavales en el amplio callejón. Edad media en años, unos once. Edad media en cinismo y perversidad maligna: unos ciento sesenta y tres. Aunque el fútbol de Ankh-Morpork no suele tener porterías propiamente dichas, se habían fabricado dos usando el método tradicional de amontonar cosas para marcar el sitio donde estarían los postes.

Dos montones: uno de cuchillos y otro de objetos contundentes.

En medio de los chicos, que iban vestidos con los colores de algunas de las bandas callejeras más peligrosas, el capitán Zanahoria estaba haciendo botar una vejiga de cerdo inflada.

El agente Shoe se preguntó si debería ir a buscar ayuda, pero el hombre parecía bastante tranquilo.

—Esto, ¿capitán? —se aventuró a decir.

—Ah, hola, Reg. Estábamos aquí jugando un partido amistoso de fútbol. Este es el agente Shoe, chicos.

Cincuenta pares de ojos dijeron: nos hemos quedado con tu cara, madero.

Reg se coló por un lado de la tapia y los ojos vieron la flecha que le había atravesado la coraza y le sobresalía varios centímetros de la espalda.

—Tenemos un problemilla, señor —dijo Reg—. Me ha parecido que tenía que venir a buscarle. Es una situación con rehenes...

—Voy ahora mismo. Muy bien, chavales, lo siento. Jugad entre vosotros, ¿queréis? Y confío en veros a todos el martes para cantar canciones y hacer la barbacoa de salchichas.

—Vale, señor —dijo el Artero Bofetón.

—Y la cabo Angua verá si os puede enseñar el aullido de fogata de campamento.

—Sí, vale —dijo el Cerdo.

—Pero ¿qué hacemos antes de separarnos? —preguntó Zanahoria, expectante.

Los miembros de los Skat y los Mohock se miraron con timidez entre ellos. Normalmente nada les ponía nerviosos, ya que mostrar miedo en cualquier circunstancia se castigaba con la expulsión. Pero en el momento de redactar las diversas normas de los clanes, a nadie se le había ocurrido que existiera alguien como Zanahoria.

Mirándose con expresión de «como menciones esto alguna vez te mato», todos levantaron los índices de ambas manos hasta ponerlos a la altura de las orejas y dijeron a coro: «Wib wib wib».

—«Wob wob wob» —respondió animadamente Zanahoria—. Muy bien, Reg, vamonos.

—Pero ¿cómo estaba haciendo eso, capitán? —preguntó el agente Shoe, mientras los dos guardias se alejaban a toda prisa.

—Oh, hay que levantar los dos dedos así —dijo Zanahoria—. Pero te agradecería que no se lo contaras a nadie, porque se supone que es una señal secr...

—¡Pero si son maleantes, capitán! ¡Jóvenes asesinos! ¡Villanos!

—Oh, son un poco descarados, pero en el fondo son buenos chicos, cuando uno se toma tiempo para entender...

—¡He oído que nunca le dan a nadie bastante tiempo para entender! ¿Sabe el señor Vimes que está usted haciendo esto?

—Lo sabe más o menos, sí. Le dije que me gustaría fundar un club para los chavales de la calle y él me dijo que estaba bien siempre y cuando los llevara de acampada a algún acantilado realmente escarpado en algún sitio donde hubiera vientos fuertes. Pero él siempre dice esas cosas. Y estoy seguro de que no queremos que cambie. A ver, ¿dónde están esos rehenes?

—Vuelve a ser en la tienda de Vortin, capitán. Pero eso... eso no es lo malo...

Detrás de ellos, los Skat y los Mohock se miraron entre ellos con recelo. Luego recogieron sus armas y se alejaron despacio y con cuidado. No es que no queramos pelear, decían sus gestos. Es simplemente que ahora mismo tenemos mejores cosas que hacer, así que vamos a irnos para averiguar cuáles son.

\* \* \*

A diferencia de lo que solía pasar en los muelles, no había muchos gritos ni conversaciones. La gente estaba demasiado ocupada pensando en dinero.

El sargento Colon y el cabo Nobbs estaban apoyados en una pila de maderos mirando a un hombre pintar con mucho cuidado el nombre Matón de Ankh-Morpork en la proa de un barco. En algún momento se daría cuenta de que había pintado una segunda eme en lugar de la te, y ellos se dedicaban a esperar ociosamente aquel modesto entretenimiento.

—¿Alguna vez has estado en el mar, sargento? —dijo Nobby.

—¡Ja, ni hablar! —exclamó el sargento—. No se te ocurra levar anclas, chico.

—No lo hago —dijo Nobby—. Nunca me he llevado ningún ancla de esas. Ni una vez en la vida me he llevado un ancla.

—Eso pues.

—Siempre he estado limpio en ese sentido.

—Pero no sabes qué quiere decir levar anclas, ¿verdad?

—No, sargento.

—Quiere decir hacerse a la mar. En el mar no se puede confiar ni una mierda. Cuando yo era niño tenía un libro sobre un chico que se convertía en sirena, o algo así, y vivía en el fondo del mar...

—... El ancla...

—Bien, y estaba lleno de peces simpáticos que hablaban y conchas de color rosa y cosas así, y entonces me fui de vacaciones a Quirm, vi el mar de verdad y pensé: allá voy. Y si mi madre no hubiera tenido los pies ligeros no sé lo que habría pasado. Y es que el chaval del libro podía respirar debajo del mar, o sea que ¿cómo lo iba a saber yo? Todo eso del mar son putas mentiras. El mar solo es una cosa pringosa con langostas dentro.

—El tío de mi madre era marinero —dijo Nobby—. Pero después de la gran peste lo enrolaron a la fuerza. Una panda de granjeros lo emborrachó y a la mañana siguiente se despertó atado a un arado.

Holgazanearon un poco más.

—Parece que vamos a meternos en una pelea, sargento —dijo Nobby, mientras el pintor empezaba con mucho cuidado la «k» del final.

—No durará mucho. Son todos unos cobardes, esos klatchianos —dijo Colon—. En cuanto prueban un poco de acero frío, se largan corriendo por la arena.

El sargento Colon había tenido una amplia educación. Había estado en la escuela de Mi Padre Siempre Decía, la universidad de Es De Cajón y ahora era estudiante de posgrado en la facultad de Me Lo Ha Dicho Un Tío En El Pub.

—Pues entonces debería ser fácil de solucionar, ¿no?

—Y por supuesto, no son del mismo color que nosotros —dijo Colon—. Bueno... que yo, por lo menos —añadió, a la vista de los diversos tonos del cabo Nobbs. Probablemente no había nadie vivo que fuera del mismo color que el cabo Nobbs.

—El agente Visita es bastante oscuro —dijo Nobby—. Y nunca le he visto irse corriendo. Si ve la oportunidad de darle a alguien un panfleto religioso, el viejo Coladas la sigue como si fuera un terrier.

—Bueno, pero los omnianos son más como nosotros —dijo Colon—. Un poco raros, pero básicamente iguales que nosotros por dentro. No, la forma de distinguir a un klatchiano es vigilarlo a ver si dice muchas palabras que empiecen por «al», ¿vale? Porque eso los delata del todo. Ellos inventaron todas las palabras que empiezan por «al». Así es como se sabe que son klatchianos. Como al-cohol, ¿lo ves?

—¿Inventaron la cerveza?

—Sí.

—Qué listos.

—Yo no diría listos —dijo el sargento Colon, dándose cuenta demasiado tarde de que había cometido un error táctico—. Yo diría que más bien tuvieron suerte.

—¿Y qué más hicieron?

—Bueno, está... —Colon se registró el cerebro—. Está el álgebra. Es como sumas pero con letras. Para... para la gente que no tiene el cerebro lo bastante listo para los números, ¿sabes?

—¿En serio?

—Claro —afirmó Colon—. De hecho —continuó, con un poco más de decisión ahora que veía el camino despejado—. Le oí decir a un mago de la universidad que los klatchianos inventaron la nada. Esa fue su gran contribución a las mates, decía. Yo dije: «¿el qué?», y él dijo: pues que descubrieron el cero.

—Pues a mí no me parecen tan listos —dijo Nobby—. La nada la puede inventar cualquiera. Yo no he inventado nada, por ejemplo.

—A eso iba yo —dijo Colon—. Yo le dije: es la gente que inventó números como el cuatro, y, y...

—... el siete...

—... eso, los que fueron unos genios. La nada no hacía falta inventarla. Ya estaba allí. Seguramente se la encontraron y ya está.

—Es porque tienen tanto desierto —dijo Nobby.

—¡Eso! Bien dicho. El desierto. Que como sabe todo el mundo, es básicamente nada. Para ellos la nada es un recurso natural. Es de cajón. Mientras que nosotros somos más civilizados, ¿ves?, y tenemos muchas más cosas que ir contando por ahí, así que inventamos los números. Es como... bueno, se dice que los klatchianos inventaron la astronomía...

—La altronomía —aportó Nobby.

—No, no... no, Nobby, supongo que para entonces ya habían descubierto las eses, probablemente nos las birlaron a nosotros... Además, la astronomía la tenían que inventar por fuerza, porque no tienen ni una mierda que mirar más que el cielo. Cualquiera puede mirar las estrellas y ponerles nombres. En todo caso, llamar invento a eso es pasarse un poco. Nosotros no vamos por ahí diciendo que hemos inventado algo solamente porque le hayamos echado un vistazo.

—He oído que tienen un montón de dioses raros —dijo Nobby.

—Sí, y también sacerdotes locos —dijo Colon—. A la mitad les sale espuma de la boca. Creen en toda clase de chifladuras.

Se quedaron un momento mirando en silencio al pintor. Colon estaba temiendo la pregunta que se acercaba.

—¿Entonces exactamente en qué se diferencian de los nuestros? —dijo—. O sea, algunos de nuestros sacerdotes están...

—Espero que no estés siendo antipatriótico —dijo Colon en tono severo.

—No, claro que no. Solamente preguntaba. Seguro que serán mucho peores que los nuestros, por ser extranjeros y tal.

—Y por supuesto están todos locos por pelear —dijo Colon—. Son unos cabrones muy feroces con todas esas espadas curvas que tienen.

—Quieres decir, como que... ¿te atacan ferozmente mientras huyen como cobardes después de probar el acero frío? —preguntó Nobby, que a veces tenía una memoria traicioneramente buena para los detalles.

—No te puedes fiar de ellos, como iba diciendo. Y sueltan eructos enormes después de las comidas.

—Bueno... igual que tú, sargento.

—Sí, pero yo no finjo que sea de buena educación, Nobby.

—Bueno, está claro que es una suerte que estés tú por aquí para explicar las cosas, sargento —dijo Nobby—. Es asombroso cuánto sabes.

—A veces me sorprendo a mí mismo —dijo Colon con modestia.

El pintor del barco se apartó para admirar su trabajo. Lo oyeron soltar un pequeño gemido compungido y los dos asintieron, satisfechos.

\* \* \*

Las negociaciones con rehenes siempre eran complicadas, por lo que había aprendido Zanahoria. No valía la pena andarse con prisas. Había que dejar que la otra parte hablara cuando estuviera lista.

Así que se dedicaba a hacer tiempo, sentado detrás del carro volcado que estaban usando como parapeto contra las flechas perdidas que llovían de vez en cuando y escribiendo su carta a casa. Una actividad que Zanahoria llevaba a cabo con abundancia de fruncimiento de ceño, chupamiento de lápiz y lo que el comandante Vimes llamaba un enfoque balístico de la ortografía y la puntuación.

Queridos mamá y papá,

Espero que esta carta os encuentre con buena salud que es como estoy yo también. Gracias por el enorme paquete de pan de enanos que me mandasteis lo he compartido con los demás enanos de la Guardia y me dicen que es mejor todavía que el de Corteza de hierro («No hay pan más afilado») y que no hay nada mejor que un buen pan forjado en casa, así que felicidades mamá.

Las cosas van bien con el Club de Lobatos del que os hablé pero el com. Vimes no está contento, le he dicho que eran buenos chicos en el fondo y que les irá bien aprender las leyes de la Naturaleza y la Gungla y él me ha dicho ja ya las conocen ahí está el problema. Pero me ha dado 5 $ para comprar una pelota de fútbol y eso demuestra que en el fondo le importa.

Tenemos más caras nuevas en la Guardia lo cual está bien con estos problemas que tenemos con Klatch, todo esto parece muy Serio, a mí me da que es la Calma de antes de la Tormenta ya lo creo que sí.

Ahora tengo que dejaros porque unos atracadores han entrado en la Teinda de Dimantes de Vortin y han cogido de rehén a la cabo Angua. Me temo que pueda haber un terrible baño de sangre.

Como siempre,

Vtro Hijo que os quiere,

Zanahoria Fundidordehierroson (Capitán)

Pd Mañana os escribo otra vez

Zanahoria dobló con cuidado la carta y se la metió debajo de la coraza.

—Creo que ya han tenido tiempo de pensar en nuestra sugerencia, agente. ¿Qué es lo siguiente que hay en la lista?

El agente Shoe hojeó un expediente de páginas mugrientas y sacó otra hoja.

—Bueno, ya solamente nos quedan delitos como robar peniques a mendigos ciegos —dijo—. Ah, no, aquí hay uno bueno...

Zanahoria cogió el papel con una mano y un megáfono con la otra y levantó la cabeza con cuidado por encima del borde del carro.

—¡Buenos días otra vez! —exclamó con voz animada—. Hemos encontrado otro. Robo de joyas en...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Fuimos nosotros! —gritó una voz desde el edificio.

—¿De verdad? Pero si todavía no he dicho cuándo ocurrió —dijo Zanahoria.

—¡Da igual, fuimos nosotros! ¿Podemos salir ya, por favor? —Había otro sonido por debajo de la voz. Sonaba como un gruñido grave y continuo.

—Creo que tendría usted que poder decirme lo que robaron —dijo Zanahoria.

—Esto... ¿anillos? ¿Anillos de oro?

—Lo siento, aquí no se menciona ningún anillo.

—¿Un collar de perlas? Sí, eso es lo...

—Caliente, pero no.

—¿Pendientes?

—Oh, qué cerquita está —dijo Zanahoria en tono alentador.

—¿Una corona, entonces? ¿Tal vez una diadema?

Zanahoria se inclinó hacia el agente.

—Aquí dice una tiara, Reg, ¿podemos dejarlo pas...? —Se puso de pie—. Estamos dispuestos a aceptar «diadema». ¡Bien hecho!

Volvió a mirar al agente Shoe.

—No estaremos haciendo nada incorrecto, ¿verdad, Reg? No es coacción, ¿verdad?

—No veo cómo podría serlo, capitán. O sea, han sido ellos los que han asaltado la tienda, ellos han cogido una rehén...

—Supongo que tienes razón...

—¡Por favor! ¡No! ¡Buen chico! ¡Siéntate!

—Parece que hemos terminado, señor —dijo Reg Shoe, echando un vistazo por un lado del carro—. Les hemos endosado todo menos lo del exhibicionista del parque del Abandono...

—¡Fuimos nosotros! —gritó una voz.

—... que era una mujer...

—¡Fuimos nosotros! —Esta vez la voz era mucho más aguda—. ¿Podemos salir ya, por favor?

Zanahoria se puso de pie y levantó el megáfono.

—¿Quieren ustedes salir con las manos en alto, caballeros?

—¿Está de broma? —gimoteó alguien, con otro gruñido como ruido de fondo.

—Bueno, al menos con las manos donde yo pueda verlas.

—¡Puede apostar a que sí, señor!

Cuatro hombres salieron dando tumbos a la calle. Su ropa rasgada revoloteaba bajo la brisa. El que parecía el líder señaló con un dedo furioso hacia la puerta que acababa de dejar atrás mientras Zanahoria se les acercaba.

—¡Al propietario de ese sitio habría que denunciarlo! —gritó—. ¡Mira que tener a un animal salvaje como ese en su cámara acorazada, menuda vergüenza! ¡Nosotros la hemos asaltado de forma perfectamente pacífica y esa cosa nos ha atacado sin razón alguna!

—Han disparado al agente Shoe aquí presente —comentó Zanahoria.

—¡Tirábamos a fallar! ¡A fallar!

El agente Shoe señaló la flecha que le sobresalía de la coraza.

—¡Aquí se ve perfectamente! —se quejó—. Esto ha de ir al soldador, y las reparaciones de armaduras las pagamos nosotros. Y además va a quedar marca para siempre, ya saben, no importa lo que le haga.

Las miradas horrorizadas de los hombres vieron las marcas de suturas que tenían en el cuello y en las manos, y se dieron cuenta de que aunque la especie humana estaba disponible en gran variedad de colores, muy poca gente viva era gris con un toque de verde.

—¡Eh, usted es un zombi!

—Eso, eso, hagan leña del árbol caído —dijo el agente Shoe, molesto.

—Y han cogido ustedes a la cabo Angua de rehén. A una señorita —dijo Zanahoria con la misma voz tranquila. Estaba utilizando un tono muy educado. Pero que simplemente sugería que en alguna parte ardía una mecha, y que no era buena idea esperar a que llegara al cañón.

—Sí... más o menos... pero debe de haberse escapado al aparecer esa criatura...

—¿Así que la han dejado allí dentro? —dijo Zanahoria, todavía muy tranquilo.

Los hombres cayeron de rodillas. El líder levantó la mano con gesto implorante.

—¡Por favor! ¡Solamente somos atracadores y ladrones! ¡No somos mala gente!

Zanahoria le hizo una señal con la cabeza el agente Shoe.

—Llévelos a Pseudópolis Yard, agente.

—¡Sí, señor! —dijo Reg. En su cara apareció una mirada maligna mientras amartillaba su ballesta—. He perdido diez dólares por vuestra culpa. Así que será mejor que no intentéis escapar.

—No, señor. Nosotros, no.

Zanahoria entró paseando en la penumbra del edificio. En los umbrales de las puertas asomaban caras asustadas. Él les dedicó una sonrisa tranquilizadora mientras se dirigía a la cámara acorazada.

La cabo Angua se estaba ajustando el uniforme.

—Antes de que empieces, no he mordido a nadie —dijo ella, cuando él apareció en la puerta—. Ni siquiera heridas superficiales. Me he limitado a desgarrarles los pantalones. Y no ha sido ningún lecho de rosas, podría añadir.

En la puerta apareció una cara aterrada.

—Ah, señor Vortin —dijo Zanahoria—. Creo que encontrará usted que todo está en orden. Parecen haberlo dejado caer todo.

—Pero tenían una rehén...

—Se han dado cuenta de que eso no les llevaba a ninguna parte.

—Y... y se oían como gruñidos... parecía un lobo...

—Ah, sí —dijo Zanahoria—. Bueno, ya sabe cómo son los ladrones... —Lo cual no era ninguna explicación, pero como el tono de voz sugería que sí lo era, el señor Vortin la aceptó como tal durante cinco minutos enteros después de que Zanahoria y Angua se hubieran marchado.

—Bueno, ha sido una bonita forma de empezar el día —dijo Zanahoria.

—Gracias, no, no estoy herida —dijo Angua.

—De alguna forma, hace que parezca que todo vale la pena.

—Solamente me ha deshecho el peinado y me ha estropeado otra camisa.

—Buen trabajo.

—A veces sospecho que no escuchas nada de lo que digo —dijo Angua.

—Me alegro de escucharlo —respondió Zanahoria.

\* \* \*

Toda la Guardia estaba congregada. Vimes contempló el mar de caras.

Por los dioses, pensó. ¿Cuántos tenemos ya? Hace unos años se podía contar a los miembros de la Guardia con los dedos de la mano de un carnicero ciego, y ahora...

¡Y llegan más!

Se inclinó a un lado para hablar con el capitán Zanahoria.

—¿Quién es toda esta gente?

—Miembros de la Guardia, señor. Los nombró usted.

—¿De verdad? ¡A algunos de ellos ni siquiera los conozco!

—Usted firmó los documentos, señor. Y firma sus nóminas cada mes en algún momento.

En su voz había un matiz de crítica. La estrategia de Vimes con el papeleo era no tocarlo hasta que alguien se ponía a gritar, y así por lo menos tenía a alguien que lo ayudara a organizar los montones.

—Pero ¿cómo se han hecho miembros!

—De la forma habitual, señor. Les hemos tomado el juramento, le hemos dado a cada uno un casco...

—¡Eh, ese de ahí es Reg Shoe! ¡Es un zombi! ¡Se cae a pedazos todo el tiempo!

—Un hombre muy importante en la comunidad de los no-muertos, señor —dijo Zanahoria.

—¿Y cómo es que él se ha metido a guardia?

—Vino la semana pasada a quejarse de que la Guardia estaba acosando a unos hombres del saco, señor. Fue muy, ejem, vehemente, señor. Así que le convencí de que la Guardia necesitaba a alguien con experiencia en el tema, y entonces se unió a nosotros, señor.

—¿Y no ha habido más quejas?

—El doble, señor. Todas de no-muertos, señor, y todas contra el señor Shoe. Es raro.

Vimes miró de reojo a su capitán.

—Está muy dolido por el asunto, señor. Dice que ha descubierto que los no-muertos simplemente no entienden las dificultades de velar por el orden en una sociedad multivital, señor.

Por los dioses, pensó Vimes, es justamente lo que habría hecho yo. Pero yo lo habría hecho porque no soy una buena persona amable. Zanahoria sí que es una buena persona, prácticamente tiene medallas por ello, seguramente él no haría...

Y supo que no lo sabría nunca. En algún lugar detrás de la mirada inocente de Zanahoria había una puerta de acero.

—Lo has enrolado tú, ¿verdad?

—No, señor. Fue usted. Usted firmó su orden de alta y el recibo de su equipamiento y su orden de destino.

Vimes tuvo otra visión de un exceso de documentos firmados a toda prisa. Pero debía de ser verdad que los había firmado, y era cierto que les hacían falta más hombres. Lo que pasaba era que tendría que ser él mismo quien...

—Y cualquiera de rango igual o superior a sargento puede reclutar, señor —dijo Zanahoria, como si le estuviera leyendo la mente—. Está en las Ordenanzas Generales. Página veintidós, señor. Justo debajo de la mancha de té.

—Y tú has reclutado... ¿a cuántos?

—Oh, solamente a uno o dos. Nos siguen faltando manos, señor.

—Es normal, con Reg. No paran de caérsele los brazos.

—¿No va a hablar a los hombres, señor?

Vimes miró a la... bueno, a la multitud. No había otra palabra. Bueno, había muchas, pero ninguna que se pudiera usar de forma justa.

Los había grandes, pequeños, gordos, trolls con el liquen todavía puesto, enanos con barba, la presencia cerámica imponente del agente gólem Dorfl, no-muertos... y ni siquiera ahora estaba seguro de si este término debería incluir a la cabo Angua, una chica inteligente y un lobo muy útil cuando tenía que serlo. Despojos de la calle, había dicho una vez Colon. Despojos de la puta calle, porque la gente normal no se metía a madero.

En teoría todos iban uniformados, aunque la mayoría llevaba uniformes que no llevaba nadie más. A todos los habían mandado a la armería para que cogieran cualquier cosa que fuera de su talla, y el resultado era una exposición de historia andante: «Cascos de Formas Ridiculas de Todas las Eras».

—Esto, damas y caballeros... —empezó a decir.

—¡Silencio, por favor, y escuchen al comandante Vimes! —vociferó Zanahoria.

Vimes se descubrió a sí mismo encontrando la mirada de Angua, que estaba apoyada en la pared. Ella puso los ojos en blanco en gesto de impotencia.

—Sí, sí, gracias, capitán —dijo Vimes. Se volvió hacia el despliegue masivo de la crema y nata de Ankh-Morpork. Abrió la boca. Fijó la vista. Y luego cerró la boca, toda salvo una comisura.

Y fue por esa comisura que preguntó—: ¿Qué es ese bultito que tiene en la cabeza el agente Pedernal?

—Es el agente en pruebas Buggy Swires, señor. Le gusta tener una buena vista.

—¡Pero si es un gnomo!

—Así es, señor.

—¿Otro de los tuyos?

—De los nuestros, señor —dijo Zanahoria, usando otra vez su tono de reproche—. Sí, señor. Adjunto a la Casa de la Guardia de la calle Chinchulín desde la semana pasada, señor.

—Por los dioses... —murmuró Vimes.

Buggy Swires vio que el comandante lo estaba mirando e hizo el saludo militar. Medía doce centímetros.

Vimes recuperó el equilibrio mental. Los largos y los cortos y los altos... despojos de la calle, todos nosotros.

—No voy a entreteneros mucho —dijo—. Todos me conocéis... bueno, la mayoría de vosotros me conoce —añadió, dirigiendo una mirada de reojo a Zanahoria—, y yo no hago discursos. Pero estoy seguro de que todos os habéis dado cuenta de que este asunto de Leshp tiene a todo el mundo agitado. Se está hablando de guerra muy a la ligera. Pues bueno, la guerra no es asunto nuestro. La guerra es asunto de los soldados. Nuestro asunto, creo yo, es mantener la paz. Dejadme que os enseñe una cosa...

Dio un paso atrás y se sacó algo del bolsillo con una fioritura. O por lo menos esa era su intención. Se oyó un desgarrón al desenredarse algo del forro de su pantalón.

—Mierda... eh...

Sacó un objeto alargado de madera negra y brillante del bolsillo rasgado. Tenía un pomo grande y plateado en un extremo. Los miembros de la Guardia estiraron el cuello para mirar.

—Un... ejem... un... —Vimes vaciló—. Un anciano vino hace un par de semanas del palacio. Y me dio esta cosa de los demonios. Tenía una etiqueta que decía: «Atavío de Gala del Comandante de la Guardia. Burgo de Ankh-Morpork». Ya sabéis que en palacio nunca se tira nada.

Blandió aquella cosa distraídamente. La madera era sorprendentemente pesada.

—Tiene el escudo de armas en el pomo, mirad. —Treinta miembros de la Guardia intentaron verlo.

—Y yo pensé... pensé, madre mía, ¿esto es lo que se supone que tengo que llevar? Y pensé en ello y se me ocurrió: no, es verdad, por una vez alguien lo ha entendido bien. Ni siquiera es un arma, no es más que una cosa. No es para usarlo, es para tenerlo. Esa es la clave de todo. Lo mismo pasa con los uniformes. Escuchad, el uniforme de un soldado sirve para convertirlo en parte de una multitud formada por otras partes que llevan todas el mismo uniforme, pero el uniforme de un policía sirve para...

Vimes se detuvo. Las expresiones perplejas que tenía delante le decían que estaba construyendo un castillo de naipes con muy, muy pocos naipes en la base.

Tosió.

—En todo caso —continuó, con una mirada que indicaba que todo el mundo tenía que olvidarse de los últimos veinte segundos—, nuestro trabajo es evitar que la gente se pelee. Hay mucho revuelo en las calles. Probablemente habréis oído que están volviendo a formar los regimientos. Bueno, la gente puede reclutar si quiere. Pero no vamos a dejar que haya levantamientos. Hay mal ambiente. No sé qué es lo que va a ocurrir, pero tenemos que estar allí cuando ocurra. —Paseó la mirada por la sala—. Y otra cosa. Este nuevo enviado klatchiano o lo que sea va a llegar mañana. No creo que el Gremio de Asesinos tenga nada planeado, pero esta misma noche vamos a comprobar la ruta que seguirá la procesión de los magos. Un trabajito agradable para el turno de noche. Y hoy nos toca a todos el turno de noche.

La Guardia entera soltó un gemido.

—Tal como solía decir mi viejo sargento, si no sabéis encajar una broma no deberíais haberos apuntado —dijo Vimes—. Una amable y tranquila inspección puerta por puerta, darle la mano a los pomos, airear un poco el uniforme. Trabajo policial a la antigua, del bueno. ¿Alguna pregunta? Bien. Muchas gracias.

Hubo un murmullo generalizado y un alivio de la tensión cuando los agentes de la Guardia comprendieron que ya podían irse.

Zanahoria comenzó a aplaudir.

No era ese aplauso que usan los cargos intermedios para animar a los subordinados a que aplaudan a los superiores[[1]](#footnote-1). Tenía detrás un entusiasmo genuino que, por alguna razón, resultaba peor. Un par de los agentes nuevos más impresionables lo secundaron y, por fin, de la misma forma en que los guijarros pequeñitos encabezaban la avalancha, la sala se llenó del ruido de humanoides aporreando una mano contra la otra.

Vimes frunció el ceño.

—¡Muy inspirador, señor! —dijo Zanahoria, mientras los aplausos se convertían en una tormenta.

\* \* \*

Caía una tromba de agua sobre Ankh-Morpork. Las alcantarillas se llenaron y rebosaron y el viento acabó arrastrando el agua. Sabía a sal.

Las gárgolas habían salido lentamente de las sombras donde pasaban el día y ahora estaban posadas en todas las cornisas y torres, con las orejas y las alas extendidas para cribar cualquier cosa comestible que hubiera en el agua. Era asombroso lo que podía caer en Ankh-Morpork. Las lluvias de peces pequeños y ranas eran bastante comunes, aunque las de somieres suscitaban comentarios.

Un canalón roto soltaba una cortina de agua sobre la ventana de Ossie Recio, que estaba sentado en su cama porque no había sillas ni, de hecho, ningún otro mueble. En aquellos momentos no le importaba. Al cabo de un minuto o dos puede que se pusiera furioso. Pero también era posible que no.

No es que Ossie fuera ningún tipo de demente. Sus amigos habrían dicho que era un tipo silencioso que se ocupaba de sus asuntos y ya está, pero no lo decían porque Ossie no tenía amigos. Había, eso sí, un grupo de hombres que iban los martes por la noche a practicar a los blancos de tiro al arco, y a veces él iba con ellos a un pub y se sentaba y los escuchaba hablar, y una vez había ahorrado y les había invitado a una ronda de bebidas, aunque lo más probable es que ellos no se acordaran. O tal vez dirían: «Ah... si... Ossie». La gente decía esas cosas. La gente solía quitárselo de la cabeza, de la misma forma que uno no presta mucha atención al espacio vacío.

No era estúpido. Pensaba mucho en las cosas. A veces se sentaba y pasaba horas pensando, limitándose a mirar la pared que tenía delante, por donde la lluvia entraba en las noches húmedas y dibujaba un mapa de Klatch.

Alguien aporreó la puerta.

—¡Señor Recio! ¿Está usted vestido?

—Estoy un poco ocupado, señora Gastado —dijo, poniendo su arco debajo de la cama junto con sus revistas.

—¡Es por el alquiler!

—¿Sí, señora Gastado?

—¡Ya conoce mis reglas!

—Le pagaré mañana, señora Gastado —dijo Ossie, mirando hacia la ventana.

—¡Dinero en mano, mañana o a la calle!

—Sí, señora Gastado.

Él la oyó bajar pisando fuerte las escaleras.

Contó hasta cincuenta, con mucho cuidado, y luego extendió el brazo y volvió a sacar su arco.

\* \* \*

Angua estaba de patrulla con Nobby Nobbs. No era un arreglo ideal, pero a Zanahoria le tocaba patrulla vespertina y en una noche como esta Fred Colon, que llevaba la lista de honorarios, tenía un talento inverosímil para tener asignado trabajo de escritorio en las cálidas oficinas. Así que los compañeros que quedaban libres se habían tenido que juntar. Era una idea terrible.

—¿Puedo hablarle de algo, señorita? —preguntó Nobby, mientras hacían traquetear pomos de puertas e iluminaban los callejones con sus fanales.

—¿Sí, Nobby?

—Es personal.

—Oh.

—Se lo preguntaría a Fred, pero él no lo iba a entender, y creo que usted sí que lo entendería porque es una mujer. Bueno, casi todo el tiempo. No me se ofenda.

—¿Qué es lo que quieres, Nobby?

—Es sobre mi... naturaleza sesual, señorita.

Angua no dijo nada. La lluvia aporreaba el casco de Nobby, que no era de su talla.

—Creo que es hora de mirarla directamente a la cara, señorita.

Angua maldijo de nuevo su imaginación gráfica.

—Y, esto, ¿cómo pensabas hacer eso, Nobby?

—Bueno, es que he pedido que me envíen cosas, señorita. Cremas y tal.

—Cremas —dijo Angua en tono neutro.

—De esas que se frotan —explicó Nobby.

—Que se frotan.

—Y una cosa para hacer ejercicios...

—Oh, dioses...

—¿Perdone, señorita?

—¿Qué? Oh... Estaba pensando en otra cosa. Continúa. ¿Ejercicios?

—Sí. Para trabajar mis bíceps y tal.

—Ah, ejercidos. ¿De veras? —Nobby no parecía tener bíceps por ningún lado. Tampoco había ningún sitio para ponerlos. Técnicamente tenía brazos, porque sus manos estaban unidas a sus hombros, pero eso era lo máximo que se podía decir.

Angua se dejó llevar por el interés horrorizado.

—¿Por qué, Nobby?

Él bajó la vista, avergonzado.

—Bueno... o sea... ya sabe... las chicas y tal...

Para asombro de ella, Nobby estaba ruborizado.

—¿Quieres decir que tú...? —empezó a decir—. Que tú quieres... que estás buscando...

—Oh, no busco solamente... o sea, si uno quiere las cosas hechas como es debido... O sea, no —dijo Nobby en tono de reproche—. Lo que digo es que, cuando uno se hace mayor, ya sabe, piensa en sentar la cabeza, encontrar a alguien que vaya cogido de la mano con uno por esa carretera accidentada que es la vida... ¿Por qué tiene la boca abierta?

Angua la cerró de golpe.

—Pero es que no conozco a chicas —continuó Nobby—. Bueno, o sea, sí que conozco a chicas, y entonces ellas se van corriendo.

—A pesar de la crema.

—Eso es.

—Y de los ejercicios.

—Sí.

—Bueno, tienes todos los flancos cubiertos, eso lo veo claro —dijo Angua—. No entiendo en qué puedes estar fallando. —Suspiró—. ¿Qué me dices de Estamina Thrum, la de la calle Olmo?

—Tiene una pierna de madera.

—Bueno, pues... Verity Empujacarrito, una chica maja, la que lleva el tenderete de almejas y berberechos en la calle Escarcha...

—¿La Pez Martillo? Apesta a pescado todo el día. Y es bizca.

—Pero tiene su propio negocio. Y hace una sopa de pescado maravillosa.

—Y es bizca.

—No es exactamente bizca, Nobby.

—No, pero ya sabe a qué me refiero.

¿

Angua tuvo que admitir que lo sabía. Verity era justo lo contrario de bizca. Sus dos ojos parecían esforzarse por ver la oreja que cada uno tenía al lado. Al hablar con ella era complicado reprimir la impresión de que estaba a punto de marcharse en dos direcciones distintas. Pero le sacaba las tripas al pescado como una campeona.

Angua volvió a suspirar. Estaba familiarizada con el síndrome. La gente decía que quería un espíritu afín y una compañera de fatigas, pero tarde o temprano la lista de requisitos incluía una piel como la seda y un pecho que pudiera albergar un rebaño de vacas.

Salvo en el caso de Zanahoria. Esa era casi... casi una de las cosas más fastidiosas que tenía. Angua sospechaba que a él no le importaría que ella se afeitara la cabeza o que le saliese barba. No es que no se fuera a dar cuenta, es que sencillamente no le importaría, y por alguna razón aquello era muy exasperante.

—Lo único que puedo sugerir —dijo ella— es que muy a menudo las mujeres se sienten atraídas por los hombres que las hacen reír.

Nobby se animó.

—¿De veras? —preguntó—. En eso a mí me tendría que ir bien, pues.

—Bien.

—La gente siempre se está riendo de mí.

Muy por encima de ellos, sin hacer ningún caso de la lluvia que ya lo había calado hasta los huesos, Ossie Recio comprobó la funda de hule que cubría su arco y se puso cómodo para la larga espera.

\* \* \*

La lluvia era amiga de los policías. Aquella noche la gente se conformaba con el crimen de interiores.

Vimes se puso al abrigo de una de las fuentes de la plaza Sator. La fuente llevaba años sin funcionar, pero él se estaba mojando exactamente como si manara al máximo. Era la primera vez que experimentaba una lluvia verdaderamente horizontal.

No había nadie a la vista. La lluvia desfilaba por la plaza como... como un ejército...

Vaya si aquella no era una imagen de su juventud. Era curioso cómo aquellas imágenes se cobijaban en los callejones oscuros de tu cerebro y te asaltaban de pronto. Lluvia cayendo sobre mojado.

Ah, sí... Cuando él era niño se imaginaba que las gotas que chapoteaban en la corriente de los canales inundados de la calle eran soldados. Millones de soldados. Y que las burbujas que a veces pasaban flotando eran hombres a caballo.

Ahora mismo no recordaba qué eran los perros muertos que veía a veces. Posiblemente alguna clase de arma de asedio.

El agua se arremolinaba alrededor de sus botas y le chorreaba de la capa. Cuando intentó encender un puro, el viento le apagó la cerilla y un reguero de lluvia le cayó del casco y le empapó el puro por si acaso.

Él sonrió en medio de la noche.

Era, provisionalmente, un hombre feliz. Estaba helado, mojado y solo e intentaba protegerse de lo peor del temporal a las tres en punto de una madrugada furiosa. Algunas de las mejores noches de su vida las había pasado así. En ocasiones como aquella uno podía simplemente... encorvar los hombros así y encoger la cabeza así y convertirse en un pequeño cuchitril de calidez y de paz, con la lluvia aporreando el casco y la mente funcionando al ralentí, organizando el mundo...

Así había sido en los viejos tiempos, cuando a nadie le importaba la Guardia y lo único que había que hacer era evitar los problemas. La época en que no había tanto que hacer.

Pero sí había tanto que hacer, le dijo una voz interior. Simplemente no lo hacíais.

Notaba la porra de gala colgando pesada en el bolsillo especial que Sybil le había cosido en persona a los pantalones. ¿Por qué no es más que un trozo de madera?, se había preguntado a sí mismo al desenvolverla. ¿Por qué no una espada? Una espada sí que es el símbolo del poder. Y entonces se había dado cuenta de por qué no podía ser nunca una espada.

—¡Ah de la noche, buen ciudadano! ¿Puedo preguntarle a qué se dedica en esta fría madrugada?

Vimes suspiró. Empezaba a vislumbrarse un fanal a través de las tinieblas, rodeado de un halo de agua.

«Ah de la noche, buen ciudadano»... Solamente había una persona en toda la ciudad capaz de decir algo así y de decirlo en serio.

—Soy yo, capitán.

El halo se acercó e iluminó la cara mojada del capitán Zanahoria. El joven ejecutó un saludo enérgico —a las malditas tres de la mañana, pensó Vimes— que habría llevado lágrimas de felicidad a los ojos del sargento de instrucción más psicótico.

—¿Qué hace en la calle, señor?

—Solamente quería... revisar algunas cosas —dijo Vimes.

—Podría habérmelo dejado a mí, señor —dijo Zanahoria—. Delegar es la clave de un mando eficaz.

—¿En serio? ¿Lo es? —preguntó Vimes en tono amargo—. Caray, lo que aprende uno, ¿eh? —Y ciertamente se aprende, añadió en la intimidad de su cabeza. Y estaba casi, casi seguro de que estaba siendo mezquino y estúpido.

—Acabamos de terminar, señor. Hemos registrado todos los edificios vacíos. Y va a haber una patrulla especial de agentes por la ruta. Y las gárgolas van a situarse tan arriba como puedan. Ya sabe lo bien que se les da vigilar, señor.

—¿Gárgolas? Yo creía que solamente teníamos al agente Tubería...

—Y ahora al agente Bóveda, señor.

—¿Uno de los tuyos?

—Uno de los nuestros, señor. Usted firmó...

—Sí, sí, seguro que lo hice. ¡Mierda!

Una ráfaga de viento acababa de arrastrar el agua que se derramaba de un canalón saturado y la había soltado en el cuello de Vimes.

—Dicen que esa nueva isla ha trastornado las corrientes de aire —comentó Zanahoria.

—No solo el aire —dijo Vimes—. ¡Menudo jaleo se ha armado por unos pocos kilómetros cuadrados de barro y unas viejas ruinas! ¿A quién le importa?

—Dicen que tiene una gran importancia estratégica —dijo Zanahoria, echando a andar a su lado.

—¿Para qué? No estamos en guerra con nadie. ¡Ja! Pero podríamos ir a la guerra para quedarnos con una isla de mierda que solamente es útil en caso de que tengamos que ir a la guerra, ¿verdad?

—Oh, su señoría lo solucionará todo hoy. Estoy seguro de que cuando se sientan a una mesa hombres de buena voluntad y modales templados, no hay problema que no se pueda resolver —dijo Zanahoria en tono jovial.

Y lo está, pensó Vimes lúgubremente. De verdad está seguro.

—¿Sabes mucho de Klatch? —dijo.

—He leído un poco, señor.

—Dicen que es muy arenoso.

—Sí, señor. Eso parece.

Se oyó un estruendo en algún lugar delante de ellos, seguido de un grito. Los guardias aprendían a ser expertos en gritos. Para el entendido había un abismo de diferencia entre «¡Estoy borracho y me acabo de pisar los dedos y no me puedo poner de pie!» y «¡Cuidado! ¡Tiene un cuchillo!».

Los dos hombres echaron a correr.

Una luz se derramaba en una calle estrecha. Unos pasos pesados se desvanecieron en la oscuridad.

La luz parpadeaba al otro lado del escaparate roto de una tienda. Vimes entró a trompicones por la puerta, se arrancó la capa empapada y la tiró sobre el fuego que ardía en mitad del suelo.

Se oyó un susurro y se extendió un olor a cuero recalentado.

Luego Vimes retrocedió un par de pisos e intentó averiguar dónde demonios estaba.

Había gente mirándolo. Su mente empezó a reunir indicios de forma vacilante: el turbante, la barba, las joyas de la mujer...

—¿De dónde ha salido? ¿Quién es este hombre?

—Esto... ¿buenas noches? —dijo—. Parece que ha habido un pequeño accidente, ¿no? —Levantó su capa con cuidado.

Había una botella rota en un charco de aceite chisporroteante.

Vimes levantó la vista hacia el escaparate roto.

—Oh...

Las otras dos personas eran un chico casi tan alto como su padre y una niña que intentaba esconderse detrás de su madre. Vimes notó que el estómago se le convertía en plomo. Zanahoria llegó a la puerta.

—Los he perdido —jadeó—. Creo que eran tres. No se ve nada con esta lluvia... Ah, es usted, señor Goriff. ¿Qué ha pasado aquí?

—¡Capitán Zanahoria! ¡Alguien nos ha tirado una botella a través del escaparate y luego ha entrado corriendo este mendigo y ha apagado el fuego!

—¿Qué ha dicho? ¿Y qué has dicho tú? —dijo Vimes—. ¿Hablas klatchiano?

—No muy bien —dijo Zanahoria con modestia—. No consigo que me salga ese sonido que se hace con el velo del...

—Pero... ¿entiendes lo que ha dicho?

—Oh, sí. Acaba de darle las gracias, por cierto.No pasa nada, señor Goriff. Este hombre es de la Guardia

—Pero si hablas...

Zanahoria se puso de rodillas y miró la botella rota.

—Oh, ya sabe cómo son las cosas. Uno entra aquí en medio del turno de noche para comprar un bollo de alcaravea caliente y se pone a charlar. Seguro que usted también ha pillado algunas palabras, señor.

—Bueno... tal vez vindaloo, pero...

—Esto es una bomba incendiaria, señor.

—Ya lo sé, capitán.

—Esto es muy grave. ¿Quién haría una cosa así?

—¿Ahora mismo? —preguntó Vimes—. La mitad de la ciudad, me parece.

Miró a Goriff con impotencia. Su cara le sonaba un poco. Y también la cara de la señora Goriff. Eran... simples caras. Normalmente estaban al otro lado de unos brazos que sostenían una ración de curry o un kebab. A veces el chico llevaba el local. La tienda abría muy temprano por la mañana y muy tarde por la noche, cuando las calles eran propiedad de los panaderos, los ladrones y la Guardia.

Vimes conocía el sitio como Manduca Mundana. Nobby Nobbs le había contado que Goriff buscaba un nombre que significara comida cotidiana ordinaria y sencilla, y había estado preguntando hasta encontrar uno cuyo sonido le gustó.

—Esto... dile... dile que tú te quedarás aquí, y yo voy a volver a la Casa de la Guardia y enviaré a alguien que te reemplace —dijo Vimes.

—Gracias —dijo Goriff.

—Ah, pero si entien... —Vimes se sintió estúpido—. Claro que me entiende, debe de llevar aquí ya, ¿cuánto? ¿Cinco años, seis?

—Diez años, señor.

—¿En serio? —se atolondró Vimes—. ¿Tanto tiempo? ¿De verdad? Caramba... bueno, será mejor que me vaya... Que tenga un buen día...

Salió a toda prisa bajo la lluvia.

Debo de llevar años entrando ahí, pensó mientras pisaba charcos en la oscuridad. Y sé decir «vindaloo». Y... ¿«korma»...? Zanahoria apenas lleva aquí cinco minutos y ya gargajea el idioma como si fuera un nativo.

Por todos los cielos, yo puedo defenderme en enano y por lo menos sé decir «suelta esa roca, estás detenido» en troll, pero...

Entró a zancadas en la Casa de la Guardia, dejando un reguero de agua a su alrededor. Fred Colon estaba dormitando tranquilamente en el mostrador. En deferencia al hecho de que conocía a Fred desde hacía tantos años, Vimes se quitó la capa haciendo más ruido del necesario.

Cuando se giró de forma oficial, el sargento estaba sentado con la espalda recta y la mirada atenta.

—No sabía que estaba de servicio esta noche, señor Vimes.

—Esto no es oficial, Fred —dijo Vimes. Aceptaba que cierta gente lo llamara «señor» Vimes. De alguna forma extraña, se lo habían ganado—. Manda a alguien a Manduca Mundana en el Callejón del Escándalo, ¿quieres? Tienen problemas. Llegó la escalera.

—¿Se queda, señor? —preguntó Fred.

—Oh, sí —dijo Vimes en tono macabro—. Tengo que poner el papeleo al día.

\* \* \*

La lluvia caía con tanta fuerza en Leshp que probablemente no había valido la pena el esfuerzo que le había costado a la isla salir del fondo del mar.

Ahora la mayoría de los exploradores dormían en sus embarcaciones. En la isla emergida había edificios, pero...

... había algo raro en aquellos edificios.

Jackson se asomó por debajo de la lona que había instalado en la cubierta. La neblina se elevaba del terreno mojado y cobraba luminosidad por los destellos ocasionales de los relámpagos.

A la luz de la tormenta, la ciudad tenía un aspecto maligno en extremo. Había ciertas cosas que podía identificar: columnas y escalinatas y arcos y cosas por el estilo, pero había otras... se estremeció. Parecía como si en algún momento alguien hubiera intentado añadir toques humanos a unas estructuras que ya eran ancestrales por entonces...

Era debido a su hijo que todo el mundo pasaba la noche en las embarcaciones.

Aquella mañana una partida de pescadores de Ankh-Morpork había tocado tierra en busca de los montones de tesoros que todo el mundo sabía que plagaban el fondo del mar y lo que habían encontrado era un suelo de azulejos, limpiado por la lluvia. Los bonitos cuadrados azules y blancos formaban un dibujo de olas y conchas y, en el medio, un calamar.

Y les había dicho:

—Parece muy grande, papá.

Y todo el mundo había mirado a su alrededor, hacia los edificios cubiertos de algas, y había compartido el pensamiento, que nadie decía en voz alta pero que se componía de muchos pensamientos pequeños, como las ocasionales ondulaciones de los estanques, y como los débiles chapoteos en las oscuras aguas de los sótanos que hacen que la mente piense en garras removiendo las profundidades, y en las cosas extrañas que la marea arrastra a veces a las playas o que aparecen en las redes de pesca. A veces se tiraban cosas por la borda que harían a un hombre dejar de comer pescado para siempre.

Y de pronto nadie quiso seguir explorando, por si acaso encontraban algo.

Sólido Jackson volvió a meter la cabeza bajo la lona.

—¿Por qué no nos volvemos a casa, papá? —preguntó su hijo—. Has dicho que este sitio te daba repelús.

—Muy bien, pero es repelús de Ankh-Morpork, ¿lo entiendes? Y ningún extranjero le va a poner las manos encima.

—¿Papá?

—¿Sí, hijo?

—¿Quién era el señor Hong?

—¿Cómo lo voy a saber?

—Es que cuando estábamos todos volviendo a las barcas uno de los otros hombres ha dicho: «Todos sabemos lo que le pasó al señor Hong cuando abrió el bar de pescado para llevar Tres Propicia Suerte en noche de luna llena y en el sitio donde había estado el viejo templo al dios-pez de la calle Dagón, ¿verdad...?». Pero es que yo no lo sé.

—Esto... —Sólido Jackson vaciló. Pero Les ya empezaba a ser mayor...

—Pues... que cerró y se marchó con un poco de prisa, hijo. Con tanta prisa que tuvo que dejar atrás algunas cosas.

—¿Como qué?

—Ya que quieres saberlo... Medio agujero de la oreja y un riñon.

—¡Mola!

La barca sufrió una sacudida y la madera se astilló. Jackson tiró de la lona. Le cayó encima un chorro de espuma. Cerca de ellos, en la oscuridad húmeda, una voz gritó:

—¿Por qué no llevas luces, primo segundo de un chacal?

Jackson sacó el fanal y lo sostuvo en alto.

—¿Qué estás haciendo en aguas territoriales de Ankh-Morpork, diablo comedor de camellos?

—¡Estas aguas nos pertenecen a nosotros!

—¡Nosotros llegamos aquí primero!

—¿Ah, sí! ¡Nosotros llegamos aquí primero!

—¡Nosotros llegamos aquí primero primerol

—¡Me has dañado la barca! ¡Eso es piratería, ya lo creo que sí!

A su alrededor se oyeron otros gritos. En la oscuridad las dos flotillas acababan de colisionar. Los baupreses rasgaron las jarcias. Los cascos chocaron con gran estruendo. El pánico controlado que es la navegación normal se convirtió en ese pánico frenético compuesto de oscuridad, salpicaduras y demasiadas jarcias desenjarciándose.

En ocasiones como aquella, las antiguas tradiciones del mar que unen a todos los marinos tendrían que ponerse en primer plano y encargarse de que todos juntaran esfuerzos para enfrentarse a su enemigo común, el océano hambriento e implacable.

Sin embargo, llegado aquel punto, el señor Arif golpeó al señor Jackson con un remo en la cabeza.

\* \* \*

—¿Hnh? ¿Euh?

Vimes abrió el único ojo que parecía responderle. El ojo se topó con una imagen horrible.

...Le leí sus derechos, a lo cual, él me dijo que te den madero. Entonces el sargento Detritus, le llamó la atención a lo cual él dijo, ayy...

Puede que haya muchas cosas que no se me dan bien, pensó Vimes, pero por lo menos no trato la puntuación de una frase como si acabara de darle a la piñata.

Hizo rodar la cabeza para apartarla de la gramática fracturada del capitán Zanahoria. El montón de papeles se movió debajo de él.

La mesa de trabajo de Vimes se estaba volviendo famosa. Antaño había habido montones apilados sobre ella, pero habían acabado por perder la forma como hacen siempre los montones, deshaciéndose en una capa densa y compacta que ahora se estaba convirtiendo en algo parecido a la turba. Se decía que en alguna parte allí abajo había platos y comidas sin terminar. Nadie quería comprobarlo. Había quien decía que había oído movimientos.

Se oyó una tos suave. Vimes volvió a rodar la cabeza y levantó la vista hacia la cara grande y rosada de Willikins, el mayordomo de lady Sybil. Y también mayordomo de él, técnicamente, aunque Vimes odiaba pensar en el hombre en aquellos términos.

—Creo que será mejor que procedamos con presteza, sir Samuel. Le he traído su uniforme de gala y sus cosas de afeitarse están junto a la pileta.

—¿Qué? ¿Qué?

—Tiene que estar usted en la universidad dentro de media hora. Lady Sybil se ha dignado a informarme de que si el señor no se presenta, ella utilizará sus intestinos como accesorios de calcetería, señor.

—¿Estaba sonriendo? —preguntó Vimes, mientras pugnaba por ponerse de pie y lograba alcanzar el cuenco humeante que había sobre el lavabo.

—Solamente un poco, señor.

—Oh, dioses...

—Sí, señor.

Vimes hizo un intento de afeitarse mientras detrás de él Willikins se dedicaba a cepillar y sacar brillo. Fuera, los relojes de la ciudad empezaron a dar las diez.

Debían de ser casi las cuatro cuando me senté, pensó Vimes. Sé que oí el cambio de turno a las ocho, y luego tuve que clasificar los gastos de Nobby, eso sí que son matemáticas avanzadas donde las haya...

Intentó bostezar y afeitarse al mismo tiempo, lo cual nunca es buena idea.

—¡Joder!

—Voy a buscar algo de papel de seda ahora mismo, señor —dijo Willikins, sin darse la vuelta. Mientras Vimes se frotaba suavemente la barbilla, el mayordomo continuó—: Me gustaría aprovechar esta oportunidad para sacar a colación un tema de cierta importancia, señor...

—¿Sí? —Vimes miró con ojos legañosos las medias rojas que parecían ser uno de los principales elementos de su uniforme de gala.

—Por desgracia, me temo que tengo que pedir la venia para presentar mi dimisión, señor. Deseo unirme a los Colores.

—¿De qué colores habla, Willikins? —dijo Vilmes, sosteniendo en alto una camisa con las mangas abombadas. Por fin su cerebro alcanzó a sus oídos—. ¿Quiere hacerse soldado?

—Se dice que Klatch necesita que le den una lección incisiva, señor. Ningún Willikins ha faltado a su responsabilidad cuando su país lo llamaba. He pensado que encajaría bien en la Infantería Pesada de lord Venturi. Tienen un uniforme particularmente atractivo de color rojo y blanco, señor. Con alamares dorados.

Vimes se encajó las botas.

—¿Tiene usted experiencia militar, entonces?

—Oh, no, señor. Pero aprendo deprisa, señor, y creo que tengo cierta pericia con el cuchillo de trinchar. —La cara del mayordomo mostró una expresión patrióticamente alerta.

—Con los pavos y con... —dijo Vimes.

—Sí, señor —dijo Willikins, sacándole brillo al casco ceremonial.

—Y te vas a combatir a las hordas aullantes de Klatch, ¿no?

—Si llega a darse el caso, señor —dijo Willikins—. Creo que esto ya está adecuadamente bruñido, señor.

—Dicen que es un sitio muy arenoso.

—Ciertamente, señor —convino Willikins, ajustando el casco por debajo de la barbilla de Vimes.

—Y rocoso. Muy rocoso. Con muchas rocas. Y polvoriento también.

—Muy reseco en ciertas partes, señor. Creo que tiene usted razón.

—Y así pues, en esa tierra de polvo del color de la arena y rocas del color de la arena y arena del color de la arena, ¿usted, Willikins, va a marchar con su experiencia en cubertería y su uniforme rojo y blanco?

—Con los alamares dorados, señor. —Willikins cuadró la mandíbula—. Sí, señor. Si se presenta la necesidad.

—¿Y no ve ningún problema en esa escena?

—¿Señor?

—Oh, no importa. —Vimes bostezó—. Ya verá por dónde van los tiros. —A no ser que vengan por la espalda, pensó. O que sean muchos a la vez—. Bueno, lo vamos a echar en falta, Willikins.

—Oh, lord Venturi afirma que todo habrá terminado para la Vigilia de los Puercos, señor.

—¿En serio? No sabía que hubiera empezado.

\* \* \*

Vimes bajó corriendo las escaleras y entró en una nube de olor a curry.

—Le hemos guardado un poco, señor —dijo el sargento Colon—. Estaba usted dormido cuando lo trajo el muchacho.

—Era el chico de Goriff —dijo Nobby, persiguiendo un poquito de arroz por su plato de hojalata—. Ha traído bastante para la mitad del turno.

—La recompensa al deber —dijo Vimes, apresurándose hacia la puerta.

—Con pan y mango encurtido y todo —dijo Colon, feliz—. Siempre he dicho que el viejo Goriff no es mal tipo para ser un cabezatrapo.

Un charco de aceite chisporroteante... Vimes se detuvo en la puerta. La familia acurrucada... Se sacó el reloj. Eran las diez y veinte. Si se daba mucha prisa...

—Fred, ¿puedes venir un momento a mi despacho? —dijo—. Será solamente un segundo.

—Sí, señor.

Vimes apremió al sargento escaleras arriba y cerró la puerta.

Nobby y los demás miembros de la Guardia intentaron escuchar, pero no se oía nada más que un murmullo bajo que se prolongó un momento largo.

La puerta se abrió de nuevo. Vimes bajó las escaleras.

—Nobby, sube a la universidad dentro de cinco minutos, ¿quieres? Quiero mantenerme en contacto y ni de coña voy a llevarme una paloma con este uniforme puesto.

—Sí, señor.

Vimes se fue.

Al cabo de unos momentos el sargento Colon bajó con cautela hasta la oficina central. Tenía la mirada un poco vidriosa y caminó de vuelta a su mesa con esa indiferencia que solamente intenta alcanzar la gente extremadamente preocupada. Jugueteó un momento con un papel y luego dijo:

—A ti no te importa cómo te llame la gente, ¿verdad, Nobby?

—Si me importara me estaría importando a todas horas, sargento —sonrió el cabo Nobbs.

—Claro. ¡Claro! Y a mí tampoco me importa lo que me llame la gente. —Colon se rascó la cabeza—. No tiene sentido, la verdad. Creo que sir Sam está durmiendo demasiado poco.

—Es un hombre muy ocupado, Fred.

—Intenta hacerlo todo, ese es su problema. Y... ¿Nobby?

—¿Sí?

—Es sargento Colon, si no te importa.

\* \* \*

Había jerez. En aquellas ocasiones siempre había jerez. Sam Vimes podía pensar en él fríamente, ya que últimamente bebía siempre zumos de frutas. Había oído que el jerez se hacía dejando que se pudriera el vino. No le veía el sentido al jerez.

—Y trata de parecer señorial, ¿quieres? —dijo lady Sybil, ajustándole la capa.

—Sí, querida.

—¿Qué vas a intentar parecer?

—Señorial, querida.

—Y por favor, intenta ser diplomático.

—Sí, querida.

—¿Qué vas a intentar ser?

—Diplomático, querida.

—Estás usando tu tono de calzonazos, Sam.

—Sí, querida.

—Ya sabes que eso no es justo.

—No, querida. —Vimes levantó una mano en gesto teatral de sumisión—. Vaaale, vale. Son estas plumas. Y estas medias. —Hizo una mueca e intentó ciertos recolocamientos disimulados en un esfuerzo por evitar convertirse en el primer poseedor de una ingle jorobada en la ciudad—. Quiero decir, ¿y si me viera alguien?

—Claro que te van a ver, Sam. Vas a encabezar la procesión. Y yo estoy muy orgullosa de ti.

Ella le sacudió una pelusa del hombro.

[[2]](#footnote-2)Plumas en el sombrero, pensó Vimes, abatido. Y medias elegantes. Y una coraza reluciente. Las corazas no tendrían que relucir. Tendrían que estar demasiado melladas para poder sacarles brillo como es debido. ¿Y lo de hablar con diplomacia? ¿Cómo voy a saber yo hablar con diplomacia?

—Y ahora debo ir a hablar un momento con lady Selachii —dijo lady Sybil—. Vas a estar bien, ¿no? No paras de bostezar.

—Claro. Es que anoche no dormí mucho, eso es todo.

—¿Me prometes no escaparte?

—¿Yo? Yo nunca me escapo...

—Te escapaste antes de la gran soirée en honor del embajador de Genua. Te vio todo el mundo.

—¡Me acababan de avisar de que la banda de los desecho estaba asaltando la cámara acorazada de Vortin!

—Pero no hace falta que seas tú quien persiga a todo el mundo, Sam. Ahora pagas a gente para esas cosas.

—Pero los pillamos, eso sí —dijo Vimes, con satisfacción.

Y además se lo había pasado de maravilla. No era solamente la persecución lo que resultaba tan vigorizante, con su capa de terciopelo abandonada en un árbol y su sombrero tirado en algún charco, era saber que mientras estaba haciendo aquello no estaba comiendo sandwiches insustanciales y teniendo charlas todavía más insustanciales. No era un verdadero trabajo policial, en opinión de Vimes, a menos que estuvieras haciendo algo que alguien en alguna parte preferiría con mucho que no hicieras.

Después de que Sybil desapareciera entre la multitud, encontró una sombra conveniente y se dedicó a acechar en ella. Aquello le permitió ver casi toda la Gran Sala de la universidad.

Le caían bastante bien los magos. No cometían crímenes. O por lo menos no el tipo de crímenes de que se ocupaba Vimes. Lo sobrenatural no estaba en su jurisdicción. Puede ser que los magos se cargaran el tejido mismo del tiempo y el espacio, pero no generaban papeleo, y a Vimes aquello ya le parecía bien.

Había muchos de ellos en la sala, todos vestidos con sus mejores galas. Y no había nada más espectacular que un mago en traje de ceremonias, por lo menos hasta que alguien encontrara la forma de inflar un ave del paraíso, posiblemente usando una goma elástica y alguna clase de gas. Pero los magos no se esforzaban en balde, porque el resto de invitados eran o bien miembros de la aristocracia o bien líderes de gremios o ambas cosas a la vez, y una ocasión como el Convivium sacaba el pavo real que todo el mundo tenía dentro.

Su mirada fue de una cara parlanchina a la siguiente, y se preguntó vagamente de qué sería culpable cada persona.

Ta[[3]](#footnote-3)mbién estaban presentes algunos de los embajadores. Eran fáciles de distinguir. Llevaban sus trajes nacionales, pero como los trajes nacionales eran a grandes rasgos lo que llevaba el campesino medio de su tierra, a ellos les hacían parecer un poco fuera de lugar. Sus cuerpos vestían plumas y sedas, pero sus mentes se obstinaban en vestir trajes.

Todos charlaban en grupos pequeños. Un par de ellos lo saludaron con la cabeza y le dedicaron una sonrisa al pasar.

El mundo entero está mirando, pensó Vimes. Si algo saliera mal y aquel estúpido asunto de Leshp provocara una guerra, son hombres como estos los que estarían pensando en cómo iban a tratar exactamente con el ganador, fuera quien fuese. No importaba quién empezara, no importaba cómo se luchara, ellos querrían saber cómo tratar con las cosas después. Representaban a eso que la gente llamaba la «comunidad internacional». Y como siempre que se usaba la palabra «comunidad», uno nunca estaba seguro de qué o quién era.

Se encogió de hombros. Gracias a los dioses, no era su mundo.

Se acercó con disimulo al cabo Nobbs, que estaba de pie junto a la puerta principal con esa especie de encorvamiento ladeado que era lo más cerca de ponerse firmes que podía estar cualquier Nobbs vivo.

—¿Todo tranquilo, Nobby? —preguntó con la comisura de la boca.

—Síseñor.

—¿No está sucediendo nada de nada?

—Noseñor. Ni una paloma en ninguna parte, señor.

—¿Cómo, en ninguna parte? ¿Nada?

—Noseñor.

—¡Pero si ayer había problemas por todos lados!

—Síseñor.

—¿Y le has dicho a Fred que tenía que mandar una paloma si pasaba cualquier cosa en absoluto?

—Síseñor.

—¿Y en Las Sombras? Siempre pasa algo...

—Una balsa de aceite, señor.

—¡Mierda!

Vimes negó con la cabeza al pensar en lo increíblemente poco de fiar que era la fraternidad criminal de Ankh-Morpork.

—Supongo que no podrías coger un ladrillo y...

—Lady Sybil ha dicho muy escecícicamente que se tenía que quedar usted aquí —dijo el cabo Nobbs, mirando hacia delante.

—¿Escecícicamente?

—Sí, señor. Ha venido a hablar conmigo. Me ha dado un dólar —dijo Nobby.

—¡Ah, sir Samuel! —dijo una voz atronadora detrás de él—. Creo que todavía no ha conocido usted al príncipe Khufurah, ¿verdad?

Se dio la vuelta. El archicanciller Ridcully se le estaba aproximando, seguido de cerca por un par de hombres de piel cetrina. Vimes puso a toda prisa su cara oficial.

—Este es el comandante Vimes, caballeros. Sam... No, lo estoy haciendo al revés, ¿verdad? Me he confundido con el protocolo... Tengo tantas cosas que hacer, el Tesorero se ha vuelto a encerrar en la caja fuerte, no sabemos cómo consigue meter la llave allí dentro con él, o sea, tampoco es que haya cerradura por dentro...

El primer hombre le ofreció su mano mientras Ridcully volvía a marcharse apresuradamente.

—Príncipe Khufurah —dijo—. Mi alfombra ha llegado hace solamente un par de horas.

—¿Alfombra? Ah... sí... han venido volando...

—Sí, mucho frío y por supuesto no hay manera de conseguir una buena comida. Y usted, ¿atrapó a su hombre, sir Samuel?

—¿Cómo? ¿Perdone?

—Creo que nuestro embajador me dijo que tuvo usted que abandonar la recepción de la semana pasada...

El príncipe era un hombre alto que probablemente había sido bastante atlético hasta que lo habían lastrado las cenas pantagruélicas. Y llevaba barba. Todos los klatchianos llevaban barba. Aquel klatchiano también tenía unos ojos inteligentes. Desconcertantemente inteligentes. Los mirabas y eran varias capas de personalidad las que te devolvían la mirada.

—¿Cómo? Oh. Sí. Sí, los atrapamos —dijo Vimes.

—Bien hecho. Opusieron resistencia, por lo que veo.

Vimes pareció sorprendido. El príncipe se dio un golpecito meticuloso en la barbilla. Vimes se llevó apresuradamente la mano a la cara y encontró el trocito de papel de seda que tenía en la barbilla.

—Ah... esto... sí...

—El comandante Vimes siempre atrapa a su hombre —dijo el príncipe.

—Bueno, yo no diría que...

—El terrier de Vetinari, he oído que lo llaman a usted —continuó el príncipe—. Siempre en los talones de la presa, dicen, y nunca la suelta.

Vimes miró aquellos ojos tranquilos y astutos.

—Supongo que a fin de cuentas, todos somos el perro de alguien —dijo, débilmente.

—De hecho, es una suerte que lo haya conocido, comandante.

—¿Ah, sí?

—Me estaba preguntando por el significado de una palabra que me han gritado mientras veníamos hacia aquí. ¿Sería usted tan amable?

—Esto... Si yo...

—Creo que era... déjeme ver... ah, sí... cabezatoalla.

El príncipe mantuvo los ojos clavados en la cara de Vimes.

Vimes era consciente de que sus propios pensamientos se movían muy deprisa, y de que parecían alcanzar una decisión propia. Ya te lo explicaremos más tarde, le dijeron. Estás demasiado cansado para las explicaciones. Ahora mismo, con este hombre es muchísimo mejor ser sincero.

—Es... se refiere a la prenda que lleva usted en la cabeza —dijo.

—Oh. ¿Es alguna clase de chiste complejo?

Por supuesto que lo sabe, pensó Vimes. Y sabe que yo lo sé...

—No. Es un insulto —dijo al cabo de un momento.

—¿Ah? Bueno, ciertamente no se nos puede hacer responsables del parloteo de los idiotas, comandante. —El príncipe sonrió brevemente—. Por cierto, tengo que elogiarlo a usted.

—¿Perdone?

—Por la amplitud de su conocimiento. Debo haberle hecho la misma pregunta a una docena de personas esta misma mañana y, ¿sabe qué? Ni uno solo de ellos sabía lo que quería decir. Y a todos parece haberles entrado un ataque de tos.

Hubo una pausa diplomática, pero en medio de la misma alguien soltó una risita.

Vimes dejó que su mirada errara a un lado hasta el otro hombre, que no le había sido presentado. Era más bajo y flaco que el príncipe, y por debajo de su turbante negro tenía la cara más concurrida que Vimes había visto nunca. Una red de cicatrices rodeaba una nariz parecida al pico de un águila. Había una especie de barba y bigote, pero las cicatrices habían afectado tanto al crecimiento del pelo que este le brotaba en extraños manojos y con ángulos raros. Daba la impresión de que al hombre le habían golpeado en la boca con un erizo. Podría tener cualquier edad. Algunas de las cicatrices parecían recientes.

En conjunto, aquel hombre tenía una cara que cualquier policía arrestaría a primera vista. No había forma humana de que pudiera ser inocente de nada.

El klatchiano vio la expresión de Vimes y sonrió, y Vimes nunca había visto tanto oro en la misma boca. De hecho, nunca había visto tanto oro en el mismo sitio.

Vimes se dio cuenta de que estaba mirando fijamente cuando lo que debería estar haciendo es mantener una conversación diplomática y cortés.

—Así pues —dijo—, ¿vamos a tener una bronca por este asunto de Leshp o qué?

El príncipe se encogió de hombros con desdén.

—Pft —dijo—, ¿unos cuantos kilómetros cuadrados de tierra fértil y no habitada con fondeaderos magníficos en una posición estratégica incomparable? ¿Por qué iba a ir a la guerra la gente civilizada por una fruslería así?

Una vez más Vimes notó que la mirada lo recorría, que lo leía. Vaya, al demonio con todo. Dijo:

—Lo siento, no se me da bien el asunto este de la diplomacia. Lo que acaba de decir, ¿lo decía en serio?

Se oyó otra risita. Vimes se giró y miró de nuevo aquella cara barbuda y burlona. Y notó un olor, no, una peste a clavo.

Madre mía. El tipo mastica esos capullos de clavero asquerosos, pensó.

—Ah —dijo el príncipe—. ¿No ha conocido usted a Ahmed Hora 71?

Ahmed sonrió otra vez e hizo una reverencia.

—Offendi —dijo, con una voz que sonaba como un camino de grava.

Y aquello pareció ser todo. Nada de «Este es Ahmed Hora 71, agregado cultural» o bien «Ahmed Hora 71, mi guardaespaldas». Ni siquiera «Ahmed Hora 71, cámara acorazada andante y exterminador de polillas». Estaba claro que le tocaba mover ficha a Vimes.

—Es... ejem... es un nombre poco común —dijo.

—En absoluto —respondió enseguida el príncipe—. Ahmed es un nombre muy típico en mi país.

Se volvió a inclinar hacia delante. Vimes reconoció aquello como el preludio a un aparte confidencial.

—Por cierto, ¿esa bella dama que acabo de ver es la esposa principal de usted?

—Esto... es todas mis esposas —dijo Vimes—. Me refiero a...

—¿Le puedo ofrecer veinte camellos por ella?

Vimes volvió a mirar un momento los ojos oscuros, le echó un vistazo a la sonrisa de 24 kilates de Ahmed Hora 71 y dijo:

—Esto es otra prueba, ¿verdad...?

El príncipe irguió la espalda, con expresión satisfecha.

—Bien hecho, sir Samuel. Esto se le da de maravilla. ¿Sabe que el señor Boggis del Gremio de Ladrones estaba dispuesto a aceptar quince?

—¿Por la señora Boggis? —Vimes hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Ná, cuatro camellos, tal vez cuatro camellos y una cabra si la mira por el lado bueno. Y eso si está recién afeitada.

Los invitados que pululaban se giraron al oír la carcajada explosiva del príncipe.

—¡Muy bueno! ¡Muy bueno! Me temo, comandante, que algunos de los conciudadanos de usted creen que solamente porque mi gente inventó la matemática avanzada y la forma de vivir siempre de acampada somos unos bárbaros totales que intentarían comprarles a sus mujeres en menos que canta, digamos, un cordero. Me sorprende que me den un título honorario, considerando lo increíblemente atrasado que soy.

—Oh. ¿Y qué título es? —preguntó Vimes. No le extrañaba que aquel tipo fuera un diplomático. No se le podía confiar ni los buenos días, sus pensamientos discurrían en bucles y a pesar de todo era inevitable que te cayera bien.

El príncipe se sacó una carta de la túnica.

—Parece ser que es un Doctorum Hic Nihil Depictes. ¿Le ocurre algo, sir Samuel?

Vimes consiguió convertir la risa traicionera en un ataque de tos.

—No, no, nada —dijo—. No.

Sintió un deseo desesperado de cambiar de tema. Y por suerte tenía delante algo que le iba a dar la oportunidad perfecta.

—¿Por qué lleva el señor Ahmed una espada curva tan grande atada a la espalda? —dijo.

—Ah, es usted policía, usted se fija en esas cosas...

—No es precisamente un arma oculta, ¿verdad? Es casi más grande que él. ¡Se podría decir que él es un propietario oculto!

—Es ceremonial —dijo el príncipe—. Y se preocupa muchísimo cuando se tiene que separar de ella.

—¿Y cuál es exactamente su...?

—Ah, ahí estás —dijo Ridcully—. Creo que ya estamos listos. Ya sabes que vas en cabeza, Sam...

—Sí, lo sé —dijo Vimes—. Le estaba preguntando a su alteza cuál...

—... Y si usted, alteza, y usted, señor... caramba, qué espada tan grande, y usted vienen por aquí y ocupan su lugar entre los invitados de honor, estaremos listos en un abrir y cerrar de jeques...

Hay que ver lo que es tener mente de poli, pensó Vimes, a medida que la enorme comitiva de magos e invitados trataba de formar una hilera elegante y ordenada detrás de él. Solamente porque alguien se hace el simpático y el agradable empiezas a sospechar de él, aunque solamente sea porque cualquiera que se tome la molestia de ser amable con un poli es que está tramando algo. Por supuesto, es un diplomático, pero aun así... solamente espero que nunca estudiara idiomas antiguos, ya lo creo que sí.

Alguien le dio un golpecito en el hombro. Vimes se giró y se encontró delante de sus narices la sonrisa de Ahmed Hora 71.

—Si cambia usted de opinión, offendi, le doy veinticinco camellos, sin problema —dijo, sacándose un capullo de clavo de entre los dientes—. Ojalá sus entrañas se llenen de frutos.

Guiñó un ojo. Era el gesto más provocativo que Vimes había visto nunca.

—¿Esto es otra...? —empezó a decir, pero el hombre había desaparecido en la multitud.

—¿Mis entrañas llenas de frutos? —repitió para sí mismo—. ¡Madre mía!

Ahmed Hora 71 reapareció a su otro costado en medio de una nube de aroma a clavo.

—A veces voy, a veces vuelvo —gruñó con alegría—. El príncipe dice que el título es Doctor Este No Pinta Nada. Un chistecillo de magos, ¿verdad? Oh, cómo nos estamos riendo.

Y se esfumó sin más.

\* \* \*

El Convivium era el Gran Día de la Universidad Invisible. En su origen no había sido más que la ceremonia de graduación, pero con el paso de los años se había ido convirtiendo en una especie de celebración de la relación amistosa entre la universidad y la ciudad, que celebraba en particular el hecho de que ya apenas nadie acababa convertido en almeja. En ausencia de nada que se pareciera a una Gala del Lord Alcalde o a una inauguración estatal del Parlamento, aquella era una de las pocas oportunidades formales que tenían los ciudadanos de abuchear a sus superiores sociales, o por lo menos a una gente que llevaba medias y ropa ridicula.

Con el tiempo se había hecho tan grande que ahora se celebraba en el edificio de la Opera. La gente desconfiada —es decir, la gente como Vimes— consideraba que esto era para que pudiera haber una procesión. No había nada como las abarrotadas filas de magos caminando sobriamente por la ciudad con espíritu de civismo amistoso para recordarle sutilmente a las personas más reflexivas que las cosas no siempre habían sido de aquella manera. Miradnos, parecían estar diciendo los magos. Antes, nosotros dominábamos la ciudad. Mirad nuestros cayados enormes con nudos en las puntas. Cualquiera de estos podría causar daños muy graves si estuvieran en malas manos, así que ¿verdad que está bien que ahora mismo estén en buenas manos? ¿A que es bonito que todos nos llevemos tan bien?

Y en algún momento, alguien había decidido que el comandante de la Guardia tenía que ir en cabeza por razones simbólicas. Durante años esto no había importado porque no había comandante de la Guardia, pero ahora sí que lo había, y era Sam Vimes. Vestido con una camisa roja con unas ridiculas mangas acampanadas, medias rojas, una especie de pantalones cortos abombados de un estilo que debió de pasar de moda, a juzgar por su aspecto, en la época en que el guijarro en la cabeza era el último grito de la tecnología bélica, una coraza diminuta y reluciente y un casco con plumas.

Y de verdad que necesitaba dormir.

Y tenía que llevar la porra aquella.

Mantuvo la mirada fija en el chisme de las narices mientras salía por la entrada principal de la universidad. La lluvia de la noche anterior había despejado el cielo. Manaba vapor de la ciudad.

Si miraba fijamente la porra no tenía que ver quién soltaba risitas al verlo.

Lo malo del asunto era que tenía que estar mirando aquella cosa.

Llevaba escrito, en un pequeño escudo sucio que había tenido que limpiar para poder leerlo: «Procuratore del Sosiego del Rey».

Aquello había alegrado ligeramente la ocasión.

Plumas y antigüedades, oro trenzado y pieles...

Tal vez fuera porque estaba cansado, o solamente porque estaba intentando aislarse del mundo, pero Vimes se encontró a sí mismo aminorando la marcha hasta adoptar los tradicionales andares de la Guardia y sus tradicionales procesos mentales ociosos.

Era una reacción casi pavloviana. Las [[4]](#footnote-4)piernas se balanceaban, los pies se movían, la mente empezaba a funcionar de cierta manera. No era exactamente un estado onírico. Era simplemente que las orejas, la nariz y los ojos se conectaban directamente al arcano nodo «bastardo sospechoso» de su cerebro, dejando a su centro cerebral superior libre para que deambulara por ahí.

... Pieles y medias... ¿qué clase de ropa era aquella para un miembro de la Guardia? Una armadura llena de abolladuras, unos calzones de cuero grasientos y una camisa andrajosa con manchas de sangre, si era posible ajena... aquello sí que era bueno... la agradable sensación de los adoquines a través de las botas, algo realmente reconfortante...

Detrás de él, mientras la confusión se apoderaba de las filas, la procesión aminoró la marcha para acomodarse a su paso.

... «Ja, Procuratore del Sosiego del Rey, y que lo diga»... le había dicho al anciano que se la había entregado: «¿cómo cree que se sosegaba?», pero aquello había caído en saco roto... menuda memez, a fin de cuentas, pensó, un trozo corto de madera con una bola de plata en la punta... hasta los agentes sin rango tenían espadas decentes, ¿qué se suponía que iba a hacer él, blandirla amenazadoramente?... por los dioses, hacía meses que no había dado un buen paseo por las calles... y mira que había gente hoy... estaban haciendo un desfile o algo parecido, ¿no...?

—Oh, cielos —dijo el capitán Zanahoria, desde el público—. ¿Qué está haciendo?

A su lado un turista agateo estaba tirando con esmero de la palanca de su iconógrafo.

El comandante Vimes se detuvo y, con la mirada perdida, se metió la porra debajo del brazo y se llevó una mano al casco.

El turista levantó la vista hacia Zanahoria y le tiró de la camisa educadamente.

—Perdone, ¿qué está haciendo ahora? —dijo.

—Esto... se... se está sacando...

—Oh, no —dijo Angua.

—... Se está sacando el paquete ceremonial de puros del casco —dijo Zanahoria—. Oh... y está, está encendiendo uno...

El turista tiró varias veces de la palanca.

—¿Es una tradición muy histórica?

—Memorable —murmuró Angua.

Ahora el público guardaba silencio. Nadie quería romper la concentración de Vimes. Se oía el silencio enorme y ventoso de un millar de personas conteniendo la respiración.

—¿Qué está haciendo ahora? —preguntó Zanahoria.

—¿Es que no lo ves?

—Cuando me tapo las manos con los ojos no. Oh, pobre hombre...

—Esto... acaba de hacer un aro de humo...

—... El primero del día, lo hace siempre...

—Y ahora se ha puesto en marcha otra vez... Y ahora ha sacado la porra y la está tirando al aire y recogiéndola otra vez, ya sabes, eso que hace con la espada cuando está pensando... Parece bastante feliz...

—Será mejor que atesore estos últimos momentos de felicidad —dijo Zanahoria.

Entonces empezó el murmullo. La procesión se había detenido detrás de Vimes. Alguna de la gente más impresionable que no estaba segura de lo que tenía que hacer, y también aquellos que habían disfrutado en demasía del jerez nada malo de la universidad, empezaron a hurgarse en los bolsillos en busca de algo que tirar al aire y recoger al vuelo. Al fin y al cabo, se trataba de una Ceremonia Tradicional. Si uno se ponía en plan de no hacer las cosas solamente porque parecían ridiculas, para eso era mejor irse a casa.

—Está cansado, eso es lo que le pasa —dijo Zanahoria—. Lleva días corriendo de un sitio para otro y supervisándolo todo. Haciendo turnos de día y de noche. Siempre está manos a la obra.

—Confiemos en que el patricio le deje conservarlas.

—Oh, su señoría no... No lo haría, ¿verdad?

Empezaron las risas. Vimes había empezado a pasarse la porra de una mano a otra.

—Es capaz de hacer girar la espada tres veces y aun así cogerla...

Vimes giró la cabeza. Levantó la vista. Su porra repiqueteó sobre los adoquines y rodó hasta un charco, olvidada. Entonces echó a correr.

Zanahoria se quedó mirando a su comandante y luego trató de ver qué era lo que este había visto.

—Encima de la Barbacana... —dijo—. En esa ventana... ¿no hay alguien ahí arriba? Perdone, perdone, lo siento, perdone... —Empezó a abrirse paso entre la multitud.

Vimes ya era una figura pequeña a lo lejos, con la capa roja ondeando detrás de él.

—¿Y qué? Hay mucha gente mirando el desfile desde los sitios altos —dijo Angua—. ¿Qué tiene de especial?

—¡Allí arriba no tendría que haber nadie! —exclamó Zanahoria, echando a correr ahora que se veía libre de la multitud—. ¡Está todo precintado!

Angua miró a su alrededor. Todas las caras estaban giradas hacia la representación callejera, y cerca de allí había un carro. Suspiró y se acercó con un breve paseo a la parte trasera del mismo, con una sospechosa expresión despreocupada en la cara. Se oyó una aspiración brusca de aire, un ruido débil pero nítidamente orgánico, un gañido amortiguado y luego el repiqueteo de la armadura al golpear el suelo.

\* \* \*

Vimes no sabía por qué estaba corriendo. Era un sexto sentido. Sucedía cuando la parte de atrás del cerebro extraía del éter la idea de que iba a pasar algo malo pero no tenía tiempo de racionalizar las cosas, así que se limitaba a hacerse con el control de la médula espinal.

Nadie podía llegar a lo alto de la Barbacana. La Barbacana había sido la puerta fortificada de la ciudad en la época en que Ankh-Morpork no veía a los ejércitos atacantes como maravillosas oportunidades comerciales. Algunas secciones todavía se usaban, pero el grueso de la construcción lo componían seis o siete pisos de ruinas, en cuyas escaleras no confiaría ningún hombre en sus cabales. Durante años se había usado como fuente no oficial de manpostería para el resto de la ciudad. En las noches de viento se le caían trozos. Hasta las gárgolas la evitaban.

Vimes eran consciente de que muy por detrás de él el ruido de la multitud se había convertido en una salva de exclamaciones. Un par de personas chillaron. El no se giró. Fuera lo que fuese que estaba pasando, Zanahoria se podía hacer cargo.

Algo lo adelantó. Tenía el aspecto que tendría un lobo si uno de sus antepasados hubiera sido un perro de caza de pelo largo del klatchistán, una de esas cosas gráciles que eran todo hocico y pelo.

La cosa aterrizó por delante de él y cruzó el portón en ruinas.

Al llegar Vimes la criatura ya no se veía por ninguna parte. Pero aquella ausencia no era un asunto que llamara su atención, comparado con la presencia más acuciante del cadáver que yacía en medio de un montón de piedras derrumbadas.

Una de las cosas que Vimes decía siempre —es decir, una de las cosas que él decía que decía siempre, y nadie le discute nada al oficial al mando— era que a veces los pequeños detalles, los detalles diminutos, las cosas en las que nadie se fijaría en circunstancias ordinarias, agarraban por la garganta a los sentidos de uno y gritaban: «¡Mírame!».

En el aire flotaba un aroma persistente a especias. Y en la ranura entre dos adoquines había un capullo de clavo.

\* \* \*

Eran las cinco en punto. Vimes y Zanahoria estaban sentados en la antesala del despacho del patricio, en un silencio solamente interrumpido por el tictac irregular del reloj.

Al cabo de un rato Vimes dijo:

—Déjame echarle un vistazo a eso otra vez.

Zanahoria volvió a sacar obedientemente el cuadradito de papel. Vimes lo miró. Lo que mostraba era inconfundible. Se lo metió en el bolsillo.

—Esto... ¿por qué se lo quiere quedar, señor?

—¿Quedarme el qué? —preguntó Vimes.

—La iconografía que le he cogido prestada al turista.

—No sé de qué me hablas —dijo Vimes.

—Pero si...

—No creo que vaya usted a llegar muy lejos en la Guardia, capitán, si se pone a ver cosas que no existen.

—Oh.

El reloj pareció hacer tictac más fuerte.

—Está usted pensando algo, señor. ¿Verdad?

—Es algo a lo que a veces dedico mi cerebro, capitán. Por extraño que parezca.

—¿Y qué está pensando, señor?

—En qué es lo que pretenden ellos que yo piense —dijo Vimes.

—¿Qué ellos?

—Todavía no lo sé. Voy paso a paso.

Sonó una campanilla. Vimes se puso de pie.

—Ya sabes lo que digo siempre —dijo. Zanahoria se quitó el casco y le sacó brillo con la manga.

—Sí, señor. «Todo el mundo es culpable de algo, sobre todo los que no lo son», señor.

—No, eso no...

—Esto... ¿«Ten siempre en cuenta el hecho de que podrías equivocarte del todo», señor?

—No, esto tampoco.

—Esto... ¿Y "Cómo es que a Nobby le dieron trabajo en la Guardia", señor? Eso lo dice mucho.

—¡No! Me refería a «Actúa siempre como un estúpido», Zanahoria.

—Ah, sí, señor. A partir de ahora me acordaré de que usted siempre dice eso, señor.

Se pusieron los cascos debajo del brazo. Vimes llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una voz.

El patricio estaba de pie junto a la ventana.

Sentados o de pie por el despacho estaban lord Óxido y los demás. Vimes nunca conseguía entender cómo se escogía a los líderes de la ciudadanía. Daba la impresión de que aparecían sin más, como una chincheta en la suela del zapato.

—Ah, Vimes —dijo Vetinari.

—Señor.

—No nos andemos con rodeos, Vimes. ¿Cómo pudo llegar allí arriba el hombre cuando la gente de usted lo había registrado todo exhaustivamente la noche anterior? ¿Magia?

—No sabría decirle, señor.

Zanahoria, sin dejar de mirar fijamente hacia delante, parpadeó.

—Porque doy por sentado que su gente inspeccionó la Barbacana, ¿verdad?

—No, señor.

—¿Ah, no?

—No, señor. Lo hice yo mismo.

—¿Usted la inspeccionó en persona, Vimes? —preguntó Boggis del Gremio de Ladrones.

El capitán Zanahoria pudo notar el impacto casi físico de los pensamientos de Vimes en aquel momento.

—Eso mismo... Boggis —dijo Vimes sin girar la cabeza—. Pero... creemos que alguien entró por la parte donde las ventanas están cegadas con tablones y volvió a poner los tablones detrás de sí. El polvo está revuelto y...

—¿Y usted no vio eso, Vimes?

Vimes suspiró.

—Ya sería bastante difícil ver que habían vuelto a clavar los tablones a la luz del día, Boggis, no digamos en plena noche. —Tampoco es que los viéramos, añadió para sí mismo. Fue Angua quien los olió.

Lord Vetinari se sentó a su mesa.

—La situación es grave, Vimes.

—¿Sí, señor?

—Su alteza está herido de mucha gravedad. Y el príncipe Cadram, por lo que tenemos entendido, está fuera de sí de la furia.

—Insisten en mantener a su hermano en la embajada —aportó lord Oxido—. Un insulto intencionado. Como si no tuviéramos buenos cirujanos en esta ciudad.

—Eso es verdad, por supuesto —dijo Vimes—. Y muchos de ellos también podrían darle un buen afeitado y un corte de pelo.

—¿Se está burlando de mí, Vimes?

—Ciertamente no, milord —dijo Vimes—. En mi opinión, no hay cirujanos en ninguna parte que tengan el serrín del suelo más limpio que los de esta ciudad.

Óxido lo fulminó con la mirada.

El patricio tosió.

—¿Ha identificado al asesino? —dijo el patricio.

Zanahoria estaba esperando que Vimes dijera «presunto asesino, señor», pero en cambio lo que dijo fue:

—Sí. Se llama... Se llamaba Ossie Recio, señor. Es el único nombre que se le conoce. Vivía en la Calle del Mercado. Hacía trabajillos de vez en cuando. Era un poco solitario. No le hemos podido encontrar parientes ni amigos. Estamos haciendo pesquisas.

—¿Y eso es todo lo que saben? —preguntó lord Downey.

—Tardamos un poco en identificarlo, señor —dijo Vimes, impasible.

—¿Oh? ¿Y por qué?

—No le puedo dar una respuesta técnica, señor, pero a mí me dio la impresión de que no hacía falta construirle un ataúd, que simplemente lo podíamos colocar entre dos puertas de cobertizo y mandarlo por correo.

—¿Estaba actuando solo?

—Solamente encontramos un cuerpo, señor. Y un montón de piedras caídas hace poco, casi parece...

—Me refería a si pertenece a alguna organización. ¿Algún indicio de que fuera un anti-klatchiano?

—¿Aparte de que intentase matar a uno de ellos? La investigación sigue abierta.

—¿Se está tomando esto en serio, Vimes?

—He puesto a mis mejores hombres en el caso, señor.

—¿Quién parece preocupado?

—El sargento Colon y el cabo Nobbs.

—¿Quién parece aliviado?

—Hombres con mucha experiencia. Las piedras angulares de la Guardia.

—¿Colon y Nobbs? —dijo el patricio—. ¿En serio?

—Sí, señor.

Sus miradas se encontraron, muy brevemente.

—Estamos oyendo rumores muy amenazadores, Vimes —dijo Vetinari.

—¿Qué puedo decir, señor? Vi a alguien en lo alto de la torre, eché a correr, alguien disparó una flecha al príncipe y luego encontré al hombre al pie de la torre, muy obviamente muerto, con un arco roto y un montón de piedras al lado. Es probable que la tormenta de anoche dañara la estructura. No me puedo inventar hechos que no existen, señor.

Zanahoria miró las caras que rodeaban la mesa. La expresión general era de alivio.

—Un arquero solitario —dijo Vetinari—. Un idiota con alguna clase de rencor chiflado. Que murió en la ejecución del, ejem, intento de ejecución. Y claro, al menos la valerosa acción de nuestra Guardia evitó con toda probabilidad un disparo fatal.

—¿Valerosa acción? —dijo Downey—. Sé que el capitán Zanahoria aquí presente echó a correr hacia las personalidades y que Vimes se dirigió a la torre, pero francamente, Vimes, su extraña conducta de los minutos anteriores...

—Eso es bastante irrelevante a estas alturas —dijo lord Vetinari. Una vez más adoptó una voz algo lejana, como si estuviera haciendo un informe para otra persona—. Si el comandante Vimes no hubiera ralentizado la procesión, sin duda ese desgraciado habría hecho un disparo mucho mejor. Lo que pasó en cambio fue que se dejó llevar por el pánico. Sí... es posible que el príncipe acepte eso.

—¿El príncipe? —dijo Vimes—. Pero si el pobre diablo...

—Su hermano —dijo el patricio.

—Ah. ¿El simpático?

—Gracias, comandante —zanjó el patricio—. Gracias, caballeros. No los quiero entretener más. Oh, Vimes... Me gustaría comentarle algo, si es usted tan amable. No, usted no, capitán Zanahoria. Estoy seguro de que en alguna parte se está cometiendo algún crimen.

Vimes mantuvo la mirada fija en la pared de delante mientras la sala se vaciaba. Vetinari se levantó de su silla y fue hasta la ventana.

—Vivimos días extraños, comandante —dijo.

—Señor.

—Por ejemplo, tengo entendido que esta tarde el capitán Zanahoria estaba en el tejado del edificio de la Ópera disparando flechas hacia abajo, apuntando a los blancos de la arquería.

—Un chaval muy entusiasta, señor.

—Podría ser que la distancia entre el edificio de la Ópera y las dianas sea más o menos la misma, ya sabe, que la distancia entre la punta de la Barbacana y el lugar donde el príncipe resultó herido.

—Qué casualidad, señor.

Vetinari suspiró.

—¿Y por qué estaba haciendo una cosa así?

—Es curioso, señor, pero el otro día me estaba diciendo Zanahoria que de hecho todavía hay una ley que dice que todos los ciudadanos han de hacer una hora diaria de prácticas de tiro con arco. Parece ser que la ley se estableció en 1356 y nunca la han...

—¿Sabe por qué acabo de pedirle al capitán Zanahoria que se marche, Vimes?

—No sabría decirle, señor.

—El capitán Zanahoria es un joven honrado, Vimes.

—Sí, señor.

—¿Y sabe usted que hace una mueca cada vez que le oye a usted decir una mentira directa?

—¿De veras, señor?

Mierda.

—No soporto ver su pobre cara retorciéndose todo el tiempo, Vimes.

—Muy considerado por su parte, señor.

—¿Dónde estaba el segundo arquero, Vimes?

—Mierda!

—¿Segundo arquero, señor?

—¿Alguna vez le ha tentado seguir a la musa del arte dramático, Vimes?

Sí, ahora mismo recorrería medio mundo tras ella, pensó Vimes.

—No, señor.

—Lástima. Estoy seguro de que supone usted una gran pérdida para la profesión interpretativa. Creo que ha dicho usted que el hombre volvió a poner los tablones detrás de sí.

—Sí, señor.

—¿Y los clavó?

Joder.

—Sí, señor.

—Desde fuera.

Mierda.

—Sí, señor.

—Era un arquero solitario particularmente ingenioso, entonces.

Vimes no se molestó en decir nada. Vetinari se sentó a su mesa, se llevó los dedos entrelazados a los labios y se quedó mirando a Vimes por encima de las puntas.

—¿Colon y Nobbs están investigando esto? ¿En serio?

—Sí, señor.

—Si le preguntara por qué, ¿fingiría usted que no me entiende?

Vimes arrugó la frente en gesto de auténtica perplejidad.

—¿Señor?

—Si vuelve a decir usted «¿señor?» con esa voz de estúpido, Vimes, le juro que habrá problemas.

—Son buenos hombres, señor.

—Sin embargo, alguna gente podría considerar que les falta inventiva, que son estólidos y... ¿cómo puedo decirlo?... que poseen cierta predisposición innata a aceptar la primera explicación que se les presenta y luego escaquearse a algún sitio a fumar un pitillo tranquilamente, ¿no? ¿Cierta falta de imaginación? ¿Cierta incapacidad de llegar al fondo del asunto ni aunque sea en un charco de la calle? ¿Cierta tendencia a sacar conclusiones precipitadas?

—Confío en que no esté usted poniendo en entredicho a mis hombres, señor.

—Vimes, el sargento Colon y el cabo Nobbs llevan toda su vida en entredicho.

—¿Señor?

—Y sin embargo... de hecho, no nos conviene tener complicaciones, Vimes. Un loco solitario y habilidoso... bueno, hay muchos locos en el mundo. Un incidente lamentable.

—Sí, señor. —El hombre parecía agobiado y Vimes sintió que había espacio para un pellizco de compasión.

—A Fred y a Nobby tampoco les gustan las complicaciones, señor.

—Necesitamos respuestas simples, Vimes.

—Señor. A Fred y a Nobby se les dan muy, muy bien las cosas simples.

El patricio apartó la vista y contempló la ciudad.

—Ah —dijo en voz más baja—. Hombres simples para ver las verdades simples.

—Así es, señor.

—Aprende usted deprisa, Vimes.

—No sabría decirle, señor.

—¿Y cuando hayan encontrado la verdad simple, Vimes?

—No se puede discutir con la verdad, señor.

—En mi experiencia, Vimes, se puede discutir con cualquier cosa.

\* \* \*

Después de que Vimes se fuera, lord Vetinari se quedó un rato sentado a su mesa, mirando a la nada. Luego sacó una llave de un cajón y caminó hasta una pared, donde presionó sobre una zona en concreto.

Se oyó el traqueteo de un contrapeso. La pared se retiró hacia dentro.

El patricio caminó con pasos suaves por el pasadizo que había al otro lado. Aquí y allí estaba iluminado por un resplandor muy tenue procedente de los bordes de los pequeños paneles que, si se retiraban con cuidado, permitían ver a través de los ojos de una serie de retratos convenientemente situados.

Eran la reliquia de un gobernante anterior. Vetinari nunca se molestaba en usarlos. Mirar por los ojos de otra persona no era un buen truco.

Tuvo que ascender un poco por unas escaleras oscuras y recorrer varios pasillos mohosos. De vez en cuando efectuaba movimientos cuyo significado tal vez no fuera evidente de inmediato. Tocaba una pared aquí y aquí, al pasar aparentemente sin pensarlo. En cierto pasillo enlosado, iluminado solamente por la luz gris que entraba por una ventana olvidada por todo el mundo salvo por las moscas más optimistas, dio la impresión de que estaba jugando a la rayuela, con la túnica ondeando a su alrededor y los tobillos centelleando mientras saltaba de piedra a piedra.

Ninguna de aquellas actividades diversas pareció causar ningún efecto. Al final de todo llegó a una puerta y la abrió con la llave. Lo hizo con cierta cautela.

El aire del otro lado estaba cargado de un olor acre, y el «pop-pop» continuo que había empezado a oír al principio del pasillo sonaba ahora bastante fuerte. El ruido titubeó un momento, fue seguido por un estallido mucho más fuerte y por fin una pieza de metal caliente pasó girando junto a la oreja del patricio y se incrustó en la pared.

En medio del humo una voz dijo:

—Oh, cielos.

No sonaba infeliz, sino más bien como la voz que uno podía usar para dirigirse a un cachorrillo dulce y obsequioso que, a pesar de todo el esfuerzo invertido en él, estaba sentado al lado de una mancha mojada cada vez más grande en la alfombra.

A medida que se disipaban las volutas, la figura borrosa del hombre que acababa de hablar se giró hacia Vetinari con una sonrisita pálida y dijo:

—¡Nada menos que quince segundos esta vez, milord! No hay duda de que el principio es sólido.

Aquel era uno de los rasgos de Leonardo de Quirm: se sacaba conversaciones de la manga, daba por sentado que todo el mundo era un amigo con sus mismos intereses y actuaba como si cualquiera fuese igual de inteligente que él.

Vetinari echó un vistazo a un pequeño montón de metal doblado y retorcido.

—¿Qué era eso, Leonardo? —preguntó.

—Un aparato experimental para convertir energía química en movimiento rotativo —dijo Leonardo—. El problema, ¿sabe? es introducir las bolitas de pólvora negra en la cámara de combustión a la velocidad exacta y a razón de una cada vez. Si dos se prenden fuego juntas, bueno, lo que tenemos entonces es el motor de combustión externa.

—Y, ejem, ¿cuál sería su propósito? —preguntó el patricio.

—Creo que podría reemplazar al caballo —dijo Leonardo, orgulloso.

Los dos miraron la cosa siniestrada.

—Una de las ventajas que la gente señala a menudo de los caballos —dijo Vetinari, después de pensarlo un poco— es que muy pocas veces explotan. Casi nunca, en mi experiencia, aparte de aquel episodio desafortunado hace unos veranos, cuando hizo tanto calor. —Con sumo cuidado usó los dedos para sacar algo del revoltijo. Era un par de tubos, hechos de algún material blando y peludo y unidos por un cordel. Tenían puntos pintados.

—¿Dados? —dijo.

Leonardo sonrió, con cierto aire avergonzado.

—Sí. No sé por qué pensé que ayudarían a mejorar el invento. Era solo, bueno, una idea. Ya sabe cómo son estas cosas.

Lord Vetinari asintió. Sabía cómo eran. Lo sabía mucho mejor que Leonardo de Quirm, y esa era la razón de que solamente hubiera una llave que abría aquella puerta y que la tuviera él. No es que el hombre fuera un prisionero, salvo según criterios tediosos, mediocres. La verdad es que parecía bastante agradecido de estar encerrado en aquel desván luminoso y espacioso, con tanta madera, papel, barras de carboncillo y pintura como deseara y sin tener que pagar facturas de alquiler o comida.

En cualquier caso, no se podía encarcelar de verdad a alguien como Leonardo de Quirm. Lo más que se podía hacer era encerrar su cuerpo. Solamente los dioses sabían adonde iba su mente. Y aunque tenía tanta inteligencia que se le escapaban borbotones continuamente, no era capaz de decirte en qué dirección soplaba el viento político ni que le pusieras velas.

El increíble cerebro de Leonardo chisporroteaba de forma alarmante, como una sartén de patatas sobrecargada en los Fogones de la Vida. Era imposible saber qué se le iba a ocurrir a continuación, puesto que el universo entero lo reprogramaba constantemente. La simple visión de una cascada o de un pájaro planeando lo mandaba rodando por una nueva pendiente de especulación práctica que invariablemente terminaba con un montón de alambres y muelles y un grito de «creo que ya sé en qué me he equivocado». Había sido miembro de la mayoría de gremios de oficios de la ciudad pero lo habían expulsado por sacar notas imposiblemente altas en los exámenes o, en algunos casos, por corregir las preguntas. Se decía que había hecho explotar accidentalmente el Gremio de Alquimistas sin usar nada más que un vaso de agua, una cucharada de ácido, dos trozos de alambre y una pelota de ping-pong.

Cualquier gobernante sensato habría matado a Leonardo, y lord Vetinari era sensato en extremo y a menudo se preguntaba por qué no lo había hecho. Había llegado a la conclusión que era porque, atrapada en el ámbar inestimable y lleno de curiosidad de la mente gigantesca de Leonardo, debajo de todo aquel brillante genio investigador, había una especie de inocencia testaruda que en hombres de menor talla podría llamarse estupidez. Era la sede y el alma de esa fuerza que, a lo largo de los milenios, había hecho que la humanidad metiera los dedos en el enchufe de la luz eléctrica del universo y jugara con el interruptor a ver qué pasaba. Y que luego se quedara muy sorprendida cuando pasaba.

En pocas palabras, podía ser útil. Y si el patricio era algo, era el equivalente político de esa viejecita que guarda los trozos de cordel porque nunca se sabe cuándo pueden ir bien.

Al fin y al cabo, nunca se puede hacer planes para cada eventualidad, porque eso requeriría saber lo que va a ocurrir, y si uno supiera lo que va a ocurrir, probablemente podría asegurarse de que no ocurriera, o por lo menos de que le ocurriera a otro. Así que el patricio nunca hacía planes. Los planes a menudo se convertían en un estorbo.

Y por último, mantenía a Leonardo cerca de sí porque resultaba fácil hablar con él. Nunca entendía de qué le estaba hablando lord Vetinari, tenía una visión del mundo tan compleja como la de un patito con conmoción cerebral y, por encima de todo, en realidad nunca prestaba atención. Aquello lo convertía en un confidente magnífico. Al fin y al cabo, cuando buscas el consejo de alguien ciertamente no es porque quieras que te lo dé. Simplemente quieres que esté presente mientras hablas contigo mismo.

—Acabo de preparar té —dijo Leonardo—. ¿Quiere tomarlo conmigo?

Siguió la mirada del patricio hasta una mancha marrón que subía por toda una pared y terminaba en una estrella de metal fundido sobre el yeso.

—Me temo que la máquina automática de hacer té ha fallado —dijo—. Tendré que hacerlo a mano

—Muy amable —dijo Vetinari.

Se sentó entre los caballetes y, mientras Leonardo se afanaba en la chimenea, hojeó sus últimos bocetos. Leonardo hacía bocetos de forma tan inconsciente como otra gente se rascaba. La genialidad —o cierta clase de genialidad— caía de él como si fuera caspa.

Había un dibujo de un hombre dibujando, cuyas líneas plasmaban la figura con tanta precisión que parecía salirse del papel. Y alrededor del mismo, ya que Leonardo nunca desperdiciaba espacio en blanco, había otros bocetos, dispersos sin ninguna lógica. Un pulgar. Un jarrón con flores. Un aparato que al parecer servía para afilar lápices mediante energía hidráulica...

Vetinari encontró lo que estaba buscando en la esquina inferior izquierda, embutido entre el boceto de un nuevo tipo de tuerca y una herramienta para abrir ostras. Aquello mismo, o algo que se le parecía mucho, se podía encontrar siempre en alguna parte de sus dibujos.

Una de las cosas que convertía a Leonardo en una pieza tan preciada, y que lo mantenía encerrado tan a cal y canto, era que en realidad no veía ninguna diferencia entre el pulgar y las rosas y el afilador de lápices y aquello.

—Ah, el autorretrato —dijo Leonardo, regresando con dos tazas.

—Sí, eso es —dijo Vetinari—. Pero lo que me ha llamado la atención ha sido este dibujito de aquí. La máquina de guerra...

—Ah, ¿eso? Si no es nada. ¿Se ha fijado alguna vez en cómo el rocío de las rosas...?

—Esta parte de aquí... ¿para qué es? —preguntó Vetinari, señalando de forma insistente.

—Ah, ¿eso? No es más que el brazo de la catapulta que lanza bolas de azufre fundido —dijo Leonardo, cogiendo un plato de pastas para el té—. Calculo que deberían tener un alcance de casi un kilómetro, si uno desprende la correa sin fin de las ruedas de dirección y usa el buey para enrollar el cabrestante.

—¿En serio? —dijo Vetinari, contemplando las partes cuidadosamente numeradas—. ¿Y se podría construir?

—¿Cómo? Oh, sí. ¿Quiere una galleta de coco? En teoría.

—¿En teoría?

—Nadie querría hacerlo nunca. ¿Provocar una lluvia de fuego inapagable encima de sus congéneres? ¡Ja! —Leonardo soltó una pequeña lluvia de migas de galleta de coco—. Nunca encontraría usted a un artesano que la construyera, ni a un soldado que tirara de la palanca... La palanca es la parte 3(b) en el plano, aquí, mire...

—Ah, sí —dijo Vetinari—. En todo caso —añadió—, me imagino que estos brazos gigantescos de catapulta no podrían operarse de ninguna forma sin que se partieran...

—Madera curada de fresno y de tejo, laminada y sujeta con pernos especiales de acero —se apresuró a explicar Leonardo—. Hice unos cuantos cálculos, justo ahí debajo del boceto de la luz reflejándose en una gota de lluvia. Como mero ejercicio intelectual, obviamente.

Vetinari paseó la mirada por varias líneas de la escritura invertida y arácnida de Leonardo.

—Oh, sí —dijo en tono lúgubre. Y dejó a un lado la hoja de papel.

—¿Le he comentado que la situación con Klatch es intensamente política? El príncipe Cadram está intentando hacer mucho y muy rápido. Necesita consolidar su posición. Depende de una serie de apoyos que son algo volátiles. Tengo entendido que hay mucha gente que conspira contra él.

—¿En serio? Bueno, es la clase de cosa que hace la gente —comentó Leonardo—. Por cierto, hace poco he estado examinando telarañas y, sé que esto le va a interesar, su fuerza en relación con su peso es mucho mayor que el mejor de nuestros cables de acero. ¿No es fascinante?

—¿Qué clase de arma tiene intención de hacer con ellas? —dijo el patricio.

—¿Perdone?

—Oh, nada. Solamente estaba pensando en voz alta.

—Y no ha tocado usted su té —dijo Leonardo.

Vetinari examinó la sala. Estaba llena de... cosas. Tubos y extrañas cometas de papel y cosas que parecían esqueletos de bestias de la antigüedad. Una de las cosas que salvaban a Leonardo, en un sentido muy real desde la perspectiva de Vetinari, era su extraña capacidad de atención. No es que se aburriera enseguida de las cosas. No parecía aburrirse de nada en absoluto. Pero como estaba interesado en todas las cosas del universo todo el tiempo, el resultado final solía ser que un artefacto experimental para destripar a la gente a distancia se convertía de pronto en una máquina de tejer cordeles y terminaba como instrumento para calcular la gravedad específica del queso.

Se distraía con tanta facilidad como un gatito. Todo aquel asunto de la máquina voladora, por ejemplo. Todavía hoy había unas alas de murciélago gigantes colgando del techo. El patricio había estado más que contento de dejarle desperdiciar su tiempo en aquella idea, porque era obvio para cualquiera que ningún ser humano sería capaz nunca de batir aquellas alas con bastante fuerza.

No tendría que haberse preocupado. Leonardo era su propia distracción. Había terminado dedicando una eternidad a diseñar una bandeja especial para que la gente pudiera comer en el aire.

Un hombre auténticamente inocente. Y sin embargo siempre, siempre había una pequeña parte de él que dibujaba aquellas máquinas endiabladamente cautivadoras, con sus nubes de humo y los diagramas meticulosamente numerados de su funcionamiento...

—¿Qué es esto? —dijo Vetinari, señalando otro dibujito más. Mostraba a un hombre que sostenía una esfera de metal grande.

—¿Eso? Oh, viene a ser un juguete, en realidad. Hace uso de las extrañas propiedades de ciertos metales por lo demás bastante inútiles. No les gusta que los aprieten. Así que hacen pum. Con extrema rapidez.

—Otra arma...

—¡Por supuesto que no, milord! ¡No sería posible usarlos como arma! Aunque se me ocurrió que podrían tener alguna aplicación en la industria minera.

—¿En serio...?

—Para cuando hiciera falta apartar montañas de en medio.

—Dígame —dijo Vetinari, dejando a un lado también aquel papel—. No tiene usted ningún pariente en Klatch, ¿verdad?

—Creo que no. Mi familia ha vivido en Quirm durante generaciones.

—Ah. Bien. Pero... en Klatch son gente muy lista, ¿no?

—Oh, en muchas disciplinas prácticamente se puede decir que pusieron el primer ladrillo. Tienen una metalistería excelente, por ejemplo.

—Metalistería... —El patricio suspiró.

—Y la alquimia, claro. El Principia Explosia de Affir Al-Quema ha sido la obra fundamental durante más de cien años.

—Alquimia —repitió el patricio, abatido—. Azufre y esas cosas...

—Sí, claro.

—Pero por lo que dice usted, todos esos grandes logros tuvieron lugar hace mucho tiempo... —Lord Vetinari hablaba como un hombre que se esforzaba por ver la luz al final del túnel.

—¡Por supuesto! ¡Estaría asombrado si desde entonces no hubieran llevado a cabo un progreso considerable! —dijo Leonardo de Quirm en tono feliz.

—¿Ah? —El patricio se hundió un poco en su silla. Ahora resultaba que el final del túnel estaba en llamas.

—Una gente espléndida y recomendable por muchas razones —dijo Leonardo—. Siempre he creído que es por la presencia del desierto. Hace que el pensamiento se acelere. Le hace a uno consciente de la brevedad de la vida.

El patricio echó un vistazo a otra página. Entre el boceto del ala de un pájaro y el dibujo meticuloso de una unión de rótula había el croquis de una cosa que tenía púas en las ruedas y espadas giratorias. Y luego estaba la máquina para quitar montañas de en medio...

—Para eso no hace falta el desierto —afirmó. Volvió a suspirar y dejó a un lado las páginas—. ¿Ha oído hablar usted del continente perdido de Leshp? —preguntó.

—Oh, sí. Hace unos años tomé unos cuantos bocetos allí —dijo Leonardo—. Tiene aspectos interesantes, por lo que recuerdo. ¿Más té? Me temo que ha dejado usted que se le enfríe ese. ¿Había algo que quisiera usted en particular?

El patricio se pellizcó el puente de la nariz.

—No estoy seguro. Se está gestando un pequeño problema. Pensé que tal vez pudiera ser usted de ayuda. Por desgracia —el patricio volvió a mirar los bocetos—, sospecho que sí puede. —Se puso de pie, se alisó la túnica y se obligó a sonreír—. ¿Tiene usted todo lo que necesita?

—Le agradecería algo más de cable —respondió Leonardo—. Y se me ha acabado el color Tierra Sombra Tostado.

—Haré que se lo manden enseguida —dijo Vetinari—. Y ahora, si me disculpa...

Abandonó la sala.

Leonardo asintió con una sonrisa mientras retiraba las tazas del té. Llevó el motor de combustión infernal al montón de chatarra que había junto a la pequeña forja, después cogió una escalera de mano y desprendió el pistón del techo.

Acababa de abrir su caballete para empezar a trabajar en un nuevo diseño cuando oyó un golpeteo lejano. Sonaba como alguien que corría pero que también se paraba de vez en cuando para dar un brinco de lado a la pata coja.

Luego hubo una pausa, como la que haría alguien al arreglarse la ropa y recobrar el aliento.

La puerta se abrió y el patricio volvió a entrar. Se sentó y miró con cautela a Leonardo de Quirm.

—¿Que tomó usted qué? —dijo.

\* \* \*

Vimes estaba dando vueltas y vueltas al capullo de clavo bajo la lupa.

—Veo marcas de dientes —dijo.

—Sí, señor —dijo Culopequeño, que representaba la totalidad del departamento forense de la Guardia—. Parece que alguien lo ha estado masticando como si fuera un mondadientes.

Vimes se reclinó en su asiento.

—Yo diría —dijo— que esto lo tocó por última vez un hombre de piel cetrina y más o menos de mi estatura. Tenía varios dientes de oro. Y barba. Y era un poco bizco de un ojo. Con cicatrices. Llevaba un arma de gran tamaño. Curva, diría yo. Y lo que llevaba en la cabeza habría que describirlo como un turbante porque no se movía lo bastante deprisa como para ser un tejón.

Culopequeño se quedó asombrada.

—Detectorear es como apostar —dijo Vimes, soltando el clavo—. El secreto es conocer de antemano el ganador. Gracias, cabo. Apunte la descripción y asegúrese de que a todo el mundo le llega una copia, por favor. Se hace llamar Ahmed Hora 71, los dioses sabrán por qué. Y luego vaya a descansar un poco.

Vimes se giró para mirar a Zanahoria y Angua, que se habían metido como habían podido en el cuarto diminuto, y le hizo una señal con la cabeza a la joven.

—He seguido el olor a clavo hasta los muelles —dijo ella.

—¿Y luego?

—Luego lo he perdido, señor. —Angua pareció avergonzada—. No he tenido ningún problema al cruzar el mercado de pescado, señor. Ni el distrito de los mataderos. Pero luego ha ido al mercado de especias.

—Ah. Ya veo. ¿Y no ha vuelto a salir?

—En cierto modo, señor. O bien ha salido en cincuenta direcciones distintas. Lo siento.

—No se puede hacer nada. ¿Zanahoria?

—He hecho lo que usted me ha dicho, señor. El tejado del edificio de la Ópera está más o menos a la distancia adecuada de nuestros blancos de tiro. He usado un arco como el que usó él, señor...

Vimes levantó el dedo. Zanahoria lo miró y luego dijo lentamente:

—... Como... el que usted encontró al lado de él...

—Bien. ¿Y?

—Es un «Tiroseguro Cinco» de Burleigh y Fuerteenelbrazo, señor. Un arco para expertos. Yo no soy un gran arquero, pero por lo menos pude darle al blanco desde esa altura. Aunque...

—Voy por delante de ti —dijo Vimes—. Tú eres un chico grandote, Zanahoria. Nuestro difunto Ossie tenía unos brazos como los de Nobby. Yo se los podría rodear con una mano.

—Sí, señor. Hacen falta cincuenta kilos de tensión. Dudo de que pudiera siquiera tirar de la cuerda hacia atrás.

—No me gustaría ver cómo lo intenta. Madre mía... Lo único que podría estar seguro de acertar con un arco así sería su propio pie. Por cierto, ¿crees que alguien te ha visto ahí arriba?

—Lo dudo, señor. Estaba justo en medio de las chimeneas y los respiraderos.

Vimes suspiró.

—Capitán, supongo que si hubiera sido en un sótano y a medianoche, a la mañana siguiente su señoría habría dicho: «¿No estaba un poco oscuro ahí abajo?».

Sacó la iconografía, que ya estaba bastante arrugada. Mostraba a Zanahoria —o por lo menos el brazo y la oreja de Zanahoria— mientras corría hacia la procesión. Y allí, entre los desfilantes que se giraban para mirarlo, estaba la cara del príncipe. No había ni rastro de Ahmed Hora 71. Pero en la soirée sí había estado, ¿verdad? Entre una cosa y otra había habido todo aquel revuelo en la puerta, gente cambiándose de sitio, pisándose las túnicas entre ellos, haciendo una escapadita al excusado, encontrándose a alguien por casualidad... Podría haber ido a cualquier parte.

—¿Y el príncipe cayó mientras llegabas hasta él? ¿Con la flecha clavada en la espalda? ¿Y todavía estaba de cara ti?

—Sí, señor. De eso estoy seguro. Todo el mundo estaba pululando a su alrededor, claro...

—Así que le disparó en la espalda un hombre que estaba delante de él y que no podría de ninguna forma haber usado el arco con el que no le disparó desde la dirección incorrecta.

Se oyeron unos golpecitos en la ventana.

—Debe de ser Tubería —dijo Vimes, sin darse la vuelta—. Lo he mandado a hacer un recado.

Tubería nunca había acabado de encajar en la Guardia. No era que no se llevara bien con la gente, porque casi nunca conocía a nadie, salvo a aquellos cuyas actividades los llevaban por encima, digamos, del nivel del segundo piso. El territorio por donde hacía la ronda el agente Tubería eran los tejados. Y la hacía muy despacio. Había asistido a la fiesta de la Vigilia de los Puercos de la Guardia y se había echado salsa de asado en las orejas para mostrar entusiasmo, pero las gárgolas se ponen muy nerviosas cuando están entre cuatro paredes al nivel del suelo, así que enseguida se había marchado por la chimenea y su matasuegras se había pasado el resto de la noche arrancando ecos solitarios por los tejados nevados.

Pero a las gárgolas se les daba muy bien vigilar, y tenían buena memoria, y sobre todo mucha, pero que mucha paciencia.

Vimes abrió la ventana. Con movimientos entrecortados, Tubería se desplegó hasta el interior de la sala y rápidamente trepó a una esquina de la mesa de Vimes, en busca de la comodidad que le reportaba.

Angua y Zanahoria contemplaron la flecha que la gárgola tenía en la mano.

—Ah, bien hecho —dijo Vimes con la misma voz tranquila—. ¿Dónde la ha encontrado, Tubería?

Tubería barbotó una serie de sílabas guturales solamente pronunciables por alguien que tuviera la boca en forma de cañería.

—En la pared del segundo piso de la tienda de costura de la plaza de las Lunas Rotas —tradujo Zanahoria.

—Ejo ej —dijo Tubería.

—Eso está apenas a medio camino de la plaza Sator, señor.

—Sí —convino Vimes—. Un hombre pequeño y débil intenta levantar un arco pesado, la flecha sale haciendo eses... Muchas gracias, Tubería. Tendrá usted una paloma extra esta semana.

—'Asas —dijo Tubería, y salió trepando por la ventana.

—¿Perdone, señor? —dijo Angua. Cogió la flecha que tenía Vimes, cerrando los ojos, y la olisqueó con avidez.

—Oh, sí... Ossie —dijo ella—. Por todas partes.

—Gracias, cabo. Siempre es mejor asegurarse.

Zanahoria cogió la flecha que tenía la mujer lobo y la miró con expresión calculadora.

—Ja. Plumas de pavo real y punta enchapada. Es la clase de cosa que compran los aficionados porque creen que mejorará su puntería por arte de magia. Una fanfarronada.

—Bien —dijo Vimes—. Tú, Zanahoria, y tú, Angua... estáis en el caso.

—Señor, no lo entiendo —dijo Zanahoria—. Estoy desconcertado. Creía que había dicho usted que Fred y Nobby estaban investigando esto...

—Sí —dijo Vimes.

—Pero...

—El sargento Colon y el cabo Nobbs están investigando por qué el difunto Ossie intentó matar al príncipe. ¿Y sabes qué? Van a encontrar montones de pistas. Simplemente lo sé. Lo noto en los huesos.

—Pero nosotros ya sabemos que él no pudo... —dijo Zanahoria.

—¿No es divertido? —dijo Vimes—. No quiero que os metáis en medio del trabajo de Fred. Vosotros... preguntad por ahí. Probad con Fui-yo Duncan, o con Sidney el Cuellituerto, ja, ese sí que tiene siempre una oreja pegada al suelo. O con el Consultorio Sentimental, o con Lily Buenrato. O con el señor Resbalón, hace tiempo que no lo veo, pero...

—Está muerto, señor —dijo Zanahoria.

—¿Cómo, Chotuno Resbalón? ¿Cuándo?

—El mes pasado, señor. Le cayó encima un somier. Un accidente muy extraño, señor.

—Nadie me lo dijo.

—Estaba usted ocupado, señor. Pero puso algo de dinero en el sobre cuando Fred lo pasó por la comisaría, señor. Diez dólares. Fred comentó que había sido usted muy generoso.

Vimes suspiró. Oh, sí, los sobres. Últimamente Fred siempre estaba dando vueltas con un sobre. Siempre había alguien que se marchaba, o un amigo de la Guardia en apuros, o bien había una rifa, o se estaba acabando otra vez el dinero para el té, o había alguna clase de explicación complicada... así que Vimes se limitaba simplemente a poner dinero. Era lo más fácil.

El viejo Chotuno Resbalón...

—Tendrías que habérmelo mencionado —le reprochó Vimes.

—Ha estado usted trabajando mucho, señor.

—¿Hay alguna otra noticia de la calle que no sepa yo, capitán?

—No se me ocurre ninguna, señor.

—Muy bien. De acuerdo... averiguad desde dónde sopla el viento. Con mucha cautela. Y... no confiéis en nadie. —Zanahoria pareció preocupado.

—Esto... Puedo confiar en Angua, ¿verdad? —dijo.

—Hombre, pues claro que...

—Y supongo que en usted también.

—En mí, vaya, es obvio. No hace falta dec...

—¿Y en la cabo Culopequeño? Puede ser muy útil.

—En Jovial, sí, ciertamente puedes confiar...

—¿Y en el sargento Detritus? Siempre me ha parecido muy de conf...

—Oh, sí, Detritus, él...

—¿Y en Nobby? ¿Puedo...?

—Zanahoria, yo entiendo a lo que se refiere —interrumpió Angua, tirándole del brazo.

Zanahoria pareció un poco alicaído.

—Nunca me han gustado... bueno, las cosas poco claras —murmuró.

—No quiero ningún informe por escrito —dijo Vimes, agradecido por aquella pequeña ayuda—. Esto es... no oficial. Pero oficialmente no oficial, ya me entendéis.

Angua asintió. Zanahoria se limitó a permanecer abatido.

Es una mujer lobo, pensó Vimes. Pues claro que lo entiende. Y lo normal sería pensar que un hombre que es técnicamente un enano sería capaz de asimilar la idea del subterfugio.

—Mira, simplemente... escuchad lo que dice la calle —dijo Vimes—. La calle lo sabe todo. Hablad con... Hugh el Ciego...

—Me temo que falleció el mes pasado —dijo Zanahoria.

—¿En serio? ¡No me lo dijo nadie!

—Creo que le envié una nota, señor.

Vimes miró con expresión culpable su mesa sobrecargada y se encogió de hombros.

—Echad un vistazo discreto a las cosas. Llegad al fondo del asunto. Y no confiéis en na... en prácticamente nadie. ¿De acuerdo? Excepto en la gente que es de fiar.

\* \* \*

—¡Vamos, abran! ¡Asunto de la Guardia! El cabo Nobbs tiró de la manga del sargento Colon y le susurró algo en el oído.

—¡No es un asunto de la Guardia! —dijo Colon, aporreando otra vez la puerta—. ¡No tenemos nada que ver con la Guardia! Somos simples civiles, ¿de acuerdo?

La puerta se abrió una rendija.

—¿Sí? —dijo una voz que contaba la calderilla.

—Tenemos que hacerle unas preguntas, señora.

—¿Sois de la Guardia? —dijo la voz.

—¡No! Creo que ya he dejado claro...

—¡Piérdete, poli!

La puerta se cerró de golpe.

—¿Seguro que es el sitio correcto, sargento?

—Harry Castañas dijo que vio que Ossie entraba aquí. ¡Venga, abra!

—Nos está mirando todo el mundo, sargento —dijo Nobby. Por toda la calle se habían abierto puertas y ventanas.

—¡Y no me llames sargento cuando vamos de paisano!

—A la orden, Fred.

—Para ti... —Colon vaciló, angustiado por su estatus—. Vaya, para ti soy Frederick, Nobby.

—Y están soltando risitas, Fred... esto... erick.

—No queremos que aquí se arme ningún follón, Nobby.

—No, Frederick. Y es Cecilio, muchas gracias.

—¿Cecilio?

—Así me llamo —dijo Nobby, con frialdad.

—Como quieras —dijo Colon—. Pero no te olvides de quién es el civil de rango superior aquí, ¿de acuerdo? Volvió a aporrear la puerta.

—¡Hemos oído que tiene una habitación en alquiler, señora!

—Brillante, Frederick —dijo Nobby—. ¡Eso ha sido una puta genialidad!

—Bueno, para algo soy sargento, ¿no? —susurró Colon.

—No.

—Ejem... no, claro... bueno, tú recuerda lo que te he dicho, ¿vale?

La puerta se abrió de golpe.

La mujer que había dentro tenía una de esas caras que se habían ido asentando con los años, como si la hubieran hecho de mantequilla y luego la hubieran dejado al sol. Pero la edad no había sido capaz de hacer gran cosa con su pelo. Era de un color rojo chillón y estaba todo recogido en lo alto como si fuera una nube de tormenta amenazante.

—¿Habitación? Tendrían que haberlo dicho —dijo ella—. Dos dólares a la semana, nada de animales, nada de cocinar y nada de chatis después de las seis de la mañana, si no les interesa hay miles a quienes sí, ¿trabajan en el circo? Tienen pinta de trabajar en el circo.

—Somos[[5]](#footnote-5)... —empezó Colon, pero se detuvo.

No cabía duda de que se podían ser muchas más cosas que policía, pero en aquel preciso momento no se le ocurría ninguna.

—... Actores —terminó Nobby.

—Entonces se paga una semana por adelantado —dijo la mujer—. Y nada de inmundas costumbres extranjeras. Esta es una casa respetable —añadió, desafiando a las evidencias acumuladas hasta entonces.

—Primero tendríamos que ver la habitación —dijo Colon.

—Vaya, vamos de exigentes, ¿eh?

Los llevó al piso de arriba.

La habitación que Ossie había dejado vacante de forma tan terminal era pequeña y tenía pocos muebles. Unas cuantas prendas de ropa colgaban de ganchos de la pared, y un montón de envoltorios y bolsas grasientas indicaba que Ossie había sido un hombre que comía, por así decirlo, de la calle.

—¿De quién son esas cosas? —dijo el sargento Colon.

—Oh, ya se ha ido. Ya le dije que no podía estar aquí si no pagaba. Lo tiraré todo antes de que se instalen ustedes.

—Nosotros se lo tiraremos —dijo el sargento Colon. Hurgó en su bolsillo y sacó un par de dólares—. Aquí tiene, señorita...

—Señora Gastado —dijo la señora Gastado. Los miró con el rabillo del ojo—. ¿Van a alojarse los dos aquí o qué?

—Ná. Yo solamente he venido a hacerle de carabina —dijo Colon, dedicándole una sonrisa amistosa a la mujer—. El pobre se tiene que sacar a las mujeres de encima en cuanto descubren su magnetismo sexual.

La señora Gastado clavó una mirada afilada en el horrorizado Nobby y salió a toda prisa de la habitación.

—¿Por qué has tenido que decir eso? —dijo Nobby.

—Nos hemos librado de ella, ¿verdad?

—¡Te estabas metiendo conmigo, no lo niegues! Solamente porque estoy pasando por un pequeño comosellame emocional, ¿eh?

—Solo era una broma, Nobby. Una broma.

Nobby echó un vistazo por debajo del camastro.

—¡Uau! —dijo, olvidándose de todos los comosellamen emocionales.

—¿Qué hay? ¿Qué hay? —preguntó Colon.

—¡Parece una colección completa de Arcos y Munición! Y... —Nobby tiró de otra pila de revistas con grabados de mala calidad hasta sacarla a la luz—. ¡Aquí está Guerrero de fortuna, mira! Y Armas de asedio fáciles...

Colon hojeó página tras página de gente muy parecida que blandía armas de destrucción personal muy parecidas.

—Hay que ser un poco raro para pasarse el día sentado leyendo estas cosas.

—Sí —dijo Nobby—. Eh, esa no las guardes, que es el número de agosto, ese no lo tengo. Espera, al fondo de todo hay una caja...

Sacó la cabeza serpenteando y tirando de una cajita. Estaba cerrada con llave, pero el metal barato cedió cuando Nobby hizo palanca accidentalmente bajo la tapa.

Hubo un resplandor de monedas de plata. De muchísimas monedas.

—Uuups... —murmuró—. Ya nos hemos metido en un lío...

—¡Es dinero klatchiano! —dijo Colon—. A veces la gente te cuela una con el cambio en vez de un medio dólar. ¡Mira, están llenas de letrajas retorcidas!

—Nos hemos metido en un lío de los gordos —siguió Nobby.

—No, no, no, esto es una Pista que hemos encontrado, detectoreando con gran paciencia —dijo el sargento Colon—. ¡Y nos va a caer una medalla más claro que el agua cuando se entere el señor Vimes!

—¿Cuánto crees que hay?

—Tiene que haber cientos y cientos de dólares al cambio —dijo Colon—. Y eso es un montón de dinero para un klatchiano. Seguro que en Klatch se puede vivir como un rey durante un año con un dólar.

—Tampoco hemos detectoreado con tanta paciencia —dudó Nobby—. Lo único que he hecho ha sido mirar debajo de la cama.

—Ah, pero eso es porque estás entrenado —dijo Colon—. A un civil cualquiera no se le ocurriría eso, ¿verdad? ¡Ah, todo empieza a tener sentido!

—¿Ah, sí? ¿Por qué iban los klatchianos a darle dinero a este tío para que disparara a otro klatchiano? —dijo Nobby.

Colon se dio un golpecito en el costado de la nariz.

—Política —dijo.

—Ah, política —dijo Nobby—. Ah, bueno,política. Ya veo. Política. Claro. Bueno, ¿y por qué?

—Aja —siguió diciendo Colon, dándose un golpecito en el otro costado de la nariz.

—¿Por qué te estás dando en la nariz, sarge?

—Me la estoy tocando —dijo Colon en tono severo—. Es para mostrar que no se me escapa nada.

—Somos de narices —dijo Nobby en tono jovial.

—Es la clase de triquiñuela que harían ellos —dijo Colon.

—¿Pagarnos para que los matemos? —dijo Nobby.

—Ah, fíjate en esto, a un señoritingo klatchiano se lo cargan aquí, y entonces ellos pueden mandar una nota con ribetes y tal diciendo: «Habéis matado a nuestro señoritingo, extranjeros sobrinos de perros, ¡esto es la guerra!». ¿Lo ves? La excusa perfecta.

—¿Hace falta una excusa para ir a la guerra? —dijo Nobby—. O sea, ¿para quién? ¿No vale con que vayas y digas: «Tú tienes montones de dinero y tierras pero yo tengo una espada muy grande así que ya estás dándome lo mío, chop chop»? Es lo que yo diría —dijo el cabo Nobbs, estratega militar—. Y ni siquiera lo diría hasta después de atacar.

—Ah, pero eso es porque no sabes nada de política —dijo Colon—. Ya no se pueden hacer esas cosas. Hazme caso, este caso apesta a política cosa mala. Es por eso que el viejo Vimes me lo ha asignado, puedes poner la mano en el fuego. Política. El joven Zanahoria lo hace bien, pero hace falta un hombre de mundo experienciado en estas situaciones políticas delicadas.

—Está claro que lo de tocarte la nariz te sale bien —dijo Nobby—. Yo no me la suelo acertar.

Pero Nobby sentía un desasosiego, si no en su nariz, entonces en el pequeño órgano que fuera que impulsaba la sangre por su cuerpo. Allí había algo raro. En la vida de Nobby casi todo era raro, así que estaba muy familiarizado con la sensación.

Examinó las paredes desnudas y luego los toscos tablones del suelo.

—Hay un poco de arena en el suelo —dijo.

—Pues mira, otra Pista —se alegró Colon—. Aquí ha estado un klatchiano. Otra cosa no, pero anda que no tienen arena en Klatch. A este todavía le quedaba en las sandalias.

Nobby abrió la ventana. Daba a un tejado que bajaba haciendo una pendiente muy suave. No sería difícil salir por allí y alejarse sobre las tejas y por el laberinto de chimeneas.

—Podría haber entrado y salido por aquí, sargento —sugirió.

—Bien pensado, Nobby. Apúntalo. Hay pruebas de complicidad y merodeo.

Nobby bajó la vista.

—Mira, hay cristales fuera, Fred...

El sargento Colon se unió a él junto a la ventana rota. Habían destrozado el cristal de uno de los batientes. Al otro lado, las esquirlas relucían sobre las tejas.

—Podría ser una pista, ¿no? —dijo Nobby, esperanzado.

—Está claro que lo es —dijo el sargento Colon—. Fíjate que los cristales han caído fuera de la ventana. Todo el mundo sabe que hay que mirar a qué lado caen los cristales. Me imagino que estaba probando su arco y se le ha disparado al cargarlo.

—Qué listo, sargento —dijo Nobby.

—Eso es detectorear —dijo Colon—. No vale solo con mirar las cosas, Nobby. También hay que pensarlas bien.

—Cecilio, sarge.

—Es Frederick, Cecilio. Vamos, creo que hemos resuelto esto de maravilla. El viejo Vimes dice que quiere un informe tut suit.

Nobby miró por la ventana rota. El tejado lindaba con la pared del fondo de un almacén mucho más grande. Por un momento se sorprendió a sí mismo pensando mal en lugar de bien, pero llegó a la conclusión de que sus ideas eran solo ideas de cabo, y que tenían un precio por idea mucho más bajo que las ideas de un sargento, así que se guardó sus ideas para sí mismo.

Mientras bajaban las escaleras, la señora Gastado los miró con recelo a través de una puerta entornada al final del pasillo, obviamente lista para cerrarla de golpe al primer indicio de cualquier clase de magnetismo sexual.

—Pero si ni siquiera sé dónde se puede conseguir un imán sexual —murmuró Nobby—. Y ella no se ha reído.

\* \* \*

... También, hemos ido a las tiendas de arcos de la calle de los Artesanos Habilidosos y le hemos enseñado la iconografía al dependiente de Burleigh y Fuerteenelbrazo, que ha admitido: es él, p. ej., se estaba refiriendo al Disjunto...

—Oh, cielos... —Los labios de Vimes se movieron un poco mientras su mirada regresaba a la parte superior de la página.

... También en adición al dinero klatchiano se conoce que uno de ellos ha estado allí debido, p. ej., a la arena del suelo...

—¿Y todavía tenía arena en las sandalias? —murmuró Vimes—. Madre mía.

—¿Sam?

Vimes levantó la vista de lo que estaba leyendo.

—Se te va a enfriar la sopa —dijo lady Sybil desde la otra punta de la mesa—. Has estado sosteniendo esa cuchara en el aire durante los últimos cinco minutos exactamente.

—Lo siento, cariño.

—¿Qué estás leyendo?

—Oh, una pequeña obra maestra —dijo Vimes, dejando a un lado el informe de Fred Colon.

—¿Es interesante? —preguntó lady Sybil, un poco agriamente.

—Prácticamente no tiene igual —dijo Vimes—. Las únicas cosas que no han encontrado son los manojos de dátiles y el camello escondido debajo de la almohada.

Su radar nupcial detectó demasiado tarde cierto frío procedente del otro lado de la vinagrera.

—¿Hay, ejem, algún problema, cariño? —dijo.

—¿Te acuerdas de cuándo fue la última vez que cenamos juntos, Sam?

—El martes, ¿no?

—Esa fue la cena anual del Gremio de Mercaderes, Sam.

A Vimes se le frunció el ceño.

—Pero tú también estabas, ¿verdad?

Otro cambio sutil en el cociente establo-de-dragones le dijo que aquella no era una respuesta bien elegida.

—Y después te largaste corriendo por aquel asunto del barbero de la calle del Brillo.

—Sweeney Jones —dijo Vimes—. Bueno, pero es que estaba matando a gente, Sybil. Lo más que se puede decir es que no era su intención. Simplemente se le daba muy mal afeitar...

—Pero no tenías que ir tú, estoy segura.

—El trabajo de policía es de veinticuatro horas al día, cariño.

—¡Solamente para ti! Tus agentes hacen sus diez horas y ya está. Pero tú siempre estás trabajando. No te sienta bien. Te pasas el día corriendo de un lado para otro y cuando me despierto en medio de la noche siempre tengo al lado un trozo de cama vacío y frío...

Los puntos suspensivos flotaron en el aire, como fantasmas de palabras por decir. Las cosas pequeñas, pensó Vimes. Así es como empieza una guerra.

—Hay tanto que hacer, Sybil —dijo, con toda la paciencia que pudo.

—Siempre ha habido mucho que hacer. Y cuanto más crece la Guardia, más cosas hay que hacer, ¿te has dado cuenta?

Vimes asintió. Era verdad. Listas de turnos, recibos, cuadernos, informes... Puede que la Guardia estuviera haciéndose notar en la ciudad o puede que no, pero ciertamente estaba asustando a muchos árboles.

—Tendrías que delegar —dijo lady Sybil.

—Eso me dice él —murmuró Vimes.

—¿Perdón?

—Pensaba en voz alta, cariño —Vimes apartó sus papeles—. Se me ocurre una cosa... pasemos una noche en casa —dijo—. Habrá un fuego agradable en la sala de estar...

—Esto... no, Sam, no lo hay.

—¿Es que el joven Forthright no ha encendido la chimenea? —Forthright era el Chico. Para Vimes había sido una novedad enterarse de que aquel era un cargo oficial dentro del servicio, pero resultaba que el trabajo del Chico era encender las chimeneas, limpiar los retretes, ayudar al jardinero y llevarse las culpas.

—Se ha marchado a hacer de tamborilero en el regimiento del duque de Eorle —dijo lady Sybil.

—¿El también? ¡Parecía un chaval listo! ¿No es demasiado joven?

—Dijo que iba a mentir sobre su edad.

—Espero que mienta sobre su talento musical. Le he oído silbar. —Vimes negó con la cabeza—. ¿Qué le ha entrado para hacer una tontería como esa?

—Cree que el uniforme impresionará a las chicas.

Sybil le dedicó una sonrisa dulce. De pronto pasar la noche en casa empezaba a resultar muy tentador.

—Bueno, no hay que ser un genio para encontrar la leñera —dijo Vimes—. Y luego podemos pasar los cerrojos en las puertas y...

Una de las puertas mencionadas tembló con el sonido de unos golpes frenéticos.

La mirada de Vimes encontró la de Sybil.

—Venga, pues. Contesta. —Suspiró y se sentó.

La puerta se abrió para dejar pasar a la cabo Culopequeño, que llegaba sin aliento.

—Tiene que... venir deprisa, señor... esta... vez es... ¡asesinato!

Vimes miró a su mujer, impotente.

—Pues claro que tienes que ir —dijo ella.

\* \* \*

Angua se estaba cepillando el pelo delante del espejo.

—Esto no me gusta —protestó Zanahoria—. No es manera de comportarse.

Ella le dio unas palmadas en el hombro.

—No te preocupes —le dijo—. Vimes nos lo ha explicado todo. Actúas como si estuviéramos haciendo algo malo.

—Me gusta estar en la Guardia —dijo Zanahoria, todavía en las simas de la tristeza—. Y hay que llevar uniforme. Si no llevas uniforme, es como espiar a la gente. Él sabe de sobra que pienso así.

Angua le miró el corto pelo rojo y las honradas orejas.

—Le he descargado de mucho trabajo —continuó Zanahoria—. Ya no tiene que ir a patrullar nunca, pero aun así sigue intentando hacerlo todo.

—Tal vez no quiera que lo ayudes tanto, ¿puede ser? —dijo ella con todo el tacto que pudo.

—Y los años no pasan en balde. Se lo he intentado hacer ver.

—Muy amable de tu parte.

—Y yo nunca he llevado ropa de paisano.

—A ti nunca te dará mucho aspecto de paisano —dijo Angua, poniéndose su chaqueta. Era un alivio no tener que llevar armadura. En cuanto a Zanahoria, no había forma de disfrazarlo. La envergadura, las orejas, el pelo rojo, la expresión de afabilidad musculosa...

—Supongo que una mujer lobo siempre va de paisano, si uno lo piensa bien —dijo Zanahoria.

—Gracias, Zanahoria. Y tienes toda la razón.

—Simplemente no me siento cómodo viviendo una mentira.

—Prueba a meterte en este pellejo.

—¿Perdona?

—Oh... nada.

\* \* \*

Janil, el hijo de Goriff, había estado enfadado. No sabía por qué. El enfado se nutría de un montón de cosas. La bomba incendiaria de la noche anterior era una gran parte. También lo eran algunas de las palabras que había estado oyendo en la calle. Había tenido una pelea con su padre sobre el hecho de enviar aquella comida a la Casa de la Guardia por la mañana. Ellos eran parte oficial de la ciudad. Tenían aquellas placas estúpidas. Tenían uniformes. Janil estaba enfadado por muchas razones, incluyendo el hecho de tener trece años.

Así que cuando a las nueve de la noche, y mientras su padre estaba cociendo pan, la puerta se había abierto de golpe y un hombre había entrado corriendo, Janil había cogido la antigua ballesta de su padre de debajo del mostrador, había apuntado adonde creía que estaba el corazón y había apretado el gatillo.

\* \* \*

Zanahoria dio un par de patadas en el suelo y miró a su alrededor.

—Aquí —dijo—. Yo estaba justo aquí. Y el príncipe estaba... en esa dirección.

Angua cruzó la plaza obedientemente. Varias personas se giraron para mirar a Zanahoria con curiosidad.

—Muy bien... para... no, un poco más... para... gira un poco a la izquierda... me refería a mi izquierda... un poco atrás... ahora levanta los brazos...

Fue a donde estaba ella y siguió su mirada.

—¿Le dispararon desde la universidad?

—Parece que desde el edificio de la biblioteca —dijo Angua—. Pero un mago no lo haría, ¿verdad? Nunca se meten en esas cosas.

—Oh, no es muy difícil entrar ahí, ni siquiera cuando las puertas están cerradas —dijo Zanahoria—. Probemos la forma extraoficial, ¿de acuerdo?

—Vale. ¿Zanahoria?

—¿Sí?

—El bigote falso... No te pega, ¿sabes? Y la nariz es demasiado rosada.

—¿No me hace pasar desapercibido?

—No. Y el sombrero... Yo también me desharía del sombrero. Es un buen sombrero, eso sí —se apresuró a añadir—. Pero un bombín marrón... No es tu estilo. No casa contigo.

—¡Exacto! —exclamó Zanahoria—. Si fuera mi estilo, la gente sabría que soy yo, ¿verdad?

—Quiero decir que te hace parecer idiota, Zanahoria.

—¿Y normalmente tengo pinta de idiota?

—No, no...

—¡Aja! —Zanahoria hurgó en el bolsillo de su abrigo largo y marrón—. He comprado este libro de disfraces en la tienda de artículos de broma del camino de Fedre, mira. Y qué casualidad, Nobby también estaba comprando allí. Le he preguntado por qué y me ha dicho que eran medidas desesperadas. ¿Qué crees que querría decir?

—No me lo puedo imaginar —dijo Angua.

—Es asombroso las cosas que tienen. Pelo falso, narices falsas, barbas falsas. Hasta... —Vaciló, y se empezó a ruborizar—. Hasta... ya sabes... pechos falsos. Para señoras. Pero no tengo ni la menor idea de por qué querrían disfrazarse esa parte.

Probablemente no la tiene, pensó Angua. Cogió el librito diminuto de Zanahoria y le echó un vistazo. Suspiró.

—Zanahoria, estos disfraces están pensados para patatas.

—¿En serio?

—Mira, están todos puestos en patatas, ¿lo ves?

—Yo pensaba que hacían de maniquís.

—Zanahoria, pone «Míster Tubérculo».

Debajo de su tupido bigote negro, Zanahoria pareció herido y perplejo.

—¿Para qué quiere disfrazarse una patata? —dijo.

Habían llegado a un callejón situado junto a la universidad. Hacía tantos siglos que el callejón se conocía como la Entrada de los Alumnos que ahora había una placa en uno de sus extremos con el nombre. Un par de estudiantes de magia pasaron a su lado.

Desde siempre, aquella entrada extraoficial a la universidad solamente la conocían los estudiantes. Lo que la mayoría de estudiantes no conseguía recordar era que los miembros del claustro también habían sido estudiantes una vez, y también que les seguía gustando salir por ahí después del cierre oficial de las puertas. Como es natural, esto provocaba cierta cantidad de vergüenza y diplomacia en las noches oscuras.

Zanahoria y Angua esperaron con paciencia mientras unos pocos alumnos más trepaban el muro, seguidos del decano.

—Buenas tardes, señor —dijo Zanahoria, educado.

—Buenas tardes a ti, Tubérculo —dijo el decano, y se adentró paseando en la noche.

—¿Lo ves?

—Ah, pero no me ha llamado Zanahoria —dijo Zanahoria—. El principio es sólido.

Se dejaron caer en los jardines de la institución académica y se dirigieron a la biblioteca.

—Estará cerrada —dijo Angua.

—Recuerda, tenemos a un hombre dentro —dijo Zanahoria, y llamó.

La puerta se abrió un poco.

—¿Ook?

Zanahoria levantó su horrible sombrerito redondo.

—Buenas tardes, señor, ¿sería tan amable de dejarnos entrar? Es un asunto de la Guardia.

—¿Ook eek ook?

—Ejem...

—¿Qué ha dicho? —dijo Angua.

—Ya que lo quieres saber, ha dicho: «Válganme los dioses, una patata andante» —tradujo Zanahoria.

El Bibliotecario miró a Angua y arrugó la nariz. No le gustaba cómo olían los hombres lobo. Pero les hizo pasar y luego los dejó esperando mientras nudilleaba hasta su mesa y rebuscaba en un cajón. Sacó una placa de Agente Especial de la Guardia sujeta por un cordel y se la colgó en la zona general donde debería haber tenido el cuello. Después se puso tan firmes como puede ponerse un orangután, que no es mucho. El simio central entiende la idea, pero las zonas periféricas tardan un poco en ponerse al día.

—¡Ook ook!

—Ha dicho: «¿En qué puedo ayudarle, capitán Tubérculo?», ¿verdad? —dijo Angua.

—Tenemos que echar un vistazo a la quinta planta, por el lado que da a la plaza —dijo Zanahoria, en tono un poco frío.

—Ook oook... ook.

—Dice que ahí solamente hay trasteros viejos —dijo Zanahoria.

—¿Y ese último «ook»? —preguntó Angua.

—«Míster Sombrero Horrible» —dijo Zanahoria.

—Y aun así todavía no ha averiguado quién eres, ¿eh? —dijo Angua.

La quinta planta era un pasillo de salas sin airear que despedía un triste olor a libros viejos y repudiados. No estaban amontonados en librerías sino en estantes amplios, atados entre sí con cordeles. Muchos estaban maltrechos y les faltaban las cubiertas. A juzgar por lo que quedaba, sin embargo, eran viejos libros de texto que ni siquiera el bibliófilo más apasionado podría tener en estima.

Zanahoria cogió un ejemplar roto de Manual de ocultismo de Woddeley. Se le cayeron varias páginas sueltas. Angua recogió una.

—«Capítulo Quince, Necromancia Elemental» —leyó en voz alta—. «Lección Uno: Uso Correcto de la Pala»...

La volvió a dejar donde estaba y olisqueó el aire. La presencia del Bibliotecario llenaba el espacio nasal como un elefante dentro de una caja de cerillas, pero...

—Aquí ha habido alguien más —dijo ella—. En los dos últimos días. ¿Podría dejarnos solos, señor? En lo tocante a olores, es usted un poco... directo...

—¿Ook?

El Bibliotecario saludó con la cabeza a Zanahoria, miró a Angua con un encogimiento de hombros y salió tranquilamente.

—No te muevas —dijo Angua—. Quédate justo donde estás, Zanahoria. No perturbes el aire...

Ella avanzó centímetro a centímetro, con mucho cuidado.

Sus oídos le dijeron que el Bibliotecario se estaba alejando por el pasillo, porque oía crujir los tablones del suelo. Pero su nariz le decía que seguía allí con ellos. Un poco más desvaído, pero...

—Voy a tener que cambiar —dijo—. Así no puedo hacerme una imagen como es debido. Es demasiado extraño.

Zanahoria cerró obedientemente los ojos. Ella le tenía prohibido mirarla en el tránsito de humana a loba, debido a la naturaleza desagradable de las formas intermedias. En Überwald la gente pasaba de una forma a la otra con tanta naturalidad como los humanos se cambiaban de abrigo, pero aun allí se consideraba de buena educación hacerlo detrás de un arbusto.

Cuando él volvió a abrir los ojos, Angua estaba avanzando con sigilo, con todo su ser concentrado en el hocico.

La presencia olfatoria del Bibliotecario era una forma compleja, un mero borrón de color púrpura allí donde se había estado moviendo pero casi una figura sólida allí donde se había quedado quieto. Las manos, la cara, los labios... dentro de unas cuantas horas no serían más que el centro de una nube en expansión, pero ahora Angua todavía podía distinguir el olor lo bastante bien como para descartarlo.

En aquel lugar solamente debían de pasar corrientes minúsculas de aire. Ni siquiera había moscas zumbando en el aire muerto que causaran un breve trastorno.

Se acercó muy despacio a la ventana. La visión era tan solo una presencia sombría, que proporcionaba el boceto a carboncillo de una sala sobre la cual los aromas pintaban sus colores gloriosos.

Junto a la ventana... junto a la ventana...

¡Sí! Allí había estado de pie un hombre, y a juzgar por el aroma había estado un tiempo sin moverse. El olor temblaba en el aire, en el límite de su pericia nasal. Las trazas ondulantes y arremolinadas decían que alguien había abierto la ventana y que la había vuelto a cerrar, ¿y no había acaso el atisbo más tenue y diminuto de que había extendido un brazo delante de sí?

Su hocico trabajaba a toda prisa, intentando discernir las formas originales a partir de los rastros que flotaban en la sala como humo muerto...

En cuanto terminó, Angua regresó a su montón de ropa y carraspeó cortésmente mientras se encajaba las botas.

—Sí que había un hombre de pie junto a la ventana —dijo—. Pelo largo, un poco seco, apesta a champú caro. Es el mismo hombre que volvió a clavar los tablones después de que Ossie entrara en la Barbacana.

—¿Estás segura?

—¿Alguna vez se equivoca esta nariz?

—Lo siento. Continúa.

—Yo diría que es robusto, un poco corpulento para su altura. No se lava mucho, pero cuando lo hace usa Jabón de Lucio-viento, la marca barata. Pero champú del caro, lo cual es raro. Botas bastante nuevas. Y un abrigo verde.

—¿Puedes oler el color?

—No. El tinte. Creo que viene de Sto Lat. Y... creo que ha disparado un arco. Un arco muy caro. Hay un matiz de seda en el aire, y de eso se hacen las cuerdas de arco más resistentes, ¿verdad? Y nadie pondría una de esas cuerdas en un arco barato.

Zanahoria se acercó a la ventana.

—Tuvo una buena perspectiva —dijo, y bajó la vista al suelo. Luego miró el antepecho. Y las estanterías cercanas.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—Yo diría que dos o tres horas.

—No se movió mucho por aquí.

—No.

—Ni fumó, ni escupió. Simplemente se quedó quieto, esperando. Un profesional. El señor Vimes tenía toda la razón.

—Mucho más profesional que Ossie —asintió Angua.

—Abrigo verde —dijo Zanahoria, como si pensara en voz alta—. Abrigo verde, abrigo verde...

—Oh... y un caso bastante serio de caspa —dijo Angua, poniéndose de pie.

—¡¿Nevado Pendiente?!

—¿Cómo?

—¿Un caso muy serio de caspa?

—Oh, sí, es...

—Es por eso que lo llaman Nevado —dijo Zanahoria—. Daceyville Pendiente, el hombre del peine reforzado. Pero me contaron que se había mudado a Sto Lat...

Y los dos dijeron al unísono:

—... Que es de donde viene el tinte...

—¿Se le da bien el tiro con arco? —preguntó Angua.

—Muy bien. Y también se le da bien matar a desconocidos.

—Entonces es un Asesino, ¿no?

—No, no. Simplemente mata a cambio de dinero. Sin ningún estilo. Nevado apenas sabe leer ni escribir.

Zanahoria se rascó la cabeza, recordando por empatia.

—Ni siquiera mira los dibujos complicados. Lo habríamos atrapado el año pasado, pero sacudió la cabeza deprisa y se largó mientras intentábamos desenterrar a Nobby. Bueno, bueno. Me pregunto dónde se aloja.

—No me pidas que lo siga por estas calles. Habrán pasado por encima de su rastro miles de personas.

—Oh, seguro que hay gente que lo sabe. En esta ciudad hay gente que lo ve todo.

\* \* \*

¿SEÑOR PENDIENTE?

Nevado Pendiente se palpó con cuidado el cuello, o por lo menos el cuello de su alma. El alma humana tiende a conservar la forma del cuerpo original durante un tiempo después de la muerte. El hábito es algo maravilloso.

—¿Quién demonios era ese tío? —preguntó.

¿NO ERA ALGUIEN A QUIEN USTED CONOCÍA? —preguntó la Muerte.

—¡Pues no! ¡No conozco a mucha gente que me corte la cabeza!

El cuerpo de Nevado Pendiente se había golpeado con la mesa al caer. Ahora había varios frascos de champú medicinal goteando y mezclando su contenido con los demás fluidos más íntimos del Pendiente cadáver.

—Esa cosa que lleva aceite especial me costó casi cuatro dólares —dijo Nevado. Y sin embargo, ahora todo parecía ligeramente... irrelevante. La Muerte era algo que ocurría a otra gente. Y en este caso la otra gente era él. Es decir, el que estaba allí en el suelo. No el que estaba allí de pie mirándole. En vida, Nevado no había podido siquiera deletrear la palabra «metafísico», pero ya estaba empezando a contemplar la vida de otra forma. Desde la parte de fuera, para empezar.

—Cuatro dólares —repitió—. ¡Ni siquiera tuve tiempo de probarlo!

NO HABRÍA FUNCIONADO —dijo la Muerte, dándole unos golpecitos en un hombro cada vez más borroso.— PERO SI ME LO PERMITE, LE SUGIERO QUE VEA EL LADO BUENO, PORQUE YA NO LE VA A HACER FALTA.

—¿Se acabó la caspa? —dijo Nevado, ahora ya bastante transparente y desvaneciéndose deprisa.

PARA SIEMPRE —dijo la Muerte.— CRÉAME.

\* \* \*

El comandante Vimes corría por las calles a oscuras, intentando abrocharse la coraza mientras corría.

—Muy bien, Jovial, ¿qué está pasando?

—Dicen que un klatchiano ha matado a alguien, señor. Hay una muchedumbre en el Callejón del Escándalo y tiene mala pinta. Me tocaba trabajo de oficina y se me ocurrió que había que decírselo a usted, señor.

—¡Correcto!

—Y además no he podido encontrar al capitán Zanahoria, señor.

Una pizca de tinta acida garabateó una entrada sutil en el libro de contabilidad del alma de Vimes.

—Oh, dioses... ¿entonces quién es el oficial al mando?

—El sargento Detritus, señor.

A la enana le dio la impresión de haberse detenido de repente. El comandante Vimes se había convertido en un borrón que ya apenas se veía a lo lejos.

\* \* \*

Con la expresión tranquila de alguien que estaba cumpliendo metódicamente con su deber, Detritus levantó a un hombre del suelo y lo usó para golpear a varios hombres más. Cuando tuvo un buen espacio vacío a su alrededor y un montón gimiente de ex alborotadores, se subió encima del montón e hizo bocina con las manos a los lados de la boca.

—¡Escucharme, gente!

Un troll gritando a pleno pulmón se hacía oír sin problema por encima de un disturbio callejero. Cuando pareció que le prestaban atención, se sacó un pergamino de la coraza y lo blandió por encima de la cabeza.

—Esto es el Acta de Reunión —dijo—. ¿Sabéis qué significa eso? Significa que como os la lea y no os desb... disp... no os larguéis, la Guardia puede usar la fuerza mortal, ¿lo pilláis?

—¿Y qué es lo que estabas usando hasta ahora? —gimió alguien desde debajo de sus pies.

—Eso eras tú ayudando a la Guardia —dijo Detritus, recolocando su peso.

Desplegó el pergamino.

Aunque había ruido de correteos en los callejones y gritos procedentes de la calle de al lado, se expandió un círculo de silencio centrado en el troll. Un componente casi genético de los ciudadanos de Ankh-Morpork era su capacidad para identificar oportunidades de entretenimiento.

Detritus sostuvo el documento con el brazo extendido. Y luego a pocos centímetros de su cara. Probó a darle la vuelta varias veces.

Sus labios se movieron con nerviosismo.

Por fin se inclinó y se lo enseñó a la agente Visita.

—¿Qué pone aquí?

—Pone «Por la presente», sargento.

—Ya lo sabía.

Se volvió a erguir.

—Por la pre... senté... —En la frente de Detritus empezaron a formarse goterones del equivalente del sudor en los trolls—. Por la pre... senté... se pone con... ce-men-to.

—Se pone en conocimiento —susurró el agente Visita.

—Ya lo sabía. —Detritus fijó de nuevo la vista en el papel y por fin se rindió—. ¡Ya vale de estar ahí plantados oyéndome todo el día! —vociferó—. Esto es el Acta de Reunión y tenéis que leerlo todos, ¿vale? O sea que a pasarla.

—¿Y si no la leemos? —dijo una voz en la multitud.

—Tenéis que leerla. Es legal.

—¿Y luego qué pasa?

—Luego os disparo —dijo Detritus.

—¡Eso es ilegal! —dijo otra voz—. Primero has de gritar: «¡Alto, guardia armado!».

—Ah, por mí vale —dijo Detritus. Encogió un hombro gigantesco para ponerse la ballesta debajo del brazo. Era una ballesta de asedio, diseñada para ir montada encima de un carro. La flecha medía un metro y medio—. Me se hace más difícil acertar a blancos que corren.

Soltó el seguro del arma.

—¿Alguien ha terminado ya de leer la cosa esa?

—¡Sargento!

Vimes se abrió paso entre el gentío. Porque ya era un gentío. Ankh-Morpork siempre constituía un buen público.

Se oyó un «clang» al hacer Detritus el saludo marcial.

—¿Se proponía usted disparar a esta gente a sangre fría, sargento?

—Noseñor. Solo un disparo de aviso en la cabeza, señor.

—¿En serio? Pues entonces déjeme hablar un momento con ellos.

Vimes miró al hombre que tenía al lado. El hombre tenía una antorcha encendida en una mano y un palo largo de madera en la otra. Le dedicó a Vimes la mirada nerviosamente desafiante de alguien que acaba de notar que se le mueve el suelo bajo los pies.

Vimes tiró de la antorcha hacia sí y se encendió un puro.

—¿Qué está pasando aquí, amigo?

—¡Los klatchianos han estado disparando a la gente, señor Vimes! ¡Un ataque sin provocación!

—¿En serio?

—¡Ha habido muertos!

—¿Quién?

—Yo... ha habido... ¡todo el mundo sabe que han estado matando a gente! —Los pasos mentales del hombre encontraron terreno más firme—. ¿Quiénes se creen que son para venir aquí y...?

—Basta —dijo Vimes. Dio un paso atrás y levantó la voz.

—Reconozco a muchos de vosotros —dijo—. Y sé que tenéis casas a las que ir. ¿Veis esto? —Se sacó la porra de gala del bolsillo—. Aquí dice que tengo que mantener la paz. Así que dentro de diez segundos me iré a otra parte en busca de alguna paz que mantener, pero Detritus se va a quedar aquí. Y confío en que no haga nada que deshonre su uniforme. O por lo menos que no lo manche mucho.

La ironía no era un tema que aquel público dominara a nivel universitario, pero los más listos reconocieron la expresión de Vimes. Y esta decía que allí había un hombre que se estaba aferrando a su paciencia con los dientes.

La multitud se dispersó, deshilachándose por los bordes allí donde la gente se escaqueaba hacia los callejones adyacentes, tiraba sus armas improvisadas y emergía por el otro lado caminando con el paso solemne y pensativo de los ciudadanos honrados.

—Muy bien, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Vimes, volviéndose hacia el troll.

—Nos han dicho de que un chico ha disparado a un hombre —dijo Detritus—. Hemos venido aquí y enseguida ha empezado a llover gente de todas partes, todos gritando.

—Lo ha derribado igual que Hudrun derribó los antros de perdición de Ur —dijo el agente Visita.

—¿Derrib[[6]](#footnote-6)ado? —preguntó Vimes, perplejo—. ¿Ha matado a alguien?

—Con lo que maldecía el hombre, no creo, señor —respondió Detritus—. Le habían dado en el brazo. Sus amigos lo han llevado a la Casa de la Guardia a poner una queja. Era un panadero en turno de noche. Dijo que hacía tarde al trabajo, entró corriendo a pillar su cena y que al minuto siguiente estaba en el suelo.

Vimes cruzó la calle y probó a abrir la puerta de la tienda. Se abrió un poquito y después topó con algo que parecía una barricada. También había muebles amontonados contra el escaparate.

—¿Cuánta gente había aquí, agente?

—Una multitud de la misma, señor.

Y cuatro personas dentro, pensó Vimes. Una familia. La puerta se movió una pizca y Vimes se dio cuenta de que se estaba echando a tierra antes incluso de que asomara la ballesta.

Se oyó el «zung» de la cuerda. La flecha salió no tan disparada como dando tumbos. Voló trazando una espiral descabellada por el callejón y ya casi avanzaba de lado cuando chocó con la pared de enfrente.

—Miren —dijo Vimes, sin incorporarse pero levantando la voz—. Si le han acertado a alguien con ese trasto, tiene que haber sido por accidente. Habla la Guardia. Abran la puerta. Si no, la abrirá Detritus. Y cuando él abre una puerta, se queda abierta. ¿Me entienden?

No hubo respuesta.

—Muy bien. Detritus, acércate aquí...

Se oyó una discusión entre dientes en el interior y luego el ruido de alguien arrastrando muebles por el suelo.

Probó la puerta. Ahora se abrió sin problemas.

La familia estaba al fondo de la sala. Vimes sintió que lo miraban ocho ojos. La atmósfera producía una sensación calurosa y preocupante, aderezada con el olor a comida quemada.

El señor Goriff sostenía la ballesta con cautela, y la expresión de la cara de su hijo le dijo a Vimes gran parte de lo que necesitaba saber.

—Muy bien —dijo—. Ahora escúchenme todos. No voy a detener a nadie ahora mismo, ¿de acuerdo? Esto suena a una de esas cosas que hacen bostezar a su señoría. Pero estarían mejor si pasaran el resto de la noche en la Casa de la Guardia. No me sobran hombres para dejarlos montando guardia aquí. ¿Lo entienden? Podría detenerlos sin problemas. Pero esto es una simple petición.

El señor Goriff carraspeó.

—¿El hombre al que disparé...? —empezó a decir, y dejó la pregunta y la mentira suspendidas en el aire.

Vimes se obligó a sí mismo a no mirar al chico.

—No está malherido —dijo.

—Entró... corriendo —dijo el señor Goriff—, y después de lo de anoche...

—¿Creyó usted que lo estaban atacando otra vez y agarró la ballesta?

—Sí —dijo el chico, desafiante, antes de que su padre pudiera contestar.

Hubo una breve discusión en klatchiano. Luego el señor Goriff dijo:

—¿Tenemos que irnos de casa?

—Por su propio bien. Intentaré poner a alguien que la vigile. Ahora cojan unas cuantas cosas y vayan con el sargento. Y déme esa ballesta.

Goriff se la entregó con cara de alivio. Era la típica Especial del Sábado Noche, tan mal hecha y errática que el único lugar seguro donde ponerse cuando alguien la disparaba era justo detrás de ella, y aun entonces se corría un riesgo. Además de que nadie le había dicho a su dueño que el mejor lugar para guardarla encordada no era debajo del mostrador de una tienda llena de humo y bajo una lluvia perpetua de grasa. La cuerda estaba fláccida. Probablemente la única forma de herir a alguien de forma fiable con aquel arma era darle con ella en la cabeza.

Vimes esperó a que los hubieran acompañado fuera y echó un último vistazo al local. No era grande. En la cocina que había en la trastienda había algo picante hirviendo en una olla que se estaba quedando seca. Después de quemarse un par de veces los dedos consiguió volcar la olla sobre el fuego para apagarlo y luego, recordando vagamente que su madre hacía algo parecido, puso la olla debajo del grifo para reblandecer su contenido.

Luego tapió las ventanas lo mejor que pudo con muebles y salió, cerrando el local con llave detrás de sí. Una placa de latón discretamente evidente del Gremio de Ladrones situada encima de la puerta le decía al mundo que el señor Goriff había pagado meticulosamente su cuota anual, pero el mu[[7]](#footnote-7)ndo albergaba infinidad de peligros menos formales, así que Vimes se sacó un trozo de tiza del bolsillo y escribió en la puerta:

ESTABLECIMIENTO PROTEGIDO POR LA GUARDIA

Y en el último momento se le ocurrió firmar:

SGTO DETRITUS

En la imaginación de las mentes menos cívicas, la majestad del imperio de la ley no transmitía nada de tanto peso como el terror a Detritus.

¡El Acta de Reunión! ¿De dónde demonios había desenterrado aquello? Probablemente de Zanahoria. Vimes no recordaba cuánto hacía que no se aplicaba, y no era de extrañar cuando uno conocía el verdadero contenido de aquella ley. Ni siquiera Vetinari la usaría sin pensarlo dos veces. Ahora se había quedado en una forma de hablar: «Leer el Acta de Reunión» significaba darle una paliza a alguien. Gracias a los dioses por el analfabetismo de los trolls...

Fue al retroceder Vimes un par de pasos para admirar su caligrafía cuando vio el resplandor en el cielo por encima del Camino del Parque, casi al mismo tiempo que oía el repiqueteo de unas botas de hierro por la calle.

—Ah, hola, Culopequeño —dijo—. ¿Qué pasa ahora? No me lo diga: alguien le ha pegado fuego a la embajada de Klatch.

—Muy bien, señor —dijo la enana. Y se quedó sin saber muy bien qué hacer en medio del callejón, con cara preocupada.

—¿Y bien? —dijo Vimes.

—Esto... usted ha dicho que...

Con una sensación de congoja, Vimes recordó que el talento genérico de los enanos con el hierro solamente era comparable a la torpeza con que manejaba la ironía.

—¿La embajada klatchiana está ardiendo de verdad?

—¡Sí, señor!

\* \* \*

La señora Gastado abrió la puerta una rendija.

—¿Sí?

—Soy amigo de... —Zanahoria vaciló, preguntándose si Fred habría dado su nombre real—. Esto... un hombre gordo, con un traje que le viene pequeño...

—¿El que va con el maníaco sexual?

—¿Perdone?

—¿Un capullín flaco, que va vestido de payaso?

—Me han dicho que tenía usted una habitación —dijo Zanahoria, desesperado.

—La tienen ocupada ellos —dijo la señora Gastado, intentando cerrar la puerta.

—Me han dicho que podía usarla...

—¡No se puede subalquilar!

—¡Me han dicho que le pagara dos dólares!

La presión sobre la puerta se aflojó un poco.

—¿Además de lo que pagan ellos? —preguntó la señora Gastado.

—Por supuesto.

—Bueno... —Miró a Zanahoria de arriba abajo y se sorbió la nariz—. Muy bien. ¿En qué turno está usted?

—¿Cómo?

—Es de la Guardia, ¿verdad?

—Ejem... —Zanahoria vaciló y luego levantó la voz—. No, no soy de la Guardia. Ja, ja, ¿cree usted que soy de la Guardia? ¿Tengo pinta de ser de la Guardia?

—Pues sí —dijo la señora Gastado—. Usted es el capitán Zanahoria. Lo he visto caminando por la ciudad. Pero en fin, supongo que hasta los polis tienen que dormir en algún sitio.

En el tejado, Angua puso los ojos en blanco.

—Nada de chatis, nada de cocinar, nada de música, nada de animales —dijo la señora Gastado, mientras subía las escaleras chirriantes seguida de Zanahoria.

Angua esperó a oscuras hasta que oyó que se abría la ventana.

—Se ha ido —dijo Zanahoria entre dientes.

—En las tejas de afuera hay cristales, tal como informó Fred —dijo Angua, mientras se descolgaba por encima del alféizar. Una vez dentro de la habitación tomó aire profundamente y cerró los ojos.

Primero tuvo que olvidarse del olor de Zanahoria: sudor ansioso, jabón, los trazos persistentes del abrillantador de armaduras...

...y Fred Colon, todo sudor con un matiz de cerveza, y luego el extraño ungüento que usaba Nobby para su enfermedad cutánea, y los olores a pies, a cuerpos, a ropa, a abrillantador, a uñas...

Al cabo de una hora al ojo de la nariz le resultaba posible ver caminar a alguien de un lado a otro de la sala, congelado en el tiempo por su olor. Pero al cabo de un día los olores se entrecruzaban y se enredaban. Había que separarlos, eliminar las partes familiares, y lo que te quedaba...

—¡Están muy mezclados!

—Vale, vale —dijo Zanahoria en tono tranquilizador.

—¡Por lo menos tres personas! Pero creo que una de ellas es Ossie... El olor es más fuerte alrededor de la cama... y... Abrió mucho los ojos y bajó la vista al suelo.

—¡Es por aquí!

—¿El qué? ¿Qué?

Angua se agachó, con la nariz casi pegada a los tablones del suelo.

—¡Lo huelo pero no lo puedo ver!

Delante de ella apareció un cuchillo. Zanahoria se puso de rodillas y pasó la hoja por la ranura llena de polvo que había entre dos tablones del suelo.

Algo marrón y lleno de astillas salió de golpe. Lo habían pisado y aplastado con los pies, pero a aquella distancia hasta Zanahoria notó un olor residual a clavo.

—¿Crees que Ossie hacía muchas tartas de manzana? —susurró.

—Nada de cocinar, ¿te acuerdas! —dijo Angua, y sonrió.

—Hay algo más...

Zanahoria hizo palanca con el cuchillo para sacar más tierra y polvo. Allí había algo reluciente.

—Fred dijo que todos los cristales estaban fuera, ¿no?

—Sí.

—Bueno, ¿y si asumimos que alguien no recogió todos los pedazos después de romper la ventana para entrar?

—Para alguien a quien no le gusta mentir, Zanahoria, puedes ser bastante retorcido, ¿sabes?

—Me limito a usar la lógica. Hay cristales fuera de la ventana, pero lo único que eso quiere decir es que hay cristales fuera de la ventana. El comandante Vimes siempre dice que las pistas no existen. Que todo depende de cómo se miran.

—¿Crees que alguien entró rompiendo la ventana y luego se preocupó de sacar todos los cristales fuera?

—Podría ser.

—¿Zanahoria? ¿Por qué estamos susurrando?

—Nada de chatis, ¿te acuerdas?

—Y nada de animales —dijo Angua—. Ahí me tiene pillada por todas partes. No me mires así —añadió cuando vio la cara de él—. Solamente es de mal gusto si lo dice otro. Yo sí puedo decirlo.

Zanahoria raspó hasta sacar algunos trozos más de cristal. Angua miró debajo de la cama y sacó las revistas ajadas.

—Por los dioses, ¿de verdad la gente lee estas cosas? —dijo, hojeando Arcos y municiones—. «Probando el Locksley Ré-flex 7: Un arco que quita el hipo.» «¡Adiós a los pies! ¡Probamos los diez mejores cepos de estrella!»... ¿Y qué es esta revista? Guerrero de fortuna?

—Siempre hay pequeñas guerras en alguna parte —dijo Zanahoria sacando la caja de dinero.

—Pero ¿quieres mirar el tamaño de esta hacha de aquí? «¡La cabecera es tuya: cómprate una Burleigh y Fuertenelbrazo "Barrelascalles" y gana por un cuello!» Bueno, debe de ser verdad lo que dice de los hombres a quienes les gustan las armas grandes...

—¿Y qué dicen? —preguntó Zanahoria, levantando la tapa de la caja.

Ella le miró la coronilla. Como siempre, Zanahoria irradiaba inocencia como un sol pequeño. Pero él... Ellos... seguro que él...

—Que tienen, ejem... que tienen poca talla —dijo.

—Ah, eso es verdad —dijo Zanahoria, sacando algunas de las monedas klatchianas—. Mira a los enanos. Nada los hace más felices que un hacha tan grande como ellos. Y a Nobby le fascinan las armas y es prácticamente de tamaño enano.

—Ejem...

En teoría, Angua estaba segura de conocer a Zanahoria mejor que nadie. Y estaba bastante segura de importarle mucho. Él casi nunca lo decía, simplemente daba por sentado que ella lo sabía. Había conocido a otros hombres, aunque convertirse en loba durante parte del mes era uno de esos pequeños defectos que podían hacer cambiar de opinión a cualquier hombre normal, y eso era lo que había pasado siempre antes de Zanahoria. Y ella sabía la clase de cosas que los hombres decían en lo que se podría llamar el calor del momento y que luego olvidaban. Pero cuando Zanahoria decía cosas, se notaba que sentía que todo quedaba decidido hasta nuevo aviso, así que si ella hacía algún comentario al respecto él se quedaba sinceramente sorprendido de que ella se hubiera olvidado de lo que fuera que él había dicho, y lo más probable era que le citara el día y la hora.

Y sin embargo, todo el tiempo había cierta sensación de que la mayor parte de Zanahoria siempre estaba muy, muy adentro de sí mismo, observando lo que pasaba. Nadie podía ser tan simple, nadie podía ser tan creativamente tonto, sin ser muy inteligente. Era como ser actor. Solamente un buen actor era capaz de interpretar a un mal actor.

—Una persona más bien solitaria, nuestro Nobby —comentó Zanahoria.

—Bueno, sí...

—Pero estoy seguro de que encontrará a la persona adecuada para él —añadió Zanahoria en tono jovial.

Probablemente dentro de una botella, se dijo Angua a sí misma. Se acordaba de la conversación que había tenido con él. Era terrible pensar así, pero había algo molesto en la idea de que Nobby pudiera entrar en la piscina del caldo genético, aunque fuera en la parte poco profunda.

—¿Sabes? Es raro lo de estas monedas —dijo Zanahoria.

—¿Qué quieres decir? —dijo Angua, agradecida por la distracción.

—¿Por qué le iban a pagar en wols klatchianos? Aquí no podría gastarlos, y las tasas que ofrecen los cambistas de Ankh-Morpork no son muy buenas. —Zanahoria tiró una moneda al aire y la atrapó—. Cuando nos estábamos yendo, el señor Vimes me dijo: «Asegúrate de que encuentras el manojo de dátiles y el camello que hay escondidos debajo de la almohada». Creo que ya sé a lo que se refería.

—Arena en el suelo —asintió Angua—. ¿Verdad que es una pista muy, muy obvia? ¡Se sabe que son klatchianos por la arena que llevan en las sandalias!

—Pero estos clavos... —Zanahoria tocó con el dedo el pequeño bulbo—. Tampoco es que sea una costumbre común, ni siquiera entre los klatchianos. Esta no es una pista tan, tan obvia, ¿verdad?

—El olor es más reciente —dijo Angua—. Yo diría que estuvo aquí anoche.

—¿Después de que muriera Ossie?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Cómo lo voy a saber? ¿Y qué clase de nombre es Ahmed Hora 71? —dijo Angua.

Zanahoria se encogió de hombros.

—No lo sé. Creo que el señor Vimes piensa que hay alguien en Ankh-Morpork que quiere que creamos que los klatchianos han pagado para que mataran al príncipe. Eso suena... muy feo, pero tiene lógica. Pero no entiendo por qué un klatchiano de verdad se iba a involucrar en el asunto...

Sus miradas se encontraron.

—¿Política? —dijeron al unísono.

—A cambio de suficiente dinero, hay mucha gente que haría cualquier cosa —dijo Angua.

Se oyeron unos golpes repentinos y feroces en la puerta.

—¿Tiene usted a alguien ahí dentro? —preguntó la señora Gastado.

—¡Sal por la ventana! —dijo Zanahoria.

—¿Por qué no me quedo y le arranco la garganta? —dijo Angua—. Vale, vale, era broma, ¿de acuerdo? —dijo, pasando las piernas por encima del alféizar.

\* \* \*

Ankh-Morpork ya no tenía cuerpo de bomberos. A veces los ciudadanos tenían una forma inquietantemente directa de pensar, y la gente no había tardado en ver que había un fallo más bien evidente en la idea de pagar a un grupo de gente según el número de incendios que apagase. Cayeron todos en la cuenta justo después del Martes de Carbón.

Desde entonces habían confiado en el principio tradicional del interés propio ilustrado. La gente que vivía cerca de un edificio en llamas hacía lo que podía para apagar el incendio, porque el tejado que salvaban podía ser el de ellos.

Pero la multitud que ahora contemplaba la embajada en llamas lo estaba haciendo con miradas ausentes y vidriosas, como si todo estuviera teniendo lugar en un planeta lejano.

Los espectadores se apartaron de forma automática cuando Vimes se abrió paso a codazos hasta el espacio que quedaba ante el enrejado. Ya había llamas asomando desde todas las ventanas de la planta baja, y bajo la luz parpadeante se podían distinguir siluetas que corrían de un lado para otro.

Vimes se volvió hacia la multitud.

—¡Pero vamos! ¿Qué problema tenéis? ¡Poned en marcha una cadena de cubos!

—La puta embajada es de ellos —dijo una voz.

—Eso. Es suelo klatchiano, ¿no?

—No podemos pisar suelo klatchiano.

—Eso sería una invasión en toda regla.

—No nos han dejado —dijo un niño que sostenía un cubo.

Vimes miró la verja de la embajada. Había un par de guardias. Sus miradas preocupadas iban una y otra vez del fuego que tenían detrás a la multitud que tenían delante. Los hombres estaban nerviosos, pero eso no era lo peor, lo peor es que estaban nerviosos mientras sostenían espadas enormes en las manos.

Él se les acercó, intentando sonreír y sosteniendo su placa delante de sí. La placa tenía un escudo. No era un escudo muy grande.

—Comandante Vimes, Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork —dijo, en lo que confiaba que fuera una voz solícita y amistosa.

Un guardia le hizo un gesto para que se fuera.

—¡Lárguese!

—Ah... —dijo Vimes. Miró los adoquines de la entrada y luego volvió a mirar al guardia. En alguna parte entre las llamas había alguien gritando.

—¡Tú! ¡Ven aquí! ¿Ves esto! —le gritó al guardia, señalando hacia abajo. El hombre avanzó un paso vacilante.

—Esto de aquí es suelo de Ankh-Morpork, amigo mío —dijo Vimes—. Y tú lo estás pisando y estás obstruyendo mi... —hundió el puño con todas sus fuerzas en el estómago del guardia— ¡deber!

Ya estaba dando una patada cuando el otro guardia se le tiró encima. Vimes le dio en toda la rodilla. Algo hizo «clic». A Vimes le pareció que era su propio tobillo.

Maldiciendo y cojeando un poco, entró corriendo en la embajada y agarró de la túnica a un hombre que se estaba escabullendo.

—¿Todavía queda gente dentro? ¿Todavía hay gente dentro? —El hombre miró a Vimes con cara de pánico. El montón de papeles que llevaba en brazos se le cayó al suelo. Otra persona lo agarró del hombro.

—¿Sabe trepar usted, señor Vimes?

—¿Quién...?

El recién llegado se giró hacia el acobardado hombre de los papeles y le descargó un buen golpe en plena cara.

—¡Rescatador de papel!

Y mientras el hombre caía hacia atrás, el otro le quitó el turbante de la cabeza.

—¡Por aquí! —La figura se adentró en el humo. Vimes echó a correr detrás de él hasta que toparon con una pared por la que subía una tubería.

—¿Cómo has...?

—¡Arriba! ¡Arriba!

Vimes apoyó el pie sobre las manos entrelazadas del hombre, consiguió afianzar el otro en un soporte de la pared y se impulsó hacia arriba.

—¡Deprisa!

Consiguió medio trepar y medio izarse a sí mismo por la tubería, estallándole arriba y abajo por las piernas, pequeños fuegos artificiales de dolor, mientras alcanzaba con esfuerzo una barandilla y se dejaba caer al otro lado. El otro hombre apareció detrás de él como si hubiera subido la pared corriendo.

Llevaba una tira de tela que le ocultaba la mitad inferior de la cara. Le lanzó otra tira a Vimes.

—¡Tápese la nariz y la boca! —ordenó—. ¡Por el humo!

El tejado estaba hirviendo. Al lado de Vimes, el cañón de una chimenea escupió una lengua rugiente de llamas.

El hombre le puso en las manos el resto del turbante desenrollado.

—Vaya por este lado, yo voy por el otro —dijo la aparición, y se volvió a adentrar a toda prisa en el humo.

—Pero qu...

Vimes notaba el calor a través de las botas. Se alejó muy despacio por el tejado y oyó los gritos que venían de abajo.

Cuando se inclinó por encima del borde pudo ver la ventana que tenía a cierta distancia por debajo. Alguien debía de haber roto un cristal, porque había una mano moviéndose para llamar la atención.

En el patio exterior del edificio aumentaba la conmoción. En medio de un montón de figuras apiñadas pudo distinguir la silueta enorme del agente Dorfl, que era un gólem y ciertamente estaba fabricado a prueba de fuego. Pero a Dorfl se le daban bastante mal las escaleras. No había muchas que aguantaran su peso.

La mano que salía del humo dejó de hacer señales.

Vimes volvió a mirar hacia abajo.

¿Sabe volar usted, señor Vimes?

Miró la chimenea que eructaba llamas.

Miró el turbante desenrollado.

Una gran porción del cerebro de Sam Vimes se había apagado, aunque las partes que transmitían las descargas de dolor de sus piernas estaban funcionando con punzante eficacia. Y sin embargo, algunos pensamientos seguían activos alrededor del núcleo, y le ofrecieron la siguiente idea para su consideración:

...la tela parece resistente...

Se giró para mirar la chimenea. Parecía lo bastante recia.

La ventana estaba casi dos metros por debajo del tejado.

Vimes empezó a moverse de forma automática.

Así pues, hablando puramente en teoría, si un hombre enrollara un extremo de la tela alrededor de aquella chimenea volcánica así y la fuera soltando así y pasara al otro lado de la barandilla así y se impulsara con las piernas para alejarse de la pared así, entonces al columpiarse de vuelta sus pies deberían ser capaces de romper y atravesar el otro cristal de la ventana, así...

\* \* \*

Una carreta chirriaba por la calle mojada. Su avance era errático porque no tenía dos ruedas del mismo tamaño, de forma que se bamboleaba y se agitaba y resbalaba y probablemente requería más esfuerzo para avanzar del que ahorraba en conjunto, sobre todo teniendo en cuenta que su contenido parecía ser basura. Pero bien mirado, también lo parecía el dueño de la carreta.

Que era más o menos del tamaño de un hombre, pero iba casi doblado por la mitad y estaba cubierto de pelo o de harapos o muy posiblemente de una mezcla apelmazada de ambas cosas que estaba tan enmarañada y sucia que en ella habían echado raíces varias plantas pequeñas. Si aquella cosa hubiera dejado de caminar y se hubiera puesto en cuclillas, habría podido pasar asombrosamente bien por una pila de abono muy desatendida. Resollaba al andar.

Un pie extendido impidió su avance.

—Buenas tardes, Soplón —dijo Zanahoria mientras la carreta se detenía.

La pila de abono se detuvo. Una parte del mismo se desdobló hacia arriba.

—'jamenpaz —murmuró, desde algún lugar de las capas superiores.

—Venga, venga, Soplón, ayudémonos el uno al otro, ¿quieres? Tú me ayudas a mí y yo te ayudaré a ti.

—'talamierda, m'dero.

—Bueno, tú me dices algo que yo quiero saber —dijo Zanahoria—, y yo no te registro el carro.

—Odio a los gnolls —dijo Angua—. Huelen fatal.

—Oh, eso no es justo. Las calles estarían mucho más sucias sin ti y los tuyos, ¿verdad, Soplón? —dijo Zanahoria, hablando todavía en tono bastante agradable—. Recoges esto, recoges aquello, tal vez lo haces chocar contra una pared hasta que deja de moverse...

—L'hasclavao —dijo el gnoll. Se oyó un ruido burbujeante que podría ser una risita.

—Tengo entendido que puedes saber por dónde anda últimamente Nevado Pendiente —dijo Zanahoria.

—Nosená.

—Muy bien. —Zanahoria cogió una horca de jardín de tres dientes y rodeó la carreta, que goteaba.

—Nosená de... —se apresuró a decir el gnoll.

—¿Sí? —le animó—. Zanahoria, con la horca preparada.

—Nosená de la tienda-golosinas del callejón de la Trampal-dinero.

—¿La que tiene un letrero de Se Alquilan Habitaciones?

—'Sa es.

—Bien hecho. Gracias por ser un buen ciudadano —dijo Zanahoria—. Por cierto, de camino hacia aquí hemos pasado al lado de una gaviota muerta. Está en la calle Destilador. Apuesto a que si corres puedes llegar antes que nadie.

—'Amos p'allá —resopló el trasgo. La carreta empezó a avanzar traqueteando. Los dos guardias la vieron doblar el recodo dando bandazos y chirriando.

—En el fondo son buena gente —dijo Zanahoria—. Creo que dice mucho del espíritu de tolerancia de esta ciudad el que hasta los gnolls la puedan llamar su hogar.

—Me revuelven el estómago —replicó Angua mientras se ponían otra vez en marcha—. ¡A ese le crecían plantas!

—El señor Vimes dice que tendríamos que hacer algo por ellos —dijo Zanahoria.

—Ese hombre es todo corazón.

—Con un lanzallamas, dice.

—No funcionaría. Demasiado mohosos. ¿Alguna vez ha descubierto alguien qué es lo que comen realmente?

—Es mejor pensar en ellos como... limpiadores. La verdad es que ya no se ve tanta basura ni animales muertos en las calles como antes.

—Sí, pero ¿alguna vez has visto un gnoll con escoba y recogedor?

—Bueno, la sociedad es así, me temo —dijo Zanahoria—. Todo se le va tirando a la gente de debajo hasta que llega a alguien dispuesto a comérselo. Eso es lo que dice el señor Vimes.

—Sí —dijo Angua. Caminaron un rato en silencio y luego ella dijo—. Para ti es muy importante lo que dice el señor Vimes, ¿verdad...?

—Es un buen oficial y un ejemplo para todos nosotros.

—Y... nunca has pensado en buscar trabajo en Quirm o en alguna otra parte, ¿verdad? Ahora las otras ciudades andan locas por reclutar guardias de Ankh-Morpork.

—¿Cómo? ¿Abandonar Ankh-Morpork? —el tono de voz incluía la respuesta.

—No... supongo que no —se entristeció Angua.

—Además, no sé qué haría el señor Vimes sin mí corriendo todo el tiempo de un sitio a otro.

—Es un punto de vista, está claro —dijo Angua.

El callejón de la Trampa de Dinero no quedaba lejos. Era un gueto de lo que lord Óxido probablemente llamaría «diestros artesanos», la gente que estaba demasiado abajo en la escala social como para mover los hilos de nadie pero ligeramente demasiado arriba como para que nadie moviera los suyos. Los lijadores y barnizadores, por lo general. La gente que no tenía gran cosa pero que hasta de eso estaban orgullosos. Había pequeñas pistas. Los números de las casas brillaban, para empezar. Y en las paredes de las casas, que formaban de hecho una sola hilera continua tras siglos y siglos de construir y tabicar, se veían límites meticulosos en la pintura donde la gente había limpiado hasta el mismísimo borde de su propiedad pero ni un solo pelo hacia los lados. Zanahoria siempre decía que aquello demostraba que esta gente comprendía por instinto que la civilización se basaba en el respeto colectivo a la propiedad. Angua pensaba que no eran más que unos cabrones tacaños que te cobrarían hasta por darte la hora.

Zanahoria caminó sin hacer ruido por el callejón que se abría al lado de la tienda de golosinas. Había una escalera tosca de madera que subía al primer piso. Señaló sin decir nada el cubo de basura que había bajo los peldaños.

Parecía contener casi exclusivamente botellas.

—¿Bebía mucho? —articuló en silencio Angua. Zanahoria negó con la cabeza.

Ella se puso en cuchillas y miró las etiquetas, pero su nariz ya le estaba dando una pista. Champú Homeopático de Escurridizo. Baño de hierbas Mere & Aguijón... ¡con hierbas! Tónico capilar Enjuague y Corra — ¡con extra de hierbas!...

Y más por el estilo. Hierbas, pensó ella. Tira cuatro matojos en la olla y ya tienes hierbas...

Zanahoria estaba empezando a subir por la escalera cuando ella le puso una mano en el hombro. Había otro olor. Un olor que atravesaba todos los demás efluvios de las calles como si fuera una lanza. Un olor que la nariz de una mujer lobo siempre tenía bien sintonizado.

Él asintió y fue a la puerta con cautela. Luego señaló al suelo. Por debajo de la puerta asomaba una mancha.

Zanahoria desenvainó la espada y abrió la puerta de una patada.

Daceyville Pendiente no se había tomado a la ligera su enfermedad. Casi todas las superficies planas de la habitación estaban ocupadas por frascos de todas las formas y colores, dando testimonio tanto del arte de la alquimia como del optimismo de la humanidad.

La espuma de su último experimento seguía en un cuenco sobre la mesa, y el cuerpo que había en el suelo tenía una toalla alrededor del cuello. Los dos agentes de la Guardia se lo quedaron mirando. Lavar, marcar y cortar. Sí.

—Creo que podemos decir que el sujeto ha fallecido —dijo Zanahoria.

—Ees —dijo Angua. Cogió el frasco abierto de champú e inhaló profusamente. El aroma empalagoso a hierbas marinadas asaltó sus senos nasales, pero cualquier cosa era mejor que el olor penetrante y cautivador de la sangre.

—Me pregunto dónde tendrá la cabeza —dijo Zanahoria, en tono controlado y neutro—. Oh, ha rodado por aquí... ¿Qué es ese olor horrible?

—¡Esto! —Angua blandió el champú—. Cuatro dólares la botella. ¡Anda ya!

Angua inhaló otra vez el mejunje a base de hierbas para ahogar la llamada del lobo.

—No parece que hayan robado nada —dijo Zanahoria—. A menos que fueran muy, muy cuidadosos... ¿Qué te pasa?

—¡No preguntes!

Ella consiguió abrir una ventana y aspiró varias bocanadas enormes de aire comparativamente fresco. Entretanto, Zanahoria registraba los bolsillos del cadáver.

—Esto... ¿no podrás notar si hay un capullo de clavo por alguna parte, verdad? —dijo.

—¡Zanahoria! ¡Por favor! ¡Esta habitación tiene todo el suelo lleno de sangre! ¿Tienes la menor idea...? Perdona...

Salió corriendo y bajó las escaleras. El callejón tenía el olor genérico de los callejones de todas partes, superpuesto al olor básico de la ciudad que lo bañaba todo. Pero por lo menos no te hacía crecer el pelo ni te alargaba los colmillos. Se apoyó en la pared y luchó por recobrar el control. ¿Champú? Ella le podría haber ahorrado a Nevado una montaña de dinero con una sola mordedura precisa. Entonces sí que habría sabido lo que era tener problemas capilares de verdad...

Zanahoria bajó al cabo de un par de minutos y cerró la puerta detrás de sí.

—¿Te encuentras mejor?

—Un poco...

—Había algo más —dijo Zanahoria, pensativo—. Creo que escribió una nota antes de morir. Pero es todo bastante raro. —Le tendió lo que parecía un cuadernillo barato—. Esto habrá que examinarlo con atención. —Negó con la cabeza—. Pobre Nevado.

—¡Era un matón!

—Sí, pero es una forma fea de morir.

—¿La decapitación? Y con una espada muy afilada, por la pinta que tenía. Se me ocurren formas peores.

—Sí, pero no puedo evitar pensar que si el tipo hubiera tenido un pelo mejor o hubiera encontrado el champú adecuado siendo más joven habría llevado una vida distinta...

—Bueno, por lo menos ya no va a tener que preocuparse más de su caspa.

—Eso no ha sido de muy buen gusto.

—Lo siento, pero ya sabes que la sangre me pone tensa.

—Tu pelo siempre tiene un aspecto magnífico —dijo Zanahoria, cambiando de tema con un tacto que a Angua le pareció poco habitual—. No sé qué es lo que usas, pero es una pena que él nunca lo probara.

—Dudo que fuera a la misma tienda —dijo Angua—. En los frascos que yo suelo comprar pone: «Para un Pelaje Reluciente»... ¿Qué pasa ahora?

—¿No hueles humo? —preguntó Zanahoria.

—Zanahoria, van a pasar cinco minutos antes de que pueda oler nada salvo...

Pero él estaba mirando más allá de ella, en dirección el gran resplandor rojo del cielo.

\* \* \*

Vimes tosió. Y luego tosió más. Y por fin abrió los ojos inundados convencido de que iba a ver sus propios pulmones delante de él.

—¿Un vaso de agua, señor Vimes?

Vimes escrutó la forma borrosa de Fred Colon a través de la cortina de lágrimas.

—Gracias, Fred. ¿Qué es ese horrible olor a quemado?

—Es usted, señor.

Vimes estaba sentado sobre una tapia baja delante de las ruinas de la embajada. Lo envolvía un aire fresco. Se sentía como un filete de ternera poco hecho. El calor irradiaba de él.

—Ha estado usted perdido de conciencias un rato, señor —informó el sargento Colon—. ¡Pero todo el mundo lo ha visto columpiarse hasta esa ventana, señor! ¡Y también lanzar a esa mujer para que Detritus la atrapara! ¡Eso va a ser una pluma en su casco como que me llamo Fred, señor! Apuesto a que los cabezatra... a que los klatchianos le querrán dar la Orden del Camello o algo así por lo de esta noche, señor! —Colon sonrió, henchido de orgullo por asociación.

—Una pluma en el casco... —murmuró Vimes. Se desató el casco y con cierta medida de alegría exhausta comprobó que hasta la última pluma había quedado calcinada.

Parpadeó lentamente.

—¿Y el hombre, Fred? ¿Ha salido?

—¿Qué hombre?

—Había... —Vimes volvió a parpadear. Diversas partes de su cuerpo, conscientes de que Vimes no había estado cogiendo las llamadas, estaban haciendo cola para quejarse.

Había habido...¿un hombre? Vimes había aterrizado en una cama o algo parecido, y había una mujer intentando agarrarlo, y él había roto lo que quedaba de la ventana, había visto los brazos grandes, amplios y sobre todo fuertes de Detritus allí abajo, y había arrojado a la mujer con tanta educación como las circunstancias le habían permitido. Luego el hombre del tejado había vuelto a emerger del humo, llevando a otra figura echada al hombro, le había gritado algo y le había hecho señales para que él lo siguiera y luego...

... luego el suelo se había hundido...

—Había... otras dos personas allí dentro —dijo, tosiendo otra vez.

—Pues no han salido por la puerta principal —dijo Colon.

—¿Por dónde he salido yo?

—Oh, Dorfl estaba pisoteando el fuego de abajo, señor. Es muy práctico tener un agente hecho de cerámica. Usted ha caído justo encima de él, así que desde luego él ha dejado lo que estaba haciendo y lo ha sacado. ¡Por la mañana van a ser todo invitaciones y apretones de manos, señor!

Pues ahora mismo no había nada de eso, pensó Vimes. Seguía habiendo mucha gente en el lugar, cargados con fardos, apagando fuegos pequeños, discutiendo entre ellos... pero había un agujero enorme allí donde deberían haber estado las felicitaciones al héroe del momento.

—Oh, todo el mundo se queda siempre un poco preocupado después de una cosa como esta, señor —dijo Colon, como si le leyera el pensamiento.

—Creo que me voy a dar un baño fresquito —dijo Vimes, dirigiéndose al mundo en general—. Y luego a echar una cabezadita. Sybil tiene un ungüento maravilloso para las quemaduras... Ah, hola a los dos.

—Hemos visto el incendio... —empezó a decir Zanahoria mientras llegaba corriendo—. ¿Ya está apagado?

—¡El señor Vimes ha sido el héroe! —se emocionó el sargento Colon—. ¡Ha entrado sin pensarlo dos veces y ha salvado a todo el mundo, en la mejor tradición de la Guardia!

—¿Fred? —dijo Vimes, en tono cansino.

—¿Síseñor?

—Fred, la mejor tradición de la Guardia es fumarse un pitillo tranquilamente en algún sitio donde no sople el viento a las tres de la mañana. No nos dejemos llevar por la emoción, ¿eh?

Colon pareció abatido.

—Bueno... —empezó a decir.

Vimes se puso de pie como pudo y le dio una palmada a su sargento en la espalda.

—Oh, muy bien, es una tradición —admitió—. La próxima vez lo puedes hacer tú, Fred. Y ahora —recobró el equilibrio mientras se incorporaba—, me voy al Yard a escribir mi informe.

—Está usted cubierto de ceniza y apunto de caerse —dijo Zanahoria—. Yo de usted me iría a casa, señor.

—No, no —dijo Vimes—. Tengo que hacer el papeleo. ¿Alguien sabe qué hora es?

—¡Bíngueli-bíngueli biip! —dijo una alegre voz desde su bolsillo.

—¡Mierda! —dijo Vimes, pero ya era demasiado tarde.

—Son —dijo la voz, que tenía esa cualidad amigable y chillona que le da a uno ganas de estrangular a su propietario— como... las nueve o así.

—¿Como las nueve o así?

—Sí. Como las nueve. Exactamente como las nueve o así. —Vimes puso los ojos en blanco.

—¿Exactamente como las nueve o así? —preguntó, sacándose una cajita del bolsillo y abriendo la tapa. El demonio que había dentro le dedicó una mirada iracunda.

—Ayer —dijo el demonio— me dijo, y cito, que si No Paraba de Decir Cosas como «Exactamente las Ocho y Cincuenta y Seis con Seis Segundos» iba a Acabar Mirando un Martillo Desde Debajo. Y cuando yo dije, señor Inserte Nombre Aquí, que eso invalidaría mi garantía, usted me dijo que cogiese mi garantía y...

—Creí que había perdido usted esa cosa —dijo Zanahoria.

—Ja —dijo el Des-organizador—. ¿En serio? ¿Eso creías? Yo no diría que meter algo en el bolsillo de los pantalones justo antes de ponerlos en la colada sea «perderlo».

—Fue un accidente —murmuró Vimes.

—¿Oh? ¿Oh? Y echarme al cuenco de la comida del dragón, ¿eso también fue un accidente, entonces? —El demonio murmuró un momento para sí mismo y luego dijo—: En fin, ¿quiere usted saber sus citas para esta tarde?

Vimes miró las ruinas humeantes de la embajada.

—A ver —dijo.

—No tiene ninguna —se enfurruñó el demonio—. No me ha dicho usted ninguna.

—¿Lo ves? —dijo Vimes—. ¡Eso es justo lo que me pone furioso! ¿Por qué te las tengo que decir yo a ti? ¿Por qué no me dices tú a mí: «A las ocho o así: dispersar un disturbio en Manduca Mundana y evitar que Detritus dispare a la gente», eh?

—¡No me dijo que se lo dijera!

—¡No lo sabía! ¡Y así es como funciona la vida real! ¿Cómo te voy a decir yo que me avises de cosas que nadie sabe que van a pasar? ¡Si sirvieras para algo, ese sería tu trabajo!

—Escribe en el manual —dijo el demonio en tono malévolo—. ¿Lo sabíais todos? Este hombre escribe en el manual.

—Bueno, claro que tomo notas...

—En realidad está intentando llevar secretamente su agenda en el manual para que su esposa no se entere de que nunca se ha molestado en aprender a usarme —dijo el demonio.

—¿Y qué me dices del manual de Vimes, eh? —levantó la voz Vimes—. ¡Veo que tú nunca te has molestado en aprender a usarme a mí

El demonio vaciló un momento.

—¿Los humanos vienen con manual? —preguntó.

—¡Pues sería una idea cojonuda! —dijo Vimes.

—Cierto —murmuró Angua.

—Podría decir cosas como: «Capítulo uno: Bíngueli-bíngueli biip y otras malditas estupideces que chillarle a la gente a las seis de la mañana» —dijo Vimes con una mirada desquiciada—. Y «Preguntas frecuentes: mi propietario sigue intentando tirarme por el retrete, ¿qué estoy haciendo mal?». Y...

Zanahoria le dio un golpecito amistoso en la espalda.

—Yo de usted ficharía y me iría a casa, señor —dijo en tono amable—. Llevamos unos días muy ajetreados.

Vimes se frotó la frente.

—Digo yo que sí que me iría bien un descanso —dijo—. Vamos, aquí ya no hay nada más que ver. Vamos a casa.

—Creía que había dicho que no se iba a... —empezó Zanahoria, pero para entonces la mente de Vimes ya le estaba reprendiendo.

—Me refería al Yard, claro —dijo—. Iré a casa después.

\* \* \*

Una esfera de luz de lámpara flotaba por la biblioteca de los Ramkin, moviéndose a la deriva por los estantes de libros enormes y encuadernados en piel.

Muchos de ellos nunca habían sido leídos, Sybil lo sabía. Varios de sus antepasados simplemente se los habían encargado a los grabadores y los habían colocado en los estantes, porque una biblioteca era algo que había que tener, ya sabes, igual que unos establos y un ala para los sirvientes y algún atroz error de jardinería creado por «Jodido Estúpido» Johnson, aunque en este último caso el abuelo de Sybil había disparado al hombre antes de que pudiera causar ningún daño real.

Ella levantó la lámpara más arriba.

Los Ramkin la miraban con aire petulante desde sus marcos, a través de la pátina marrón de los siglos. Los retratos eran otra cosa que se había ido coleccionando como una simple costumbre inconsciente.

La mayoría de ellos eran hombres. Llevaban invariablemente armaduras y siempre iban a caballo. Y no había ni uno que no hubiera combatido a los enemigos jurados de Ankh-Morpork.

En los últimos tiempos aquello había sido bastante difícil y su abuelo, por ejemplo, tuvo que guiar una expedición nada menos que hasta Howondalandia para poder encontrar algunos enemigos jurados, aunque cuando se fue de allí dejó un buen suministro de ellos y también gran cantidad de palabrotas. Antaño, por supuesto, era mucho más sencillo. Los regimientos de Ramkin habían combatido a los enemigos de la ciudad por todas las Llanuras Sto y habían infligido heroicas bajas, bastante a menudo en gente de los ejércitos enemigos.

Entre los mo[[8]](#footnote-8)delos de los cuadros habían unas pocas mujeres, ninguna de las cuales sostenía nada más pesado que un guante o un pequeño dragón mascota. Su trabajo había consistido principalmente en enrollar vendajes y esperar el regreso de sus maridos con lo que a ella le gustaba pensar que era resolución y fortaleza y una esperanza general en que dichos maridos regresaran con tantos de sus trozos como fuera posible.

La cuestión era, sin embargo, que ellos nunca se lo planteaban. Había una guerra y allá que se marchaban. Si no había una guerra, se la buscaban. Ni siquiera usaban palabras como «deber». Lo llevaban todo integrado en los huesos.

Ella suspiró. Hoy en día era todo muy difícil, y lady Sybil venía de una clase social que no estaba acostumbrada a las dificultades, o por lo menos a las que no se podían resolver gritándole a un sirviente. Hacía quinientos años uno de sus antepasados le había cortado la cabeza a un klatchiano en el campo de batalla y la había llevado a casa ensartada en un palo, y nadie se había formado un mal concepto de él, sobre todo teniendo en cuenta lo que le habrían cortado los klatchianos si lo hubieran capturado a él. Parecía sencillo y directo. Tú luchabas contra ellos, ellos luchaban contra ti, todo el mundo conocía las reglas, y si te cortaban la cabeza más te valía no ponerte a burbujear por ello después.

Estaba claro que ahora las cosas eran mejores. Lo que pasaba es que también eran... más difíciles.

Y por supuesto, algunos de aquellos maridos de antaño se pasaban meses o incluso años enteros lejos de casa, y para ellos sus esposas y sus familias venían a ser como la biblioteca y los establos y la Pagoda Explosiva Johnson. Los tenían en su sitio y no pensaban mucho en ellos. Por lo menos Sam venía a casa todos los días.

Bueno, la mayoría de los días. Por lo menos cada noche. Bueno... parte de la mayoría de las noches, eso seguro. Por lo menos comían juntos. Bueno, la mayoría de las veces.

Bueno, por lo menos casi siempre empezaban a comer juntos.

Bueno, por lo menos ella sabía que él nunca estaba muy lejos, simplemente en alguna parte donde estaba intentando hacer demasiadas cosas y correr demasiado deprisa y donde la gente lo estaba intentando matar.

En conjunto, concluyó, era de lo más afortunada.

\* \* \*

Vimes se quedó mirando a Zanahoria, que estaba de pie delante de su mesa.

—Así pues, ¿qué tenemos a fin de cuentas? —dijo—. El hombre que sabemos que no se cargó al príncipe está muerto. Y el hombre que probablemente lo hizo... está muerto. Alguien ha hecho un intento bastante torpe para que parezca que Ossie estaba pagado por los klatchianos. Vale, entiendo por qué querría alguien hacer algo así. Es lo que Fred llama política. Ponen a Nevado a hacer el trabajo de verdad y él, bueno, ayuda al pobre atontado de Ossie, que está ahí para pagar el pato, y entonces la Guardia demuestra que Ossie estaba a sueldo de los klatchianos y ahí tienes otra razón para ir a la guerra. Y Nevado simplemente se esfuma pendiente abajo. Solo que alguien le curó la caspa antes de eso.

—Pero después de que él escribiese algo, señor —dijo Zanahoria.

—Ah... sí.

Vimes miró el cuadernillo que habían recogido de la habitación de Nevado. Era bastante tosco, un fajo de los trozos de papel de distintos tipos y tamaños que los grabadores vendían a bajo precio. Lo olió.

—Tiene jabón en los bordes —dijo.

—Su nuevo champú —dijo Zanahoria—. Era la primera vez que lo usaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Miramos todas las botellas del montón, señor.

—Hum. Esto parece sangre reciente, aquí en el lomo, donde las hojas están cosidas...

—De él, señor —dijo Angua.

Vimes asintió. Con Angua nunca se discutía sobre sangre.

—Pero no hay ninguna página manchada de sangre... —dijo Vimes—. Lo cual es un poco raro. La decapitación es un asunto muy sucio. La gente suele... salpicar. De manera que la primera página...

—... ha sido arrancada, señor —terminó Zanahoria, sonriendo y asintiendo—. Pero eso no es lo más raro, señor. ¡A ver si lo adivina, señor!

Vimes lo fulminó con la mirada y luego acercó más la lámpara.

—Marcas muy débiles de escritura en la página que queda encima... —murmuró—. No las puedo distinguir bien...

—Nosotros tampoco, señor. Sabemos que escribía a lápiz. Había uno sobre la mesa.

—Marcas muy, muy débiles —dijo Vimes—. Los tipos como Nevado escriben como si estuvieran cincelando sobre piedra. —Le dio la vuelta al cuaderno—. Alguien ha arrancado... no solamente la página que él había escrito, sino también las siguientes.

—Muy hábil, ¿eh, señor? Todo el mundo sabe...

—... que se puede leer la nota sospechosa mirando las marcas de la página de debajo —dijo Vimes. Volvió a tirar el cuaderno a la mesa—. Hum. Ahí tenemos un mensaje, sí...

—¿Tal vez estaba chantajeando a quien sea que está detrás de esto? —aventuró Angua.

—No es su estilo —dijo Vimes—. No, lo que yo quería decir es...

Se oyeron golpes en la puerta y entró Fred Colon.

—Le traía una taza de café —dijo—. Y hay una panda de cab... de klatchianos abajo que quieren verlo, señor Vimes. Probablemente vengan a darle una medalla y a parlotearle en esa jerga de ellos. Y si le hace cenar aunque sea tarde, la señora Goriff está haciendo cabra con arroz y salsa extranjera.

—Supongo que será mejor que baje a verlos —dijo Vimes—. Pero ni siquiera he tenido tiempo de lavarme...

—Eso es una prueba de sus hazañas heroicas —dijo Colon firmemente.

—Oh, de acuerdo.

La intranquilidad se le despertó cuando estaba a medio bajar las escaleras. Vimes nunca se había topado con un grupo de ciudadanos que quisieran darle una medalla y por lo tanto no tenía mucha experiencia en aquel sentido, pero el grupo que lo esperaba formando una piña cerca del mostrador del sargento no tenía pinta de comité de bienvenida.

Y estaba claro que eran klatchianos. Por lo menos llevaban ropa de aspecto extranjero y un par de ellos habían tomado el sol más de lo que es habitual en Ankh-Morpork. A Vimes le asaltó la sensación de que Klatch era un lugar muy grande en el cual su ciudad y la totalidad de las Llanuras de Sto se perderían, y de que allí había sitio para toda clase de gente, incluyendo el tipo bajito del fez rojo que estaba prácticamente vibrando de indignación.

—¿Es usted el tal Vimes? —exigió saber el enfezado.

—Bueno, soy el comandante Vimes...

—¡Exigimos la liberación de la familia Goriff! ¡Y no aceptaremos excusas!

Vimes parpadeó.

—¿Liberación?

—¡Los tienen encerrados! ¡Y su tienda está confiscada! Vimes se quedó mirando al hombre y luego miró al sargento Detritus, que estaba al otro lado de la sala.

—¿Dónde ha puesto a la familia, sargento?

Detritus saludó.

—En las celdas, señor.

—¡Aja! —dijo el hombre del fez—. ¡Lo admite!

—Perdone, ¿y quién es usted? —preguntó Vimes, parpadeando por el cansancio.

—¡No tengo por qué decírselo y no podrá usted sacármelo a golpes! —protestó el hombre, sacando pecho.

—Vaya, gracias por avisar —dijo Vimes—. Odio malgastar mis fuerzas.

—Ah, hola, señor Wazir —dijo Zanahoria, apareciendo detrás de Vimes—. ¿Recibió usted la nota sobre el libro aquel?

Hubo uno de esos silencios que tienen lugar cuando todo el mundo tiene que reprogramar su cara.

Luego Vimes dijo:

—¿Cómo?

—El señor Wazir vende libros en la calle Corredizo —dijo Zanahoria—. Pero pasa que le pedí unos cuantos libros sobre Klatch, ya sabe, y uno de los que me dio era El huerto perfumado, El jardín de las delicias. A mí no me importó porque los klatchianos inventaron los jardines, señor, así que pensé que podía darme una información cultural muy valiosa. Ayudarme a entrar en la mente klatchiana, por así decirlo. Pero resultó, ejem... esto... bueno, que no trataba de jardinería... esto... —Empezó a ruborizarse.

—Sí, sí, muy bien, tráigalo de vuelta si quiere —dijo el señor Wazir, con aire de haber descarrilado un poco.

—Es que pensé que tenía que saberlo usted por si no lo había... no vaya a ser que lo venda y... bueno... podría escandalizar a la gente impresionable, ya sabe, un libro como ese...

—Sí, vale...

—La cabo Angua se escandalizó tanto que no podía parar de reír —siguió diciendo Zanahoria.

—Haré que le manden su dinero inmediatamente —dijo Wazir. Su expresión se volvió nuevamente vengativa. Clavó una mirada de odio en Vimes.

—¡En estos momentos los libros no importan! ¡Le exigimos que libere ahora mismo a mis compatriotas!

—Detritus, ¿por qué demonios los has puesto en las celdas? —preguntó Vimes en tono fatigado.

—¿Qué más tenemos, señor? No están cerradas y tienen mantas limpias.

—Ahí tiene su explicación —dijo Vimes—. Son nuestros invitados.

—¡En las celdas! —dijo Wazir, regodeándose en la palabra.

—Son libres de irse cuando quieran —dijo Vimes.

—Estoy seguro de que ahora sí que lo son —dijo Wazir, apañándoselas para indicar que solamente su llegada había evitado un baño de sangre sancionado oficialmente—. ¡Puede estar seguro de que esto llegará a oídos del patricio!

—Igual que todo lo demás —dijo Vimes—. Pero si se van de aquí, ¿quién los va a proteger?

—¡Nosotros! ¡Sus compatriotas!

—¿Cómo?

Wazir estuvo a punto de ponerse firmes.

—Por la fuerza de las armas, si hace falta.

—Ah, genial —dijo Vimes—. Así habrá dos tumultos...

—¡Bíngueli-bíngueli biip!

—¡Mierda! —Vimes se dio una palmada en el bolsillo—. ¡No quiero saber que no tengo ninguna cita!

—Tiene una a las once pe eme. En la Cámara de las Ratas, en palacio —dijo el Des-organizador.

—¡No seas estúpido!

—Como quiera.

—Y cállate.

—Solamente intentaba ayudar.

—Cállate. —Vimes se volvió hacia el librero klatchiano.

—Señor Wazir, si Goriff quiere marcharse con usted, nosotros no se lo impediremos...

—¡Aja! ¡Inténtenlo si se atreven!

Vimes se dijo a sí mismo que no había razón alguna por la cual un klatchiano no pudiera ser un pequeño alborotador pomposo. Pero eso le provocaba cierta intranquilidad, como si estuviera caminando por el borde de un barranco muy profundo.

—¿Sargento Colon?

—¿Síseñor?

—Encargúese del asunto, ¿quiere?

—¡Síseñor!

—Con diplomacia.

—¡A la orden, señor! —Colon se dio un golpecito en el costado de la nariz—. ¿Esto es política, señor?

—Solo... solo ve a traer a la familia Goriff, y que ellos... —Vimes hizo un gesto vago con la mano—. Que ellos hagan lo que quieran.

Se giró y subió las escaleras.

—¡Alguien tiene que proteger los derechos de mi gente! —gritó Wazir.

Oyeron a Vimes detenerse en mitad de las escaleras. Durante un segundo la madera crujió bajo su peso. Después continuó subiendo, y varios miembros de la Guardia empezaron a respirar otra vez.

Vimes cerró la puerta de su despacho detrás de sí.

¡Política! Se sentó y escarbó entre los papeles. Era mucho más fácil pensar en crímenes. A él que le dieran crímenes buenos y honestos, de los de toda la vida.

Intentó olvidarse del mundo que lo rodeaba.

Alguien había decapitado a Nevado Pendiente. Eso estaba clarísimo. No se podía achacar a un accidente durante el afeitado, ni tampoco a ningún champú de potencia absurda.

Y Nevado había intentado disparar al príncipe.

Lo mismo que Ossie, pero Ossie solamente creía que era un asesino. Todos los demás pensaban que era un papanatas pequeñajo y rarito y tan fácil de impresionar como la arcilla mojada.

Aunque era una idea encantadora. Uno usaba a un asesino de verdad, un profesional eficaz y silencioso, y luego usaba —Vimes sonrió con amargura— a otro para pagar el pato. Y si no lo hubiera pagado con su propio pellejo, el pobre gilipollas incluso habría creído que él era el asesino.

Y se suponía que la Guardia tenía que creer que era una conjura klatchiana.

Arena en las sandalias... ¡pero qué morro! ¿Acaso lo tomaban por idiota? Deseó que Fred hubiera recogido con cuidado toda la maldita arena, porque él iba a descubrir quiénes la habían puesto allí e iba a hacer que se la comieran. Alguien quería que Vimes persiguiera a los klatchianos.

El hombre del tejado en llamas. ¿Dónde encajaba? ¿Tenía que encajar? ¿Qué recordaba de él Vimes? Llevaba túnica y tenía la cara tapada. Y una voz que no solamente estaba acostumbrada a dar órdenes —el mismo Vimes estaba acostumbrado a dar órdenes—, sino también acostumbrado a que sus órdenes fueran obedecidas, mientras que los miembros de la Guardia trataban las órdenes como si fueran sugerencias.

Pero había cosas que no tenían por qué encajar. Ahí era como las «pistas» te defraudaban. Y el maldito cuadernillo. Aquello era lo más extraño de todo. Alguien se había preocupado de arrancar varias páginas después de que Nevado escribiera lo que fuera que había escrito. Alguien lo bastante listo como para conocer el truco de buscar marcas en las páginas de debajo.

¿Entonces por qué no afanar el cuaderno entero?

Era todo demasiado complicado. Y sin embargo, en alguna parte estaba lo único que lo podía simplificar, que le daría sentido a todo y...

Dejó caer su lápiz y abrió de par en par la puerta que daba a las escaleras.

—¿Qué demonios es todo ese ruido? —gritó.

El sargento Colon estaba subiendo las escaleras.

—Eran el señor Goriff y el señor Wazir teniendo lo que se podría llamar una pelotera, señor. Alguien le pegó fuego al país del otro hace doscientos años, dice Zanahoria.

—¿Cómo, justo ahora?

—A mí me suena todo a klatchiano, señor. De todas formas, Wazir se ha marchado con la nariz en cabestrillo.

—Wazir viene de Smale, ¿sabe? —dijo Zanahoria—. Y el señor Goriff es de Elharib, y los dos países solamente hace diez años que dejaron de luchar. Por diferencias religiosas.

—¿Se les acabaron las armas? —aventuró Vimes.

—Se les acabaron las piedras, señor. Las armas se les acabaron el siglo pasado.

Vimes negó con la cabeza.

—Es algo que no me entra en la cabeza —dijo—. Gente matándose unos a otros porque sus dioses están reñidos...

—Oh, tienen el mismo dios, señor. Parece que su pelea es por una palabra de su libro sagrado, señor. Los elharibianos dicen que se traduce como «dios» y los smalíes dicen que es «hombre».

—¿Cómo se pueden confundir esas dos cosas?

—Bueno, en la escritura no hay más diferencia que un punto diminuto, ya ve. Y hay gente que dice que de todas formas es solo una cagadita de mosca.

—¿Siglos de guerra solamente porque una mosca cagó en el sitio incorrecto?

—Podría haber sido peor —dijo Zanahoria—. Si lo hubiera hecho un poquito más a la izquierda la palabra habría significado «regaliz».

Vimes negó con la cabeza. A Zanahoria se le daba bien quedarse con esa clase de cosas. Y yo sé pedir vindaloo, pensó. Que resulta que no es más que una palabra klatchiana que quiere decir «plato de cartílago que hace llorar los ojos para gallitos extranjeros idiotas».

—Ojalá entendiéramos más de Klatch —dijo.

El sargento Colon se dio unos golpecitos conspiradores en el costado de la nariz.

—Hay que conocer al enemigo, ¿eh, señor? —dijo.

—Oh, el enemigo ya lo conozco —dijo Vimes—. Es de los klatchianos que quiero aprender cosas.

—¿Comandante Vimes?

Los agentes de la Guardia se dieron la vuelta. Vimes frunció los ojos.

—Eres uno de los hombres de Óxido, ¿verdad? —El joven hizo un saludo militar.

—Teniente Avispón, señor. —Vaciló—. Esto... milord me ha mandado a preguntarle si usted y sus oficiales superiores serían tan amables de venir al palacio cuando les sea posible, señor.

—¿En serio? ¿Con esas mismas palabras?

El teniente decidió que la sinceridad era la única política.

—Lo que ha dicho en realidad es: «Tráeme aquí a Vimes y a su chusma ahora mismo», señor.

—¿Ah, sí? —dijo Vimes.

—¡Bíngueli-bingueli-biip! —dijo una vocecilla triunfal desde su bolsillo—. ¡Son exactamente las once pe eme!

\* \* \*

La puerta se abrió antes de que Nobby llamara y una mujer pequeña y robusta lo miró fijamente.

—¡Sí, soy yo! —le gritó.

Nobby se quedó con la mano en alto.

—¡Esto... ¿es usted la señora Cake? —dijo.

—Sí, pero no me gusta nada hacerlo a menos que sea por dinero.

La mano de Nobby no se movió.

—Esto... y puede predecir el futuro, ¿verdad?

Se quedaron mirándose el uno al otro. Luego la señora Cake se dio un par de golpes en la oreja y parpadeó.

—¡Caray! Me he vuelto a dejar puesta la precognición. —Su mirada se volvió vidriosa durante un momento mientras repetía la conversación que acababan de tener en la intimidad de su cabeza.

—Creo que estamos al día —dijo ella. Miró a Nobby y se sorbió la nariz—. Mejor será que entre usted. Cuidado con la alfombra, que la acabo de lavar. Y solamente le puedo dar diez minutos porque tengo el repollo en el fuego.

Llevó al cabo Nobbs a su sala de estar diminuta. Gran parte de la misma estaba ocupada por una mesa redonda cubierta por un mantel verde. Sobre la mesa había una bola de cristal, no muy bien cubierta por una funda de punto de color rosa en forma de señora con falda de miriñaque.

La señora Cake le hizo a Nobby un gesto para que se sentara. Él obedeció. El olor a repollo flotaba por la sala.

—Me habló de usted un tío en el pub —balbuce —ó Nobby—. Me ha dicho que se dedica usted al mediumeo.

—¿Quiere contarme cuál es su problema? —dijo la señora Cake. Volvió a mirar a Nobby y, con una certeza que no tenía nada que ver con la precognición y todo con la observación, añadió—: Es decir, ¿de cuál de sus problemas quiere que le hable?

Nobby tosió.

—Ejem... es un poco... ya sabe... íntimo. Asuntos del corazón, ya me entiende.

—¿Hay mujeres de por medio? —preguntó la señora Cake en tono cauteloso.

—Esto... espero que sí. ¿Qué otra cosa hay?

La señora Cake se relajó visiblemente.

—Solamente quiero saber si voy a conocer a alguna —continuó Nobby.

—Ya veo —la señora Cake hizo una especie de encogimiento de hombros facial. No le correspondía a ella decirle a la gente cómo malgastar su dinero—. Bueno, tenemos el futuro de diez peniques. Ese es lo que ves. Y tenemos el futuro de diez dólares. Ese es lo que hay.

—¿Diez dólares? ¡Es más que la paga de una semana! Mejor me quedo con el de diez peniques.

—Una elección muy sabia —dijo la señora Cake—. Déme su pata.

—Mano —dijo Nobby.

—Eso he dicho.

La señora Cake examinó la palma extendida de Nobby con cuidado de no tocarla.

—¿Va a empezar a gemir y poner los ojos en blanco y tal? —dijo Nobby, resuelto a sacar todo el provecho de sus diez peniques.

—No tengo por qué aguantar frescuras —dijo la señora Cake, sin levantar la vista—. Esa clase de...

Examinó la mano más de cerca y luego clavó en Nobby una mirada afilada.

—¿Ha estado usted jugando con esa mano?

—¿Perdón?

La señora Cake quitó la señora con miriñaque del cristal y observó sus profundidades. Al cabo de un momento negó con la cabeza.

—No sé, estoy segura... oh, bueno. —Carraspeó y puso más voz de sibila—. Señor Nobbs, lo veo a usted rodeado de damas de tez morena en un lugar caluroso. A mí me parece un poco extranjero. Se están riendo y charlando con usted... de hecho, una de ellas le acaba de dar una copa...

—¿Ninguna está gritando ni nada? —dijo Nobby, perplejo.

—No lo parece —dijo la señora Cake, tan fascinada como él—. Parecen bastante contentas.

—¿No ve usted ningún... magnetismo?

—¿Eso qué es?

—No lo sé —admitió Nobby—. Supongo que se distinguen al verlos.

La señora Cake, a pesar de cierta rigidez de carácter, no pudo evitar ser consciente de cierta evolución en las especulaciones de Nobby.

—Algunas de las damas parecen... nubiles —sugirió.

—Ah, ya —dijo Nobby, sin que su expresión cambiara en ningún sentido.

—Supongo que me entiende usted...

—Sí. Claro. Sí. Nubiles. Vale.

La señora Cake se rindió. Nobby contó diez peniques.

—Y eso va a pasar pronto, ¿no? —dijo Nobby.

—Oh, sí. No puedo ver muy lejos por diez peniques.

—Damas jóvenes y contentas... —murmuró Nobby—. Y nubiles. Es para pensárselo, está claro.

Después de que se marchara, la señora Cake regresó a su bola de cristal, husmeó en los diez dólares enteros de precognición para satisfacer su propia curiosidad y se estuvo riendo de ello toda la tarde.

\* \* \*

Vimes solamente se quedó sorprendido a medias cuando se abrieron las puertas de la Cámara de las Ratas y se encontró a lord Óxido sentado a la cabecera de la mesa. El patricio no estaba.

Pero sí se sorprendió a medias. Es decir, a cierto nivel poco profundo pensó: qué raro, pensaba que a ese hombre no se lo podía amedrentar ni con un arma de asedio. Pero a un nivel más oscuro, adonde la luz del sol no llegaba casi nunca, pensó: por supuesto. En un momento así es cuando los hombres como Óxido salen a la superficie. Es como remover una ciénaga con un palo. De pronto aparecen unas burbujas enormes en la superficie y todo huele fatal. Con todo, hizo el saludo marcial y dijo:

—¿Lord Vetinari se ha tomado unas vacaciones?

—Lord Vetinari ha dejado su puesto esta tarde, Vimes —dijo lord Óxido—. De forma temporal, claro. Solamente mientras dure esta crisis.

—¿En serio? —dijo Vimes.

—Sí. Y tengo que decir que él previo cierto... cinismo por parte de usted, comandante, y es por eso que me pidió que le diera esta carta. Verá usted que está sellada con el sello de él.

Vimes miró el sobre. Era cierto que en la cera estaba estampado el sello oficial, pero...

Su mirada se encontró con la de lord Óxido y por lo menos aquella sospecha se desvaneció. Óxido no intentaría un truco como aquel. Los hombres como Óxido tenían una especie de código moral, y había ciertas cosas que no eran honorables. Podía ser el propietario de una calle de casas abarrotadas donde la gente vivía como cucarachas y las cucarachas vivían como reyes, y no le supondría problema alguno, pero probablemente Óxido preferiría morir antes que rebajarse a la falsificación.

—Ya veo, señor —dijo Vimes—. ¿Quería verme?

—Comandante Vimes, tengo que pedirle que ponga bajo custodia a los klatchianos residentes en la ciudad.

—¿Con qué cargos, señor?

—Comandante, estamos al borde de la guerra con Klatch. Estoy seguro de que lo entiende.

—No, señor.

—Estamos hablando de espionaje, comandante. Hasta de sabotaje —dijo lord Óxido—. Para ser sinceros... vamos a poner la ciudad entera bajo la ley marcial.

—¿Sí, señor? ¿Qué clase de ley es esa, señor? —preguntó Vimes, mirando directamente al frente.

—Lo sabe muy bien, Vimes.

—¿Es esa en que uno grita «¡alto!» antes de disparar, señor, o es del otro tipo?

—Ah. Ya veo. —Óxido se puso de pie y se inclinó hacia delante—. A usted le gustaba hacerse... el listo con lord Vetinari, y por alguna razón él se lo permitía —dijo—. Yo, por otro lado, conozco a los de su calaña.

—¿Mi calaña?

—A mí me parece que las calles están llenas de crímenes, comandante. Mendicidad sin licencia, alteraciones del orden público... pero usted parece mirar para otro lado, da la impresión de que se considera por encima de esas cosas, comandante. Y no es usted más que un atrapaladrones. ¿Me está usted mirando mal, Vimes?

—Estaba intentando no mirar para otro lado, señor.

—Parece creer usted, Vimes, que la ley es alguna clase de luz enorme y reluciente en el cielo que no se puede controlar. Y se equivoca. La ley es lo que nosotros le digamos que sea. No voy a añadir «¿me entiende?» porque ya sé que me entiende, y tampoco voy a intentar razonar con usted. Reconozco a un viejo marrullero en cuanto lo veo.

—¿Marrullero? —dijo Vimes en tono débil.

—Comandante Vimes —dijo—. Había confiado en evitar esto, pero los últimos días apuntan a una sucesión de asombrosas decisiones erróneas por su parte. Al príncipe Khufurah le dispararon y usted parece haber sido incapaz de evitarlo o de encontrar al criminal responsable. Por toda la ciudad empiezan a proliferar las turbas sin que nadie se lo impida, tengo entendido que uno de sus sargentos se proponía disparar a gente inocente en la cabeza y acabamos de enterarnos de que decidió usted detener a un empresario inocente y encerrarlo en las celdas sin ninguna razón.

Vimes oyó que Colon tomaba aire bruscamente. Pero le sonó muy lejos de allí. Sentía que todo se desmoronaba debajo de sus pies, pero su mente parecía estar volando, aleteando por un cielo de color rosa donde nada importaba mucho.

—Oh, de eso no estoy seguro, señor —dijo—. Era culpable y reincidente de ser klatchiano, ¿no es cierto? ¿No es eso lo que usted quiere que haga con todos ellos?

—Y por si esto no fuera bastante —continuó Óxido, nos han dicho, y en otras circunstancias esto me resultaría muy difícil de creer, ni siquiera de un trepa como usted, que esta misma noche usted, sin que nadie lo provocara, ha asaltado a dos guardias klatchianos, ha invadido suelo klatchiano, ha entrado en los aposentos de las mujeres, secuestrado a dos ciudadanos klatchianos de sus camas, ordenado la destrucción de propiedad klatchiana y... bueno, sinceramente, ha actuado de forma bastante deshonrosa.

¿Qué sentido tiene discutir?, pensó Vimes. ¿Para qué jugar a las cartas con una baraja marcada? Y sin embargo...

—¿Dos klatchianos, señor?

—Parece que el príncipe Khufurah ha sido secuestrado, Vimes. Me cuesta creer que incluso alguien como usted intentara algo semejante, pero eso es lo que están sugiriendo los klatchianos. Lo han visto entrando ilegalmente en su territorio. Y parece usted haber sacado a rastras a una mujer indefensa de su cama. ¿Qué tiene que decir usted al respecto?

—Que en ese momento estaba en llamas, señor.

El teniente Avispón dio un paso adelante y susurró algo. Lord Óxido se calmó un poco.

—De acuerdo. Muy bien. Tal vez hubiera circunstancias atenuantes, pero políticamente ha sido una acción de lo más desacertada, Vimes. No tengo forma de saber lo que le ha pasado al príncipe, pero francamente usted parece haberse regodeado en empeorar las cosas.

—¿Sabe usted trepar, señor Vimes? —Vimes no dijo nada. Aquel otro hombre iba con un fardo grande sobre su espalda...

—Queda usted destituido de su cargo, comandante. Y la Guardia queda bajo el control directo de este consejo. ¿Queda claro?

Óxido se dirigió a Zanahoria.

—Capitán Zanahoria, muchos de nosotros hemos oído... informes positivos de usted, y por la autoridad que me es conferida lo nombro aquí y ahora comandante en funciones de la Guardia...

Vimes cerró con fuerza los ojos.

Zanahoria hizo un elegante saludo marcial.

—¡No! ¡Señor!

Vimes abrió mucho los ojos.

—¿En serio? —Óxido se quedó mirando a Zanahoria un momento largo y después se encogió vagamente de hombros—. Ah, bueno... la lealtad está bien. ¿Sargento Colon?

—¡Señor!

—Dadas las circunstancias, y puesto que usted es el suboficial con más experiencia y tiene un impolu... y tiene un expediente militar, asumirá usted el mando de la Guardia mientras dura la... crisis.

—¡Noseñor!

—Era una orden, sargento.

A Colon se le empezaron a formar goterones de sudor en el entrecejo.

—¡Noseñor!

—¡Sargento!

—¡Se lo puede meter ahí donde el sol no brilla, señor! —dijo Colon a la desesperada.

Una vez más, Vimes vio la mirada de color azul lechoso de Óxido. Óxido nunca parecía sorprenderse de nada. Y como sabía que un simple sargento nunca se atrevería a desafiarle con aquel descaro, se limitó a borrar el sargento Colon del universo inmediato.

La mirada se posó brevemente en Detritus.

Y no sabe cómo hablar con un troll, pensó Vimes. Y de nuevo se admiró, en la misma forma deslustrada que antes, al ver cómo Óxido abordaba el problema. Lo abordó fingiendo que no existía.

—¿Quién es el cabo con más veteranía de la Guardia, sir Samuel?

—Es el cabo Nobbs.

El comité formó un corrillo. Se oyó un tumulto de murmullos, en cuyo seno se pudieron distinguir varias veces las palabras «... un capullo integral...». Por fin Óxido volvió a levantar la vista.

—¿Y el que le sigue en veteranía?

—Déjeme ver... debe de ser el cabo Fuerteenelbrazo —dijo Vimes. Se sentía un poco mareado.

—Tal vez él sea un hombre capaz de obedecer órdenes.

—¡Es un enano, idiota!

En la cara de Óxido no se movió ni un músculo. Se oyó un «clinc» cuando Vimes colocó su placa con cuidado sobre la mesa.

—No tengo por qué aguantar esto —dijo Vimes en tono tranquilo.

—Ah, ¿o sea que prefiere ser un civil?

—¡Los miembros de la Guardia son civiles, maldito capullo endogámico!

El cerebro de Óxido borró los sonidos que sus oídos no podían haber oído de ninguna forma.

—Y las llaves de la armería, sir Samuel —dijo.

Las llaves tintinearon al aterrizar en la mesa.

—¿Y el resto de ustedes tiene algún gesto vacuo que hacer? —preguntó lord Óxido.

El sargento Colon se sacó la placa mugrienta del bolsillo y se quedó un poco decepcionado cuando esta no produjo ningún tintineo desafiante al tirarla sobre la mesa, sino que rebotó y rompió la jarra del agua.

—Yo tengo la placa esculpida en el brazo —atronó Detritus—. Quien quiera sacarla, que lo intente.

Zanahoria depuso su insignia con mucho cuidado.

Óxido enarcó las cejas.

—¿Usted también, capitán?

—Sí, señor.

—No me hubiera imaginado que alguien como usted...

Se detuvo y levantó la vista con gesto irrigado cuando se abrieron las puertas. Un par de guardias del palacio entraron corriendo, seguidos de un grupo de klatchianos.

El Concilio se puso de pie a toda prisa.

Vimes reconoció al klatchiano que iba en el centro del grupo. Lo había visto en eventos oficiales y, si no fuera por el hecho de que el hombre era klatchiano, lo habría catalogado como un personaje de lo más sospechoso.

—¿Quién es ese? —le susurró a Zanahoria.

—El príncipe Kalif. Es el adjunto del embajador.

—¿Otro príncipe?

El hombre se detuvo delante de la mesa, echó un vistazo a Vimes sin dar muestras de reconocerlo y le hizo una reverencia a lord Óxido.

—Príncipe Kalif —dijo lord Óxido—. Su llegada es imprevista pero aun así...

—Traigo noticias graves, milord.

Aun pasmado como estaba, una parte de Vimes registró que aquella voz era distinta. Khufurah había aprendido su segundo idioma en las calles, pero este otro había tenido tutores.

—En un momento como este, ¿qué noticia no lo es? —dijo Óxido.

—Ha tenido lugar una serie de episodios en la tierra nueva. Incidentes lamentables. Y ciertamente también en Ankh-Morpork. —Volvió a echar un vistazo a Vimes—. Aunque aquí los informes, debo decirlo, son confusos. Lord Óxido, es mi deber anunciarle que estamos técnicamente en guerra.

—¿Técnicamente en guerra? —dijo Vimes.

—Me temo que los acontecimientos no nos dejan opción —dijo Kalif—. La situación es delicada.

Saben que van a combatir, pensó Vimes. Esto es como el inicio de un baile, cuando uno se dedica a rondar y mirar a su compañera...

—Tengo que decirle que les otorgamos doce horas para sacar a todos sus ciudadanos de Leshp —dijo Kalif—. Si lo hacen ustedes, todo se resolverá de forma feliz. De momento.

—Nuestra respuesta es que somos nosotros quienes les damos doce horas para que abandonen Leshp —dijo Óxido—. Si no lo hacen... tomaremos medidas...

Kalif hizo una pequeña reverencia.

—Nos entendemos mutuamente. Le haremos llegar un documento formal en breve y, sin duda, recibiremos otro de ustedes.

—Ciertamente.

—Eh, un momento, no pueden... —empezó a decir Vimes.

—Sir Samuel, ya no es comandante de la Guardia y no tiene usted voz en este procedimiento —dijo Óxido en tono cortante. Se dirigió una vez más al príncipe.

—Es una lástima que las cosas tengan que llegar a este punto —dijo mecánicamente.

—Ciertamente. Pero llega un momento en que las palabras ya no bastan.

—Tengo que estar de acuerdo con usted. Y entonces es momento de medir las fuerzas.

Vimes paseó su mirada de horror fascinado de una cara a la otra.

—Por supuesto, les daremos tiempo para evacuar su embajada. O lo que queda de ella.

—Muy amable. Y por supuesto, les ofreceremos a ustedes la misma cortesía. —Kalif hizo una ligera reverencia.

Óxido hizo lo mismo.

—Al fin y al cabo, solamente porque nuestros países estén en guerra no es razón para que no nos respetemos entre nosotros como amigos —dijo lord Óxido.

—¿Cómo? ¡Por supuesto que lo es, joder! —exclamó Vimes—. ¡No me lo puedo creer! No pueden limitarse ustedes a... madre mía, ¿qué ha pasado con la diplomacia?

—La guerra, Vimes, es una continuación de la diplomacia por otros medios —dijo lord Óxido—. Tal como sabría usted si fuera un caballero de verdad.

—Y los klatchianos sois igual de malos —continuó Vimes—. Es por ese añojo lleno de moho verde que os vende Jenkins. Tenéis todos la Enfermedad de las Ovejas Espumeantes. No podéis quedaros ahí y...

—Sir Samuel, usted es tal como se ha esforzado en dejar claro, un civil —dijo Óxido—. ¡Y como tal, no tiene sitio aquí!

Vimes no se molestó ni en saludar, sino que dio media vuelta y abandonó la sala. El resto de la patrulla lo siguió en silencio hacia Pseudópolis Yard.

—Le he dicho que se lo metiera ahí donde el sol no brilla —dijo el sargento Colon mientras cruzaban el Puente de Latón.

—Es verdad —dijo Vimes en tono gélido—. Bien hecho.

—En su misma cara. «Donde el sol no brilla.» Así, sin más —dijo Colon. Por su tono era un poco difícil adivinar si aquello le causaba orgullo o terror.

—Me temo que lord Óxido está técnicamente en lo cierto, señor —dijo Zanahoria.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor Vimes. La seguridad de la ciudad es de importancia capital, así que en tiempos de guerra el poder civil está sometido a la autoridad militar.

—Ja

—Se lo he dicho —dijo Fred Colon—. Justo donde el sol no brilla, le he dicho.

—El adjunto del embajador no ha mencionado al príncipe Khufurah —dijo Zanahoria—. Qué raro.

—Me voy a casa —dijo Vimes.

—Ya casi hemos llegado, señor —dijo Zanahoria.

—Me refiero a casa, casa. Necesito dormir.

—Sí, señor. ¿Qué le digo a los hombres, señor?

—Diles lo que te apetezca.

—Le he mirado a los ojos y le he dicho, le he dicho, te lo puedes meter justo ahí donde el... —murmuraba el sargento Colon.

—¿Quiere que vaya con algunos muchachos a por el Óxido ese dentro de un rato? —dijo Detritus—. No cuesta nada. Seguro que es culpable de algo.

—¡No!

Ahora a Vimes se le iba tanto la cabeza que no podría tocar el suelo ni con una cuerda. Se separó de los demás delante del Yard y dejó que su cabeza lo siguiera arrastrando colina arriba y doblando el recodo y dentro de la casa y por delante de su esposa estupefacta y escaleras arriba y dentro del dormitorio, donde se dejó caer cuan largo era sobre la cama y se quedó dormido antes de tocarla.

\* \* \*

A las nueve de la mañana siguiente los primeros reclutas de la Infantería Pesada de lord Venturi desfilaron por la Vía Ancha.

Los agentes de la Guardia salieron a mirar. No tenían nada más que hacer.

—¿Ese no es el mayordomo del señor Vimes? —dijo Angua, señalando la figura envarada de Willikins, que desfilaba en primera fila.

—Sí, y el que aporrea el tambor delante es su mozo de cocina —dijo Nobby.

—Tú fuiste... militar, ¿verdad, Fred? —preguntó Zanahoria mientras el desfile les pasaba por delante.

—Sí, señor. En el Primero de Infantería Pesada del duque de Eorle, señor. Los Brolladores Friosos.

—¿Perdón? —dijo Angua.

—El apodo del regimiento. Oh, viene de hace una eternidad. Estaban acampados en la finca de alguien, tenían hambre y frío y brollaban, eso es hervir en militar, agua para el té. Y entonces se encontraron unos corrales llenos de faisanes y, bueno, ya sabes, cocidos no están nada mal... En fin, que es por eso que siempre llevábamos una pluma de faisán en los cascos. Tradicional, ¿lo ves?

La cara del viejo Fred ya se estaba arrugando para formar esa expresión blanda de alguien que ha sido atracado en el callejón de los Recuerdos.

—Hasta teníamos una canción para desfilar —dijo—. Caray, era muy difícil cantarla bien. Esto... ¿disculpa?

—Oh, no pasa nada, sargento —dijo Angua—. Me pasa a menudo que me echo a reír así sin ninguna razón.

Fred Colon volvió a escrutar la nada con expresión soñadora.

—Y por supuesto, antes de eso estuve en la Infantería de Peso Medio del duque de Quirm. Con ellos vi mucha acción.

—Estoy seguro de ello —dijo Zanahoria, mientras Angua albergaba pensamientos cínicos acerca de la distancia real del punto de vista de Fred—. Es obvio que tu distinguida carrera militar te ha proporcionado muchos recuerdos agradables.

—A las damas les gusta el uniforme —dijo Fred Colon, sin que hiciera falta añadir que a veces un chico en edad de crecer necesitaba toda la ayuda que pudiera obtener—. Y también... bueno...

—¿Sí, sarge?

Colon pareció incómodo, como si la ropa interior arrugada del pasado le rozara contra la entrepierna de la memoria.

—Era... más fácil, señor. Que ser poli, quiero decir. O sea, tú eres un soldado, ¿vale?, y los otros cabrones son el enemigo. Marchas y marchas hasta llegar a un prado enorme y todos se ponen en formación de rectángulos de esos, y luego un tío con plumas en el casco da la orden y todos se ponen formando flechas enormes y...

—Por los dioses, ¿en serio que la gente hace eso? ¡Yo creía que eran solamente los dibujos que hacían para planificar las batallas!

—Bueno, el viejo duque, señor, seguía el manual... De todas formas, solamente se trata de guardarte las espaldas y darle una buena tunda a cualquiera que lleve el uniforme equivocado. Pero... —la cara de Fred Colon se frunció en un pensamiento angustiado— bueno, cuando eres poli, en fin, no se puede distinguir a los buenos de los malos sin un mapa, señorita, y eso es lo que hay.

—Pero... estarán las leyes militares, ¿no?

—Bueno, sí... pero cuando está lloviendo a cántaros y tú estás hundido hasta el tol... hasta la cintura en caballos muertos y alguien te da una orden, no es momento para consultar el reglamento, señorita. Además, casi todo el reglamento es para saber cuándo está permitido que te disparen, señor.

—Oh, estoy seguro de que es más que eso, sargento.

—Oh, probablemente, señor —admitió Colon con diplomacia.

—Estoy seguro de que dice muchas cosas sobre no matar a los soldados enemigos que se han rendido, por ejemplo.

—Ah, sí, eso sí, capitán. Pero no dice que no se les pueda zurrar un poco, claro. Dejarles alguna cosilla para que se acuerden de ti.

—¿Torturarlos?

—Oh, no, señorita. Lo que pasa es... —Para Colon, el callejón de los Recuerdos se había convertido en un camino en mal estado que se adentraba en un valle tenebroso—. Bueno, cuando tu mejor amigo tiene una flecha clavada en el ojo y hay tíos y caballos gritando por todas partes y tú estás acojo... muerto de miedo, y te encuentras con un enemigo... bueno, por alguna razón tienes como un deseo muy fuerte de darle un pequeño... mamporro, por así decirlo. Solamente... ya sabe... como para que dentro de veinte años la pierna le duela un poquillo los días de escarcha y se acuerde de lo que ha hecho, eso es todo.

Se hurgó en un bolsillo y sacó un libro muy pequeño, que tendió para que los demás lo examinaran.

—Esto era de mi bisabuelo —dijo—. Estuvo en la bulla que tuvimos contra Pseudópolis y mi bisabuela le dio este libro de oraciones para soldados, porque te hacen falta todas las oraciones que puedas tener, creedme, y él se lo metió en el bolsillo de arriba del jubón, porque no tenía dinero para una coraza, y al día siguiente en plena batalla... ¡fuuuh!, sale una flecha de la nada y ¡pum!, le da justo en el libro y se clava hasta la última página antes de pararse, mirad. Se ve todo el agujero.

—Bastante milagroso —admitió Zanahoria.

—Sí que lo fue, supongo —dijo el sargento. Miró el volumen maltrecho con cara compungida—. Una lástima lo de las otras diecisiete flechas, la verdad.

El tamborileo dejó de escucharse. Los agentes que quedaban de la Guardia intentaron no mirarse entre ellos.

Luego una voz imperiosa dijo:

—¿Por qué no lleva uniforme, joven?

Nobby se giró. La que acababa de dirigirse a él era una anciana con unos rasgos genuinamente parecidos a los de un pavo y una expresión pro-pena capital.

—¿Yo? Pero si lo llevo, señora —dijo Nobby, señalando su casco maltrecho.

—Un uniforme como es debido —alzó la voz la mujer, dándole una pluma blanca—. ¿A qué va a dedicarse cuando los klatchianos nos estén violando en nuestras camas?

La anciana miró con cara irritada al resto de guardias y continuó su marcha con paso firme. Angua vio a otras como ella que pasaban por entre los grupos de espectadores congregados. Aquí y allá se vislumbraban cosas blancas.

—Yo me dedicaré a pensar: esos klatchianos son unos valientes —dijo Zanahoria—. Me temo, Nobby, que la pluma blanca es para avergonzarte y hacer que te alistes.

—Ah, pues me parece bien —dijo Nobby, un hombre al que la vergüenza no avergonzaba—. ¿Y qué se supone que tengo que hacer con ella?

—Eso me recuerda algo... ¿os he contado lo que le dije a lord Óxido? —dijo el sargento Colon, nervioso.

—Diecisiete veces hasta el momento —dijo Angua, mirando a las mujeres de las plumas. Y añadió, aparentemente para sí misma—: «Vuelve con tu escudo o encima de él».

—No sé si podría convencer a la señora para que me dé más —dijo Nobby.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Zanahoria.

—Las plumas estas —dijo Nobby—. Parecen de oca de la buena. Si tuviera bastantes más se me ocurre qué hacer con...

—Quería decir qué es lo que ha dicho Angua —aclaró Zanahoria.

—¿Cómo? Oh... no es más que algo que solían decir las mujeres a los hombres cuando los mandaban a la guerra. Vuelve con tu escudo o encima de él.

—¿Encima de tu escudo? —dijo Nobby—. ¿Quieres decir... como usándolo de trineo o algo así?

—Como muerto —dijo Angua—. Quería decir: vuelve como vencedor o no vuelvas.

—Bueno, yo siempre vuelvo con el escudo —dijo Nobby—. Por ahí no hay problema.

—Nobby —suspiró Colon—. Tú solías volver con tu escudo, con el escudo de todos los demás, con un saco de dientes y con quince pares de botas todavía calientes. En una carreta.

—Bueeeno, no tiene sentido ir a la guerra si no vas a estar en el bando ganador —dijo Nobby, embutiéndose la pluma blanca en el casco.

—Nobby, tú siempre estabas en el bando ganador, más que nada porque te quedabas escondido a un lado esperando a ver quién ganaba y entonces le afanabas el uniforme bueno a algún pobre fiambre. Yo oí una vez que los generales no le quitaban ojo a lo que tú llevabas, para saber cómo estaba yendo la batalla.

—Muchos soldados han servido en varios regimientos distintos —dijo Nobby.

—No, claro, si tienes razón. Pero normalmente no durante la misma batalla —replicó el sargento Colon.

Regresaron en tropel a la Casa de la Guardia. La mayoría del turno se había tomado el día libre. Al fin y al cabo, ¿quién había al mando? ¿Qué se suponía que tenían que hacer aquel día? Los únicos que quedaban eran los que nunca se consideraban fuera de servicio, además de los nuevos reclutas que todavía no tenían embotado el espíritu de trabajo.

—Estoy seguro de que al señor Vimes se le ocurrirá algo —dijo Zanahoria—. Mirad, será mejor que me lleve a los Goriff de vuelta a su tienda. El señor Goriff dice que va a hacer las maletas y marcharse. Muchos klatchianos se están yendo. Y no se les puede culpar por eso.

\* \* \*

Con sus sueños emergiendo junto a él como burbujas, Vimes salió a la superficie desde las fosas más oscuras del sueño.

Últimamente se había acostumbrado a esperar con ilusión el momento de despertarse. Era cuando se presentaban las soluciones. Él daba por sentado que había partes de su cerebro que aparecían de noche, trabajaban en los problemas de la jornada anterior y le entregaban el resultado en cuanto él abría los ojos.

Ahora lo único que le llegó fueron recuerdos. Hizo una mueca de dolor. Se materializó otro recuerdo. Gimió. Volvió a sonar el ruido de su placa al rebotar en la mesa. Maldijo.

Sacó las piernas de debajo de las mantas y buscó a tientas la mesilla de noche.

—¡Bíngueli-bíngueli biip!

—Oh, no... Muy bien, ¿qué hora es?

—¡La una en punto pe eme! ¡Hola, Inserte Nombre Aquí!

Vimes miró al Des-organizador con cara de sueño. Sabía que algún día tendría que probar a entender el manual de aquel maldito trasto. O eso o tirarlo por un acantilado.

—¿Qué...? —emp[[9]](#footnote-9)ezó a decir, y luego volvió a gemir. El ruido vibrante que había hecho el turbante desplegado al recibir su peso acababa de regresar para atormentarlo.

—¿Sam? —La puerta del dormitorio se abrió y Sybil entró llevando una taza.

—¿Sí, cariño?

—¿Cómo te encuentras?

—Tengo moretones en los moret... —Otro recuerdo salió reptando del pozo de la culpa—. Oh, cielo santo, ¿de verdad le llamé capullo endo...?

—Sí —dijo su mujer—. Fred Colon ha pasado por aquí esta mañana y me lo ha contado todo. Yo diría que con pelos y señales. Una vez salí con Ronnie Óxido. Me pareció un poco ñoño.

Otro recuerdo estalló como una burbuja de gas de ciénaga en la cabeza de Vimes.

—¿Te ha contado Fred dónde le dijo a Óxido que se podía meter su placa?

—Sí. Tres veces. Parece que le pesa en la conciencia. Además, conociendo a Ronnie, le haría falta usar un martillo.

Vimes ya se había acostumbrado hacía tiempo al hecho de que toda la aristocracia parecía conocerse por el nombre de pila.

—¿Y te ha contado Fred algo más? —dijo con timidez.

—Sí. Lo de la tienda y el incendio y todo. Estoy orgullosa de ti. —Le dio un beso.

—¿Y ahora qué hago? —dijo él.

—Te bebes el té, te lavas y te afeitas.

—Tendría que bajar a la Casa de la Guardia y...

—¡Que te afeites! Hay agua caliente en la jarra.

Después de que ella se fuera, él se incorporó como pudo y trastabilló hacia el cuarto de baño. Había, en efecto, una jarra de agua caliente sobre el lavabo de mármol.

Miró la cara del espejo. Por desgracia, era la de él. ¿Y si se afeitaba primero de todo? Así luego podría lavar los trozos que quedaran.

Los distintos fragmentos de la noche anterior siguieron llamándole respetuosamente la atención. Era una lástima lo de aquel guardia, pero a veces uno no se podía parar a discutir...

No tendría que haber hecho lo que hizo con la insignia. Las cosas ya no eran como en los viejos tiempos. Ahora tenía responsabilidades. Tendría que haber aguantado en su sitio y tratar de hacer que las cosas fueran un poco menos...

No. Aquello no funcionaba nunca.

Consiguió llevarse la espuma a la cara. ¡El Acta de Reunión! Por los dioses... Afiló su navaja con el suavizador, pensativo. Los ojos lechosos de Óxido lo miraban desde el recuerdo. ¡Hijo de puta! Los hombres como él creían, creían de verdad, que la Guardia era una especie de perro pastor que tiraba mordiscos fingidos a las patas del rebaño, ladraba cuando se le hablaba y nunca jamás mordía al pastor...

Oh, sí. Vimes sabía en el fondo del alma quién era el enemigo.

Aunque...

Adiós insignia, adiós Guardia, adiós trabajo... Otro recuerdo llegó, con retraso.

Con la espuma todavía goteándole por la camisa, se sacó del bolsillo la carta sellada de Vetinari y rasgó el sobre con la navaja.

Dentro había una hoja de papel en blanco. Le dio la vuelta y por el otro lado tampoco había nada. Perplejo, echó un vistazo al sobre.

«Sir Samuel Vimes, Caballero.»

Qué amable por su parte ser tan preciso, pensó Vimes. ¿Qué sentido tenía un mensaje sin mensaje? Había gente que podía confundirse y meter en un sobre el papel que no era, pero no era el caso de Vetinari. ¿Qué sentido tenía mandarle una nota para decirle que era un caballero, por todos los dioses, aquel dato embarazoso ya lo conocía bastante bien...

Otro pequeño recuerdo estalló tan silenciosamente como la flatulencia de un ratón en medio de un huracán.

¿Quién lo había mencionado? Todo caballero...

Vimes se quedó pasmado. Bueno, era cierto que era un caballero, ¿no? Era oficial.

Y entonces no gritó y no salió corriendo de la habitación. Terminó de afeitarse, se lavó y se cambió la ropa interior, muy tranquilo.

En el piso de abajo, Sybil le había hecho algo de comer. No era muy buena cocinera. A Vimes no le importaba, porque él tampoco era muy buen comensal. Después de una vida entera de comer en la calle, su estómago estaba descolocado. Lo que le pedía eran trocitos marrones crujientes, el grupo alimenticio de los dioses, y siempre se podía confiar en que Sybil dejaría la sartén demasiado tiempo sobre el dragón.

Ella lo examinó con cautela mientras él masticaba su huevo frito y miraba a la media distancia. El ademán de Sybil era el de alguien que lleva una red de seguridad portátil y está vigilando a alguien que camina por la cuerda floja.

Al cabo de un tiempo, mientras ella lo miraba desconchar una salchicha, Vimes dijo:

—¿Tenemos algún libro sobre caballería, cariño?

—Ciento, Sam.

—¿Hay alguno que te diga... ya sabes, de qué va la cosa? O sea, ¿qué hay que hacer si eres un caballero, por ejemplo? ¿Las responsabilidades y esas cosas?

—Supongo que la mayoría.

—Bien. Creo que voy a leer un rato. —Vimes golpeó el beicon con su tenedor. El beicon se hizo añicos de forma muy satisfactoria.

Después se fue a la biblioteca. Veinte minutos más tarde volvió a salir en busca de un lápiz y unas hojas de papel.

Diez minutos después de eso, lady Sybil le llevó una taza de café. Vimes estaba oculto detrás de un montón de libros y aparentemente enfrascado en "Vida de caballerías". Ella salió a hurtadillas y fue a su estudio, donde se sentó para poner al día sus registros de cría de dragones.

Todavía pasó una hora antes de que ella lo oyera salir al pasillo.

Vimes iba tarareando por lo bajo, desafinando, con esa mirada lejana de preocupación que significaba que alguna Gran Idea había requerido el apagado de todos los procesos no esenciales. También estaba irradiando nuevamente aquella nube de inocencia furiosa que formaba parte, en opinión de ella, de su inmensidad esencial.

—¿Vas a salir, Sam?

—Sí. Solamente voy a patear unos cuantos culos, cariño.

—Oh, Bien. Asegúrate de abrigarte, entonces.

\* \* \*

La familia Goriff caminaba pesadamente y en silencio al lado de Zanahoria.

—Siento lo de su tienda, señor Goriff —dijo Zanahoria. Goriff se reacomodó la carga que estaba transportando.

—Podemos abrir otras tiendas —dijo.

—Por supuesto, se la vigilaremos —dijo Zanahoria—. Y... cuando todo esto se haya acabado, podrán volver.

—Gracias.

Su hijo dijo algo en klatchiano. Hubo una breve discusión familiar.

—Me alegro de que tengas las ideas tan claras —dijo Zanahoria, ruborizándose—, aunque debo decir que has usado palabras un poco fuertes.

—Mi hijo se disculpa —dijo Goriff de inmediato—. No se acordaba de que usted habla kla...

—¡No me disculpo! ¿Por qué tenemos que escapar? —dijo el chico—. ¡Nosotros vivimos aquí! ¡Yo ni siquiera he visto nunca Klatch!

—Oh, bueno, pues seguro que te va a encantar —dijo Zanahoria—. He oído que tiene muy buenas...

—¿Es que eres idiota? —dijo Janil. Se sacudió de encima la mano de su padre y se enfrentó a Zanahoria—. ¡No me importa! ¡No quiero saber nada de todo ese rollo de la luna que se eleva sobre las Montañas del Sol! ¡Eso ya lo escucho en casa a todas horas! ¡Yo vivo aquí

—Oye, de verdad tienes que escuchar a tus padres...

—¿Por qué? Mi padre trabaja todo el día y ahora lo están echando. ¿Y para qué? ¡Tendríamos que quedarnos aquí y defender lo que es nuestro!

—Ah, bueno, no deberíais tomaros la ley por vuestra propia mano...

—¿Por qué no?

—Es trabajo nuestro...

—¡Pero no lo estáis haciendo!

Hubo una retahila en klatchiano procedente del señor Goriff.

—Dice que tengo que disculparme —se enfurruñó Janil—. Lo siento.

—Yo también —dijo Zanahoria.

El padre del chico le dedicó ese encogimiento de hombros complicados que usan los adultos en las situaciones donde hay adolescentes.

—Terminarán volviendo, estoy seguro —dijo Zanahoria. —Ya veremos.

Bajaron por el muelle hacia una embarcación que esperaba. Era un barco klatchiano. Las barandillas de la cubierta estaban llenas de gente, gente que escapaba con lo que podía cargar antes de verse obligada a escapar solo con lo puesto. Los agentes de la Guardia se encontraron sometidos a un escrutinio hostil.

—No será que Óxido está echando ya a los klatchianos de sus hogares, ¿verdad? —dijo Angua.

—Sabemos por dónde sopla el viento —dijo Goriff con calma.

Zanahoria olió el aire salado.

—Sopla desde Klatch —dijo.

—Para usted, tal vez —dijo Goriff.

Restalló un látigo detrás de ellos y se apartaron para dejar pasar el estruendo de varios carruajes. La cortina de una ventanilla se descorrió a un lado durante un momento. Antes de que la tela se cerrase de nuevo, Zanahoria pudo vislumbrar brevemente una cara que era todo dientes de oro y barba negra.

—Es él, ¿verdad?

Angua soltó un gruñido débil. Tenía los ojos cerrados, como siempre hacía al dejar que fuera su nariz la que viera las cosas...

—Clavos —murmuró, y luego agarró a Zanahoria del brazo.

—¡No lo persigas! ¡En el barco hay hombres armados! ¿Qué van a pensar cuando vean a un soldado correr hacia ellos?

—¡No soy un soldado!

—¿Cuánto tiempo crees que van a gastar en averiguar la diferencia?

El carruaje pasó por entre la multitud del muelle. La muchedumbre lo rodeaba en su avance.

—Están descargando cajas... No veo muy bien... —dijo Zanahoria, haciéndose visera con la mano—. Mira, estoy seguro de que lo entenderán si...

Ahmed Hora 71 se apeó en el muelle y se volvió para mirar a los dos guardias. Hubo un breve destello cuando sonrió. Vieron que se llevaba la mano al hombro y sacaba de su funda la espada curva.

—No puedo dejar que se vaya sin más —dijo Zanahoria—. ¡Es un sospechoso! ¡Mira, se está riendo de nosotros!

—Con impunidad diplomática —dijo Angua—. Pero ahí abajo hay un montón de hombres armados.

—Mi fuerza es como la fuerza de diez porque mi corazón es puro —dijo Zanahoria.

—¿En serio? Bueno, pues ellos son once.

Ahmed Hora 71 lanzó su espada al aire. La espada giró un par de veces, zumbando en el aire, y la mano de Ahmed salió disparada y la agarró por la empuñadura al caer.

—Eso es lo que estaba haciendo el señor Vimes —dijo Zanahoria, rechinando los dientes—. Ahora nos está provocando...

—Si sube usted al barco lo matarán —dijo Goriff detrás de él—. Conozco a ese hombre.

—¿Lo conoce? ¿De qué?

—Es temido en todo Klatch. ¡Es Ahmed Hora 71!

—Sí, ¿y por qué...?

—¿No ha oído hablar de él? ¡Además es un H'ez! —La señora Goriff tiró del brazo de su marido.

—¿Una hez?

—Son una tribu guerrera del desierto —explicó Zanahoria—. Muy feroces. Pero honorables. Dicen que si un H'ez es amigo tuyo lo es para el resto de tu vida.

—¿Y si no es tu amigo?

—Entonces no lo es durante unos cinco segundos.

Zanahoria desenvainó la espada.

—De todas maneras —añadió—, no podemos dejar...

—Ya he dicho demasiado. Nos tenemos que ir —dijo Goriff. La familia recogió sus fardos.

—Escucha, puede haber otra manera de investigarlo —dijo Angua. Señaló el carruaje.

Alguien había sacado del vehículo a una pareja de perros esbeltos, de pelo largo y extremadamente gráciles, que ahora tiraban de sus correas mientras precedían a su portador por la pasarela del barco.

—Perros de caza del Klatchistán —dijo ella—. A la nobleza klatchiana les encantan, tengo entendido.

—Se parecen un poco a... —empezó a decir Zanahoria, y entonces cayó en la cuenta—. No, no puedo permitir que subas ahí tú sola —dijo—. Algo podría salir mal.

—Tengo muchas más posibilidades que tú, créeme —se apresuró a decir Angua—. En todo caso, no van a partir hasta que cambie la marea.

—Es demasiado peligroso.

—Bueno, pero se supone que son nuestros enemigos.

—¡Para ti, quiero decir!

—¿Por qué? —preguntó Angua—. Nunca he oído decir que hubiera hombres lobo en Klatch, así que lo más probable es que no sepan qué hacer con nosotros.

Se desabrochó el collarín de cuero que sujetaba su placa y se lo dio a Zanahoria.

—No te preocupes —dijo ella—. En el peor de los casos, saltaré por la borda.

—¿Al río?

—Ni siquiera el río Ankh puede matar a un hombre lobo. —Angua echó un vistazo a las densas aguas—. Bueno, probablemente.

\* \* \*

El sargento Colon y el cabo Nobbs se habían ido de patrulla. No estaban seguros de por qué estaban patrullando, ni de qué debían hacer si veían un crimen, aunque todos sus años de adiestramiento les habían otorgado la capacidad de no ver crímenes bastante grandes. Pero eran criaturas de costumbre. Eran agentes de la Guardia, por lo tanto patrullaban. No patrullaban con un propósito fijo. Patrullaban, por así decirlo, en su más pura esencia. Y el libro enorme encuadernado en cuero que Nobby llevaba en brazos no facilitaba precisamente su avance.

—Una guerra le iría bien a este sitio —dijo el sargento Colon al cabo de un rato—. Le daría un poco de agallas a la gente. Últimamente todo está hecho un desastre.

—No como cuando éramos chavales, sarge.

—No como cuando éramos chavales, es verdad, Nobby.

—En aquellos tiempos la gente confiaba en los demás, ¿eh, sargento?

—La gente confiaba en los demás, Nobby.

—Sí, sarge. Lo sé. Y la gente no tenía que cerrar las puertas con llave, ¿verdad?

—Es verdad, Nobby. Y la gente siempre estaba por ayudar. Siempre estaban entrando y saliendo de las casas de los demás.

—Y que lo digas —dijo Nobby, vehemente—. Es verdad que en mi calle nadie cerraba la casa con llave.

—De eso mismo estoy hablando. Ahí quería ir yo a parar.

—Es porque los muy hijos de perra robaban hasta las cerraduras.

Colon reflexionó sobre la certeza de aquello.

—Sí, pero por lo menos se mangaban las cosas entre ellos, Nobby. No es como si fueran extranjeros.

—Eso.

Siguieron caminando un rato, cada uno enredado en sus propios pensamientos.

—¿Sargento?

—¿Sí, Nobby?

—¿Dónde está Nubilia?

—¿Nubilia?

—Tiene que ser un sitio, digo yo. Y bastante caluroso, creo.

—Ah, Nubilia —dijo Colon. Empezó a inventar a la desesperada—. Claro. Sí. Es uno de esos sitios klatchianos. Sí. Con mucha arena. Y montañas. Exporta dátiles. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh... por nada.

—¿Nobby?

—¿Sí, sargento?

—¿Por qué vas con ese libro tan grande?

—Ja, mira qué idea que he tenido, sarge. Me fijé en lo que decías del libro ese de tu bisabuelo, así que le he cogido este al Coladas por si hay bronca. Es El libro de Om. Doce centímetros de gordo.

—Es un poco grande para llevarlo en el bolsillo, Nobby. Es grande hasta para un carro, la verdad.

—Me se ha ocurrido que podía hacerme unas correas o algo para llevarlo. Me da a mí que ni con un arco largo se podría clavar una flecha más adentro que los Apócrifos.

Un chirrido familiar les hizo levantar la vista.

Una cabeza de klatchiano se mecía bajo la brisa.

—¿Te hace una pinta? —dijo el sargento Colon—. Anjie la Gorda fermenta una cerveza que te mueres.

—Mejor que no, sargento. El señor Vimes está un poco de mal humor.

Colon suspiró.

—Tienes razón.

Nobby volvió a levantar la vista hacia la cabeza. Era de madera. A lo largo de los siglos la habían repintado muchas veces. El klatchiano sonreía muy feliz para ser alguien que nunca más tendría que comprarse una camisa.

—La Cabeza de Klatchiano. Mi abuelo me contó que su abuelo se acordaba de cuando todavía era la cabeza de verdad —dijo Colon—. Claro que para entonces ya era como igual de grande que una nuez.

—Un poco... feo, eso de colgar la cabeza de un tío para que haga de letrero de un pub —dijo Nobby.

—No, Nobby. Botín de guerra, ¿vale? Un tío volvió de una de las guerras y se trajo un recuerdo, lo clavó en un palo y abrió un pub. La Cabeza del Klatchiano. Para enseñarles a no volver a hacerlo.

—Yo ya me metía en bastantes líos solamente por afanar botas —dijo Nobby.

—Eran tiempos más duros, Nobby.

—Pero ¿alguna vez has conocido a un klatchiano, sarge? —preguntó Nobby, mientras echaban a andar por aquella calle plácida—. Digo a uno de los salvajes.

—Bueno, no... pero ¿sabes qué? ¡Pueden tener tres mujeres! Eso sí que es un crimen.

—Sí, porque aquí estoy yo que no tengo ninguna —dijo Nobby.

—Y comen cosas rasas. Curry y cosas de esas.

Nobby pensó un momento en aquello.

—Igual que... nosotros, cuando hacemos turno de noche.

—Bueeeno, síii, pero no lo preparan bien...

—¿Porque no es amarillo como la cera de oreja ni lleva guisantes y pasas, como el que hacía tu madre?

—¡Exacto! En un curry klatchiano ya puedes hurgar todo lo que quieras, que no vas a encontrar ni un solo trozo de nabo.

—Y a mí me han dicho que comen ojos de oveja, además —aportó Nobby, gastro-gnomo internacional.

—Ahí lo tienes.

—¿Entonces no comen cosas normales y decentes como criadillas o mollejas?

—Eso... es.

A Colon le dio la impresión de que le estaban tomando el pelo de alguna forma.

—Mira, Nobby, a fin de cuentas no son del color que tienen que ser, y no hay más que decir.

—¡Menos mal que lo has descubierto, Fred! —dijo Nobby, en tono tan jovial que el sargento Colon se quedó casi seguro de que lo había dicho en serio.

—Bueno, es que es evidente —admitió.

—Esto... ¿y de qué color hay que ser? —preguntó Nobby.

—¡Blanco, por supuesto!

—¿No rojo ladrillo? Porque es que tú...

—¿Está intentando tocarme las narices, cabo Nobbs?

—Claro que no, sargento. Entonces... ¿de qué color soy yo?

Aquello hizo que el sargento Colon empezara a pensar. En alguna parte del cabo Nobbs se podía encontrar un tono correspondiente a cada uno de los climas del Disco, además de unos cuantos que solamente se encontraban en libros de especialidades médicas.

—El blanco... el blanco es un estado, ya sabes... de la mente —dijo—. Es como... hacer un día de trabajo honrado a cambio de una paga honrada, algo así. Y lavarse cuando toca.

—No ir por ahí haciendo el vago y esas cosas.

—Eso.

—O... como... trabajar de sol a sol como Goriff.

—Nobby...

—Y a esos chavales suyos no se los ve nunca con la ropa suc...

—Nobby, solamente estás intentando cabrearme, ¿verdad? Tú ya sabes de sobra que somos mejores que los klatchianos. Si no, ¿qué sentido tiene todo? Y además, si vamos a pelearnos con ellos, te pueden encerrar por ir por ahí hablando como un traidor.

—¿Tú vas a luchar contra ellos, Fred?

Fred Colon se rascó la barbilla.

—Bueno, como militar experienciado que soy, supongo que voy a tener que...

—¿Y qué vas a hacer? ¿Te vas a unir a un regimiento y vas a ir al frente?

—Bueeeno... mi especialité es la instrucción, así que supongo que mejor me quedo aquí y entreno a los nuevos reclutas.

—Aquí en la retaguardia, por decirlo así.

—Todos tenemos que hacer nuestra parte, Nobby. Si fuera por mí, saldría disparado como una flecha para hacer que esos cabezatrapos probaran el acero frío.

—¿Entonces no te preocupan esas espadas tan afiladas que tienen?

—Me reiría de ellas con sorna, Nobby.

—Pero ¿y si los klatchianos nos atacan aquí? Entonces tú estarías en el frente y el frente estaría en la retaguardia.

—Voy a intentar que me destinen en la zona intermedia...

—¿La zona intermedia del frente o...?

—¿Caballeros?

Miraron a su alrededor hasta descubrir que los había estado siguiendo un hombre de altura mediana pero dotado de una cabeza extraordinaria. No es que se hubiera quedado calvo. Tenía bastante pelo, que era largo y rizado y le llegaba casi a los hombros, y su barba era lo bastante grande como para esconder en ella a un pollo pequeño. Pero la cabeza simplemente le había emergido por entre el pelo, como una especie de cúpula entrometida.

Les dedicó una sonrisa amigable.

—¿Me estoy dirigiendo por casualidad al heroico sargento Colon y al...? —El hombre miró a Nobby. Por su semblante, normalmente soleado, cruzaron expresiones de asombro, temor, interés y compasión como si fueran nubes de tormenta—. ¿Y al cabo Nobbs? —terminó de decir.

—Nosotros mismos, ciudadano —dijo Colon.

—Ah, bien. Me han dado instrucciones específicas de que los encuentre. Es bastante asombroso, ¿saben? Nadie había entrado siquiera en el cobertizo de los botes en todo este tiempo, aunque tengo que decir que diseñé bastante bien las cerraduras. Y lo único que he tenido que hacer ha sido reemplazar el cuero de las juntas y engrasarlo... oh, perdónenme, estoy yendo demasiado deprisa. A ver... había un mensaje que tenía que darles... ¿Cómo iba la cosa...? Algo de las manos de ustedes... —Metió la mano en el gran saco de lona que tenía a los pies, sacó un tubo largo y se lo entregó a Nobby.

—Acepten mis disculpas por esto —dijo, sacando un tubo más pequeño y pasándoselo a Colon—. He tenido que hacer las cosas con mucha prisa y la verdad es que no he tenido tiempo de terminarlo como era debido, y francamente los materiales no son muy buenos...

Colon miró su tubo. Uno de los extremos acababa en punta.

—Es un cohete de fuegos artificiales —dijo—. Mira, tiene escrito: «Un torbellino de bolas y estrellas de colores»...

—Sí, pido mil perdones —dijo el hombre, sacando del saco un pequeño y complejo artefacto de madera y metal—. ¿Me podría devolver el tubo, cabo? —Lo cogió y enroscó el artefacto en un extremo—. Gracias... sí, me temo que sin mi torno y, por supuesto, sin mi fragua, realmente he tenido que apañarme con lo que he podido encontrar por ahí... ¿Me puede devolver el cohete, por favor? Gracias.

—Sin un palo no funcionan bien —dijo Nobby.

—Oh, de hecho sí que funcionan —dijo el hombre—. Simplemente no son muy precisos.

Levantó el tubo hasta ponérselo a la altura del hombro y miró por una rejilla diminuta de alambre.

—Parece que así está más o menos bien —dijo.

—Y no chutan hacia delante —dijo Nobby—. Solamente hacia arriba.

—Una idea muy extendida pero falsa —dijo Leonardo de Quirm mientras se giraba hacia ellos.

Colon vio la punta del cohete en las profundidades del tubo y le vino una imagen repentina de bolas y estrellas.

—Ahora parece ser que los dos tienen que meterse en este callejón de aquí y venir conmigo —dijo Leonardo—. Lo siento mucho, pero su señoría me ha explicado con gran lujo de detalles que las necesidades del conjunto de una sociedad pueden tener que anteponerse a veces a los derechos de un individuo particular. Ah, y acabo de acordarme. Tienen ustedes que levantar las manos.

\* \* \*

La gran mesa de la Cámara de las Ratas estaba toda llena de arena desparramada.

Lord Óxido experimentó una sensación parecida al placer mientras la examinaba. Estaban los daditos cuadrados que indicaban pueblos y ciudades y las palmeras recortadas en cartulina que indicaban los oásises conocidos. Y aunque no se sentía cómodo con la palabra «oásises», lord Óxido miró la mesa y vio que era buena. Sobre todo teniendo en cuenta que aquello era un mapa de Klatch y todo el mundo sabía que Klatch a fin de cuentas era todo arena, lo cual hacía que el mapa fuera algo así como existencialmente satisfactorio, aunque era cierto que aquella arena la habían hecho traer del montón que había detrás del taller de cerámica de Pizarroso el troll y dejaba ver alguna que otra colilla de cigarrillo y rastros de incontinencia felina que probablemente no se encontrarían en el desierto de verdad, o por lo menos no a la misma escala.

—Esta sería una buena zona para desembarcar —dijo, señalando con su palo.

Su secretario privado intentó parecer servicial.

—La península de El Kinte —dijo—. Es el punto más cercano a nosotros, señor.

—¡Exacto! Podemos cruzar el estrecho en un abrir y cerrar de ojos.

—Muy bien, señor —dijo el teniente Avispón—. Pero... ¿no cree que el enemigo puede estar esperándonos allí? ¿Precisamente por ser un punto de desembarco tan obvio?

—¡No es obvio en absoluto para un pensador militar bien adiestrado, señor mío! No nos esperarán allí precisamente por lo obvio que es, ¿no lo ve?

—¿Quiere decir... qué pensarán que solamente un idiota de remate desembarcaría ahí, señor?

—¡Correcto! Y ellos saben que no somos idiotas de remate, señor mío, y por tanto ese será el último lugar donde nos estarán esperando, ¿lo entiende? Nos estarán esperando en algún sitio como por ejemplo... —Clavó el palo en la arena—. Aquí.

Avispón miró de cerca. Fuera, en la calle, alguien se puso a aporrear un tambor.

—Oh, se refiere a Eritor —dijo—. Donde creo que hay una zona de desembarco escondida y desde donde dos días de marcha ligera por un terreno con buena cobertura nos dejarían en el corazón mismo del imperio, señor.

—¡Exacto!

—Mientras que desembarcar en El Kinte significa tres días de viaje por dunas de arena y pasar por la ciudad fortificada de Gebra...

—Exactamente. ¡Espacios abiertos! Ahí es donde podemos practicar el arte de la guerra. —Lord Óxido levantó la voz por encima del ruido de tambores—. Así es como se resuelven estas cosas. Una sola batalla decisiva. Nosotros en un lado y los klatchianos en el otro. ASÍ ES COMO SE RESUELVEN ESTAS C...

Tiró su puntero.

—¿Quién demonios está haciendo ese ruido infernal? El secretario privado caminó hasta la ventana.

—Es alguien más que está reclutando, señor —dijo.

—¡Pero si estamos todos aquí!

El secretario vaciló de esa forma en que suelen vacilar quienes llevan malas noticias a los hombres de temperamento explosivo.

—Es Vimes, señor...

—¿Reclutando para la Guardia?

—Esto... no, milord. Para un regimiento. Esto... el estandarte dice... «Primero De A Pie de sir Samuel Vimes», milord...

—Pero qué arrogancia tiene ese hombre. Ve y... ¡No, ya voy yo mismo!

Había una multitud en la calle. En el centro de la misma se erigía la mole del agente Dorfl, y un dato clave acerca del gólem era que si estaba tocando un tambor nadie iba a pedirle que parase. Nadie salvo posiblemente lord Óxido, que se acercó dando zancadas y le arrebató las baquetas de las manos.

—¡Sí, en el Primero de A Pie encontrarás una vida de la especie que quieras! —gritaba el sargento Detritus, sin advertir lo que ocurría detrás de él—. ¡Se aprende un oficio! ¡Se aprende autorrespeto! ¡También te dan un uniforme chulo y todas las botas que puedas comerte... oye, esto es mi estandarte!

—¿Qué significa esto? —dijo Óxido, tirando al suelo el estandarte de fabricación casera—. ¡Vimes no puede hacer esto!

Una figura se desprendió de la pared, donde había estado presenciando el espectáculo.

—¿Sabe? Creo que en realidad sí puedo —dijo Vimes. Le dio a Óxido una hoja de papel—. Está todo aquí, milord. Con referencias que citan a las más altas autoridades, en caso de que le quede alguna duda.

—¿Qué citan...?

—Sobre el papel de un caballero, milord. De hecho, sobre los deberes de un caballero, curiosamente. Muchos de los libros son gilipolleces totales, como eso de ir por ahí en un puto caballo enorme con cortinas alrededor y cosas por el estilo, pero hay uno en concreto que dice que cuando surge la necesidad un caballero debe formar y mantener... se va a reír cuando se lo diga... ¡un contingente de soldados armados! ¡Nadie podría sorprenderse más que yo, no me importa decírselo! Parece que no tengo más opción que ir y reunir a unos cuantos muchachos. Por supuesto, la mayoría de la Guardia se ha apuntado, bueno, ya sabe cómo son, chicos con disciplina y ansiosos por aportar su granito de arena, así que eso me ha ahorrado cierto esfuerzo. Salvo en el caso de Nobby Nobbs, que dice que si se espera al jueves va a tener bastantes plumas blancas para un colchón.

La expresión de Óxido habría podido conservar carne durante un año.

—Todo eso son tonterías —dijo—. Y usted, Vimes, ciertamente no es ningún caballero. Solamente un rey puede nombrar...

—Hay un buen puñado de lores en esta ciudad creados por los patricios —dijo Vimes—. Su amigo lord Downey, por ejemplo. ¿Decía usted?

—Pues entonces, si insiste en jugar a este jueguecito, le diré que antes de que alguien se convierta en caballero tiene que pasar una noche entera velando sus armas...

—Como prácticamente todas las noches de mi vida —replicó Vimes—. Si por aquí uno quita la vista de sus armas, por la mañana ya no tiene armas.

—En oración —dijo Óxido en tono cortante.

—Ese soy yo —dijo Vimes—. No pasa una sola noche sin que piense: «Oh dioses, espero salir vivo de esta».

—... Y tiene que haberse medido en liza. Contra otros hombres entrenados, Vimes. No contra indeseables y rateros.

Vimes empezó a desabrocharse la correa del casco.

—Bueno, este no es el mejor momento, milord, pero si alguien le aguanta el abrigo le puedo dedicar cinco minutos...

Óxido reconoció en los ojos de Vimes el resplandor feroz de las naves en llamas.

—Sé lo que está haciendo, Vimes, y no pienso seguirle el juego —dijo, dando un paso atrás—. En cualquier caso, no tiene usted ningún entrenamiento formal en las lides.

—Es cierto —dijo Vimes—. Ahí me ha pillado, es verdad. Nadie me ha entrenado nunca en las lides. En eso he tenido suerte. —Se acercó más y bajó la voz para que la multitud que los miraba no pudiera oír—. ¿Sabes? Sé muy bien lo que quiere decir «entrenamiento en las lides», Ronald. Hace siglos que no hay una guerra de verdad. Así que todo es dar saltitos con chalecos acolchados y mover las espadas con pomos en la punta para que nadie se haga daño, ¿verdad? Pero ahí abajo en las Sombras nadie ha tenido entrenamiento en las lides, tampoco. No saben distinguir una épée de un sable. No, lo que se les da bien es una botella rota en una mano y un trozo de tablón en la otra, y cuando te enfrentas a ello, Ronnie, ya tienes claro que después no te vas a ir a echar unas risas y tomar unas copas, porque te quieren ver muerto. Te quieren matar, ¿te enteras, Ron? Y para cuando tú levantas tu bonito y reluciente espadón, ellos ya te han grabado su nombre y su dirección en el estómago. Y ahí es donde yo hice mi entrenamiento en las lides. Bueno... en los puños y las rodillas y los dientes y los codos, sobre todo.

—Usted no es ningún caballero, señor —dijo Óxido.

—Ya sabía yo que había algo que me gustaba de mí mismo.

—¿Es que ni siquiera se da cuenta de que no puede enrolar a... enanos y a trolls en un regimiento de Ankh-Morpork?

—Aquí solamente dice «soldados armados», y los enamos se traen sus hachas. Un gran ahorro. Además, si alguna vez los ha visto luchar en serio, es que estaba usted en el mismo bando.

—Vimes...

—Es sir Samuel, milord.

Oxido pareció pensar un momento.

—Muy bien —dijo—. Entonces usted y su... regimiento se ponen bajo mi mando...

—Extraño, pero no —dijo Vimes sin perder ni un latido—. Bajo el mando del rey o de su representante debidamente nombrado, eso es lo que dice Ley y Usos de la Caballería de Scavone. Y por supuesto, no ha habido ningún representante debidamente nombrado desde que algún pedazo de cabrón le cortó la cabeza al último rey. Oh, parece que ha habido toda clase de individuos gobernando la ciudad desde entonces, pero de acuerdo con la tradición de caballerías...

Óxido se volvió a parar para pensar. Tenía el mismo aspecto que una cortadora de césped justo después de que la hierba organizara un colectivo obrero. Daba toda la impresión de que, en el fondo, sabía que aquello no estaba pasando realmente. No podía estar sucediendo porque aquella clase de cosas no sucedía. Cualquier evidencia en sentido contrario podía ser pasada por alto. Sin embargo, tal vez fuese necesario algún tipo de impulso para lograrlo.

—Creo que descubrirá usted que, legalmente hablando, su posición... —empezó a decir, y abrió durante un segundo los ojos como platos cuando Vimes lo interrumpió alegremente.

—Oh, puede que haya algún que otro problema, lo admito. Pero si le pregunta usted al señor Slant, él le dirá: «Este es un caso muy interesante», lo cual, como usted sabe, en jerga de abogado quiere decir: «Mil dólares al día más gastos y nos llevará meses». Así que le dejaré que se haga cargo del asunto, ¿de acuerdo? Yo es que tengo un montón de cosas que hacer, ya sabe. Creo que las muestras de los uniformes nuevos ya deben de haber llegado a mi oficina, es muy importante tener buen aspecto en el campo de batalla, ¿verdad?

Óxido echó una última mirada a Vimes y luego se marchó dando zancadas.

Detritus se puso firmes junto a Vimes y su saludo marcial repiqueteó con elegancia en su casco.

—¿Y ahora qué hacemos, señor?

—Creo que ya podemos recoger. ¿Todos los muchachos se han apuntado?

—¡Síseñor!

—¿Y les has dicho que no era obligatorio?

—¡Síseñor! Les he dicho: «No es obligatorio, solo tenéis que hacerlo», señor.

—Detritus, yo quería voluntarios.

—Eso mismo, señor. Han sido todos voluntarios, ya me he encargado yo.

Vimes suspiró mientras regresaba a su oficina. Pero probablemente estuvieran a salvo. Estaba bastante seguro de estar manteniéndose en terreno legal, y si algo sabía de Óxido es que respetaría la ley al pie de la letra. Los hombres como él la respetaban, de una forma distante. Además, treinta hombres de la Guardia simplemente no contaban en el gran esquema de las cosas. Óxido podía limitarse a no hacerles caso.

De pronto se está cociendo una guerra, pensó Vimes, y todos regresan. El orden civil se pone patas arriba, porque eso dicen las normas. Y los tipos como Óxido vuelven a ser los amos del corral. Los mismos aristócratas que se pasan años haciendo el vago de pronto desempolvan la vieja armadura y descuelgan la espada de la repisa de la chimenea. Creen que va a haber una guerra y lo único que se les ocurre es que las guerras se pueden ganar o se pueden perder...

Hay alguien detrás de esto. Alguien quiere que haya guerra. Alguien ha pagado para que maten a Ossie y a Nevado. Alguien quería ver muerto al príncipe. No puedo perder eso de vista. Esto no es una guerra. Es un crimen.

Y entonces se sorprendió a sí mismo preguntándose si el ataque a la tienda de Goriff lo habría organizado la misma gente, y si acaso no sería esa misma gente la que había incendiado la embajada.

Y entonces se dio cuenta de por qué estaba pensando así.

Era porque quería que hubiera conspiradores. Era mucho mejor imaginar a un grupo de hombres en una habitación llena de humo, enloquecidos e impulsados al cinismo por el poder y los privilegios, conspirando mientras se bebían su coñac. Uno tenía que aferrarse a aquella clase de imágenes, porque si no tal vez se viera obligado a afrontar el hecho de que las cosas malas pasaban porque la gente normal y corriente, la misma que cepillaba a su perro y contaba cuentos a sus niños en la cama, era capaz de salir después a la calle y hacerle cosas horribles a otra gente normal y corriente. Era mucho más fácil echarles la culpa a Ellos. Resultaba del todo deprimente pensar que Ellos eran Nosotros. Si eran Ellos, entonces nada era culpa de nadie. Pero si éramos Nosotros, ¿qué decía eso de Mí? Al fin y al cabo Yo soy uno de Nosotros. Por fuerza. Ciertamente nunca he pensando en Mí mismo como uno de Ellos. Siempre somos uno de Nosotros. Y son Ellos los que hacen las cosas malas.

Más o menos en este punto, en su antigua vida, Vimes estaría quitándole el tapón a una botella y no le preocuparía mucho lo que hubiera dentro, siempre y cuando disolviera la pint...

—¿Ook?

—Ah, hola. ¿Qué puedo hacer por...? Ah, sí, le pregunté por libros sobre Klatch... ¿Eso es todo?

El Bibliotecario le ofreció con timidez un librito verde y ajado. Vimes había estado esperando algo más grande, pero lo cogió de todos modos. Valía la pena mirar cualquier libro que te diera el orangután. Siempre encontraba el libro a tu medida. Vimes suponía que era un talento especial suyo, igual que a los enterradores se les da muy bien calcular la altura de la gente.

En el lomo, con letras de oro muy desvaídas, estaban escritas las palabras: «VENI VIDI VICI: Vida de un soldado, por el general A. Tacticus».

\* \* \*

Nobby y el sargento Colon caminaban despacio por el callejón.

—¡Yo sé quién es! —dijo Fred entre dientes—. ¡Es Leonardo de Quirm, vaya si no! ¡Desapareció hace cinco años!

—O sea que se llama Leonardo y es de Quirm, ¿y qué? —dijo Nobby.

—¡Es un genio de genios!

—Es un chiflado.

—Sí, bueno, dicen que hay un hilo muy fino entre la genialidad y la locura...

—Pues este se ha caído de él. —La voz detrás de ellos dijo:

—Oh, cielos, esto no va a funcionar en absoluto, ¿verdad...? No lo puedo negar, tenían ustedes razón, la precisión sería del todo inaceptable a cualquier distancia razonable. ¿Les importaría mucho pararse un momento, por favor?

Se giraron. Leonardo ya estaba desmontando el tubo.

—Si pudiera aguantarme usted este trozo de aquí, cabo... y, sargento, si fuera tan amable de sujetar esta pieza para que no se mueva... con alguna clase de alerón ya nos apañaríamos. Estoy seguro de que en alguna parte tenía un pedazo de madera que iría bien... —Leonardo empezó a palparse los bolsillos.

Los guardias se dieron cuenta de que el hombre que los estaba asaltando se había parado a rediseñar su arma y se la había dado a ellos para que se la aguantaran mientras él buscaba un destornillador. Aquello era algo que no pasaba a menudo.

Nobby le cogió el cohete a Colon sin decir nada y lo metió dentro del tubo.

—¿Qué es esta parte de aquí, señor? —dijo.

Leonardo levantó la vista un momento mientras pasaba de un bolsillo a otro.

—Ah, es el gatillo —dijo—. Que, como puede usted ver, roza contra el pedernal y...

—Vale.

Hubo una breve llamarada y un montón de humo negro.

—Oh, cielos —dijo Leonardo.

Los guardias se giraron, con caras de no atreverse a mirar lo que estaban a punto de ver. El cohete había llegado hasta el final del callejón y acababa de entrar por la ventana de una casa.

—Ah, poner «Este lado hacia arriba» en el proyectil sería un elemento de seguridad importante a incluir en el nuevo diseño —dijo Leonardo—. A ver, ¿dónde había metido el cuaderno...?

—Creo que tendríamos que irnos —sugirió Colon, retrocediendo—. Muy deprisa.

Dentro de la casa se produjo una explosión de bolas y estrellas para deleite de grandes y pequeños pero no del troll que acababa de abrir la puerta.

—¿En serio? —dijo Leonardo—. Bueno, si lo que se requiere es velocidad, tengo un diseño muy interesante para un vehículo de dos rued...

Siguiendo un plan tácito, los hombres de la Guardia le pusieron cada uno una mano debajo de un brazo, lo levantaron del suelo y salieron pitando.

—Oh, cielos —dijo Leonardo mientras lo arrastraban de espaldas.

Los guardias se metieron corriendo en un callejón lateral y luego se desviaron y se escurrieron por otros varios callejones con profesionalidad silenciosa. Por fin apoyaron a Leonardo en una pared y se asomaron por el extremo del callejón donde estaban.

—Todo despejado —dijo Nobby—. Se ha ido por el otro lado.

—Bien —dijo Colon—. Ahora a ver, ¿qué estaba haciendo usted? O sea, puede que sea un genio tal como he oído, señor Da Quirm, pero cuando la cosa va de amenazar a la gente es usted tan ingenioso como un tablero de dardos inflable.

—Parece que he sido un poco tontín, ¿verdad? —admitió Leonardo—. Pero les suplico que vengan conmigo. Me temo que pensé que como guerreros que son estarían ustedes más inclinados a entender la fuerza...

—Bueno, sí, somos guerreros —dijo el sargento Colon—. Pero...

—Oiga, ¿tiene otro cohete de esos? —dijo Nobby, llevándose el tubo otra vez al hombro. Tenía el brillo especial en la mirada de los hombres bajitos cuando ponen las manos sobre un arma enorme.

—Puede que sí —dijo Leonardo, y el brillo de su mirada era el destello enloquecido de la gente inocente por naturaleza cuando cree que está siendo astuta—. ¿Por qué no, vamos a ver? Fíjese, me han dicho que los lleve conmigo usando los medios que hagan falta.

—El soborno no suena mal —dijo Nobby. Acercó el ojo al visor del tubo y empezó a hacer ruidos tipo «fuuuush» con la boca.

—¿Quién le ha dicho que se nos llevara? —dijo Colon.

—Lord Vetinari.

—¿El patricio nos quiere a nosotros?

—Sí. Ha dicho que tenían ustedes cualidades especiales y que tenían que acudir a él de inmediato.

—¿A Palacio? Yo he oído que salió de allí por patas.

—Oh, no. A los, ejem... a los, ejem... muelles...

—Cualidades especiales, ¿eh? —dijo Colon.

—Eh, sargento... —empezó a decir Nobby.

—Tranquilo, Nobby —dijo Colon en tono solemne—. Ya era hora de que alguien nos diera un reconocimiento, eso ya lo sabes. Los oficiales experienciados somos la columna vertebral de la fuerza. Yo para mí —continuó—, yo para mí que este es un caso de «pedrada en el ojo del boticario».

—¿Qué boticario?

—Hablo de nosotros. Hombres con cualidades especiales.

Nobby asintió, pero un poco a regañadientes. En muchos sentidos pensaba con mucha más claridad que su oficial superior, y ahora estaba preocupado por lo de las «cualidades especiales».

Que te eligieran para algo por tus «cualidades especiales» venía a ser como que te eligieran voluntario. Además, ¿qué tenían de especial las «cualidades especiales»? Las lapas también tenían cualidades especiales.

—¿Tendremos que actuar bajo mano? —preguntó Colon.

Leonardo parpadeó.

—Hay... sí, creo que puedo decir que hay un fuerte componente «bajo» en el asunto. Sí, ciertamente.

—Sarge...

—Quédese callado, cabo. —Colon atrajo a Nobby hacia sí—. Actuar bajo mano significa que no te apuñalen ni te disparen, ¿vale? —susurró—. ¿Y qué es lo más importante que un soldado profesional quiere que no le pase?

—Que no lo apuñalen ni le disparen —dijo Nobby automáticamente.

—¡Eso! ¡Así que andando todos, señor Quirm! ¡Hemos oído la llamada del deber!

—¡Bien dicho! —exclamó Leonardo—. Dígame, sargento, ¿tiene usted inclinaciones náuticas?

Colon volvió a saludar.

—¡Noseñor! ¡Soy un hombre felizmente casado, señor!

—Quiero decir si ha cabalgado usted alguna vez las olas del mar.

Colon lo miró con cara de astucia.

—Ah, con esa no me va a pillar, señor —dijo—. Todo el mundo sabe que los caballos se hundirían.

Leonardo hizo una pausa y sintonizó su cerebro a la frecuencia de Radio Colon.

—¿Alguna vez, en su vida pasada, ha flotado usted, sobre el mar, en alguna embarcación?

—¿Yo, señor? No, señor. Me pone malo ver las olas subir y bajar, señor.

—¿En serio? —dijo Leonardo—. Bueno, por fortuna, eso no va a ser problema.

\* \* \*

Muy bien, a empezar otra vez... Reunir datos, de eso se trataba...

El mundo entero estaba mirando. Alguien quería que la Guardia dijera que el asesinato había sido promovido por Klatch. Pero ¿quién?

Alguien también había decapitado a Nevado Pendiente sin miramientos y lo había dejado más muerto que seis cubos de cebos para pescado.

Una visión de la enorme espada curva de Ahmed Hora 71 se materializó en su mente. Así pues...

... Supongamos que Ahmed era el sirviente o el guardaespaldas de Khufurah y que había descubierto...

No, ¿cómo iba a ser eso? ¿Quién se lo habría dicho?

Bueno, tal vez lo había averiguado de alguna forma, y eso querría decir que tal vez supiera también quién había pagado al hombre...

Vimes se reclinó en su silla. Seguía siendo un misterio, pero él lo resolvería, estaba convencido. Reuniría los datos, los analizaría, los miraría desde todos los ángulos con la mente abierta y descubriría exactamente cómo lo había organizado todo lord Óxido.

¡Viejo marrullero! No tenía por qué aguantar algo así, sobre todo viniendo de un hombre que hablaba como si tuviera un calcetín en la boca.

El viejo volumen atrajo su mirada. ¿El general Tactitus? Hasta los niños lo conocían. Ankh-Morpork había dominado un imperio enorme y gran parte del mismo había estado en Klatch, gracias a él. Pero por extraño que sonara, nadie le dio esas gracias. Vimes no estaba seguro de por qué, pero la ciudad parecía estar más bien avergonzada del general.

Una razón, por supuesto, era que había terminado luchando contra Ankh-Morpork. La ciudad de Genua se había quedado sin realeza, dado que la endogamia había avanzado hasta el punto de que el último ejemplar que les quedaba era básicamente todo dientes, y los altos cortesanos habían escrito a Ankh-Morpork pidiendo ayuda.

Aquello solía ser bastante frecuente, tal como a Vimes le había sorprendido descubrir. Los pequeños reinos de las Llanuras Sto siempre se estaban gorroneando reyes los unos a los otros. El rey había mandado allí a Tacticus por pura exasperación. Es difícil gobernar con eficacia un imperio cuando te pasas el tiempo recibiendo cartas manchadas de sangre que dicen cosas del tipo: «Querido su alteza, me complace informar de que hemos conquistado Betrek, Smale y Ushistán. Por favor, envíe 20.000$ AM en concepto de pagos pendientes». Aquel hombre nunca sabía parar a tiempo. Así que lo hicieron duque a toda prisa y lo empaquetaron para Genua, donde su primera acción fue estudiar cuál era la mayor amenaza militar a aquella ciudad y, tan pronto como la identificó, declarar la guerra a Ankh-Morpork.

Pero ¿qué otra cosa había esperado la gente de él? Había cumplido con su deber. Había traído de vuelta botines enormes, montones de prisioneros y, en lo que casi constituía un caso único entre los líderes militares de Ankh-Morpork, también a la mayoría de sus hombres. Vimes sospechaba que este último hecho era una de las razones por las que la historia no lo aprobaba. Quedaba casi implícito que aquello, en cierta forma, no era juego limpio.

«Veni, Vidi, Vici.» Era lo que se suponía que había dicho Tacticus tras conquistar... ¿qué era? Pseudópolis, ¿no? ¿O Al-Khali? ¿O Quirm? ¿Tal vez Sto Lat? Aquello era en los tiempos en que uno atacaba todas las demás ciudades por principio, y si parecía que se volvían a levantar uno volvía y les arreaba otra vez. Y en aquellos tiempos daba igual que el mundo entero estuviera mirando. De hecho, convenía que miraran y aprendieran. «Veni, Vidi, Vici.» Llegué, vi, conquisté.

Como comentario, a Vimes siempre le había parecido un poco demasiado rebuscado. No tenía pinta de ser algo que se le ocurre a uno en el calor del momento, ¿verdad? Parecía que hubiera dedicado tiempo a pensarlo. Lo más probable es que se hubiera pasado largas tardes en su tienda de campaña buscando en el diccionario palabras cortas que empezaran por V y probándolas... «Veni, vermini, vomui», ¿llegué, me puse bolinga, vomité? «Visi, veneri, vamoosi», ¿visité, pillé una enfermedad embarazosa, me fui corriendo? Debió de ser un alivio enorme que se le ocurrieran tres palabras cortas y aceptables. Probablemente se pensó las palabras primero y luego se fue para ver algún sitio y conquistarlo. Abrió el libro por una página al azar.

«Siempre resulta útil enfrentarse a un enemigo que está dispuesto a morir por su patria —leyó—. Esto quiere decir que tanto tú como él tenéis en mente exactamente el mismo objetivo.»

—¡Ja!

—Bíngueli-bíngueli b...

Vimes dio un manotazo en la cajita.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Tres cero cinco pe eme, entrevista con cabo Culopequeño tema desaparición de sargento Colon —dijo el demonio en tono huraño.

—Yo no he hecho planes para... ¿Quién te ha dicho...? ¿Me estás diciendo que tengo una cita sin yo saberlo?

—Eso mismo.

—Entonces, ¿cómo estás enterado tú?

—Porque me dijo que tenía que estar enterado. Anoche —dijo el demonio.

—¿Puedes decirme citas de las que yo no sé nada? —dijo Vimes.

—Siguen siendo citas sine qua citas —dijo el demonio—. Existen, por así decirlo, en el espacio de fase de las citas.

—¿Qué narices quiere decir eso?

—Mire —dijo el demonio, con paciencia—. Se pueden tener citas en cualquier momento, ¿verdad? Por tanto toda cita existe in potentia.

—Pobrecita.

—Cualquier cita concreta simplemente colapsa la forma de onda —continuó el demonio—. Yo me limito a elegir la más probable de la matriz de proyección.

—Todo esto te lo estás inventando —dijo Vimes—. Si tuvieras razón, entonces ahora mismo...

Alguien llamó a la puerta. Eran unos golpecitos educados y tímidos.

Vimes no le quitó la vista de encima al demonio sonriente.

—¿Es usted, cabo Culopequeño? —dijo.

—Sí, señor. El sargento Colon ha enviado una paloma. Se me ha ocurrido que tenía que verla usted, señor.

—¡Entre!

La cabo le dejó en la mesa un rollito de papel muy fino. Vimes lo leyó:

Me he presentado voluntario a una misión de Vital Importancia. Nobby también está aquí. Cuando acabemos este trabajo nos van a poner hestatuas. PD: Alguien no puedo decirle quien dice que esta nota se autodestruirá en cinco segundos, que lo siente pero no tiene bastantes sustancias clínicas para acería mejor...

El papel empezó a crepitar por los bordes y al poco se desvaneció en una nubecilla de humo de color acre.

Vimes se quedó mirando el montoncito de ceniza que quedó en su sitio.

—Supongo que es una suerte que no hayan hecho explotar a la paloma, señor —dijo Jovial.

—¿Qué demonios están tramando? Bueno, ahora no puedo ponerme a buscarlo por ahí. Gracias, Jovial.

La enana saludó y se marchó.

—Simple coincidencia —dijo Vimes.

—Muy bien, pues —dijo el demonio—. ¡Bíngueli-bíngueli-biip! Tres quince pe eme, Reunión de Emergencia con Capitán Zanahoria.

\* \* \*

Era un cilindro que se estrechaba hasta acabar en punta por ambos lados. Por un lado se alisaba de forma bastante compleja, reduciendo el diámetro mediante una serie de anillos más y más pequeños que se solapaban hasta desembocar en una cola de pez de gran tamaño. Por entre las rendijas del metal se veía relucir el cuero engrasado.

En el otro extremo había una broca muy larga y puntiaguda, que sobresalía del cilindro como si fuera el cuerno de un unicornio.

El armatoste estaba colocado sobre una tosca plataforma, que a su vez iba montada sobre un par de raíles de hierro que desaparecían en las aguas negras del extremo más alejado del cobertizo.

—A mí me parece un pez gigante —dijo Colon—. Hecho de hojalata.

—Con un cuerno —dijo Nobby.

—Nunca flotará —dijo Colon—. Se ve bastante claro lo que ha hecho mal usted. Todo el mundo sabe que el metal se hunde.

—No es del todo cierto —dijo Leonardo con diplomacia—. En cualquier caso, esta embarcación está diseñada para hundirse.

—¿Cómo?

—La propulsión fue un dolor de cabeza importante, es verdad —dijo Leonardo, subiendo por una escalerilla—. Pensé en remos y en ruedas de paletas, y hasta en una especie de tirabuzón metálico, y luego pensé: ¡delfines, por ahí van los tiros! Se mueven extremadamente deprisa sin apenas esforzarse. Quiero decir en alta mar, claro, aquí a nuestro estuario solamente llegan los delfines de cabeza chata. Las varas del mecanismo de conexión son un poco complicadas, pero yo he podido alcanzar bastante velocidad. El pedaleo puede ser un poco cansado, pero entre los tres deberíamos lograr unas aceleraciones bastante satisfactorias. Es asombroso lo que uno puede hacer cuando imita a la naturaleza, solamente desearía que mis experimentos con el vuel... Oh, ¿adonde han ido...?

Sería difícil averiguar qué parte de la satisfactoria aceleración de la naturaleza estaban intentando imitar los dos guardias, pero era una parte que tendía a atascarse mucho en las puertas.

Dejaron de forcejear y empezaron a retroceder dentro del cobertizo.

—Ah, sargento —dijo lord Vetinari, mirándole a los ojos mientras entraban—. Y también el cabo Nobbs. ¿Leonardo se lo ha explicado todo?

—¡No puede pedirnos que entremos en esa cosa, señor! ¡Sería un suicidio! —dijo Colon.

El patricio juntó las manos delante de los labios como haría alguien que estuviera rezando y cogió aire con cara pensativa.

—No. No, creo que se equivoca —dijo por fin, como si acabara de alcanzar la respuesta de un complejo acertijo metafísico—. Creo que, con toda probabilidad, entrar en esa cosa sería una hazaña valerosa y posiblemente gratificante. Me aventuraría a sugerir que, de hecho, es no entrar en esa cosa lo que sería suicida. Pero me gustaría conocer los puntos de vista de ustedes.

Lord Vetinari no era un hombre de complexión fuerte y últimamente caminaba con la ayuda de un bastón de ébano. Nadie recordaba haberle visto empuñar un arma, y un inusual destello de perspicacia le dijo al sargento Colon que en realidad aquella no era una idea reconfortante en absoluto. Decían que había sido educado en la Escuela de Asesinos, pero nadie recordaba qué armas había aprendido a usar. Había estudiado idiomas. Y de pronto, cuando lo tenías delante, no parecía alguien que eligiese las asignaturas por su facilidad.

El sargento Colon saludó, lo cual siempre era un recurso útil en emergencias como aquella, y gritó:

—Cabo Nobbs, ¿por qué no está en el... en el pez de metal que se hunde?

—¿Sargento?

—Quiero verte subir esa escalerilla, muchacho... un, dos, un, dos...

Nobby trepó por la escalerilla y desapareció. Colon volvió a saludar. Se podía saber lo nervioso que estaba por el vigor de sus saludos. Con aquel último se podía haber cortado pan.

—¡Señor, listo para marchar, señor! —gritó.

—Así me gusta, sargento —dijo Vetinari—. Está desplegando usted exactamente esas cualidades especiales que yo busco...

—... Eh, sarge. —Una voz metálica sonó desde el vientre del pez—. Esto está a reventar de cadenas y engranajes. ¿Para qué vale esto? —La broca enorme que había en el morro del vehículo empezó a girar con un chirrido.

Leonardo salió de detrás del pez.

—Creo que deberíamos entrar todos —dijo—. Ya he encendido la vela que se consumirá y cortará el cordel que soltará la carga que librará los bloques.

—Um... ¿y cómo se llama esta cosa? —preguntó Colon, mientras seguía al patricio por la escalerilla.

—Bueno, como se sumerge en un entorno marino, yo siempre lo he llamado Aparato-Para-Ir-Bajo-El-Agua-De-Forma-Segura —respondió Leonardo, detrás de él. Pero cuando pien[[10]](#footnote-10)so en él, es simplemente el Bote.

Extendió el brazo detrás de sí y cerró la escotilla.

Al cabo de un momento cualquiera que estuviera escuchando en el cobertizo habría oído el complicado «clonc» de los cerrojos al colocarse en su sitio.

La vela se consumió y cortó el cordel que soltaba la carga que liberaba los bloques y, despacio al principio, el Bote se deslizó por los raíles y se adentró en las aguas negras que, al cabo de un par de segundos, lo envolvieron por completo con un «gluup».

\* \* \*

Nadie se fijó en Angua cuando subió trotando por la pasarela. Ella sabía que lo importante era actuar como si estuviera en su casa.

Nadie molestaba a un perro de gran tamaño que tenía pinta de saber adónde iba.

La gente pululaba por la cubierta al estilo peculiar de los no-marineros a bordo de una embarcación, sin saber muy bien qué deberían hacer o dónde deberían abstenerse de hacerlo. Algunos de los más estoicos habían construido pequeños campamentos, defendiendo sus áreas diminutas de propiedad privada con hatillos y piezas de ropa. A Angua le recordaron a las tuberías de desagüe bicolores y a los límites delineados microscópicamente de las casas del callejón de la Trampa de Dinero, otra forma más de trazar una línea en la arena. Esto es Mío y eso es Tuyo. Invade lo Mío y te llevarás lo Tuyo.

Había una pareja de guardias apostados a ambos lados de la puerta que daba a los camarotes. Nadie les había dicho que detuvieran a los perros.

Los olores la llevaron abajo. Olía a los otros perros y también un fuerte aroma de clavos.

Al final de un pasillo estrecho se encontró con una puerta entreabierta. La abrió empujando con el hocico y echó un vistazo al interior.

Los perros estaban echados en una alfombra a un lado del enorme camarote. Otros perros habrían ladrado, pero aquellos se limitaron a girar sus hermosas cabezas hacia ella, la divisaron desde el final de sus largos hocicos altivos y la examinaron minuciosamente.

Detrás de ellos había una cama estrecha y medio oculta tras cortinas de seda. Ahmed Hora 71 estaba inclinado junto a ella, pero se giró al entrar Angua.

Les echó un vistazo a los perros y luego le dedicó a ella una mirada perpleja. Después, para asombro de Angua, se sentó en el suelo delante de ella.

—¿Y de quién eres tú? —preguntó en perfecto morporkiano.

Angua meneó el rabo. Había alguien en la cama, le decía su olfato, pero fuera quien fuese no sería un problema. Unas mandíbulas lo bastante poderosas como para cortarle el cuello a alguien ayudan a mantener la calma en casi cualquier situación.

Ahmed le dio unos golpecitos en la cabeza. Muy poca gente le había hecho aquello a un hombre lobo sin necesitar en adelante a gente que les cortara la comida, pero Angua había aprendido autocontrol.

Luego, se puso de pie y salió por la puerta. Ella le oyó decir algo a alguien que había al otro lado, y a continuación Ahmed volvió a entrar en el camarote y le dedicó una sonrisa.

—A veces voy, a veces vuelvo...

Abrió un armarito y sacó un collar enjoyado para perros.

—Vas a tener un collar. Ah, y aquí tienes comida —añadió, mientras un sirviente traía varios cuencos—. «Dale al perro mondongo, hueso de pata y bandujo» es una canción que he oído que cantan vuestros niños en Ankh-Morpork, pero el mondongo es una bola de tripas solamente adecuada para dar de comer a los animales, y quién sabe qué parte del animal es el bandujo...

A Angua le pusieron el plato delante. Los otros perros se movieron, nerviosos, pero Ahmed les dijo una palabra en tono cortante y ellos se volvieron a echar.

La comida era... comida de perro. En términos de Ankh-Morpork, eso quería decir algo que ni siquiera se podría meter en una salchicha, y hay muy pocas cosas que un hombre con una picadora lo bastante grande no pueda embutir en una salchicha.

A la pequeña parte central humana de Angua se le revolvió el estómago, pero la mujer lobo se puso a salivar ante la visión de cada tubo reluciente y cada trozo de grasa...

Estaba servido en una bandeja de plata.

Ella levantó la vista. Ahmed no le quitaba el ojo de encima.

Desde luego, seguro que a los perros de la realeza se los trataba como a reyes, por qué si no todos aquellos collares de diamantes... No tenían por qué significar que él supiera...

—¿No tienes hambre? —preguntó—. Tu boca dice que sí.

Algo se cerró alrededor de su cuello mientras ella se daba la vuelta para morder. Sus dientes se cerraron sobre un bocado de tela grasienta, pero aquello no era tan importante como el dolor.

—A su alteza siempre le ha gustado que sus perros llevaran collares elegantes —dijo Ahmed Hora 71 a través de la niebla roja—. Rubíes, esmeraldas... y diamantes, señorita Angua. —La cara del hombre bajó hasta ponerse delante de la de ella—. Engarzados en plata.

\* \* \*

... Un factor clave, según he visto siempre, NO ES la magnitud de las fuerzas. Es el posicionamiento y el cometido de las tropas de reserva, la concentración del poder en un punto...

Vimes intentaba concentrarse en Tacticus. Pero había dos cosas que lo distraían. Una era la cara sonriente con que Ahmed Hora 71 lo miraba desde cada línea. La otra era su reloj, que había dejado apoyado en el Des-organizador. Funcionaba con un mecanismo de relojería y era mucho más fiable. Y nunca le tenías que dar de comer. Hacía un tictac flojito. Por lo que respectaba al reloj, Vimes podía olvidar todas sus citas. A Vimes le caía bien.

La manecilla de los segundos estaba trazando su curva hacia la cima del minuto cuando Vimes oyó que alguien subía la escalera.

—Entre, capitán —dijo Vimes. De la caja vino una risita. La cara de Zanahoria estaba más rosada de lo normal.

—Algo le ha pasado a Angua —dijo Vimes.

El rubor de Zanahoria se convirtió en palidez.

—¿Cómo lo sabe?

Vimes cerró con firmeza la tapa sobre las risitas del demonio.

—Llamémoslo intuición, ¿de acuerdo? ¿He acertado o no?

—¡Sí, señor! ¡Ha subido a bordo de una embarcación klatchiana y el barco acaba de zarpar! ¡Pero ella no ha bajado!

—¿Para qué demonios ha subido a bordo?

—¡Estábamos siguiendo a Ahmed! ¡Y parecía que estaba llevándose a alguien con él, señor! ¡A alguien enfermo, señor!

—¿Se ha ido? Pero si los diplomáticos todavía...

Vimes se calló. Para alguien que no conociera a Zanahoria, aquella situación resultaría rara. Había gente que, si su novia estuviera secuestrada a bordo de un barco extranjero, se tiraría de cabeza al Ankh, o por lo menos echaría a correr por encima de su corteza, saltaría a bordo y empezaría a repartir una somanta democrática de palos. Por supuesto, reaccionar de esa manera en un momento como aquel sería una estupidez. Lo más sensato sería, en efecto, decírselo a alguien, pero aun así...

Sin embargo Zanahoria creía realmente que personal no es lo mismo que importante. Por supuesto, Vimes también lo creía. Había que confiar en que a la hora de la verdad uno actuara de forma correcta. Pero había algo ligeramente siniestro en que alguien no solamente creyera en aquello sino que lo tuviera como principio vital. Era tan desconcertante como conocer a un sacerdote que fuera realmente pobre.

Obviamente, había que tener en cuenta que si alguien había capturado a Angua lo más probable es que no fuera a ella a quien hubiera que rescatar.

Pero...

Solamente los dioses sabían qué podía pasar si Vimes se marchaba ahora. La ciudad había enloquecido con la guerra. Estaban pasando cosas tremendas. En un momento como aquel, cada célula de su cuerpo le decía que el comandante de la Guardia tenía sus responsabilidades...

Tamborileó en la mesa con los dedos. En momentos como aquel era crucial tomar la decisión correcta. Era para eso que le pagaban. Responsabilidad...

Debería quedarse allí y hacer todo lo que pudiera.

Pero... la historia estaba llena de huesos de hombres buenos que habían obedecido órdenes equivocadas con la esperanza de poder suavizar el golpe. Oh, sí, podían haber hecho cosas peores, pero la mayoría de ellas empezaban justo cuando uno decidía seguir órdenes equivocadas.

Su mirada fue de Zanahoria al Des-organizador y luego a los precarios montones de papeles que había sobre su mesa.

¡Al demonio con todo! ¡Sam Vimes era un atrapaladrones! ¡Y siempre sería un atrapaladrones! ¿Para qué mentir?

—¡Que me parta un rayo si dejo que Ahmed llegue a Klatch! —dijo, poniéndose de pie—. Era un barco rápido, ¿no?

—Sí, pero parecía que iba bastante cargado.

—Entonces tal vez podamos cogerlo antes de que se aleje mucho...

Mientras echaba a correr, solamente por un segundo, tuvo la extraña sensación de ser dos personas. Y la razón era que, durante la más mínima fracción de un segundo, realmente fue dos personas. Las dos se llamaban Samuel Vimes.

Para la historia, las elecciones son tan solo direcciones distintas. Los Pantalones del Tiempo se abrieron y Vimes empezó a bajar a toda prisa por una de sus perneras.

Y en alguna otra parte, el Vimes que acababa de hacer una elección distinta empezó a caer hacia un futuro distinto.

Los dos lanzaron su mano a la mesa para coger sus Des-organizadores. Y debido a la más estrafalaria de las coincidencias absurdas, por una increíble casualidad, en aquel segundo quebrado por la decisión, cada uno de ellos cogió el del otro.

Y a veces la avalancha depende de un solo copo de nieve. A veces a un guijarro se le concede la posibilidad de descubrir qué es lo que podría haber ocurrido... si tan solo hubiera rebotado en otra dirección.

\* \* \*

Los magos de Ankh-Morpork siempre se habían mostrado muy firmes acerca de la cuestión de la imprenta. Aquí no va a pasar, decían. Supongamos, decían, que alguien imprimiera un libro de magia y luego deshiciera los tipos y los usara para un libro, por ejemplo, de cocina. El metal se acordaría. Los conjuros no eran simples palabras. Tenían dimensiones adicionales de existencia. Acabaríamos hasta aquí de suflés parlantes. Además, alguien podría imprimir miles de aquellas cosas endiabladas y muchas de ellas podían acabar siendo leídas por gente poco adecuada.

El Gremio de Grabadores también estaba en contra de la imprenta. Una página grabada de texto, decían, tenía un toque de pureza. Era algo que estaba allí, completo, impoluto. Sus miembros podían hacer un trabajo muy fino a cambio de tarifas muy razonables. Permitir que una gente sin formación apelotonara puñados de tipos era una falta de respeto hacia las palabras, y de algo así no podía salir nada bueno.

El único intento que había habido de montar una imprenta en Ankh-Morpork había terminado en un misterioso incendio y en la muerte por suicidio del desafortunado impresor. Todo el mundo sabía que había sido un suicidio porque el hombre había dejado una nota. El hecho de que esta hubiera sido grabada en la cabeza de un alfiler se consideró un detalle irrelevante.

Y el patricio estaba en contra de la imprenta porque si la gente supiera demasiadas cosas solamente iba a conseguir preocuparse por tonterías.

Así que la gente confiaba en el boca a boca, que funcionaba muy bien porque había gran cantidad de bocas. Muchas estaban bajo las narices de los miembros del Gremio de Mendigos, unos ciudadanos a l[[11]](#footnote-11)os que por lo general se consideraba razonablemente de fiar y bien informados. Algunos de ellos tenían bastante prestigio como comentaristas deportivos.

Lord Óxido miró con expresión pensativa a Colmante Michael, un Murmurador de 2.° Nivel.

—¿Y qué ha pasado entonces?

Colmante Michael se rascó la muñeca. Hacía poco que había subido de nivel porque por fin había conseguido contagiarse de una enfermedad de la piel que no era grave pero sí lo desfiguraba.

—El señor Zanahoria estuvo allí dentro como unos dos minutos, milord. Y hala, luego todos para afuera cagando leches, y luego...

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Óxido—. Luchó para evitar un deseo urgente de rascarse él también el brazo.

—Estaban Zanahoria y Vimes y un enano y un zombi y todos, milord. Y se fueron pitando a los muelles, milord, y Vimes vio al capitán Jenkins y le dijo...

—¡Ah, capitán Jenkins! ¡Hoy es su día de suerte!

El capitán levantó la vista de la cuerda que estaba enrollando. A nadie le gusta que le digan que es su día de suerte. Es la clase de cosa que no augura nada bueno. Cuando alguien te dice que es tu día de suerte, es que está punto de pasar algo malo.

—¿Lo es? —respondió.

—¡Sí, porque tiene una oportunidad incomparable de dar su apoyo en la guerra!

—¿La tengo?

—Y también para demostrar su patriotismo —añadió Zanahoria.

—¿Mi patriotismo?

—Necesitamos coger prestado su barco —dijo Vimes.

—¡Y una mierda!

—Elijo creer que eso ha sido una jugosa expresión náutica que significa «hombre, pues claro» —dijo Vimes—. ¿Capitán Zanahoria?

—Señor.

—Acercaos tú y Detritus a mirar detrás de la partición falsa que hay en la bodega —dijo Vimes.

—A la orden —dijo Zanahoria, caminando hacia la escalerilla de mano.

—¡En la bodega no hay ninguna partición falsa! —saltó Jenkins—. Y conozco la ley y sé que no podéis...

Se oyó un estruendo de madera rota desde la parte de abajo.

—Si eso no era una partición falsa, nuestro Zanahoria acaba de abrir un agujero en el casco —dijo Vimes con tranquilidad, mirando al capitán.

—Esto...

—Yo también conozco la ley —dijo Vimes. Desenvainó la espada—. ¿Ves esto? —dijo, sosteniéndola en alto—. Ahora estamos bajo la ley militar. Y la ley militar es una espada. No una espada de doble filo. Solamente hay un filo, y te está apuntando a ti. ¿Has encontrado algo, Zanahoria?

Zanahoria se asomó desde la bodega. Llevaba una ballesta en la mano.

—Lo mismo me equivoco —dijo Vimes—, pero a mí eso me parece una Burleigh y Fuerteenelbrazo «Víbora» Modelo 3, que mata a la gente pero deja los edificios de pie.

—Hay cajas y más cajas llenas —informó Zanahoria.

—No hay ninguna ley... —empezó a decir Jenkins, pero su voz sonaba como si a su mundo se le cayese la parte de abajo.

—¿Sabes?, lo más posible es que sí haya alguna ley que prohiba venderle armas al enemigo en tiempos de guerra —dijo Vimes—. Por supuesto, puede que no la haya. Ya sé lo que haremos —añadió, animado—. ¿Por qué no vamos todos a la plaza Sator? A estas horas estará llena de gente, todos entusiasmados con la guerra y aclamando a nuestros valientes muchachos... ¿Por qué no vamos y se lo planteamos a ellos? Me dijiste que tenía que escuchar la voz del pueblo. Qué raro, ¿no...? Vas conociendo a la gente de una en una y parecen buenas personas, les funciona el cerebro, y luego van y se juntan y entonces oyes la voz del pueblo. Y lo único que hace es gruñir.

—¡Eso es linchamiento!

—Oh, no, no lo creas —dijo Vimes—. Llámalo justicia democrática.

—Un hombre, una piedra —aportó Detritus.

Jenkins tenía el aspecto de temerse que el mundo estuviera a punto de caérsele por su parte de abajo. Miró a Vimes y luego a Zanahoria y no vio ninguna ayuda por allí.

—Por supuesto, de nosotros no tendrías nada que temer —dijo Vimes—. Aunque tal vez tropezaras al bajar las escaleras de las celdas.

—¡No hay escaleras de camino a esas celdas!

—Las escaleras se pueden conseguir.

—Por favor, señor Jenkins —dijo Zanahoria, el poli bueno.

—Yo no... no estaba llevando... las armas... a Klatch —dijo Jenkins lentamente, como si estuviera leyendo las dolorosas palabras de algún guión interior—. Las había traído... de hecho... para donarlas... a...

—¿Sí? ¿Sí? —dijo Vimes.

—... nuestros... valientes muchachos... —dijo Jenkins.

—¡Bien dicho! —exclamó Zanahoria.

—¿Y estarías gustoso de...? —le apuntó Vimes.

—Y... estaría gustoso de... prestar mi barco para apoyar en la guerra —dijo Jenkins, sudando.

—Un auténtico patriota —dijo Vimes. Jenkins se estremeció.

—¿Quién le dijo que había un panel falso en la bodega? —exigió saber—. Era una suposición, ¿verdad?

—Verdad —dijo Vimes.

—¡Aja! Ya sabía yo que solamente lo suponía.

—Listo además de patriótico —dijo Vimes—. Ahora a ver, ¿cómo se hace que esta cosa vaya deprisa?

\* \* \*

Lord Óxido tamborileó con los dedos en la mesa.

—¿Para qué ha cogido el arco?

—No sé, milord —dijo Colmante Michael, rascándose la cabeza.

—¡Maldición! ¿Los ha visto alguien más?

—No, no había mucha gente por allí, milord.

—Eso al menos es un consuelo.

—Solo estábamos yo y Viejo Apestoso Ron y el Hombre del Pato y Hugh el Ciego y Ringo el Cejas y No-Te-Digo-Trigo Rodrigo y Sidney el Cuellituerto y ese hijoputa de Soplón y Dick Silbidos y unos cuantos más, milord.

Óxido se reclinó en su silla y se tapó la cara con una mano pálida. En Ankh-Morpork la noche tenía un millar de ojos y el día también, y además tenía quinientas bocas y novecientas noventa y nueve orejas.

—Entonces los klatchia[[12]](#footnote-12)nos tienen que saberlo —dijo—. Un destacamento de soldados de ha embarcado con rumbo a Klatch. Una fuerza invasora.

—Oh, eso no puede llamarse... —empezó a decir el teniente Avispón.

—Así lo llamarán los klatchianos. Además, con ellos va el troll Detritus —dijo Óxido.

Avispón puso una cara lúgubre. Detritus era una fuerza invasora por sí solo.

—¿Qué naves hemos requisado? —preguntó Óxido.

—Ya tenemos más de veinte, si incluimos la Indestructible, la Indolente y el... —el teniente Avispón volvió a mirar su lista— y el Mamón de Ankh Morpork, señor.

—¿El Mamón?

—Eso me temo, señor.

—Entonces tendríamos que ser capaces de transportar más de un millar de hombres y doscientos caballos.

—¿Por qué no dejamos marchar a Vimes? —dijo lord Selachii—. Que los klatchianos se ocupen de él y adiós muy buenas.

—¿Y darles una victoria sobre fuerzas de Ankh-Morpork? Así es como lo verán ellos. Maldito sea ese tipo. Está forzando nuestra mano. Pero a fin de cuentas, tal vez será para mejor. Tenemos que embarcar.

—¿Estamos del todo listos, señor? —dijo el teniente Avispón, con esa inflexión especial que significa: «No estamos del todo listos, señor».

—Mejor será que lo estemos. La gloria espera, caballeros. Como decía el general Tacticus, cojamos a la historia por el escroto. Por supuesto, él no era un luchador muy honorable.

\* \* \*

La luz blanca del sol grababa sombras oscuras en el palacio del príncipe Cadram. Él también tenía un mapa de Klatch, hecho de piececitas de mosaico de colores enclastadas en el suelo. Estaba sentado, mirándolo pensativo.

—¿Nada más que un barco? —dijo.

El general Ashal, su consejero jefe, asintió con la cabeza. Y añadió:

—Nuestras bolas de cristal no ofrecen una imagen muy clara a tanta distancia, pero creemos que uno de los hombres es Vimes. Seguro que recuerda usted ese nombre, mi señor.

—Ah, el útil comandante Vimes. —El príncipe sonrió.

—El mismo. Y desde entonces ha habido mucha actividad en los muelles. Tenemos que asumir que la fuerza expedicionaria está partiendo.

—Yo creía que tendríamos una semana por lo menos, Ashal.

—Es ciertamente incomprensible. No es posible que estén preparados, mi señor. Debe de haber pasado algo. —Cadram suspiró.

—En fin, sigamos el camino que nos señala el destino. ¿Dónde van a atacarnos?

—En Gebra, señor. Estoy seguro.

—¿Nuestra ciudad más fortificada? Me cuesta de creer. Solamente un idiota lo haría.

—He estudiado a lord Óxido a fondo, señor. Recuerde que él no espera que combatamos, así que en realidad la magnitud de nuestras fuerzas no le preocupa. —El general sonrió. Era una sonrisa fina y pulcra—. Y por supuesto, al lanzar su ataque está añadiendo una infamia a otra. Los demás estados de la costa tomarán buena nota.

—Cambio de planes, pues —dijo Cadram—. Ankh-Morpork puede esperar.

—Una sabia maniobra, mi señor. Como siempre.

—¿Alguna noticia de mi pobre hermano?

—No, señor, lo lamento.

—Nuestros agentes deben intensificar la búsqueda. El mundo entero está mirando, Ashal.

—Correcto, mi señor.

\* \* \*

—¿Sarge?

—¿Sí, Nobby?

—Vuelve a decirme eso de nuestras cualidades especiales.

—Calla y sigue pedaleando, Nobby.

—Sí, sargento.

Dentro del Bote estaba bastante oscuro. Una vela colgaba de un soporte por encima de la cabeza inclinada de Leonardo de Quirm, que timoneaba la nave mediante dos palancas. Alrededor de Nobby traqueteaban las poleas y tintineaban las cadenillas. Era como estar dentro de una máquina de coser. Llena de humedad. Del techo caía un arroyo continuo de goterones de la condensación.

Llevaban diez minutos pedaleando. Leonardo se había pasado la mayor parte del tiempo hablando emocionado. A Nobby le daba la impresión de que no salía mucho. Hablaba de todo.

Estaban los tanques de aire, por ejemplo. Nobby no tenía problemas en aceptar que se pudiera estrujar el aire hasta hacerlo muy pequeñito, y que aquello era lo que había en los barriles chirriantes, crujientes y reforzados con acero que iban amarrados a las paredes. Lo que le resultaba sorprendente era lo que pasaba después con ese aire.

—¡Burbujas! —dijo Leonardo—. Volvemos a los delfines, ¿lo ven?

—Ellos no bucean por el agua, sino que vuelan por una nube de burbujas. Lo cual es mucho más fácil, claro. Yo le añado a eso un poco de jabón, lo cual parece mejorar el proceso.

—Se cree que los delfines vuelan, sargento —susurró Nobby.

—Tú sigue pedaleando.

El sargento Colon se arriesgó a mirar por encima del hombro.

Lord Vetinari estaba sentado sobre una caja puesta del revés en medio de las cadenas tintineantes, con varios de los bocetos de Leonardo desplegados sobre las rodillas.

—Continúe, sargento —dijo el patricio.

—Sí, señor.

El Bote se movía más deprisa ahora que estaban lejos de la ciudad. Hasta había una luz salobre que se filtraba por el cristal de los ventanucos.

—Señor Leonardo —dijo Nobby.

—¿Sí?

—¿Adónde vamos?

—Su señoría desea ir a Leshp.

—Sí, ya me imaginaba algo por el estilo —dijo Nobby—. He pensado: «¿Adonde no quiero ir?». Y pop, ahí estaba la respuesta en mi cabeza, tal cual. El caso es que no creo que lleguemos, porque pasa que en cinco minutos más me se van a caer las rodillas.

—Oh, caramba, no van a tener que pedalear hasta allí —dijo Leonardo—. ¿Para qué creen que es esa broca enorme que hay en el morro?

—¿Eso? —dijo Nobby—. Yo creía que era para taladrar lo de abajo de los barcos enemigos...

—¿Cómo? —Leonardo se dio la vuelta en su asiento, con una expresión de horror en la cara—. ¿Hundir barcos? ¿Hundir barcos? ¿Con gente dentro?

—Bueno... sí...

—Cabo Nobbs, creo que es usted un... hombre muy descarriado —dijo Leonardo en tono envarado—. ¿Usar el Bote para hundir barcos? ¡Eso sería terrible! ¡Y en cualquier caso, a ningún marinero se le ocurriría hacer alto tan deshonroso!

—Lo siento...

—La broca, se lo hago saber, es para engancharnos a los barcos que pasan tal como hacen las remoras, esos peces succionadores que se pegan a los tiburones.

Con unas cuantas vueltas de rosca ya hay bastante para engancharse con firmeza.

—Entonces... ¿no se podría atravesar el casco del todo?

—¡Solamente si uno fuera un joven muy irresponsable y extremadamente desconsiderado!

\* \* \*

Puede que no se pudieran cabalgar las olas del océano, pero se sabía que en la corteza del curso bajo del río Ankh al salir de la ciudad crecían en verano pequeños arbustos que pastaban los caballos. El Milka se movía lentamente, arando un surco tras de sí.

—¿No puede ir más deprisa? —preguntó Vimes.

—Claro, no faltaba más —respondió Jenkins en tono desagradable—. ¿Y dónde quiere que pongamos el mástil extra?

—El otro barco solo es un puntito —dijo Zanahoria—. ¿Por qué no les estamos ganando terreno?

—Es un barco más grande, así que tiene lo que técnicamente llamamos «más velas» —dijo Jenkins—. Y los cascos de esas embarcaciones klatchianas son rápidos. Y tenemos la bodega llena...

Se detuvo pero ya era demasiado tarde.

—¿Capitán Zanahoria? —dijo Vimes.

—¿Señor?

—Tírelo todo por la borda —dijo Vimes.

—¡Las ballestas no! ¡Cuestan más de cien dólares la pie...!

Jenkins se detuvo. La expresión de Vimes decía muy claramente que había muchas cosas que se podían tirar fuera del barco, y que sería buena idea no estar entre ellas.

—Vaya a tirar de alguna cuerda, señor Jenkins —dijo.

Miró al capitán alejarse con pasos airados. Al cabo de unos momentos se oyó un chapuzón. Vimes se asomó por un lado del barco y vio un cajón que se mecía un momento en el agua y después se hundía. Se sintió feliz. Atrapaladrones, lo había llamado Óxido. El hombre lo había dicho como insulto, pero a él ya le parecía bien. El robo era el único crimen que había, ya fuera el botín oro, inocencia, tierra o vida. Y para el atrapaladrones, estaba la persecución...

Se oyeron varios chapuzones más. A Vimes le pareció que el barco aceleraba.

... la persecución. Porque la persecución era más simple que la captura. En cuanto cogías a alguien todo se complicaba, pero la persecución era pureza y libertad. Mucho mejor que seguir pistas a tientas y mirar cuadernos. El huye, yo persigo. Simple.

Conque el terrier de Vetinari, ¿eh?

—¡Bíngueli-bíngueli biip! —dijo su bolsillo.

—No me lo digas —dijo Vimes—. Es algo así como «Cinco pe eme, en el mar», ¿no?

—Esto... no —dijo el Des-organizador—. Aquí dice: «Violenta discusión con lord Óxido», Inserte Nombre Aquí.

—¿No se supone que me tienes que decir lo que voy a hacer? —dijo Vimes, abriendo la caja.

—Ejem... lo que tendría que estar haciendo —dijo el demonio, con cara muy preocupada—. Lo que tendría que estar haciendo. No lo entiendo... ejem... parece que algo no va bien...

\* \* \*

Angua dejó de intentar arrancarse el collar frotándolo contra un mamparo. No estaba funcionando, parecía que la presión de la plata contra su piel la congelaba y la quemaba al mismo tiempo.

Aparte de aquello —y un collar de plata en una mujer lobo era un «aquello» más bien prioritario—, la habían tratado bien. Le habían dejado un plato de comida, un plato hecho de madera, y ella había dejado que su lado lobuno comiera mientras el lado humano cerraba los ojos y se tapaba la nariz. Había un cuenco con agua, bastante fresca según los baremos de Ankh-Morpork. Por lo menos se podía ver el fondo del cuenco.

Costaba muchísimo pensar con forma de lobo. Era como intentar abrir una cerradura estando borracho. Era posible, pero había que concentrarse en cada paso del proceso.

Se oyó un ruido.

Las orejas de Angua se levantaron.

Algo dio un par de golpecitos por debajo del casco. Ella confió en que fuera un arrecife. Aquello querría decir... tierra, tal vez... con un poco de suerte podría nadar hasta la orilla...

Algo hizo clinc. Se había olvidado de la cadena. Apenas era necesaria. Se sentía tan débil como un gatito.

Se escuchó un ruido rítmico, como si algo estuviera mordisqueando la madera.

Una punta de metal diminuta apareció astillando la pared de madera justo delante de su hocico y se quedó sobresaliendo un par de centímetros.

Y alguien habló. Sonaba muy lejano y distorsionado, y tal vez solamente un hombre lobo lo habría podido oír, pero se estaban pronunciando palabras, en alguna parte por debajo de sus patas.

—... ya puede parar de pedalear, cabo Nobbs.

—Estoy hecho polvo, sargento. ¿Hay algo de comer?

—Hay unas pocas más salchichas al ajo. Y está el queso. Y las alubias frías.

—¿Estamos dentro de una lata sin aire y se supone que hemos de comer queso? De las alubias no quiero ni que hablemos.

—Lo siento mucho, caballeros. Todo se ha hecho con prisas y he tenido que llevarme comida que se conservara bien.

—Es que esto se está poniendo un poco... abarrotado, ya me entiende.

—Soltaré cuerda tan pronto como oscurezca y entonces podremos salir a la superficie a coger aire.

—Con que nos libremos del aire que tenemos aquí, yo ya me conformo...

A Angua se le fruncieron las cejas mientras intentaba entender aquello. Las voces le eran familiares. Por muy amortiguadas que sonaran, les reconocía el tono. La vaga sensación que luchaba por adentrarse en la neblina del intelecto animal era: amigos.

Y el centro diminuto e inmutable de ella pensó: por todos los diablos, dentro de poco estaré lamiendo manos.

Volvió a apoyar la cabeza cerca de la punta de metal.

—... manera de hacerlo, joven. ¡Ya estamos otra vez!¿Hundir barcos? ¡No me imagino por qué querría alguien hacer algo semejante!

Nombres. Algunas de aquellas voces tenían... nombres.

Cada vez costaba más pensar. Eran los efectos de la plata. Pero si se detenía ahora, podía olvidarse de cómo empezar otra vez.

Se quedó mirando la punta de metal. Aquella punta de metal con unos bordes muy afilados.

La diminuta parte humana de su mente empezó a gritarle al cerebro de lobo, tratando de hacerle entender lo que tenía que hacer.

\* \* \*

Era pasada la medianoche.

El vigía se arrodilló en la cubierta, delante de Ahmed Hora 71 y se echó a temblar.

—Yo sé lo que he visto, wali —gimió—. ¡Y los demás también lo han visto! ¡Algo ha emergido por detrás del barco y se ha puesto a perseguirnos! ¡Un monstruo!

Ahmed miró al capitán, que se encogió de hombros.

—¿Quién sabe lo que yace en el fondo marino, wali?

—¡Y su aliento! —gimió el marinero—. ¡Ha soltado un rugido enorme que llevaba el hedor de un millar de retretes! ¡Y ha hablado!

—¿En serio? —dijo Ahmed—. Eso es inusual. ¿Qué ha dicho?

—¡No lo he entendido! —Al hombre se le arrugó la cara mientras intentaba ensamblar las sílabas poco familiares—. Sonaba como... —Tragó saliva y continuó—. «¡Por todos los dioses, menos mal que me lo he podido tirar, sarge!»

Ahmed se lo quedó mirando.

—¿Y a ti qué te ha parecido que quería decir? —dijo.

—¡No lo sé, wali!

—¿No has pasado mucho tiempo en Ankh-Morpork?

—¡No, wali!

—Entonces regresa a tu puesto. El hombre se alejó dando traspiés.

—Hemos perdido velocidad, wali —dijo el capitán. —¿No será que el monstruo marino se ha agarrado a nuestra quilla?

—A usted le gusta bromear, mi señor. Pero ¿quién sabe qué ha despertado la nueva tierra al emerger?

—Tendré que verlo por mí mismo —dijo Ahmed Hora 71.

Caminó solo hasta la popa del barco. Las aguas negras batían y salpicaban y dejaban un resplandor fosforescente en los rebordes de la estela.

Se quedó un largo tiempo mirando. La gente a la que se le daba mal mirar no duraba mucho en el desierto, donde una sombra bajo la luz de la luna podía ser una simple sombra o podría ser alguien deseoso de ayudarte a llegar al Paraíso. Los H'eces se encontraron con muchas sombras del segundo estilo.

H'ez no era como se llamaban a sí mismos, aunque ahora solían adoptar el nombre por orgullo. La palabra quería decir «enemigo». Enemigo de todo el mundo. Y si no tenían a nadie cerca, se hacían enemigos entre ellos.

Si se concentraba, le daba la impresión de que había una sombra más oscura a unos cien metros detrás de barco, sobresaliendo muy poco de la superficie del agua. Las olas rompían donde ni siquiera debería haber onda alguna. Parecía que al barco lo estaba siguiendo un arrecife.

Vaya, vaya...

Ahmed Hora 71 no era supersticioso. Era, en cambio, substicioso, lo cual lo convertía en un ser humano poco común. No creía en las cosas en las que creía todo el mundo pero que sin embargo no eran ciertas. En lugar de ello, creía en las cosas que eran ciertas pero en las que no creía nadie más. Existían muchas substiciones, desde: «mejorará si no te lo rascas» hasta «a veces las cosas pasan porque sí».

En la actualidad no sentía inclinación a creer en los monstruos marinos, sobre todo en aquellos que hablaban el idioma de Ankh-Morpork, pero sí creía que existían muchas cosas en el mundo de las que él no había oído hablar.

A lo lejos pudo distinguir las luces de una embarcación. No parecía que les estuviera ganando terreno. Esto era mucho más preocupante.

En la oscuridad, Ahmed Hora 71 se llevó una mano al hombro y agarró la empuñadura de su espada.

Por encima de él, el viento hacía crujir la vela mayor.

\* \* \*

El sargento Colon sabía que estaba afrontando uno de los momento más peligrosos de su carrera.

Pero no podía hacer nada al respecto. Ya no le quedaban opciones.

—Esto... si le añado esta E y esta I y esta T y esta O —dijo, con el sudor cayéndole por las mejillas sonrosadas—, entonces puedo usar esa V para formar «Evito». Esto... y con eso consigo, ejem, un... ¿cómo se llaman esos cuadrados azules, Len?

—Una casilla de «Tres Veces El Valor de Vuestra Letra» —dijo Leonardo de Quirm.

—Bien hecho, sargento —dijo lord Vetinari—. Creo que eso le pone a usted en cabeza.

—Esto... pues creo que sí, señor —dijo con una vocecilla aguda el sargento Colon.

—Sin embargo, creo que me ha dejado espacio para usar mis I, N y mis C, A, P, A, Z —continuó el patricio—, lo cual por cierto me lleva a este cuadrado de «Tres Veces Toda La Palabra» y sospecho que me convierte en ganador de la partida.

El sargento Colon relajó los hombros, aliviado.

—Un juego excelente, Leonardo —dijo Vetinari—. ¿Cómo ha dicho usted que se llama?

—Lo llamo el juego de «Forma Palabras Con Letras Que Están Todas Mezcladas», milord.

—Ah. Sí. Obviamente. Bien hecho.

—Ja, y yo solo tengo tres puntos —murmuró Nobby—. Y había palabras perfectamente buenas que no me has dejado terminar de poner.

—Estoy seguro de que los caballeros no quieren conocer estas palabras —dijo Colon en tono severo.

—Me habría llevado diez puntos por la X esa. —Leonardo levantó la vista.

—Qué raro. Parece que nos hemos dejado de mover...

Levantó el brazo y abrió la escotilla. El aire húmedo de la noche entró a raudales y se oyó un ruido de voces, más bien cerca, reverberando muy fuerte como suele pasar con las voces cuando se oyen a través del agua.

—Charla bárbara de klatchianos —dijo Colon—. ¿De qué están parloteando?

—«¿Quién es el sobrino de un camello que ha cortado las jarcias?» —dijo lord Vetinari, sin levantar la vista—. «Y no solamente las cuerdas, mira esta vela... Ven, échame una mano...»

—No sabía que hablara usted klatchiano, milord.

—Ni una palabra —dijo lord Vetinari.

—Pero si acaba de...

—Se equivoca —dijo Vetinari en tono tranquilo.

—Ah... claro...

—¿Dónde estamos, Leonardo?

—Bueno, ejem, mis cartas celestes están todas anticuadas, claro, pero si no le importa a usted esperar a que salga el sol, a que invente un aparato para averiguar la posición en relación al sol, y a que diseñe un reloj con una precisión satisfactoria...

—¿Dónde estamos ahora, Leonardo?

—Ejem... en medio del Mar Circular, supongo.

—¿En medio?

—Bastante cerca del medio, diría yo. Mire, si me deja medir la velocidad del viento...

—¿Entonces Leshp debe de estar en las inmediaciones?

—Oh, sí, habría que...

—Bien. Desengánchenos de esta nave aparentemente siniestrada mientras todavía tenemos el amparo de la oscuridad y por la mañana espero ver esa tierra tan conflictiva. Entretanto, sugiero que todo el mundo duerma un poco.

El sargento Colon no durmió mucho. En parte se debía a que lo despertó varias veces el ruido de martillazos y sierras que venía de la parte delantera del Bote, y en parte porque no paraba de gotearle agua en la cabeza, pero sobre todo porque la falta de actividad le estaba dando la oportunidad de reflexionar sobre su posición.

A veces cuando se despertaba veía al patricio encorvado sobre los dibujos de Leonardo, una silueta adusta bajo la luz de las velas, leyendo, tomando notas...

Estaba al lado mismo de un hombre al que hasta el Gremio de Asesinos tenía miedo; de otro capaz de pasarse la noche en vela para inventar un despertador que le despertara por la mañana, y de un tercero sobre el que no había pruebas de que se hubiera cambiado jamás la ropa interior.

Y estaba en alta mar.

Intentó mirar el lado bueno. ¿Cuál era la razón principal de que odiara los barcos? El hecho de que se hundían, ¿no? Pero aquel tenía el hundimiento ya incorporado de entrada. Y no tenías que mirar cómo subían y bajaban las olas porque ya estaban por encima de ti.

Todo aquello era lógico. Simplemente no era muy reconfortante.

Cuando en un momento dado se despertó le llegaron voces débiles procedentes del otro lado de la embarcación:

—... no lo entiendo muy bien, milord. ¿Por qué ellos?

—Hacen lo que se les dice, suelen creer en lo último que oyen, no son lo bastante listos como para hacer preguntas y tienen esa particular lealtad inquebrantable de la que gozan aquellos que no sufren la carga de una inteligencia excesiva.

—Supongo que sí, milord.

—Los hombres como ellos son valiosos, créame.

El sargento Colon se dio la vuelta y trató de ponerse cómodo. Me alegro de no ser como esos pobres capullos que dicen, pensó mientras se quedaba adormilado en el regazo de las profundidades. Yo soy un hombre con cualidades especiales.

\* \* \*

Vimes negó con la cabeza. La luz de popa de la nave klatchiana era apenas visible en la penumbra.

—¿Les estamos ganando terreno? —dijo.

El capitán Jenkins asintió.

—Es posible. Tenemos mucho mar entre nosotros y ellos.

—¿Y se ha echado por la borda toda la carga sobrante?

—¡Sí! ¿Qué más quiere que haga, que me afeite la barba? —La cara de Zanahoria apareció por encima del borde de la bodega.

—Todos los muchachos están acostados, señor.

—Bien.

—Yo también me voy a echar unas horas, señor, si no le parece mal.

—¿Perdón, capitán?

—Que voy a dar una cabezada, señor.

—Pero... pero... —Vimes hizo una señal vaga en dirección al horizonte cada vez más oscuro—. ¡Pero si estamos en plena persecución para rescatar a tu novia! Entre otras cosas —añadió.

—Sí, señor.

—Así que no vas a... o sea que puedes... quieres... capitán, ¿tiene intención de ir a echarse un sueñecito?

—Para estar fresco cuando los alcancemos. Sí, señor. Si me paso la noche en vela mirando y preocupándome es probable que no sirva para mucho cuando los alcancemos, señor.

Tenía lógica. La verdad era que tenía lógica. Claro que la tenía. Vimes veía la lógica rebosando por todas partes. Zanahoria de verdad se había sentado y había pensado en el asunto con sensatez.

—Y no tendrás problemas para dormirte, ¿verdad? —dijo en tono débil.

—Oh, ninguno. Se lo debo a Angua.

—Ah. Bueno... pues buenas noches. —Zanahoria volvió a desaparecer en la bodega.

—Por los dioses —dijo Jenkins—. ¿Es real?

—Sí —dijo Vimes.

—O sea... ¿se iría usted a roncar si estuviéramos intentando dar alcance a su mujer en ese barco? —Vimes no dijo nada. Jenkins soltó una risita.

—Caray, si fuera lady Sybil, su nave iría un poco más baja sobre el nivel del mar...

—Usted limítese a mirar el... el mar. No choque con ninguna maldita ballena ni nada —dijo Vimes, y se fue dando zancadas hacia el extremo puntiagudo.

Zanahoria, pensó. Había que conocerlo para creérselo.

—¡Están aminorando la marcha, señor Vimes! —gritó Jenkins.

—¿Cómo?

—¡Que creo que están aminorando la marcha, he dicho!

—Bien.

—¿Y qué va a hacer usted cuando los alcancemos?

—Esto... —Vimes no había pensado mucho en aquello. Pero se acordaba de un grabado muy malo que había visto una vez en un libro de piratas.

—¿Nos balancearemos de una soga hasta ellos con alfanjes en los dientes? —sugirió.

—¿En serio? —dijo Jenkins—. Eso está bien. No he visto hacerlo a nadie en muchos años. Bueno, en realidad solamente vi hacerlo una vez.

—¿Ah, sí?

—Sí, un tío que había visto la idea en un libro y se balanceó de una soga hasta la otra nave con el alfanje agarrado, como dice usted, entre los dientes.

—¿SÍ?

—En el ataúd le pusimos Harry Media Cabeza.

—Oh.

—No sé si ha visto usted un huevo pasado por agua después de coger el cuchillo y par...

—Muy bien, ya lo entiendo. ¿Qué me sugiere?

—Rezones. Son lo mejor que hay. Se enganchan al otro lado y se estira para acercarlo.

—¿Y tiene usted rezones?

—Oh, sí. Hoy mismo he visto algunos, de hecho.

—Bien. Entonces...

—Si no recuerdo mal —continuó Jenkins sin dar tregua— los he visto cuando su sargento Detritus estaba tirando cosas por la borda y ha dicho: «¿Qué hacemos con estas cosas torcidas y afiladas, señor?», y alguien, ahora mismo no me acuerdo de su nombre, ha dicho: «Son lastre, tírelos ya».

—¿Por qué no ha dicho nada?

—Ah, bueno, no he querido meterme —dijo Jenkins—. Con el buen trabajo que estaba haciendo usted.

—No me toque las narices, capitán. O lo encadenaré al palo mayor.

—No, no va a hacer eso, y le diré por qué. En primer lugar, porque cuando el capitán Zanahoria le ha preguntado: «Estas cadenas, señor, ¿qué hago con ellas?», usted le ha dicho...

—Ahora me va a escuchar ust...

—... Y en segundo lugar, me parece que no sabe usted nada de barcos, ay, qué pena. Aquí no encadenamos a la gente al palo mayor, le ponemos grilletes y la encerramos en la bodega. ¿Sabe usted cómo se ayusta una braza? Porque yo no. Todo ese asunto de gritar «yojojojooo» es para marineros de agua dulce, o lo sería si alguna vez usáramos expresiones como marinero de agua dulce. ¿Conoce usted la diferencia entre una costilla y una almogama? Yo no. Ni siquiera me he comido nunca una almogama. ¡Que me crucen si no!

—¿No es que me aspen?

—No estoy muy de humor para eso. —El capitán Jenkins hizo girar el timón—. Además, sopla un viento juguetón y yo y mi tripulación sabemos tirar de las cuerdas que hacen que esas cosas grandes y cuadradas de lona funcionen como es debido. Si lo intentaran sus hombres, no tardarían en descubrir lo lejos que estamos de tierra.

—¿Cómo de lejos estamos de tierra?

—A unas treinta brazas, en esta zona. La luz estaba visiblemente más cerca.

—¡Bíngueli-bíngueli biip!

—Por los dioses, ¿y ahora qué pasa?

—Ocho pe eme. Ejem... Escaparse Por Los Pelos De Asesinato A Manos De Espía Klatchiano...

Vimes se quedó rígido.

—¿Dónde? —dijo, mirando frenéticamente a su alrededor.

—En la esquina de Destilador con la Vía Ancha —dijo la vocecilla con su cantinela.

—¡Pero si no estoy ahí!

—¿Entonces qué sentido tiene tener citas? ¿Qué sentido tiene el esfuerzo que yo hago? Usted fue quien me dijo que quería saber lo que tenía que...

—¡Escucha, no se tiene una cita para ser asesinado!

El demonio se quedó callado un momento y luego dijo:

—¿Quiere decir que van en la lista de Cosas Por Hacer? —Ahora le temblaba la voz.

—Sí, claro: «Cosas por hacer: morir»...

—¡Mire, no tiene sentido desahogarse conmigo solamente porque no está usted en la línea temporal correcta!

—¿Y eso qué demonios quiere decir?

—¡Aja, ya sabía yo que no se había leído el manual! El capítulo XVII—2(c) deja muy claro que es de importancia vital ceñirse a una sola realidad, de otra forma el Principio de Incertidumbre dice...

—Olvida la pregunta, ¿vale?

Vimes miró con cara furiosa a Jenkins y luego a la nave que se avistaba a lo lejos.

—Vamos a hacer esto a mi manera, da igual dónde demonios estemos —dijo. Caminó hasta la bodega y abrió la portezuela—. ¿Detritus?

\* \* \*

Los marineros klatchianos forcejeaban con la lona mientras su capitán se dedicaba a gritarles.

Ahmed Hora 71 no gritaba. Se limitaba a mirarlos, con la espada en la mano.

El capitán fue corriendo hasta él, temblando de miedo y con un trozo de cuerda en la mano.

—¿Lo ve, wali? —dijo—. ¡Alguien la ha cortado!

—¿Quién haría algo así? —dijo Ahmed Hora 71 en voz baja.

—No lo sé, pero cuando lo encuentre...

—Esos perros ya casi nos han alcanzado —dijo Ahmed—. Usted y sus hombres, trabajen más deprisa.

—¿Quién puede haber hecho algo así? —dijo el capitán—. Usted estaba aquí, ¿cómo es posible...?

Su mirada se desvió un instante de la cuerda cortada hacia la espada.

—¿Deseaba usted decirme algo? —dijo Ahmed. El capitán no había llegado a donde estaba por su estupidez. Se dio la vuelta.

—¡Izad esa vela ya, hijos de perra purulentos! —gritó.

—Bien —dijo Ahmed Hora 71.

\* \* \*

La ballesta de Detritus había sido originalmente un arma de asedio diseñada para ser manejada por tres hombres, pero él le había quitado el cabrestante al considerarlo un estorbo innecesario. La amartillaba a mano. Por lo general la mera imagen del troll tirando de la cuerda hacia atrás con un dedo bastaba para hacer que hasta los más voluntariosos se rindieran.

Ahora miró la luz lejana con cara dubitativa.

—La posibilidad es uno contra un millón —dijo—. Tiene que ser más de cerca.

—Tú dale por debajo de la línea de flotación para que no puedan cortar la soga —dijo Vimes.

—Vale. Vale.

—¿Qué problema hay, sargento?

—Vamos para Klatch, ¿no?

—Bueno, en esa dirección, sí.

—Pero... en Klatch me volveré muy estúuupido, por la calor, ¿no?

—Yo espero que los detengamos antes de llegar allí, Detritus.

—No me gusta ser estúuupido. Ya sé que la gente dice que ese troll Detritus es más tonto que... más tonto que...

—... Que un bocadillo de ladrillos... —dijo Vimes, mirando la luz.

—Eso. Pero es que he oído que en el desierto hace mucha pero que mucha calor...

El troll parecía tan abatido que Vimes se sintió impelido a darle una palmadita jovial en la espalda.

—Pues entonces parémoslos ahora, ¿eh? —dijo, agitando rápido la mano para aliviar la punzada de dolor.

La otra nave estaba tan cerca que podían ver a los marineros trabajando febrilmente en la cubierta. La vela mayor ondeaba a la luz de la lámpara.

Detritus levantó la ballesta.

Una bola de luz verdeazulada resplandeció en la punta de la flecha. El troll se la quedó mirando.

Entonces el fuego verde bajó zumbando por los mástiles y al tocar la cubierta estalló en forma de varias docenas de bolas verdes que rodaron, crepitando y chisporroteando, sobre los tablones.

—¿Usan magia? —preguntó Detritus. Una llama verde chisporroteó encima de su casco.

—¿Qué es esto, Jenkins? —dijo Vimes.

—No es magia, es mucho peor que la magia —dijo el capitán, echando a correr—. Muy bien, muchachos, ¡bajad esas velas ahora mismo!

—¡Que las dejen como están! —gritó Vimes.

—¿Sabe lo que es eso?

—Ni siquiera me da calor —dijo Detritus, tocando las llamas de su ballesta.

—¡No lo toque! ¡No lo toque! ¡Es el Fuego de San Ungulante, nada menos! ¡Significa que vamos a morir en una horrible tormenta!

Vimes levantó la vista. Las nubes volaban a toda velocidad... No, se derramaban en el cielo formando remolinos gigantescos, como tinta echada en el agua. En algún lugar de su interior centelleaba una luz azul. El barco dio un bandazo.

—¡Mire, tenemos que deshacernos de esas velas! —gritó Jenkins—. Es la única manera...

—¡Que nadie toque nada! —gritó Vimes. Ahora el fuego verde se deslizaba sobre las crestas de las olas—. ¡Detritus, deten a todo el que toque algo!

—Bien.

—Al fin y al cabo, queremos ir deprisa —dijo Vimes por encima del silbido y del retumbar lejano de los truenos.

Jenkins se lo quedó mirando boquiabierto mientras la nave se zarandeaba bajo sus pies.

—¡Está loco! ¿Tiene alguna idea de lo que le pasa a un barco que intenta...? No tiene ni la menor idea, ¿verdad? ¡Este tiempo no es normal! ¡Hay que capearlo con cuidado! ¡No se puede intentar correr más deprisa que él!

Algo resbaladizo aterrizó sobre la cabeza de Detritus, rebotó y fue a parar a la cubierta, donde intentó alejarse reptando.

—¡Y ahora llueven peces! —gimió Jenkins.

Las nubes formaban una neblina amarilla, iluminada de forma casi constante por los relámpagos. Y hacía calor. Aquello era lo más extraño. El viento aullaba como un saco lleno de gatos y las olas se estaban convirtiendo en murallas a ambos lados del barco, pero el aire era como un horno.

—¡Mire, hasta los klatchianos están reduciendo el velamen! —gritó Jenkins bajo una lluvia de gambas.

—Bien. Así los alcanzaremos.

—¡Loco! ¿AH!

Algo duro le rebotó en el casco, dio en la baranda y rodó por el suelo hasta pararse a los pies de Vimes. Era un pomo de metal.

—Oh, no —gimió Jenkins, cubriéndose la cabeza con los brazos—. ¡Llueven putos somieres otra vez!

\* \* \*

El capitán de la nave klatchiana no era un hombre dado a las discusiones cuando estaba en compañía de Ahmed Hora 71. Se limitó a observar la tensión de las velas y a calcular las posibilidades que tenía de ir al Paraíso.

—¡Tal vez el perro que ha cortado la vela nos haya hecho un favor! —gritó, por encima del rugido del viento.

Ahmed no dijo nada. Continuó mirando hacia atrás. Los estallidos ocasionales de luz de la tormenta eléctrica dejaban ver la nave que los seguía, iluminada por un resplandor verde.

Luego miró el fuego frío que irradiaba detrás de sus propios mástiles.

—¿Puede ver esa luz en el borde de las llamas? —dijo.

—¿Milord?

—¿Puedes o no, hombre?

—Esto... no...

—¡Claro que no! Pero ¿puedes ver donde no está esa luz?

El capitán se quedó quieto un momento y luego volvió a levantar la vista, aterrado y obediente. Y sí que había algo donde no estaba la luz. Aquellas lenguas verdes crepitantes que ondeaban al viento parecían estar bordeadas de... tal vez era negrura, o un agujero móvil en el espacio.

—¡Eso es octarino! —gritó Ahmed, mientras otra ola barría la cubierta—. ¡Solamente lo pueden ver los magos! ¡Estas tormentas tienen magia! ¡Por eso hace tan mal tiempo!

\* \* \*

La nave chirrió por todas sus junturas mientras volvía a golpear las olas.

—¡Estamos saliendo del agua! —lloraba Jenkins—. ¡Vamos de cresta en cresta!

—¡Bien, así no será tan movido! —gritó Vimes—. ¡Tendríamos que ganar algo de velocidad ahora que hemos tirado por la borda esos somieres! ¿Llueven somieres muy a menudo por aquí?

—¿A usted qué le parece?

—¡Yo no soy marinero!

—¡No, las lluvias de somieres no son un suceso habitual! ¡Ni tampoco las de cubos para el carbón! —añadió Jenkins, mientras algo negro daba estrepitosamente en una baranda y caía por la borda—. ¡Solamente nos caen cosas normales, ya sabe! ¡Lluvia! ¡Nieve! ¡Aguanieve! ¡Peces!

Cayó otra ráfaga sobre el barco saltarín y la cubierta quedó repentinamente cubierta de destellos plateados.

—¡Peces otra vez! —gritó Vimes—. Eso está mejor, ¿no?

—¡No! ¡Es peor!

—¡Por qué!

Jenkins levantó una lata.

—¡Porque son sardinas!

El barco chocó con otra ola, gimió y volvió a levantar el vuelo.

El fuego verde y frío estaba en todas partes. Cada clavo de la cubierta soltaba sus llamas, cada soga y cada escalerilla tenía su contorno verde.

Y a Vimes le acometió la sensación de que era aquello lo que estaba evitando que se desintegrara la nave. Ni siquiera estaba seguro de que fuera solamente luz. Se movía con demasiada determinación. Crepitaba, pero no quemaba. Parecía como si se lo estuviera pasando bien...

La nave aterrizó. Una ola bañó a Vimes.

—¡Capitán Jenkins!

—¿Sí?

—¿Por qué estamos jugando con esta rueda? ¿No ve que el timón no alcanza el agua?

Lo soltaron. Los radios giraron un momento a toda velocidad y luego se detuvieron mientras el fuego empezaba a envolverlos.

Y entonces llovieron pasteles.

\* \* \*

Los agentes de la Guardia habían intentado ponerse cómodos en la bodega, pero estaban encontrando dificultades. No había ninguna parte del suelo que no acabara por convertirse cada diez segundos en una parte de la pared.

Con todo, alguien estaba roncando.

—¿Cómo puede alguien dormir en este sitio? —dijo Reg Shoe.

—El capitán Zanahoria puede —dijo Jovial. Estaba dando tajos a algo con su hacha.

Zanahoria se había encajado en un rincón. De vez en cuando murmuraba algo y cambiaba de postura.

—Como un bebé. No entiendo cómo lo hace —dijo Reg Shoe—. Por supuesto, este sitio se va a desintegrar en cualquier momento.

—Sí, pero a ti eso te da igual, ¿no? —dijo Detritus—. Porque ya estás muerto.

—¿Y qué? Termino en el fondo del mar hundido hasta las rodillas en mierda de ballena, ¿no? Y menuda caminata hasta casa, y sin luz. Por no mencionar los problemas que puede haber si se me quiere comer un tiburón.

—No hay nada que temer. De acuerdo con el Testamento de Mezerek, el pescador Nonpo pasó cuatro días en el vientre de un pez gigante —dijo el agente Visita.

En el silencio que se hizo los truenos parecieron especialmente ruidosos.

—Coladas, ¿estamos hablando de milagros? —preguntó por fin Reg—. ¿O solo de un proceso digestivo muy lento?

—Emplearías mejor tu tiempo considerando el estado de tu alma inmortal que haciendo chistes —dijo el agente Visita en tono severo.

—Es el estado de mi cuerpo inmortal lo que me preocupa —dijo Reg.

—Tengo aquí un folleto que te ayudará mucho a... —empezó a decir Visita.

—Coladas, ¿es lo bastante grande como para doblarlo en forma de un barco que nos salve a todos?

El agente Visita saltó sobre aquel pie.

—Aja, sí, metafóricamente hablando sí que es...

—¿Es que este barco no tiene bote salvavidas? —se apresuró a decir Jovial—. Estoy segura de que he visto uno cuando hemos subido a bordo.

—Sí... salvavidas —dijo Detritus.

—¿Alguien quiere una sardina? —preguntó Jovial—. He conseguido abrir una lata.

—Salvavidas —repitió Detritus. Daba la impresión de ser alguien que exploraba una verdad desagradable—. O sea... ¿una cosa grande y pesada que nos habría hecho ir muy despacio...?

—Sí, estoy seguro de que vi uno —dijo Reg.

—Sí... había uno —dijo Detritus—. ¿Eso era un bote salvavidas, entonces?

—Por lo menos tendríamos que ir a algún sitio resguardado y tirar el ancla.

—Sí... el ancla... —murmuró Detritus—. Es una cosa grande con cosas como ganchos, ¿no?

—Claro.

—¿Una cosa así como pesada?

—¡Obviamente!

—Ya. Y... esto... si hiciera ya rato que alguien la tiró, porque era muy pesada, eso ahora no nos iría muy bien, ¿verdad?

—Pues no mucho. —Reg Shoe miró por la escotilla. El cielo era una manta de color amarillo sucio y surcada por el fuego. Los truenos retumbaban sin parar.

—Me pregunto hasta dónde ha caído el barómetro —dijo.

—Hasta el fondo —dijo Detritus en tono lúgubre—. Creedme.

\* \* \*

Formaba parte de la naturaleza de los H'eces abrir las puertas con cuidado. Por lo general al otro lado había un enemigo. Tarde o temprano.

Ahmed vio el collar de perro tirado en el suelo, junto a un chorrito de agua que manaba del casco, y soltó una palabrota en voz baja.

Esperó un momento y luego empujó la puerta hacia dentro con fuerza. La hoja repicó contra la pared.

—No tengo intención de hacerte daño —le dijo a la oscuridad de la sentina—. Si esa fuera mi intención, a estas alturas ya...

A Angua le habría gustado poder usar al lobo. Con el lobo no habría habido problemas. Aquel era el problema. Habría ganado con facilidad, pero también habría estado nerviosa y asustada. Los humanos podían estar por encima de aquello. Un lobo tal vez no. Y entonces podría hacer cosa equivocadas, cosas fruto del pánico, cosas de animal.

Lo empujó con fuerza mientras se dejaba caer desde encima de la puerta, dio una voltereta hacia atrás, cerró la puerta de un golpe y giró la llave.

La espada atravesó la madera igual que un cuchillo caliente atravesaría manteca derretida.

Alguien dio un grito ahogado a su lado. Se giró en redondo y vio a dos hombres que sostenían una red. Si hubieran visto un lobo se la habrían tirado encima. Lo que no se esperaban era una mujer desnuda. La aparición repentina de una mujer desnuda siempre provoca que todo el mundo se replantee sus planes inmediatos.

Ella les dio sendas patadas con todas sus fuerzas y echó a correr en dirección contraria, abrió la primera puerta que encontró y la cerró de un portazo detrás de sí.

Era el camarote donde estaban los perros. Los animales se pusieron de pie de un salto, abrieron la boca... y se volvieron a tumbar. Los hombres lobo tienen un poder considerable sobre los demás animales, no importa en qué forma se encuentren, aunque se trate principalmente del poder de hacer que se encojan de terror y traten de parecer incomestibles.

Pasó corriendo al lado de los perros y tiró de una de las cortinas de la cama.

El hombre de la cama abrió los ojos. Era klatchiano, pero estaba pálido por la debilidad y el dolor. Tenía unas ojeras muy oscuras.

—Ah —dijo el hombre—. Parece que me he muerto y he ido al Paraíso. ¿Eres una hurí?

—No tengo por qué aguantar esa clase de frescuras, gracias —dijo Angua, rasgando la seda con manos expertas.

Era consciente de que tenía una ligera ventaja sobre los hombres lobo varones en el sentido de que las mujeres desnudas provocaban menos quejas, aunque el inconveniente era que recibían algunas invitaciones bastante insistentes. Era esencial encontrar algo para taparse, por una cuestión de recato y de evitar bamboleos inconvenientes, razón por la cual fabricarse ropa improvisada era una habilidad poco conocida de los hombres lobo.

Angua se detuvo. Por supuesto, para el ojo poco entrenado todos los klatchianos tenían un aspecto parecido, pero también para un hombre lobo todos los humanos tenían un aspecto parecido: un aspecto apetitoso. Ella había aprendido a distinguir.

—¿Es usted el príncipe Khufurah?

—El mismo. ¿Y tú eres...?

La puerta se abrió de una patada. Angua dio un salto hasta la ventana y corrió a un lado la barra que bloqueaba los postigos. El agua entró a chorro en el camarote, empapándola, pero ella consiguió trepar dificultosamente y salir por el rosetón.

—¿... alguien con mucha prisa? —murmuró el príncipe.

Ahmed Hora 71 llegó a la escotilla con paso vivo y miró afuera. Las olas verdeazules bordeadas de fuego luchaban en el exterior mientras la nave se escoraba. Nadie podría mantenerse a flote en un mar así.

Se giró y recorrió el casco con la vista hasta el lugar donde Angua estaba agarrada a una soga que colgaba.

Ella vio que Ahmed le guiñaba el ojo. Ahmed se dio la vuelta de inmediato y ella le oyó decir:

—Se debe de haber ahogado. ¡Volved a vuestros puestos!

Al poco tiempo, arriba en la cubierta, se cerró una trampilla.

\* \* \*

El sol salió en un cielo sin nubes.

Un vigía, de haber habido alguno en la zona, habría percibido una ligera diferencia en la forma en que las olas se movían en aquella parcela concreta del mar.

Puede que hasta se hubiera preguntado por el trozo de tubería doblada que giraba con un chirrido débil.

Y si hubiera sido capaz de acercarle una oreja, habría oído lo siguiente:

—... me ha ocurrido mientras me amodorraba. Un trozo de tubería, dos espejos en ángulo... ¡y he ahí la solución a todos nuestros problemas para orientarnos y conseguir aire!

—Fascinante. Una Tubería-Para-Ver-Cosas-Por-La-Que-Se-Puede-Respirar.

—Madre mía, ¿cómo ha sabido usted que se llamaba así, milord?

—Una corazonada.

—Anda, alguien ha rediseñado mi asiento de pedalear, ahora es comodísimo...

—Ah, sí, cabo, he tomado unas cuantas medidas mientras estaba usted dormido y lo he reconstruido para mejorar la configuración anat...

—¿Ha tomado medidas?

—Oh, sí, yo...

—¿Cómo, de mis... regiones sentaderas?

—Oh, por favor, no se preocupe, la anatomía es una especie de pasión para mí...

—¿Ah, sí? ¿Ah, sí? ¡Pues para empezar ya puede dejar de apasionarse por la mía...!

—¡Miren, veo alguna clase de isla!

La tubería giró con un chirrido.

—Ah, Leshp. Y veo gente. A sus pedales, caballeros. Exploremos los bajos del océano...

—Poco remedio nos queda, si el timonel es él...

—Calla, Nobby.

La tubería se sumergió entre las olas. Hubo un ligero borboteo de burbujas y una empapada discusión acerca de quién habría tenido que poner el tapón de corcho, y poco después la parcela de mar que había estado vacía se quedó, de alguna forma, todavía un poco más vacía.

\* \* \*

No había ni un pez.

Tal como estaban las cosas, Sólido Jakcson habría estado dispuesto a comer incluso calamares curiosos.

Pero el mar estaba vacío. Y olía raro. Espumeaba un poco. Sólido vio burbujitas que salían a la superficie y estallaban con un olor a azufre y huevos podridos. Supuso que el ascenso de la tierra debía de haber removido mucho barro. El fondo de un estanque ya podía ser bastante asqueroso, con todas aquellas ranas y bichos y cosas, y esto era el mar...

Intentó con todas sus fuerzas invertir aquella línea de pensamiento, pero esta no paraba de emerger de las profundidades como un... como un...

¿Por qué no había peces? Era verdad que la noche anterior había habido tormenta, pero por lo general en aquellas aguas se pescaba mejor después de una tormenta porque... la tormenta... removía...

La balsa se bamboleó.

Estaba empezando a pensar que sería buena idea irse a casa, pero eso representaría dejarles la tierra a los klatchianos, y eso solamente pasaría por encima de su cadáver.

La traicionera voz interior dijo: es gracioso, el cadáver del señor Hong no lo encontraron nunca. Por lo menos casi ningún trozo importante.

—Creo, creo, creo que habrá que volver ya —le dijo a su hijo.

—Oh, papá —dijo Les—. ¿A cenar otra vez lapas y algas?

—Las algas no tienen nada de malo —dijo Jackson—. Están llenas de cosas nutritivas, como por ejemplo... algas. Y tienen hierro. El hierro es bueno.

—¿Pues por qué no hervimos un ancla?

—Cierra el pico, hijo.

—Los klatchianos tienen pan —dijo Les—. Se trajeron harina con ellos. Y tienen leña para hacer fuego. —Aquel era un tema que escocía a Jackson. Sus esfuerzos para lograr la combustión de las algas no se habían saldado con éxito.

—Sí, pero su pan no te gustaría —dijo Jackson—. Es todo plano y no tiene corteza como debe ser...

Una brisa les trajo por encima del agua el olor de la cocción. Tenía un aroma a especias.

—¡Están cociendo pan! ¡En nuestra propiedad!

—Bueno, ellos dicen que la propiedad es su...

Jackson agarró el trozo de tablón partido que usaba como remo y empezó a usarlo para darse impulso furiosamente en dirección a la orilla. El hecho de que aquello solamente consiguiera hacer avanzar a la balsa en círculos hizo crecer su furia.

—Los cabrones se mudan al lado nuestro y lo único que conseguimos es esa peste a comida extranjera...

—¿Por qué se te está haciendo la boca agua, papá?

—¿Y cómo es que tienen madera, si se puede saber?

—Creo que la corriente está llevando la madera de deriva hasta su lado de la isla, papá...

—¿Lo ves? ¡Están robando nuestra madera de deriva! ¡Nuestra maldita madera! ¡Ja! Bueno, pues vamos a...

—Pero yo pensaba que habíamos acordado que la parte de allí era de ellos y...

Jackson acababa de acordarse por fin de cómo darle impulso a una balsa con un solo remo.

—Eso no fue un acuerdo —dijo, haciendo espuma al sacudir el remo de un lado para otro—. Fue solamente un... arreglo. Como si ellos hubiesen fabricado la madera de deriva. Les ha aparecido y ya está. Casualidades de la geografía. Es un recurso natural, ¿verdad? No pertenece a nadie...

La balsa golpeó algo que hizo un ruido metálico. Pero todavía estaban a un centenar de metros de las rocas.

Alguna otra cosa, larga y con la punta doblada, se alzó con un chirrido. Giró un momento sobre sí misma hasta quedar apuntando a Jackson.

—Perdone —dijo la cosa, con voz metálica pero educada—, esto es Leshp, ¿verdad?

Jackson hizo un ruido con la garganta.

—Es que —continuó la cosa— el agua está un poco turbia y me ha parecido que tal vez íbamos en dirección contraria durante los últimos veinte minutos.

—¡Leshp! —cloqueó Jackson, con una voz antinaturalmente aguda.

—Ah, bien. Muchísimas gracias por todo. Que tenga un buen día.

El apéndice se volvió a sumergir lentamente en el mar. Los últimos sonidos que llegaron de él a la superficie en medio de una nube de burbujas, fueron: «... no te olvides de poner el tapón... ¡Te has olvidado de poner el tap...!».

Las burbujas se interrumpieron.

Al cabo de un rato Les dijo:

—Papá, ¿qué ha sido...?

—¡No ha sido nada! —saltó su padre—. ¡Esas cosas no pasan!

La balsa salió disparada hacia delante. Se podría haber hecho esquí acuático tras ella.

\* \* \*

Otra cosa importante que tenía el Bote, pensó el sargento Colon lúgubremente mientras se volvían a sumergir en un crepúsculo azul, era que no se podía achicar la sentina. El Bote era todo sentina.

Estaba pedaleando con los pies dentro del agua y sufriendo de forma simultánea claustrofobia y agorafobia. Tenía miedo de todo lo que había dentro y todo lo que había fuera al mismo tiempo. Además, fuera iban dejando atrás cosas desagradables al ir descendiendo suavemente el Bote por la muralla de roca. Se agitaban tentáculos. Había pinzas. Había cosas escabullándose por entre las algas ondulantes. Las almejas gigantes miraban el sargento Colon con sus valvas. El Bote crujió.

—Sarge —dijo Nobby, mientras contemplaban las maravillas de las profundidades.

—¿Sí, Nobby?

—¿Sabes eso que dicen de que todos los trocitos diminutos de tu cuerpo se renuevan cada siete años?

—Un dato bien conocido —dijo el sargento Colon.

—Ya. Pues... yo tengo un tatuaje en el brazo, ¿no? Me lo hice hace ocho años. Entonces... ¿cómo es que sigue ahí?

Las algas gigantes aventaban la oscuridad.

—Una cuestión interesante —dijo Colon con voz trémula—. Esto...

—O sea, vale, van saliendo cachitos nuevos de piel, pero eso quiere decir que a estas alturas tendrían que ser todos nuevos y rosaditos.

Pasó nadando un pez que tenía el morro como una sierra.

En medio de todos sus demás miedos, el sargento Colon intentó pensar deprisa.

—Lo que pasa —dijo— es que todos los trocitos de piel azul se sustituyen por otros trocitos de piel azul. Que salen de los tatuajes de otra gente.

—O sea que... ¿ahora tengo los tatuajes de otra gente?

—Ejem... sí.

—Asombroso... porque sigue siendo clavadito al mío. Tiene las dagas cruzadas y pone WAMI.

—¿Wami?

—Iba a ser «Mami», pero me desmayé y Ned Agujas no se dio cuenta de que me quedé boca abajo.

—Pues lo normal sería que se hubiera dado cuenta...

—Él también iba como una cuba. Venga, sarge, ya sabes que no es un tatuaje de verdad a no ser que nadie se acuerde de cómo ha aparecido...

Leonardo y el patricio estaban contemplando el paisaje submarino.

—¿Qué están buscando? —dijo Colon.

—Leonardo no para de hablar de bajorrelieves —dijo Nobby—. ¿Eso qué es, sargento?

Colon dudó, pero solamente un instante.

—Un tipo de molusco, cabo.

—Caray, sabes un montón de todo, sargento —dijo Nobby en tono de admiración—. Entonces eso es lo que son los bajorrelieves, ¿no? Pues lo que había más arriba tenían que ser altorrelieves, ¿verdad?

Había algo ligeramente turbador en la ancha sonrisa de Nobby. El sargento Colon decidió jugarse el todo por el todo.

—No seas tonto, Nobby. «Los altorrelieves de más arriba...» Oh, cielos.

—Lo siento, sargento.

—Todo el mundo sabe que en estas aguas no hay altorrelieves.

Un par de calamares curiosos se acercaron a echarles un vistazo, curiosamente.

\* \* \*

La nave de Jenkins era una ruina flotante.

Varias velas estaban hechas jirones. Las jarcias y otros cabos cuyos términos náuticos Vimes se había negado a aprender estaban todos tirados por la cubierta o colgaban del barco en el agua.

Las pocas velas que quedaban los impulsaban gracias a una fuerte brisa.

En lo alto del palo mayor, el vigía hizo bocina con las manos y se inclinó hacia abajo.

—¡Tierra a la vista!

—Hasta yo puedo verla —dijo Vimes—. ¿Por qué tiene que gritar?

—Trae suerte —respondió Jenkins. Miró la neblina con los ojos guiñados—. Pero ese amigo suyo no lleva rumbo a Gebra. Me pregunto adonde va.

Vimes se quedó mirando la nube de color amarillo claro que se veía en el horizonte y luego levantó la vista hacia Zanahoria.

—La rescataremos, tranquilo —dijo.

—En realidad no estoy nervioso, señor. Aunque me preocupa mucho el asunto —dijo Zanahoria.

—Esto... ya... —Vimes hizo un gesto impotente con los brazos—. Esto... ¿todo el mundo está entero y bien? ¿Los hombres están con ánimos?

—Mejoraría muchísimo la moral si dijera usted unas palabras, señor.

El regimiento monstruoso de agentes de la Guardia estaba formando en la cubierta, parpadeando bajo la luz del sol. Oh, cielos. Parece una ronda de reconocimiento con unos sospechosos bien poco habituales. Una enana, un humano que se crió como un enano y piensa como un manual de etiqueta, un zombi, un troll, yo y, oh, no, un fanático religioso...

El agente Visita hizo el saludo marcial.

—Permiso para hablar, señor.

—Adelante —murmuró Vimes.

—Me alegra decirle, señor, que está claro que nuestra misión cuenta con aprobación divina, señor. Me refiero a la lluvia de sardinas que nos ha procurado sustento en plena hambruna, señor.

—Nos picaba un poco el gusanillo, yo tampoco hablaría de ham...

—Con todo el respeto, señor —dijo el agente Visita en tono firme—, la pauta está firmemente establecida, señor. Ya lo creo. Cuando los sykulitas fueron perseguidos en el desierto por las fuerzas de los mitolitas offlerianos, señor, les procuró sustento una lluvia de galletas celestiales, señor. De chocolate, señor.

—Un fenómeno perfectamente natural —murmuró el agente Shoe—. Probablemente las arrastró el viento al pasar por una pastelería...

Visita lo fulminó con la mirada y siguió hablando:

—Y los murmurianos no habrían sobrevivido cuando las tribus de Miskmik los empujaron a las montañas de no ser por una lluvia mágica de elefantes, señor...

—¿Elefantes?

—Bueno, de un elefante, señor —concedió Visita—. Pero salpicó.

—Un fenómeno perfectamente natural —dijo el agente Shoe—. Probablemente al elefante lo levantó por los aires una extraña...

—Y cuando les asaltaba la sed en el desierto, señor, las Cuatro Tribus de Khanli fueron socorridas por una repentina y sobrenatural lluvia de lluvia, señor.

—¿Una lluvia de lluvia? —repitió Vimes, casi hipnotizado por la convicción absoluta de Visita.

—Un fenómeno perfectamente natural —dijo Reg Shoe con un soplido de burla—. Lo más probable es que el agua se evaporara del océano, la arrastrara el viento por el cielo, se condensara en torno a una serie de núcleos al toparse con una masa de aire frío y se precipitara... —Se detuvo y continuó en tono irritado—. Y de todas formas, no me lo creo.

—Así pues... ¿qué deidad en concreto se encarga de nuestro caso? —preguntó Vimes con optimismo.

—Puede estar seguro de que le informaré tan pronto como lo averigüe, señor.

—Esto... muy bien, agente.

Vimes dio un paso atrás.

—No estoy diciendo que vaya a ser fácil, muchachos —dijo—. Pero nuestra misión es alcanzar a Angua y a ese hijoputa de Ahmed y sacudirlo hasta que suelte la verdad. Por desgracia, eso quiere decir que le tendremos que seguir por su país, con el que estamos en guerra. Eso nos planteará por fuerza una serie de obstáculos. Pero no tenemos que dejar que la perspectiva de ser torturados hasta morir nos desanime, ¿de acuerdo?

—La Fortuna sonríe a los audaces, señor —dijo Zanahoria en tono jovial.

—Bien. Bien. Me alegra oírlo, capitán. ¿Y qué actitud tiene la Fortuna en relación a los ejércitos fuertemente armados, bien preparados y guarnecidos hasta el exceso?

—Oh, nadie ha oído nunca que les sonría a ellos, señor.

—Según el general Tacticus, es porque ya se sonríen a sí mismos —dijo Vimes. Abrió el libro maltrecho. Tenía muchos puntos de lectura en forma de papelitos y cintas—. De hecho, caballeros, el general tiene un consejo para evitar la derrota cuando tu bando se ve superado en número, en armas y en posición. El consejo es... —pasó la página— «No Tengáis una Batalla».

—Parece un hombre inteligente —dijo Jenkins. Señaló el horizonte amarillo—. ¿Ve esa cosa que hay en el aire? ¿Qué cree que es?

—¿Niebla? —dijo Vimes.

—Ja, sí. ¡Niebla klatchianal ¡Es una tormenta de arena! El viento levanta la arena del suelo todo el tiempo. Es espantoso. Si quiere afilar su espada, solamente tiene que sostenerla en el aire.

—Oh.

—Aunque en realidad no está mal, porque si no fuera así se vería el monte Gebra. Y a su pie está lo que llaman el Puño de Gebra. Es un pueblo pero tiene un fuerte grande de cojones, con murallas de ocho metros de grueso. Solamente el fuerte ya es como una gran ciudad. Dentro tiene sitio para miles de hombres armados, elefantes de guerra, camellos de batalla, de todo. Y si lo viera, me pediría que diera media vuelta ahora mismo. ¿Qué tiene que decir su famoso general de eso, eh?

—Creo que sí que había algo... —dijo Vimes. Volvió a pasar página—. Ah, sí. Dice:«Después de la primera batalla de Sto Lat, formulé una política que me ha venido de perlas en otras batallas. Es la siguiente: si el enemigo tiene una fortaleza inexpugnable, procura que permanezca en ella».

—Vaya, eso sí que es útil —dijo Jenkins. Vimes se metió el libro en un bolsillo.

—Entonces, agente Visita, tenemos a un dios de nuestro lado, ¿no?

—Ciertamente, señor.

—Pero ¿probablemente también haya un dios del lado de ellos?

—Casi seguro, señor. Hay un dios en todos los bandos.

—Pues esperemos que se compensen entre ellos.

\* \* \*

El bote de la nave klatchiana golpeó el agua con el más suave de los chapoteos. Esto se debía a que Ahmed Hora 71 estaba de pie junto a los cabrestantes con su espada lista, lo cual tenía el efecto de que los hombres que bajaban el bote se tomaran el trabajo bastante en serio.

—Cuando nos hayamos alejado ya puede llevarse el barco a Gebra —le dijo el capitán.

El capitán se echó a temblar.

—¿Y qué quiere que les diga, wali?

—Dígales la verdad... pero no de entrada. El comandante de la guarnición es un hombre sin alcurnia y lo torturará a usted un poco. Ahorre la verdad para cuando la necesite. Eso lo tendrá contento. Y le irá bien decir que actuó obligado por mí.

—Oh, lo diré. Ya lo creo que... que diré esa mentira —añadió a toda prisa el capitán.

Ahmed asintió, se deslizó por la soga hasta el bote y soltó amarras.

La tripulación lo observó alejarse remando entre las olas.

Aquella no era una playa bonita. Era una escollera. En la arena se desmoronaban las cuadernas de naves naufragadas. Por toda la línea de la marea alta se amontonaban huesos, madera de deriva y algas blanqueadas. Y más allá se elevaban las dunas del desierto de verdad. Incluso allí abajo la arena picaba en los ojos y rechinaban en los dientes.

—La muerte impredecible acecha en esa playa —dijo el primero de a bordo, asomándose por el lado de la nave y parpadeando para despejarse los ojos.

—Sí —dijo el capitán—. Él acaba de bajar del bote.

La figura que estaba en la playa sacó la otra figura recostada de la embarcación y la arrastró fuera del alcance de las olas. El primero de a bordo levantó su arco.

—Desde aquí lo puedo matar, señor. Solo tiene que decirlo.

—¿Cómo estás de seguro? Porque más te vale estar seguro de verdad. En primer lugar, si fallas el tiro eres hombre muerto, y en segundo lugar, si le das, eres hombre igual de muerto. Mira allí arriba.

En las dunas altas y lejanas se perfilaba un grupo de figuras montadas, oscuras contra el cielo arenoso. El oficial soltó el arco.

—¿Cómo han sabido que estábamos aquí?

—Oh, ellos vigilan el mar —dijo el capitán—. A los H'eces les gusta un buen naufragio como a cualquiera. O más, de hecho. Mucho más.

Mientras los dos hombres le daban la espalda a la baranda, algo saltó del casco y se zambulló en el agua sin apenas producir un chapoteo.

\* \* \*

Detritus intentó acurrucarse en la sombra, solo que no había mucha en las inmediaciones. El calor irradiaba desde el gran desierto que tenían delante como si fuera un soplete.

—Me voy a volver tonnnto —murmuró.

Se oyó un grito desde el puesto del vigía.

—Dice que hay alguien subiendo por las dunas —dijo Zanahoria—. Y que lleva a cuestas a otra persona, dice.

—Esto... ¿a una mujer?

—Mire, señor, conozco a Angua. No es ninguna inútil. No se va a quedar plantada en el sitio gritando «socorro». Es ella quien hace que lo hagan los demás.

—Bueno... si lo tienes tan claro... —Vimes se giró hacia Jenkins—. No se moleste en perseguir al barco, capitán. Mantenga el rumbo a la costa.

—Yo no trabajo así, caballero. Para empezar, es una costa rematadamente difícil, el viento siempre está en contra y tiene algunas corrientes muy feas. Muchos marinos incautos han dejado sus huesos a pelarse en esa arena. No, nos mantendremos un poco apartados y usted puede bajar el... Bueno, si todavía tuviéramos un bote, podría usted bajarlo... y soltaremos el ancla, ah, no, miento, resultó que pesaba demasiado, ¿verdad...?

—Usted siga recto —dijo Vimes.

—Nos vamos a matar todos.

—Considérelo la opción menos mala.

—¿Y cuál es la otra?

Vimes desenvainó la espada.

—Yo.

\* \* \*

El Bote chirriaba por la misteriosa profundidad del océano. Leonardo pasaba mucho tiempo mirando por los ventanucos, particularmente interesado en unas matas de algas que, para el sargento Colon, tenían aspecto de matas de algas.

—¿Ve usted los filamentos del sargazo vejigoso etiolado de Dropley? —dijo Leonardo—. Es esa cosa marrón. Un brote maravilloso que, por supuesto, a usted le resultará significativo.

—¿Podemos poner por caso que en los últimos años he descuidado mi estudio de las algas? —dijo el patricio.

—¿En serio? Oh, pues usted se lo pierde, se lo aseguro. Lo que quiero decir, claro, es que el sargazo vejigoso etiolado nunca suele crecer a menos de treinta brazas de profundidad, y solamente estamos a diez.

—Ah. —El patricio hojeó un fajo de dibujos de Leonardo—. Y los bajorrelieves con jeroglíficos: un alfabeto de signos y colores. Un idioma formado por colores... qué idea tan fascinante...

—Un intensificador de emociones —dijo Leonardo—. Pero por supuesto, nosotros mismos usamos algo parecido. El rojo para el peligro, por ejemplo. Pero nunca he conseguido traducir este.

—Un idioma hecho de colores... —murmuró lord Vetinari.

El sargento Colon carraspeó.

—Yo sé algo sobre las algas, señor.

—¿Sí, sargento?

—¡Síseñor! Que si está mojada, señor, es señal de que va a llover.

—Bien hecho, sargento —respondió lord Vetinari, sin girar la cabeza—. Creo que es muy posible que jamás olvide que ha dicho usted eso.

El sargento Colon sonrió de oreja a oreja. Acababa de Hacer Una Contribución.

Nobby le dio un codazo.

—¿Qué estamos haciendo aquí abajo, sargento? O sea, ¿de qué va esto? Hurgando por ahí, mirando las marcas raras de las rocas, entrando y saliendo de cuevas... y el olor... bueno...

—Yo no he sido —dijo el sargento Colon.

—Huele a... azufre...

Al otro lado del ventanuco se elevó una columna de burbujitas.

—También apestaba en la superficie —continuó Nobby.

—Casi hemos terminado, caballeros —dijo lord Vetinari, dejando a un lado los papeles—. Una última incursión muy breve y ya podemos salir a la superficie. Muy bien, Leonardo... llévenos debajo.

—Esto... ¿es que no estamos debajo ya, señor? —dijo Colon.

—Solamente debajo del mar, sargento.

—Ah. Bien. —Colon dedicó a aquella respuesta la debida atención—. ¿Hay algo más de lo que podamos estar debajo, señor?

—Sí, sargento. Ahora vamos a ir debajo de la tierra.

\* \* \*

Ahora la playa estaba mucho más cerca. Los hombres de la Guardia no pudieron evitar percatarse de que todos los marineros echaban a correr hacia el extremo ancho del barco y se agarraban a todos los objetos pequeños, ligeros y sobre todo capaces de flotar que pudieran encontrar.

—Esto parece lo bastante cerca —dijo Vimes—. Vale. Pare aquí.

—¿Que pare aquí? ¿Cómo?

—A mí no me pregunte, yo no soy marinero. ¿No tiene alguna clase de freno?

—¡Es un... es un maldito marinero de agua dulce!

—¡Creía que no usaba nunca esa expresión!

—¡Nunca había conocido a nadie como usted! Hasta cree usted que a la proa la llamamos el extremo puntiag...

Más tarde la tripulación se mostraría de acuerdo en que fue uno de los desembarcos más extraños de toda la historia de la mala navegación. Los arrecifes de la playa debían de haber sido propicios y la marea también, porque no es que la nave chocara contra la playa, sino que la subió navegando, emergiendo del agua mientras la quilla se limpiaba de percebes contra la arena. Por fin las fuerzas del viento, el agua, el impulso y la fricción confluyeron todas en un punto llamado «desplome lento».

Y eso hizo el barco, ganando el premio al «naufragio más risible del mundo».

—Vaya, podría haber sido peor —dijo Vimes, cuando dejó de oírse el crujido de la madera al astillarse.

Se desenredó con cuidado de entre un montón de lona y se ajustó el casco con todo el aplomo que pudo reunir.

Oyó un gemido procedente de la bodega volcada de costado.

—¿Eso eres tú, Jovial?

—Sí, Detritus.

—¿Esto soy yo?

—¡No!

—Lo siento.

Zanahoria bajó con cuidado por la cubierta ladeada y saltó a la arena húmeda. Saludó.

—Todos presentes y ligeramente magullados, señor. ¿Quiere que establezcamos una cabeza de playa?

—¿Una qué?

—Tenemos que atrincherarnos, señor.

Vimes miró a ambos lados de la playa, si es que se podía aplicar una palabra tan soleada a aquella olvidada franja de arena. En realidad no era más que el lugar donde la tierra hacía tope con el mar. Lo único que se movía era la calina provocada por el calor y, a lo lejos, un par de aves carroñeras.

—¿Para qué? —dijo.

—Para establecer una posición defendible. Es una de esas cosas que hacen los soldados, señor.

Vimes echó un vistazo a las aves. Se estaban acercando con una especie de brinquitos laterales disimulados, listas para atacar tan pronto como alguien llevara varios días muerto. Luego hojeó su libro de Tacticus hasta dar con la expresión «cabeza de playa».

—Aquí dice: «Si quieres que tus hombres pasen mucho tiempo blandiendo una pala, anímalos a que se hagan granjeros» —dijo—. Así que creo que seguiremos adelante. No puede haberse alejado mucho. Pronto estaremos de vuelta.

Jenkins se acercó chapoteando por la espuma. No parecía furioso. Parecía un hombre que había atravesado los fuegos de la furia y ahora se encontraba en una extraña y pacífica bahía situada más allá. Señaló su barco destruido con un dedo tembloroso y dijo:

—¿Maa...?

—No está tan mal, dadas las circunstancias —dijo Vimes.

—¿Maa?

—Estoy seguro de que usted y sus risueños marineros conseguirán ponerlo a flote otra vez.

—Maa...

Jenkins y su tripulación chapoteante se quedaron mirando cómo el regimiento subía patinando y quejándose por el costado de la duna. Al final la tripulación hizo un corrillo y echó suertes y el cocinero, que siempre tenía muy mala pata en los juegos de azar, se acercó al capitán.

—No se preocupe, capitán —dijo—. Probablemente podamos encontrar algunas vigas decentes entre toda esta madera de deriva y entonces bastarán unos cuantos días de trabajo con aparejo de poleas para...

—Maa.

—Pero... será mejor que empecemos ya porque han dicho que no tardarían...

—¡No van a volver! —chilló el capitán—. ¡El agua que se han llevado no les va a durar ni un día ahí arriba! ¡No tienen el equipo adecuado! ¡Y en cuanto pierdan de vista el mar se perderán!

—¡Bien!

\* \* \*

Tardaron media hora en llegar a lo alto de la duna. La arena estaba pisoteada, pero mientras Vimes la miraba el viento iba arrastrando las partículas y mordisqueando las huellas.

—Rastros de camellos —dijo Vimes—. Bueno, los camellos no van tan deprisa. Vamos a...

—Creo que Detritus está teniendo problemas graves, señor —dijo Zanahoria.

El troll estaba plantado con los nudillos en el suelo. El motor de su casco refrigerador hizo un ruido áspero en medio del aire seco y enseguida se detuvo al metérsele arena en el mecanismo.

—Me siento tonnnto —murmuró—. Me duele el cerebro.

—Deprisa, ponle tu escudo encima de la cabeza —dijo Vimes—. ¡Dale un poco de sombra!

—No lo va a conseguir, señor —dijo Zanahoria—. Mandémoslo de vuelta al barco.

—¡Lo necesitamos! ¡Deprisa, Jovial, abaníquelo con su hacha!

Y llegado aquel punto, la arena se puso de pie y desenvainó un centenar de espadas.

—¡Bíngueli-bíngueli biip! —dijo una voz risueña aunque algo apagada—. Once a eme. Cortarse el pelo... ejem... es así... ¿no?

\* \* \*

No es que fuera grande, pero varios cascotes del edificio hundido se habían desmoronado juntos de tal manera que formaban una cisterna que la lluvia había llenado hasta la mitad.

Sólido Jackson le dio una palmada en la espalda a su hijo.

—¡Agua fresca! ¡Por fin! —dijo—. Buen trabajo, chaval.

—Sí, estaba mirando a esta especie de pinturas, papá, y de pronto...

—Sí, sí, cuadros de pulpos, muy bonitos —dijo Jackson—. ¡Ja! ¡Ahora la pelota está en el otro pie, está claro! ¡Es nuestra agua en nuestro lado de la isla, y me gustaría ver a esos cabrones grasientos decir lo contrario. ¡Que se queden con su maldita madera de deriva y que chupen el agua de los peces!

—Sí, papá —dijo Les—. Y les podemos canjear un poco de agua por madera y harina, ¿verdad?

Su padre hizo un gesto cauteloso con la mano.

—Tal vez —dijo—. Pero no hay que darse prisa. Estamos muy cerca de encontrar un alga que arda. A ver, ¿cuáles son nuestros objetivos a largo plazo aquí?

—¿Cocinar y mantenernos calientes? —dijo Les en tono esperanzado.

—Bueno, al principio sí —dijo Jackson—. Es obvio. Pero ya sabes lo que dice el dicho, hijo. «Dale fuego a un hombre y estará caliente un día, pero pégale fuego y estará caliente para el resto de su vida.» ¿Me sigues?

—Creo que eso no es exactamente lo que dice el...

—O sea, podemos quedarnos aquí viviendo de agua y pescado crudo durante... bueno, prácticamente para siempre. Pero esa chusma no puede aguantar mucho tiempo más sin agua fresca. ¿Lo ves? Así que van a tener que venir a suplicarnos, ¿verdad? Y entonces negociaremos en nuestros términos, ¿eh?

Rodeó los hombros nada convencidos de su hijo con un brazo e hizo un gesto en dirección al paisaje que los rodeaba.

—O sea, yo empecé con nada, hijo, quitando ese viejo bote que me dejó tu abuelo, pero...

—... Trabajaste y ahorraste... —dijo Les cansinamente.

—... Trabajé y ahorré...

—... Y siempre te apañaste con lo justo...

—... Eso, siempre me apañé con lo justo...

—Y siempre has querido dejarme algo que... ¡Au!

—¡Deja de burlarte de tu padre! —dijo Jackson—. Si no quieres que te atice en la otra oreja. Mira, ¿ves esta tierra? ¿La ves?

—La veo, papá.

—Es una tierra de oportunidades.

—¡Pero si no hay agua limpia y todo el suelo está lleno de sal, papá, y huele fatal!

—Es el olor de la libertad, eso es lo que es.

—Huele como si alguien se hubiera tirado un pedo muy grande, papá... ¡Au!

—¡A veces las dos cosas se parecen mucho! ¡Y lo que estoy haciendo es pensar en tu futuro, chaval!

Les contempló los acres de algas en descomposición que tenía delante.

Estaba aprendiendo a ser pescador igual que su padre porque su familia siempre se había dedicado a eso y él tenía un temperamento demasiado apacible para discutir, pero la verdad era que quería ser pintor, algo sin precedentes en su familia. Ahora estaba viendo cosas, y esas cosas le preocupaban aunque no supiera decir exactamente por qué.

Pero había algo raro en los edificios. Aquí y allí había piezas reconocibles de, bueno, arquitectura, como pilares morporkianos y restos de arcos klatchianos, pero estaban añadidos a edificios que parecían rocas apiladas unas encima de otras por gente con manos como pies. Y sin embargo, en otras partes, las losas habían sido amontonadas encima de antiguas paredes de ladrillo y suelos de mosaico. No se podía imaginar quiénes habrían hecho aquellos mosaicos, pero estaba claro que les gustaba dibujar pulpos.

Le estaba invadiendo la sensación de que la discusión entre morporkianos y klatchianos por quién era el propietario de aquel trozo de viejo fondo marino era algo extremadamente irrelevante.

—Esto... yo también estoy pensando en mi futuro, papá —dijo—. De verdad.

\* \* \*

Muy por debajo de los pies de Sólido Jackson, el Bote salió a la superficie. El sargento Colon estiró automáticamente el brazo hacia los pernos que mantenían cerrada la tapa de la escotilla.

—¡No la abra, sargento! —gritó Leonardo, levantándose de su asiento.

—El aire se está poniendo un poco viciadillo, señor...

—Fuera es peor.

—¿Peor que aquí dentro?

—Estoy casi seguro.

—¡Pero si estamos en la superficie!

—En una superficie, sargento —dijo lord Vetinari. A su lado, Nobby descorchó el aparato para ver y atisbo por él.

—¿Estamos en una cueva? —dijo Colon.

—Esto... sargento... —dijo Nobby.

—¡Magnífico! Bien visto —dijo lord Vetinari—. Sí. Una cueva. Se podría decir así.

—Esto... ¿sargento? —volvió a decir Nobby, dándole un codazo a Colon—. ¡Esto no es una cueva, sargento! ¡Es más grande que una cueva, sargento!

—¿Cómo? ¿Quieres decir... como una caverna?

—¡Más grande!

—¿Más grande que una caverna? ¿Más como... una caverna grande?

—Sí, estaría más por ahí —dijo Nobby, apartando la mirada del aparato—. Echa un vistazo tú mismo, sarge. —El sargento Colon miró por el tubo.

En lugar de la oscuridad que estaba medio esperando, vio la superficie del mar borboteando como un cazo hirviendo. En el agua danzaban relámpagos de color azul y verde que iluminaban una pared lejana que prácticamente parecía un horizonte...

El tubo giró con un chirrido. Si aquello era una cueva, por lo menos tenía tres kilómetros de ancho.

—¿De cuánto tiempo cree que estamos hablando? —preguntó lord Vetinari, detrás de él.

—Bueno, la roca tiene una gran proporción de tufa y de piedra pómez, materiales muy ligeros, y una vez ha flotado a la superficie la acumulación de gas empieza a escapar muy deprisa debido al oleaje —dijo Leonardo—. No sé... tal vez una semana más... y entonces creo que llevará mucho tiempo que se acumule otra vez una burbuja lo bastante...

—¿De qué hablan, sargento? —dijo Nobby—. ¿Que el sitio este flota?

—Un fenómeno natural de lo más inusual —continuó Leonardo—. De no haberlo visto con mis propios ojos pensaría que no era más que una leyenda...

—Pues claro que no flota —dijo el sargento Colon—. En serio, Nobby, ¿cómo vas a aprender algo de nada cuando haces preguntas tan idiotas como esa? La tierra es más pesada que el agua, ¿no? Por eso la encuentras al fondo del mar.

—Sí, pero ha dicho piedra pómez, y mi abuela tenía una piedra pómez que iba de rechupete para sacarse las duricias de los pies en la bañera, y flotaba...

—Esa clase de cosas pasan en las bañeras a lo mejor —dijo Colon—. No en la vida real. Eso es un fenómeno raro y ya está. No es de verdad. Lo próximo que dirás es que hay rocas en el cielo.

—Vale, pero...

—Yo soy sargento, Nobby.

—Sí, sargento.

—Esto me recuerda —dijo Leonardo— a esos cuentos marineros sobre tortugas gigantes que salen a dormir a la superficie y eso hace creer a los navegantes que son una isla. Por supuesto, no existen tortugas gigantes tan pequeñas.

—Eh, señor Quirm, este es un barco asombroso —dijo Nobby.

—Gracias.

—Apuesto a que si quisiera podría hasta destruir barcos con él.

Hubo un silencio avergonzado.

—En conjunto una experiencia interesante —zanjó lord Vetinari, tomando algunas notas—. Y ahora, caballeros... hacia abajo y hacia delante, por favor...

\* \* \*

Los guardias desenvainaron sus armas.

—Son H'eces, señor —dijo Zanahoria—. Pero... aquí pasa algo raro...

—¿Qué quieres decir?

—Que todavía no estamos muertos.

Nos están mirando como los gatos miran a los ratones, pensó Vimes. No podemos escapar ni tampoco ganar una pelea, y quieren ver qué hacemos a continuación.

—¿Qué tiene que decir el general Tactitus sobre esto? —preguntó Zanahoria.

Debe haber unos cien, pensó Vimes. Y nosotros somos seis. Solo que a Detritus se le va la cabeza, y no hay forma de saber qué mandamiento en particular está obedeciendo ahora mismo Visita, y a Reg se le suelen caer los brazos cuando se pone nervioso...

—No lo sé —dijo—. Probablemente algo del tipo No Dejes Que Esto Ocurra.

—¿Por qué no lo mira, señor? —dijo Zanahoria, sin apartar la vista de los H'eces, vigilantes.

—¿Cómo?

—Digo que por qué no lo mira, señor.

—¿Ahora mismo?

—Puede valer la pena, señor.

—Es de locos, capitán.

—Sí, señor. Los H'eces tienen ideas muy extrañas sobre la gente loca, señor.

Vimes sacó el libro maltrecho. El H'ez que tenía más cerca, provisto de una sonrisa tan ancha y curvada como su espada, hacía también gala de cierto aire chulesco que sugería liderato. En la espalda llevaba colgada una ballesta enorme y vetusta.

—¡Escuchad! —dijo Vimes—. ¿No podemos hacer un poco de tiempo? —Echó a andar hacia el hombre, que pareció muy sorprendido, y agitó el libro en el aire—. Este es un libro del general Tacticus, no sé si has oído hablar de él, hace tiempo era una celebridad por aquí, de hecho es probable que masacrara a tu tata-tata-tatarabuelo, y solamente quiero tomarme un momento para ver qué tiene que decir sobre esta situación. No te importa, ¿verdad?

El hombre miró a Vimes con cara perpleja.

—Puede que tarde un poco porque no hay índice, pero creo que vi una cosa...

El cabecilla dio un paso atrás y miró al hombre que tenía al lado, que se encogió de hombros.

—Me pregunto si podrías ayudarme con esta palabra de aquí —continuó Vimes, poniéndose al lado del hombre y plantándole el libro debajo de las narices. A modo de respuesta obtuvo otra sonrisa perpleja.

Lo que hizo Vimes a continuación era lo que en los callejones de Ankh-Morpork se conocía como el Apretón Amistoso, y consistía principalmente en clavarle el codo en el estómago al hombre, luego levantar la rodilla para interceptar su barbilla descendente, rechinando sus propios dientes por el dolor tanto en la rodilla como en el tobillo, y luego desenvainar la espada y ponérsela al H'ez en la garganta antes de que pudiera incorporarse.

—Ahora, capitán —dijo Vimes—. Me gustaría que les dijera usted con voz fuerte y clara que a menos que se alejen bastante de aquí, este caballero va a tener problemas legales bastante graves.

—Señor Vimes, no creo yo...

—¡Hazlo!

El H'ez lo miró a los ojos mientras Zanahoria pregonaba la exigencia. El hombre seguía sonriendo.

Vimes no podía arriesgarse a apartar la vista, pero notó cierta perplejidad y confusión entre los hombres de la tribu. Y luego, como un solo hombre, cargaron.

\* \* \*

Una barcaza de pesca klatchiana, cuyo capitán sabía hacia dónde soplaba el viento, estaba llegando de vuelta al puerto de Al-Khali. Al capitán le parecía que pese al viento favorable no estaba yendo todo lo deprisa que podía. Lo achacó a los percebes.

\* \* \*

Vimes se despertó con la nariz llena de camello. Hay despertares mucho peores, pero no tantos como uno podría pensar.

Girando la cabeza, lo cual no le resultó fácil, averiguó que el camello estaba sentado. A juzgar por el ruido, estaba digeriendo algo explosivo.

Pero ¿cómo había llegado a aquella situación...? Oh, dioses...

Tendría que haber funcionado... Era un truco clásico. Uno amenazaba con cortar la cabeza y el cuerpo se rendía. Así era como reaccionaba todo el mundo, ¿no? Así era prácticamente como funcionaba la civilización...

Pues habría que achacarlo a las diferencias culturales.

Por otro lado, no estaba muerto. Según Zanahoria, conocer durante cinco minutos a los H'eces y seguir vivo al final de ese lapso de tiempo quería decir que les caías muy, pero que muy bien.

Por otro otro lado, acababa de darle a su cabecilla un Apretón, que era algo que influía sobre la gente pero no hacía amigos.

Bueno, no tenía sentido pasarse el día entero atado de manos y pies en aquella silla de montar y muriendo de insolación. Tenía que empezar a ser otra vez un líder, y pensaba empezar a hacerlo en cuanto se sacara aquel camello de la boca.

—¿Bíngueli-bíngueli biip?

—¿Sí? —dijo Vimes, forcejeando con sus ataduras.

—¿Le gustaría saber las citas que se ha perdido?

—¡No! ¡Estoy intentando desatar estas malditas cuerdas!

—¿Quiere que lo ponga en su lista de Cosas Por Hacer?

—Ah, ya se ha despertado, señor.

Sonaba como la voz de Zanahoria y también era la clase de cosa que diría él. Vimes intentó girar la cabeza.

Lo que vio era básicamente una sábana blanca, que de pronto se convirtió en la cara de Zanahoria, vista del revés.

—Me han preguntado si tenían que desatarlo, pero yo les he dicho que últimamente no había descansado usted lo suficiente —continuó Zanahoria.

—Capitán, se me han dormido los brazos y las piernas... —dijo Vimes.

—¡Oh, estupendo, señor! Por lo menos es un principio.

—¿Zanahoria?

—¿Sí, señor?

—Quiero que escuches con mucha atención la orden que estoy a punto de darte.

—Ciertamente, señor.

—Lo que trato de decirte es que no va a ser una petición ni una sugerencia ni una indirecta de ninguna clase.

—Entendido, señor.

—Como ya sabes, siempre he animado a mis oficiales a que piensen por ellos mismos en lugar de obedecerme a ciegas, pero en toda organización se dan casos en los que hace falta que las instrucciones se sigan al pie de la letra y con presteza.

—Sí, señor.

—¡Desátame ahora mismo o te vas a arrepentir durante el resto de tu puta vida de haberme desatado!

—Ejem, señor, creo que se le ha pasado por alto cierta inconsistencia en...

—¡Zanahoria!

—Claro, señor.

Sus cuerdas fueron cortadas. Vimes se deslizó hasta la arena. El camello volvió la cabeza, lo miró un momento con las ventanas de la nariz y apartó la vista.

Vimes consiguió sentarse derecho mientras Zanahoria se afanaba en cortar el resto de ataduras.

—Zanahoria, ¿por qué vas vestido con una sábana blanca?

—Es un boumous, señor. Muy práctico para llevarlo en el desierto. Nos los han dado los H'eces.

—¿Nos?

—Al resto de nosotros, señor.

—¿Todo el mundo está bien?

—Oh, sí.

—Pero nos han atacado...

—Sí, señor. Pero solamente querían hacernos prisioneros, señor. Es verdad que uno de ellos le ha cortado la cabeza a Reg por accidente, pero luego le ha ayudado a cosérsela otra vez, así que aquí no ha pasado nada.

—Yo creía que los H'eces no tomaban prisioneros...

—A mí tampoco me entra en la cabeza, señor. Pero dicen que si intentamos escaparnos nos cortarán los pies, y Reg dice que no tiene bastante hilo para todo el mundo, señor.

Vimes se frotó la cabeza. Alguien le había golpeado con tanta fuerza que su casco tenía una muesca.

—¿Qué ha salido mal? —dijo—. ¡Tenía reducido a su jefe!

—Por lo que tengo entendido, señor, los H'eces creen que cualquier líder que sea lo bastante idiota como para dejarse derrotar con tanta facilidad no es digno de que lo sigan. Es una cosa klatchiana.

Vimes intentó convencerse a sí mismo de que en la voz de Zanahoria no había ni un matiz de sarcasmo cuando continuó:

—No les interesan demasiado los líderes, señor, para decirle la verdad. Los consideran una especie de adorno. Ya sabe... simplemente alguien que grite «¡a la carga!», señor.

—Los líderes hacen más cosas, Zanahoria.

—Los H'eces piensan que «¡a la carga!» lo cubre todo bastante bien, señor.

Vimes se las apañó para ponerse de pie. En sus piernas tañeron unos músculos extraños. Avanzó con pasos inseguros.

—Espere, déjeme echarle una mano —dijo Zanahoria mientras lo sostenía.

El sol estaba poniéndose. Detrás de una duna se apiñaban unas tiendas harapientas, y se veía el resplandor de una hoguera. Alguien se estaba riendo. No eran los ruidos de una prisión. Aunque bien mirado, pensó Vimes, probablemente el desierto fuera mejor que los barrotes. Ni siquiera sabría en qué dirección correr, con pies o sin ellos.

—Los H'eces, como todos los klatchianos, son una gente muy hospitalaria —dijo Zanahoria, como si hubiera memorizado aquello—. Se toman la hospitalidad muy, muy en serio.

Sus captores estaban sentados alrededor del fuego. También los agentes de la Guardia. A los demás también los habían convencido para que se vistieran de forma más adecuada, lo cual quería decir que Jovial parecía una niña con un vestido de su madre, aparte del casco de hierro, y que Reg Shoe parecía una momia, y que Detritus era como una pequeña montaña nevada.

—Se ha vuelto muy... poco sensato con todo este calor —susurró Zanahoria—. Y ahí está el agente Visita, discutiendo sobre religión. En el continente klatchiano hay seiscientas cincuenta y tres religiones.

—Se lo debe de estar pasando bien.

—Y este es Jabbar —dijo Zanahoria. El sospechoso A, que parecía una versión con unos pocos años más que Ahmed Hora 71, se puso de pie y le hizo una reverencia a Vimes.

—Offendi —le dijo.

—Es su... bueno, es como un sabio oficial —dijo Zanahoria.

—Oh, pero ¿no es el que les manda cargar? —dijo Vimes. El calor le zumbaba en la cabeza.

—No, ese es el líder —dijo Zanahoria—. Cuando tienen uno.

—¿Entonces tal vez Jabbar les dice cuándo es sabio cargar? —sonrió Vimes.

—Siempre es sabio cargar, offendi —dijo Jabbar. Hizo otra reverencia—. Mi tienda es tu tienda —dijo.

—¿Lo es? —dijo Vimes.

—Mis esposas son tus esposas...

Vimes puso cara de pánico.

—¿Lo son? ¿De verdad?

—Mi comida es tu comida... —continuó Jabbar.

Vimes miró el plato que había junto al fuego. Parecía que el plato principal había sido oveja o cabra. Y el hombre se inclinó, cogió un trozo y se lo dio.

Sam Vimes miró el bocado de comida. Y el bocado le devolvió la mirada.

—La mejor parte —dijo Jabbar, e hizo unos golosos sonidos de succión. Añadió algo en klatchiano. Los demás hombres sentados alrededor del fuego soltaron risitas ahogadas.

—Parece un ojo de cordero —dijo Vimes en tono de duda.

—Sí, señor —dijo Zanahoria—. Pero no es recomendable...

—¿Sabes qué? —continuó Vimes—. Creo que esto es un jueguecito llamado «Vamos a ver qué se traga el offendi». Y esto no me lo pienso tragar, amigo mío.

Jabbar lo miró con expresión calculadora.

Las risitas se detuvieron.

—Entonces es cierto que puedes ver más lejos que muchos —dijo.

—Igual que esta comida —dijo Vimes—. Mi padre me dijo que nunca me comiera nada que te pueda devolver el guiño.

Hubo uno de esos pequeños momentos en que todo pende de un hilo, un momento en que todo podía decantarse a un lado o a otro, hacia un estallido de risas o hacia la muerte repentina.

Entonces Jabbar le dio una palmada a Vimes en la espalda. El ojo salió disparado de la palma de su mano y se perdió en las sombras.

—¡Bienhecho! ¡Extremadamente bien! ¡Primera vez que no funciona en veinte años! ¡Ahora sienta y come arroz bueno y cordero igual que mamá!

Hubo cierta sensación de relajación. Alguien tiró de Vimes para indicarle que se sentara. Los traseros se corrieron a un lado para hacerle sitio y alguien le puso delante una rebanada enorme de pan con tanta carne encima que rebosaba. Vimes lo toqueteó tan cortésmente como pudo, y luego adoptó el punto de vista habitual de que, si puedes reconocer al menos la mitad de algo, probablemente no pase nada por comerse el resto.

—¿Entonces somos prisioneros, señor Jabbar?

—¡Honorables invitados! Mi tienda es...

—Pero... ¿cómo puedo expresarlo...? ¿Quiere usted que disfrutemos de su hospitalidad durante un tiempo?

—Tenemos tradición —dio Jabbar—. Un hombre que es invitado en tu tienda, aunque es tu enemigo peor, le debes hospitalidad durante tres días.

—Tres días, ¿eh? —dijo Vimes.

—Aprendí idioma en... —Jabbar hizo un gesto vago con la mano—. Ya sabes, cosa de madera, camello del mar...

—¿Barco?

—¡Eso! ¡Pero demasiada agua! —Le dio otra palmada a Vimes en la espalda, haciéndole derramar un chorro de grasa caliente sobre el regazo—. Cualquier dirección que vayas, mucha gente habla morporkiano hoy día, offendi. Es idioma de... mercaderes. —Le dio una inflexión a la palabra que sugería que significaba lo mismo que «lombriz de tierra».

—Así pues, ¿tiene usted que aprender a decir cosas como: «Dadnos todo vuestro dinero»? —dijo Vimes.

—¿Para qué pedir? —dijo Jabbar—. Lo cogemos de todas formas. Pero ahora... —escupió al fuego con una precisión asombrosa— dicen que tenemos que parar, que no está bien. ¿Qué mal hacemos?

—¿Además de matar a gente y robarles todas las mercancías? —dijo Vimes.

Jabbar se volvió a reír.

—¡Wali dijo que eras un gran diplomático! Pero nosotros no matamos mercaderes, ¿para qué querríamos matarlos? ¿Cuál es el sentido? ¡Qué tontería matar a caballo regalado que pone huevos de oro!

—Se ganaría más dinero exhibiéndolo, está claro —dijo Vimes.

—Matamos mercaderes, o les robamos demasiado, y ya no vuelven nunca. Tontería. Los dejamos ir, de nuevo se hacen ricos, nuestros hijos los asaltan. Así es sabiduría.

—Ah... es como una especie de agricultura —dijo Vimes.

—¡Eso! Pero si plantas mercaderes no crecen muy bien.

Vimes se dio cuenta de que a medida que el sol bajaba empezaba a hacer más frío. De hecho, mucho más frío. Se acercó un poco al fuego.

—¿De dónde le viene el nombre a Ahmed Hora 71? —dijo.

El murmullo de las conversaciones se detuvo. De pronto todas las miradas se concentraron en Jabbar, salvo la que había terminado en las sombras.

—No es tan diplomático —dijo Jabbar.

—Lo hemos perseguido hasta aquí y de pronto vosotros nos tendéis una emboscada. Parece...

—No sé nada —dijo Jabbar.

—¿Por qué no me...? —empezó a decir Vimes.

—Ejem, señor —se dio prisa Zanahoria en interrumpirle—. Eso sería muy poco sensato. Mire, he estado charlando un rato con Jabbar mientras usted estaba... descansando. Es un asunto un poco político, me temo.

—¿Y qué no lo es?

—El príncipe Cadram está tratando de unificar todo Klatch, ¿sabe?

—¿Metiéndolo a patadas en el Siglo del Murciélago Frugívoro?

—Pues sí, señor, ¿cómo lo ha...?

—Me lo he imaginado. Continúe.

—Pero se ha encontrado con problemas —dijo Zanahoria.

—¿De qué clase? —preguntó Vimes.

—Nosotros —dijo Jabbar con orgullo.

—A ninguna de las tribus le gusta la idea, señor —continuó Zanahoria—. Siempre han luchado entre ellas y ahora la mayoría están luchando contra el príncipe. Históricamente, señor, Klatch nunca ha sido tanto un imperio como una discusión.

—El dice: tienes que ser educado. Tienes que aprender a pagar impuestos. Nosotros no queremos ser educados para los impuestos —dijo Jabbar.

—Entonces, ¿pensáis que estáis luchando por vuestra libertad? —dijo Vimes.

Jabbar vaciló y se quedó mirando a Zanahoria. Hubo una breve conversación en klatchiano. Luego Zanahoria dijo:

—Es una pregunta bastante difícil para un H'ez, señor. Verá, la palabra que usan para decir «libertad» es la misma palabra que significa «luchar».

—Está claro que le sacan mucho partido a su idioma, ¿no?

Vimes se sentía mucho mejor ahora que estaba refrescando. Sacó un paquete húmedo y aplastado de puros, se hizo con un carbón de la hoguera y dio una calada profunda.

—Así pues... El Príncipe Azul tiene un montón de problemas en casa, ¿no? ¿Esto lo sabe Vetinari?

—¿Cagan los camellos en el desierto, señor?

—Le estás cogiendo el tranquillo a Klatch, ¿eh? —dijo Vimes.

Jabbar exclamó algo. Hubo más risas.

—Esto... Jabbar dice que los camellos ciertamente cagan en el desierto, señor, de otra manera no tendría usted nada con qué encenderse los puros, señor.

Una vez más se produjo uno de esos momentos en que Vimes se sintió sometido a un cuidadoso escrutinio. «Sea diplomático», le había dicho Vetinari.

Aspiró de nuevo con fuerza.

—Mejora el aroma —dijo—. Recuérdame que me lleve un poco a casa.

En la mirada de Jabbar, los jueces levantaron por lo menos un par de ochos a regañadientes.

—Ha venido un hombre a caballo y nos ha dicho que tenemos que luchar contra los perros extranjeros...

—Que somos nosotros, señor —aportó Zanahoria.

—... porque habéis robado una isla que está debajo del mar. Pero ¿a nosotros qué nos importa eso? Nada malo nos habéis hecho los demonios extranjeros, pero esos que se engrasan las barbas en Al-Khali no nos gustan. Así que lo mandamos de vuelta.

—¿Todo entero? —dijo Vimes.

—No somos bárbaros. Claramente estaba loco. Pero nos quedamos su caballo.

—Y Ahmed Hora 71 os dijo que nos retuvierais, ¿verdad? —dijo Vimes.

—¡A los H'eces no nos da órdenes nadie! ¡Es nuestro placer reteneros aquí!

—¿Y cuándo será vuestro placer soltarnos? ¿Cuando os lo diga Ahmed?

Jabbar fijó la vista en el fuego.

—No voy a hablar de él. Es taimado y tramposo y no se puede confiar en él.

—Pero vosotros también sois H'eces.

—¡Sí! —Jabbar le dio otra palmada en la espalda a Vimes—. ¡Por eso sabemos de qué estamos hablando!

\* \* \*

La barcaza de pesca klatchiana estaba a tres o cuatro kilómetros del puerto cuando a su capitán le pareció que de pronto avanzaba más ligera en el agua. Tal vez los percebes se han despegado, pensó.

Después de que su barca se perdiera en las brumas vespertinas, un trozo de tubería doblada emergió lentamente entre las olas y chirrió hasta quedar apuntando a la costa.

Una voz lejana y metálica dijo:

—Oh, no...

Y otra voz metálica dijo:

—¿Qué pasa, sargento?

—¡Echa un vistazo por aquí!

—Vale. —Hubo una pausa.

Luego la segunda vocecilla metálica dijo:

—Oh, mierda...

Lo que estaba anclado delante de la ciudad de Al-Khali no era una flota. Era una flota de flotas. Los mástiles parecían un bosque flotante.

Bajo el agua, lord Vetinari hizo uso de su turno para mirar por la tubería.

—Cuántas embarcaciones —dijo—. Y en tan poco tiempo. Qué bien organizados. Muy bien organizados. Casi se podría decir... asombrosamente bien organizados. Como se suele decir: «Si quieres la guerra, prepárate para la guerra».

—Creo, milord, que el dicho es: «Si quieres la paz, prepárate para la guerra» —sugirió Leonardo.

Vetinari movió la cabeza a un lado y movió los labios, repitiendo la frase para sí mismo. Por fin dijo:

—No, no. Esa no la veo clara en absoluto.

Se volvió a dejar caer en su asiento.

—Procedamos con cautela —dijo—. Podemos desembarcar al resguardo de la oscuridad.

—Esto... ¿podríamos desembarcar al resguardo de algún resguardo? —dijo el sargento Colon.

—De hecho, esos barcos de más van a facilitar mucho nuestro plan —dijo el patricio, sin hacerle caso.

—¿Nuestro plan! —dijo Colon.

—Los subditos de la hegemonía klatchiana son de todas las formas y colores —Vetinari echó un vistazo a Nobby—. Prácticamente de todas las formas y colores —añadió—. Así que nuestra aparición en las calles no debería causar comentarios. —Volvió a mirar a Nobby—. No demasiados.

—Pero llevamos nuestros uniformes, señor —dijo el sargento Colon—. No creo que podamos decir que vamos a una fiesta de disfraces.

—Pues yo no me pienso quitar el mío —dijo Nobby firmemente—. No pienso andar por ahí en gallumbos. Y menos en un puerto. Los marineros pasan mucho tiempo en el mar. La gente cuenta historias.

—Eso sería mucho peor —dijo el sargento, sin perder tiempo en calcular cuánto tiempo tendría que pasar un marinero en alta mar antes de que la visión de Nobby Nobbs se le presentara como cualquier otra cosa aparte de un objetivo a abatir—. Porque si no llevamos los uniformes, seremos espías. Y ya saben lo que les pasa a los espías.

—A mí me lo vas a decir, sarge.

—Disculpe, su señoría. —El sargento Colon levantó la voz. El patricio levantó la vista de la conversación que mantenía con Leonardo.

—¿Sí, sargento?

—¿Qué les hacen a los espías en Klatch, señor?

—Esto... déjeme ver... —dijo Leonardo—. Ah, sí... creo que los entregan a las mujeres.

Nobby sonrió de oreja a oreja.

—Oh, bueno, eso no suena mal del todo...

—Esto, no, Nobby... —empezó a decir Colon.

—... porque he visto los dibujos del libro ese El huerto perfumado que estaba leyendo la cabo Angua, y...

—... No, escucha, Nobby, no entiendes lo...

—... o sea, caray, no sabía yo que se podía hacer eso con una...

—... Nobby, escúchame...

—... y hay una parte en la que ella...

—¡Cabo Nobbs! —vociferó Colon.

—¿Sí, sargento?

Colon se inclinó hacia delante y le susurró algo a Nobby en el oído. La expresión del cabo cambió lentamente.

—¿De verdad que...?

—Sí, Nobby.

—¿De verdad que...?

—Sí, Nobby.

—Eso en casa no lo hacen.

—No estamos en casa, Nobby. Qué más quisiera yo.

—Aunque se cuentan historias sobre el Consultorio Sentimental.

—Caballeros —dijo lord Vetinari—. Me temo que Leonardo está siendo un poco fantasioso. Puede que eso suceda en algunas tribus de las montañas, pero Klatch es una civilización muy antigua, y esa clase de cosas no se hacen de forma oficial. Yo lo que me imagino es que nos darían un cigarrillo.

—¿Un cigarrillo? —dijo Fred.

—Sí, sargento. Y una bonita pared soleada contra la que ponernos.

El sargento Colon examinó aquella información en busca de algún aspecto negativo.

—¿Un piti y una pared para apoyarse? —dijo.

—Creo que ellos prefieren que se quede bien erguido, sargento.

—Me parece bien. No hay que ser desmañado solamente porque uno esté prisionero. Oh, bueno. Entonces no me importa correr el riesgo.

—Así me gusta —dijo el patricio con calma—. Dígame, sargento... en su larga carrera militar, ¿alguien ha considerado alguna vez la posibilidad de ascenderlo a oficial?

—¡Noseñor!

—No entiendo por qué.

\* \* \*

La noche se derramó sobre el desierto. Llegó de pronto, en tonos púrpuras. En el aire claro, las estrellas caían a plomo del cielo, recordando a cualquier espectador dispuesto a pensar que es en los desiertos y en los sitios altos donde se generan las religiones. Cuando los hombres no ven nada más que un infinito sin fondo encima de sus cabezas siempre desarrollan un impulso desesperado y urgente de encontrar alguien a quien poner en el medio.

La vida emergía de los surcos y las fisuras. Pronto el desierto se llenó del murmullo y el cliqueteo y el chirrido de las criaturas que, al carecer del cerebro superior de la humanidad, no se molestaban en encontrar a alguien a quien culpar y en cambio se limitaban a encontrar a alguien a quien comer.

A eso de las tres de la madrugada, Sam Vimes salió de su tienda para fumar. El aire frío le golpeó como si fuera una puerta. Hacía un frío glacial. Se suponía que aquello no pasaba en los desiertos, ¿verdad? Los desiertos eran todo arena caliente y camellos y... y... Vimes rebuscó un momento en su mente, cuyos conocimientos geográficos se anquilosaban bastante fuera de las calles pavimentadas... camellos, sí, y dátiles. Y es posible que plátanos y cocos. Pero la temperatura de aquel sitio hacía que su aliento tintineara en el aire.

Hizo un gesto teatral con su paquete de puros en dirección a un H'ez que estaba paseando cerca de la tienda. El hombre se encogió de hombros.

La fogata no era más que un montón de gris, pero Vimes se puso a hurgar en él con la vana esperanza de encontrar una ascua encendida.

Le asombraba lo furioso que estaba. Ahmed era la clave, eso lo sabía. Y ahora estaban atrapados allí en el desierto, el tipo se había marchado y ellos estaban en manos de... bueno, de una gente tranquila y agradable, todo había que decirlo. Bandoleros tal vez, el equivalente en tierra seca de los piratas, pero Zanahoria habría dicho que a pesar de todo eran unos muchachos estupendos. Si te contentabas con ser su invitado entonces eran una gente dulce como las natillas, o como los ojos de cordero en melaza o lo que fuera que tenían allí...

Algo se movió bajo la luz plateada. Una sombra se deslizó por la ladera de una duna.

Algo aulló en la noche del desierto.

Se erizaron diminutos pelillos en la espalda de Vimes, igual que habían hecho para sus antepasados más lejanos.

La noche siempre es antigua. El había recorrido demasiado a menudo las calles oscuras en las horas más secretas y había notado a la noche extenderse en la lejanía. Y había sabido en la sangre que aunque los días y los reyes y los imperios van y vienen, la noche siempre tiene la misma edad, siempre tiene eones de profundidad. En las sombras de terciopelo se desplegaban los terrores, y aunque la naturaleza de las garras pueda cambiar, la naturaleza de la bestia no lo hace.

Se puso de pie sin hacer ruido y se llevó la mano a la espada.

No estaba en su sitio.

Se la habían quitado. Ni siquiera le...

—Bonita noche —dijo una voz a su lado.

Jabbar estaba de pie junto a su hombro.

—¿Quién hay ahí fuera? —dijo Vimes entre dientes.

—Un enemigo.

—¿Cuál?

En las sombras relucieron unos dientes.

—Ya nos enteraremos, offendi.

—¿Por qué os atacarían ahora?

—Tal vez crean que tenemos algo que quieren, offendi.

Más sombras se deslizaron por el desierto.

Y una se irguió justo detrás de Jabbar, extendió los brazos y lo levantó en volandas. Una mano gris y enorme sacó lentamente su espada del cinto.

—¿Qué quiere que haga con él, señor Vimes?

—¿Detritus?

El troll hizo el saludo marcial con la misma mano que sostenía al H'ez.

—¡Todo presente y correcto, señor!

—Pero... —Y entonces Vimes se dio cuenta—. ¡Hace un frío que pela! ¿Te vuelve a funcionar el cerebro?

—Con una eficacia considerable, señor.

—¿Es un djinn? —dijo Jabbar.

—No lo sé, pero no me iría mal uno con tónica —dijo Vimes. Por fin consiguió localizar unas cerillas en su bolsillo y encendió una—. Déjelo en el suelo, sargento —dijo, dando unas caladas para avivar su puro—. Jabbar, este es el sargento Detritus. Podría romperte todos los huesos del cuerpo, incluidos algunos de los más pequeños de los dedos que son bastante difíciles de...

La oscuridad hizo «shwup» y algo le pasó con un susurro junto a la nuca, solamente una fracción de segundo antes de que Jabbar lo embistiera para derribarlo al suelo.

—¡Disparan a la luz!

—¿Mmmf?

Vimes levantó la cabeza con cautela y escupió arena y fragmentos de tabaco.

—¿Señor Vimes?

Solamente Zanahoria podía susurrar así. Como asociaba los susurros con el secretismo y la falsedad, siempre procuraba por lo menos susurrar muy fuerte. Para horror de Vimes, el hombre apareció por detrás de una tienda con una lamparilla en la mano.

—¡Apague esa maldi...!

Pero no tuvo tiempo de terminar la frase porque, en algún lugar de la noche, un hombre gritó. Fue un chillido agudo y se interrumpió de golpe.

—Ah —dijo Zanahoria, agachándose junto a Vimes y apagando la lámpara de un soplido—. Esa era Angua.

—No se parecía en nada a... Oh. Sí, creo que entiendo a qué te refieres —dijo Vimes, intranquilo—. Está ahí fuera, ¿verdad?

—La he oído antes. Probablemente se lo está pasando bien. No tiene muchas oportunidades de soltarse la melena en Ankh-Morpork.

—Esto... no... —A Vimes se le presentó la imagen mental de un hombre lobo soltándose la melena. Pero seguramente Angua no haría...

—Vuestra, ejem... relación va bien, ¿verdad? —dijo, intentando distinguir formas en la oscuridad.

—Oh, bien, señor. Bien...

«¿Así pues no te preocupa que se convierta en lobo de vez en cuando?» Vimes no se hacía el ánimo de decirlo.

—¿No hay... problemas?

—Oh, la verdad es que no, señor. Las galletitas para perros se las compra ella y tiene una gatera en la puerta. Cuando hay luna llena se ocupa ella sola de sus asuntos.

Se oyeron gritos en la noche y luego una forma salió catapultada de la oscuridad, pasó como un rayo junto a Vimes y desapareció dentro de una tienda. No esperó a encontrar una puerta. Se limitó a chocar a toda velocidad con la lona y a continuar hasta que la tienda se desplomó a su alrededor.

—¿Y qué es eso? —dijo Jabbar.

—Me llevaría algún tiempo explicarlo —dijo Vimes, levantándose del suelo.

Zanahoria y Detritus ya estaban tirando de la tienda desplomada.

—Somos H'eces —dijo Jabbar, disgustado—. Se supone que plegamos las tiendas en silencio por la noche, no que...

Había justo la suficiente luz de luna. Angua se incorporó hasta sentarse y le arrebató un trozo de tienda de las manos a Zanahoria.

—Muchas gracias —dijo, envolviéndose con ella—. Y antes de que nadie diga nada, solamente le he mordido en el culo. Fuerte. Y que conste que esa no era la opción más fácil.

Jabbar volvió a mirar el desierto, luego la arena y por fin a Angua. Vimes vio que estaba pensando y le rodeó los hombros con un brazo fraternal.

—Será mejor que explique esto... —empezó a decir.

—¡Ahí fuera hay un par de cientos de soldados! —le cortó Angua.

—... más tarde.

—¡Están tomando posiciones a vuestro alrededor! ¡Y no parecen amables! ¿Alguien tiene ropa que me pueda ir bien? ¿Y un poco de comida decente? ¿Y algo de beber? ¡En este sitio no hay agua!

—No se atreverán a atacar antes del amanecer —dijo Jabbar.

—¿Y qué piensa hacer, señor? —preguntó Zanahoria.

—¡Al amanecer cargaremos!

—Ah. Hum. Me pregunto si puedo sugerir un enfoque alternativo.

—¿Alternativo? ¡Cargar es lo correctol El amanecer se inventó para cargar.

Zanahoria le hizo el saludo militar a Vimes.

—He estado leyendo su libro, señor. Mientras estaba usted... dormido. Tacticus tiene bastante que decir sobre cómo actuar cuando uno se enfrenta a fuerzas de proporciones hiperbólicas, señor.

—¿Sí?

\* \* \*

—Dice que hay que aprovechar todas las oportunidades que se presenten para convertirlas en fuerzas de proporciones hipobólicas. Podríamos atacar ahora.

—¡Pero si está oscuro, hombre!

—Está igual de oscuro para el enemigo, señor.

—¡Me refiero a que estamos a oscuras del todo! ¡Sería imposible saber con quién demonios estás luchando! ¡La mitad del tiempo estarías disparando a los tuyos!

—Nosotros no, señor, porque somos muy pocos. ¿Señor? Lo único que necesitamos es salir a rastras, hacer un poco de ruido y luego dejar que se apañen. Tacticus dice que por la noche todos los ejércitos son igual de grandes, señor.

—Puede que haya algo de cierto en eso —dijo Angua—. Se están moviendo con sigilo, solos o por parejas, y van vestidos casi igual que... —Hizo un gesto con la mano en dirección a Jabbar.

—Este es Jabbar —dijo Zanahoria—. Viene a ser el no-líder.

Jabbar soltó una risita nerviosa.

—¿Pasa a menudo en tu país, que los perros se convierten en mujeres desnudas?

—A veces pasan días sin que ocurra ni una vez —dijo Angua bruscamente—. Me gustaría tener algo de ropa, por favor. Y una espada, si es que vamos a luchar.

—Hum, creo que los klatchianos tienen una opinión muy particular sobre las mujeres que luchan... —empezó a decir Zanahoria.

—¡Sí! —dijo Jabbar—. Esperamos de ellas que lo hagan bien. Ojos Azules. ¡Somos H'eces!

\* \* \*

El Bote salió a la superficie del agua estancada y llena de porquería debajo de un embarcadero. La escotilla se abrió lentamente.

—Huele como en casa —dijo Nobby.

—No se puede confiar en el agua —dijo el sargento Colon.

—Pero es que en casa no confío en el agua, sargento.

Fred Colon consiguió plantar el pie en la madera grasienta. Se trataba, en teoría, de una empresa bastante heroica. Él y Nobby Nobbs, los valientes guerreros, se estaban aventurando en territorio hostil. Por desgracia, él sabía que lo iban a hacer porque lord Vetinari estaba sentado en el Bote y si se negaban levantaría las cejas de forma nada equívoca.

Colon siempre había pensado que los héroes tenían cierta clase especial de mecanismo interior que los hacía salir y morir de forma magnífica por su dios, su país y la taza de manzana, o cualquier particular exquisitez que hicieran sus madres. Nunca se le había ocurrido que pudieran hacerlo porque alguien les gritaría si no lo hacían.

Tendió una mano hacia abajo.

—Vamos, Nobby —dijo—. Y recuerda que estamos haciendo esto por los dioses, por Ankh-Morpork y por... —A Colon le pareció que, de alguna manera, sí sería apropiado incluir un artículo de comida—. ¡Y por el famoso bocadillo de nudillos de cerdo de mi madre!

—Mi madre nunca nos hizo bocatas de nudillos —dijo Nobby, mientras subía con esfuerzo hasta los tablones—. Pero te asombraría lo que era capaz de hacer con un poco de queso...

—Sí, muy bien, pero eso no da precisamente para un grito de batalla, ¿verdad? ¿«Por los dioses, por Ankh-Morpork y por las cosas asombrosas que puede hacer la madre de Nobby con el queso»? ¡Eso sí que llenará de miedo los corazones del enemigo! —dijo el sargento Colon, mientras avanzaban con sigilo.

—Ah, bueno, si eso es lo que buscas, entonces te interesa el pudín preocupado con natillas de mi madre.

—Da miedo, ¿no?

—No querrían ni verlo, sargento.

Los muelles de Al-Khali eran como los muelles de cualquier otro lugar, porque todos los muelles de todas partes están conectados. Los hombres tienen que cargar y descargar las embarcaciones. Y solamente hay un número limitado de formas de hacerlo. Así que todos los muelles tienen el mismo aspecto. En algunos hace más calor y en otros hay más humedad, y siempre hay apiladas cosas de aspecto vagamente olvidado.

A lo lejos se veía el resplandor de la ciudad, que no parecía muy consciente de la incursión enemiga.

—«Traednos algo de ropa para que pasemos desapercibidos» —murmuró Colon—. Es fácil decirlo.

—No, no, es fácil de hacer —dijo Nobby—. Todo el mundo sabe cómo hay que hacerlo. Tú te metes en un callejón, ¿vale? Y esperas a que pasen un par de tíos y los atraes al callejón, ¿vale? Entonces se oyen un par de porrazos y luego sales tú vestido con la ropa de ellos.

—¿Y quieres decir que eso funciona?

—No falla nunca, sargento —dijo Nobby, seguro de sí mismo.

\* \* \*

El desierto parecía de nieve bajo la luz de la luna.

Vimes se encontró con que le resultaba bastante cómodo el método de combate de Tacticus. Era la forma en que peleaban siempre los policías. Un poli como es debido no se alineaba en formación con otros muchos polis y se lanzaba contra la gente. Un guardia acechaba en las sombras, caminaba sin hacer ruido y esperaba el momento oportuno. Para ser fieles a la verdad, por supuesto, el momento que esperaba era el inmediatamente posterior a cuando el criminal ya había cometido el crimen y llevaba el botín a cuestas. De otra forma, ¿qué sentido tenía? Había que ser realista. «Tenemos al hombre que lo ha hecho» tiene mucha más solemnidad que «Tenemos al hombre que tenía pinta de ir a hacerlo», sobre todo cuando la gente te dice: «Demuéstralo».

En algún lugar a su izquierda, a lo lejos, alguien chilló.

Vimes estaba un poco incómodo con aquella túnica, sin embargo. Era como ir a la batalla en camisón de dormir.

Porque no estaba seguro en absoluto de ser capaz de matar a un hombre que no estuviera intentando activamente matarlo a él. Claro que en teoría, en aquellos momentos cualquier klatchiano armado estaba intentando activamente matarlo. En eso consistía la guerra. Pero...

Levantó la cabeza por encima de la cresta de la duna. Había un guerrero klatchiano mirando en dirección contraria. Vimes se movió con sigilo...

—¡Bíngueli-bíngueli biip! ¡Esta es su llamada despertador de las siete a eme, Inserte Nombre Aquí! O por lo menos eso espero...

—¿Eh?

—¡Mierda!

Vimes reaccionó primero y le dio un puñetazo en la nariz al hombre. Como no tenía sentido esperar a ver qué efecto tenía aquello, se lanzó hacia delante y los dos bajaron rodando el otro lado de la duna helada, forcejeando y dándose puñetazos.

—... pero mi función de tiempo real parece estar algo errática ahora mismo...

El klatchiano era más pequeño que Vimes. Aunque también más joven. Pero tenía la mala suerte de parecer demasiado joven para haber aprendido el repertorio de trucos sucios de lucha imprescindibles para la supervivencia en los callejones de Ankh-Morpork. Vimes, por otro lado, estaba preparado para golpear cualquier cosa con cualquier cosa. Lo importante era que el enemigo no se volviera a levantar. Todo lo demás era pura decoración.

Patinaron hasta detenerse al pie de la duna, con Vimes encima y el klatchiano gimiendo.

—Cosas Por Hacer —chirrió el Des-organizador—. Sentir Dolor.

Y entonces... llegó el que era probablemente el momento del degüello. En Ankh-Morpork Vimes se habría llevado al joven a rastras hasta las celdas, a sabiendas de que por la mañana todo se vería más claro, pero el desierto no presentaba aquellas opciones.

No, no podía hacerlo. Dejarlo inconsciente de un golpe. Aquello era lo más piadoso.

—¡Vindaloo! ¡Vindaloo!

El puño de Vimes quedó suspendido en alto.

—¿Cómo?

—Es usted, ¿verdad? ¿El señor Vimes? ¡Vindaloo! —Vimes le apartó un pliegue de tela de la cara a la figura que tenía debajo.

—¿Eres el chico de Goriff?

—¡Yo no quería estar aquí, señor Vimes! —Las palabras le salieron rápidas, desesperadas.

—Muy bien, muy bien, no te voy a hacer daño...

Vimes bajó el puño, se puso de pie y tiró del chico para ayudarlo a levantarse.

—Hablaremos luego —murmuró—. ¡Vamos!

—¡No! ¡Todo el mundo sabe lo que hacen los H'eces a sus prisioneros!

—Bueno, yo mismo soy su prisionero, así que tendrán que hacérnoslo a los dos, ¿de acuerdo? Mantente alejado de la comida más rara y probablemente estarás bien.

Alguien silbó en la oscuridad.

—¡Vamos, chico! —dijo Vimes entre dientes—. ¡Nadie te va a hacer daño! Bueno... menos del que te harían si te quedaras aquí. ¿De acuerdo?

Esta vez no dio tiempo al chico para discutir, sino que se lo llevó con él a rastras. Mientras se dirigía hacia el campamento de los H'eces, otras figuras bajaron deslizándose por las dunas.

A una de ellas le faltaba un brazo y tenía una espada clavada.

—¿Cómo te ha ido, Reg? —preguntó Vimes.

—Un poco raro, señor. Después de que el primero me cortara el brazo y me clavara la espada, los demás parece que se mantenían apartados de mí. De verdad, era como si nunca hubieran visto a un hombre ensartado.

—¿Y has encontrado tu brazo?

Reg agitó algo en el aire.

—Esa es otra —dijo—. Lo he usado para darle a unos cuantos y se han ido corriendo y gritando.

—Es tu estilo de combate brazo a cuerpo —dijo Vimes—. Seguro que a la gente le cuesta un poco acostumbrarse.

—¿Eso que tienes ahí es un prisionero?

—Más o menos. —Vimes echó un vistazo hacia atrás—. Parece que se ha desmayado. No me imagino por qué.

Reg se acercó más.

—Estos extranjeros son un poco raros —dijo.

—¿Reg?

—¿Sí?

—Te cuelga la oreja.

—¿En serio? La madre que la parió. Lo normal sería que el clavo aguantara, ¿no?

\* \* \*

El sargento Colon levantó la vista hacia las estrellas. Ellas le devolvieron la mirada. Por lo menos Fred Colon tenía elección.

A su lado, el cabo Nobbs soltó un gemido. Y eso que a él los atacantes le habían dejado los calzoncillos. Había sitios a los que ni el hombre más valiente se atrevía a ir, y entre ellos se contaban aquellas áreas de Nobby que quedaban por encima de las rodillas y por debajo de la barriga.

Bueno, Colon pensaba en aquellos hombres como en sus atacantes. Técnicamente, suponía que debían ser defensores. Defensores agresivos.

—Hazme el favor de repasar cómo ha ido el plan en voz alta, anda —dijo.

—Encontramos a un par de tíos que vengan a tener nuestra altura y peso...

—Eso lo hemos hecho.

—Los atraemos hasta este callejón...

—Eso lo hemos hecho.

—Yo intento arrearles con un trozo de madera, te doy a ti por accidente porque está oscuro y ellos se cabrean y resulta que son ladrones y nos mangan toda la ropa.

—Eso no se suponía que lo hacíamos.

—Bueno, ha funcionado más o menos —dijo Nobby, consiguiendo ponerse de rodillas—. Podríamos intentarlo otra vez.

—Nobby, estás en el puerto de una ciudad extranjera y lo único que llevas puesto son tus, y uso esta palabra con sentimiento, Nobby, son tus inmencionables. No es momento de ponerse a hablar de atraer a gente a callejones. Podrían haber habladurías.

—Angua dice siempre que la desnudez es el traje nacional de todas partes, sargento.

—Estaba hablando de ella misma, Nobby —dijo Colon, moviéndose despacio por entre las sombras—. Tu caso es distinto.

Se asomó por la otra punta del callejón. Del edificio que formaba una de las paredes venía el sonido de gente charlando. Fuera esperaban pacientemente un par de burros cargados.

—Sal un momento y agarra uno de esos paquetes, ¿vale?

—¿Por qué yo, sargento?

—Porque tú eres el cabo y yo el sargento. Y llevas puesto más que yo.

Gruñendo por lo bajo, Nobby se adentró en la calle estrecha y soltó una correa tan deprisa como pudo. El animal lo siguió, obediente.

El sargento Colon tiró del paquete.

—A una mala, podemos ponernos los sacos —dijo—. Eso al menos... ¿Qué es esto?

Sostuvo algo rojo en alto.

—¿Una maceta? —propuso Nobby.

—¡Es un fez! Algunos klatchianos se lo ponen. Parece que hemos tenido suerte. Mira, aquí hay otro. Pruébatelo, Nobby. Y... parece uno de esos camisones que llevan... y aquí hay otro también. Estamos salvados, Nobby.

—Son un poco cortos, sargento.

—A falta de pan, buenas son tortas —dijo Colon, forcejeando para meterse en el atuendo—. Venga, ponte tu fez.

—Me da pinta de capullo, sarge.

—Mira, me pongo el mío, ¿vale?

—Entonces esto es un feztival, sarge.

El sargento Colon lo miró con expresión severa.

—¿Ese lo tenías preparado, Nobby?

—No, sargento, me lo acabo de inventar en mi cabeza ahora mismo.

—Bueno, escucha, nada de llamarme sargento. No suena klatchiano.

—Tampoco Nobby, sar... lo siento...

—Oh, no sé... Podrías ser... Knobi... o Nhobi... o Gno-bbee... a mí me suena bastante klatchiano.

—¿Y cuál puede ser un buen nombre klatchiano para ti? Casi no me sé ninguno —dijo Nhobi.

El sargento Colon no contestó. Se estaba volviendo a asomar por el final del callejón.

—Su señoría ha dicho que no nos entretengamos —murmuró Nobby.

—Sí, pero dentro de esa lata, bueno, el aire está un poco respirado, ya me entiendes. Lo que daría yo por...

Se oyó un grito detrás de ellos. Se giraron.

Había tres soldados klatchianos. O quizá fueran guardias de la ciudad. Nobby y el sargento Colon no se fijaron mucho más allá de las espadas.

El líder les gruñó una pregunta.

—¿Qué ha dicho? —dijo Nobby con voz temblorosa.

—¡No sé!

—¿De dónde sois? —dijo el líder, en morporkiano.

—¿Cómo? Oh... esto... —Colon vaciló, aguardando la muerte reluciente.

—Ja, sí. —El guardia bajó la espada y señaló los muelles con el pulgar—. ¡Volved a vuestro destacamento ahora mismo!

—¡Enseguida! —dijo Nobby.

—¿Cómo te llamas? —preguntó en tono imperioso uno de los guardias.

—Nhobi —dijo Nobby. Aquello pareció colar.

—¿Y tú, gordo?

A Colon le entró el pánico. Buscó desesperadamente cualquier nombre que sonara klatchiano, pero solamente hubo uno que acudió a su mente y que fuera absoluta y auténticamente klatchiano.

—Al —dijo, con las rodillas temblorosas.

—¡Volved ahora mismo o tendréis problemas!

Los guardias de Ankh-Morpork corrieron como alma que lleva el diablo, casi arrastrando a la burra tras ellos, y no pararon hasta llegar al embarcadero grasiento, que de alguna forma les hizo sentirse como en casa.

—¿De qué iban esos dos, sar... Al? —dijo Nobby—. ¡Lo único que querían era meternos un poco de bulla! ¡Típica conducta de guardias! —añadió—. No de los nuestros, claro.

—Supongo que llevábamos la ropa correcta...

—¡Ni siquiera les has dicho de dónde éramos! ¡Y hablaban nuestro idioma!

—Bueno, ellos... o sea... todo el mundo tendría que saber hablar morporkiano —dijo Colon, recuperando de forma gradual su equilibrio mental—. Lo aprenden hasta los bebés. Seguro que entra más fácil después de aprender algo tan complicado como el klatchiano.

—¿Qué vamos a hacer con la burra, Al?

—¿Tú crees que sabe pedalear?

—Lo dudo.

—Pues déjala aquí.

—Pero la van a afanar, Al.

—Oh, estos klatchianos afanarían cualquier cosa.

—No como nosotros, ¿eh, Al?

Nobby miró el bosque de mástiles que llenaba la bahía.

—Desde aquí todavía parece que haya más —dijo—. Se podría recorrer un kilómetro y medio saltando de barco en barco. ¿Para qué quieren tantos barcos aquí?

—No seas memo, Nobby. Es obvio. ¡Van a llevar a todo el mundo a Ankh-Morpork!

—¿Para qué? No comemos tanto cur...

—¡Invasión, Nobby! Estamos en guerra, ¿te acuerdas?

Volvieron a mirar los barcos. Las luces de navegación resplandecían sobre el agua.

La parte del agua que estaba inmediatamente debajo de ellos burbujeó un momento y a continuación el casco del Bote se elevó unos centímetros por encima de la superficie. Alguien desatornilló la tapa y apareció la cara preocupada de Leonardo.

—Ah, ahí están —dijo—. Ya nos tenían preocupados...

Colon y Nobby descendieron al interior fétido de la embarcación.

Lord Vetinari estaba sentado con un cuaderno sobre las rodillas, escribiendo con atención. Levantó la vista un momento breve.

—Informen.

Nobby se estuvo moviendo inquieto mientras el sargento Colon hacía un relato más o menos preciso de lo sucedido, aunque describió una serie de réplicas ingeniosas a los guardias klatchianos que el cabo no había recordado hasta ese momento.

Vetinari no levantó la vista. Sin dejar de escribir, dijo:

—Sargento, Ur es un antiguo país situado en dirección Borde desde el reino de Djelibeibi, cuyos habitantes son arquetipos de estupidez bucólica. Por alguna razón, y no se me ocurre por qué, los guardias deben de haber pensado que eran ustedes de allí. Y el morporkiano se ha convertido en una especie de lengua franca hasta en el imperio klatchiano. Cuando alguien de Hershebia ha de comerciar con alguien de Istanzia, sin duda regatearán en morporkiano. Eso nos irá muy bien, claro. La fuerza que se está reuniendo aquí debe significar que prácticamente todo el mundo es un forastero de muy lejos con costumbres extravagantes. Siempre y cuando no actuemos de forma demasiado extranjera, deberíamos pasar la inspección. Eso quiere decir que no preguntemos dónde hacen curry con nabo y evitemos pedir pintas de Winkle's Old Peculiar, ¿me he expresado con claridad?

—Esto... ¿Qué es lo que hemos venido a hacer, señor?

—En primer lugar reconocimiento del terreno.

—Ah, ya. Sí. Muy importante.

—Y luego buscar el alto mando klatchiano. Gracias a Leonardo tengo un pequeño... paquete que entregar. Confío que eso terminará la guerra en un abrir y cerrar de ojos.

El sargento Colon puso cara de no entender. En algún punto de los últimos cinco segundos la conversación lo había abrumado.

—Disculpe, señor... ha dicho usted alto mando, señor.

—Sí, sargento.

—O sea, los mandamases o los grandes turbantes o lo que sea... rodeados de tropas de élite, señor. Ahí es donde uno pone a las mejores tropas, alrededor de los mandamases.

—Supongo que ese será el caso, sí. De hecho, confío en que lo sea.

El sargento Colon, una vez más, intentó no quedar rezagado.

—Ah. Bien. O sea que vamos a buscarlos, ¿no, señor?

—No les voy a pedir que vengan a nosotros, sargento.

—No, señor. Ya lo entiendo. Estaríamos un poco apretados.

Por fin, lord Vetinari levantó la vista.

—¿Hay algún problema, sargento?

Y una vez más el sargento Colon aprendió un secreto sobre la valentía. Podría decirse que era una especie de cobardía aumentada: el conocimiento de que aunque era posible que te estuviera esperando la muerte, si avanzabas iba a ser como un paseo en el campo comparada con el infierno seguro que te esperaría si decidieras retirarte.

—Esto... no exactamente un problema, señor —dijo.

—Muy bien. —Vetinari apartó sus papeles a un lado—. Si llevan más ropa adecuada en su saco, me cambiaré y así podemos echar un vistazo a Al-Khali.

—Oh, dioses...

—¿Perdone, sargento?

—Oh, nada, señor.

—Así me gusta. —Vetinari siguió sacando objetos del saco expropiado. Había un juego de bolos de malabarista, una bolsa llena de bolas de colores y por fin una pancarta, como esas que se colocan a un lado del escenario durante la actuación de un artista.

—«Gulli, Gulli y Beti —leyó—. Trucos y bailes exóticos.» Hum —añadió—. Parece que entre los propietarios de este saco había una dama.

Los agentes de la Guardia miraron la tela de gasa que salía a continuación del saco. Nobby abrió los ojos como platos.

—¿Qué es eso?

—Creo que se llaman bombachos, cabo.

—Son muy...

—Es curioso, pero el propósito del vestuario de la nautch o bailarina exótica nunca ha sido tanto revelar como sugerir la inminencia de la revelación —afirmó el patricio.

Nobby bajó la vista para repasar su disfraz, miró al sargento Al-Colon vestido con su disfraz y por fin dijo en tono jovial:

—¡Vaya, pues no creo que le vaya a quedar muy bien, señor!

Y se arrepintió de sus palabras de inmediato.

—No era mi intención que me quedara bien a mí —aclaró el patricio con calma—. Haga el favor de pasarme su fez, cabo Beti.

\* \* \*

El sutil y engañoso amanecer previo al amanecer se extendía sobre el desierto y al comandante del destacamento klatchiano no le hizo ninguna gracia.

Los H'eces siempre atacaban al amanecer. Todos ellos, no importaba cuántos fueran ni cuántos enemigos tuvieran delante. En cualquier situación, atacaba la tribu entera. No se apuntaban solamente mujeres y niños, sino también camellos, cabras, ovejas y pollos. Por supuesto, tú ya te lo esperabas y los arqueros podían frenarlos, pero... siempre aparecían de pronto, como si el mismo desierto los hubiera escupido. Si no te lo creías del todo, o si eras demasiado lento, pronto te veías pinchado, pateado, corneado, picoteado y salvajemente escupido.

Las tropas del comandante permanecían a la espera. Si es que se las podía llamar tropas. Él ya había dicho que se les estaba pidiendo demasiado... bueno, en realidad no lo había dicho, porque ese tipo de comentarios te podía meter en líos en aquel ejército, pero lo había pensado con mucha fuerza. La mitad de sus hombres eran crios entusiastas que pensaban que si entrabas en batalla gritando y agitando tu espada en el aire el enemigo se iría corriendo. Nunca se habían enfrentado a un pollo H'ez que se te lanzaba a los ojos.

En cuanto al resto... por la noche sus hombres habían topado unos con otros, se habían tendido emboscadas entre ellos por equivocación y ahora estaban más nerviosos que unos guisantes sobre un tambor. Un hombre había perdido la espada y juraba que alguien se había marchado andando con ella clavada. Y alguna clase de roca se había levantado y se había paseado por el lugar golpeando a la gente. Con otra gente.

Y ahora el sol estaba bien alto.

—Lo peor de todo es la espera —dijo su sargento, a su lado.

—Podría ser lo peor —dijo el comandante—. O tal vez lo peor de todo podría ser el momento en que saltan de golpe del desierto y te rebanan por la mitad. —Revisó con aire huraño la arena traicioneramente vacía—. O lo peor podría ser el momento en que una oveja enloquecida intenta arrancarte a mordiscos la nariz. De hecho, si piensa en todas las cosas que pueden pasar cuando estás rodeado por una horda de H'eces vociferantes, creo que estará de acuerdo en que el momento en que no se los ve por ninguna parte es en realidad lo mejor de todo.

El sargento no había recibido entrenamiento para aquella clase de charla. Así que dijo:

—Han desaparecido.

—Bien. Mejor ellos que nosotros.

—El sol ya ha salido, señor.

El comandante miró su sombra. Estaban en pleno día y la arena estaba afortunadamente limpia de su sangre. El comandante llevaba el suficiente tiempo pacificando diversas partes recalcitrantes de Klatch como para preguntarse por qué, si estaba pacificando a la gente, parecía que siempre estaba luchando contra ellos. La experiencia le había enseñado a no decir nunca cosas del estilo: «Esto no me gusta, está demasiado tranquilo». No existía el exceso de tranquilidad.

—Puede que hayan deshecho el campamento por la noche, señor —sugirió el sargento.

—Eso no parece propio de los H'eces. Nunca huyen. Además, se ven sus tiendas desde aquí.

—¿Por qué no atacamos nosotros, señor?

—¿No ha peleado usted nunca contra los H'eces, sargento?

—No, señor. Pero he estado pacificando a los Savatares Furiosos de Uhistán, y son...

—Los H'eces son peores, sargento. Son ellos los que te pacifican a ti.

—No le he dicho cómo de furiosos eran los Savatares, señor.

—Comparados con los H'eces solamente estaban un poco ofendidos.

El sargento se sintió como si se estuviera impugnando su reputación.

—¿Y si cojo a unos pocos hombres e investigo, señor? —El comandante volvió a mirar el sol. El aire ya era demasiado caliente para respirarlo.

—Oh, como quiera. Vamos allá.

Los klatchianos avanzaron sobre el campamento. Las tiendas estaban allí, y también la ceniza de las fogatas. Pero no había ni camellos ni caballos, solamente un rastro largo de huellas que se alejaba por entre las dunas.

La moral empezó a subir un poco. Atacar a un peligroso enemigo que no está allí es una de las formas más atractivas de guerrear, y se produjo una cierta cantidad de comentarios acerca de lo afortunados que habían sido los H'eces al haberse escapado a tiempo, así como algunas declaraciones sobre lo que los soldados les habrían hecho a los H'eces de haberlos pillado...

—¿Quién es ese? —señaló el sargento.

Entre las dunas apareció una figura montada a camello. La brisa hacía ondear su túnica blanca.

Cuando llegó a donde estaban los klatchianos desmontó resbalando y los saludó con la mano.

—¡Buenos días, caballeros! ¿Podría convencerles de que se rindiesen?

—¿Quién es usted?

—Capitán Zanahoria, señor. Si tienen ustedes la amabilidad de deponer sus armas, nadie saldrá herido.

El comandante levantó la vista. Estaban apareciendo manchas en lo alto de las dunas. Al elevarse, resultó que eran cabezas.

—Son... ¡H'eces, señor! —dijo el sargento.

—No. Los H'eces estarían cargando, sargento.

—Oh, lo siento. ¿Les digo que carguen? —dijo Zanahoria—. ¿Es eso lo que preferirían ustedes?

Ahora los H'eces estaban por todas las dunas. El sol en pleno ascenso arrancaba reflejos metálicos.

—¿Me está diciendo —empezó a decir el comandante, despacio— que es usted capaz de convencer a los H'eces para que no carguen?

—Ha sido complicado, pero creo que han captado la idea —dijo Zanahoria.

El comandante consideró su posición. Los H'eces estaban a ambos lados. Su tropa estaba prácticamente hecha un corrillo. Y aquel hombre pelirrojo de ojos azules le estaba sonriendo.

—¿Qué opinan del trato respetuoso para con los prisioneros? —se aventuró a decir.

—Creo que le podrían coger el tranquillo. Si insisto.

El comandante volvió a mirar a los silenciosos H'eces.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Por qué no están luchando contra nosotros?

—Mi comandante dice que no quiere pérdidas innecesarias de vidas, señor —dijo Zanahoria—. Es el comandante Vimes, señor. Está sentado en esa duna de ahí arriba.

—¿Usted puede convencer a unos H'eces armados de que no carguen y me dice que usted tiene un comandante?

—Sí, señor. El dice que esta es una acción policial.

El comandante tragó saliva.

—Nos rendimos —dijo.

—¿Cómo? ¿Así por las buenas, señor? —dijo su sargento—. ¿Sin presentar batalla?

—Sí, sargento. Sin presentar batalla. Este hombre puede hacer que el agua fluya colina arriba y él tiene un comandante. Me encanta la idea de rendirme sin presentar batalla. Llevo diez años luchando y rendirme sin presentar batalla es lo que siempre he querido hacer.

\* \* \*

El agua goteaba del techo de metal del Bote y hacía manchas en el papel que Leonardo de Quirm tenía delante. Él las secó. Puede que fuera aburrido esperar dentro de una lata diminuta de metal debajo de un embarcadero carente de interés, pero para Leonardo la palabra «aburrido» no significaba nada.

Con gesto distraído, bosquejó un breve boceto de un sistema de ventilación mejorado.

Empezó a mirar su propia mano. Casi sin que él la guiara, recibiendo instrucciones de alguna otra parte de su cabeza, la mano dibujó el corte transversal de una versión mucho más grande del Bote. Aquí, aquí y aquí... podía haber bancadas para cien remos sustituyendo a los pedales, cada remo empuñado —su lápiz acariciaba el papel— por un joven guerrero bien musculado y no demasiado vestido. Una embarcación que pasaría sin ser vista por debajo de las demás y que llevaría a los hombres a donde tuvieran que ir. Aquí una sierra gigante, sujeta al techo, para que al remar a toda velocidad pudiera cortar los cascos de los barcos enemigos. Y aquí y aquí un tubo...

Se detuvo y se quedó mirando un momento su dibujo. Luego suspiró y empezó a hacerlo trizas.

\* \* \*

Vimes estaba mirando desde lo alto de la duna. No oía gran cosa desde tan arriba, pero no le hacía falta.

Angua se sentó a su lado.

—Está funcionando la cosa, ¿verdad? —dijo.

—Sí.

—¿Qué va a hacer?

—Bueno, les quitará las armas y les dejará ir, supongo.

—¿Por qué lo sigue la gente? —preguntó Angua.

—Bueno, tú eres su novia, deberías...

—Es distinto. Yo lo quiero porque es amable sin pensar en ello. No vigila sus propios pensamientos como hace otra gente. Cuando hace cosas buenas es porque ha decidido hacerlas, no porque intente estar a la altura de nada. Es así de simple. Además, yo soy una loba que vive con gente, y hay un nombre para los lobos que viven entre la gente. Si él silbara, yo iría corriendo.

Vimes intentó no mostrar su vergüenza.

Angua sonrió.

—No se preocupe, señor Vimes. Usted mismo lo dice a veces. Tarde o temprano, todos somos el perro de alguien.

—Es como el hipnotismo —se apresuró a hablar Vimes—. La gente lo sigue para ver qué va a pasar a continuación. Se dicen a sí mismos que están siguiendo la broma un rato y que pueden dejarlo cuando quieran, pero nunca quieren. Es puñetera magia.

—No. ¿Alguna vez se ha fijado bien en él? Apuesto a que después de diez minutos hablando con Jabbar, ya lo sabía todo sobre él. Apuesto a que ya sabe los nombres de todos los camellos. Y lo va a recordar todo. La gente no suele tomarse tanto interés en los demás. —Sus dedos hicieron un dibujo distraído en la arena—. Así que hace que te sientas importante.

—Los políticos hacen lo mismo... —empezó a decir Vimes.

—No como él, créame. Supongo que lord Vetinari recuerda datos sobre la gente...

—¡De eso sí que puedes estar segura!

—... pero es que a Zanahoria le interesan de verdad. Ni siquiera se lo plantea nunca. Hace espacio en su cabeza para la gente. Él se toma interés y es por eso que la gente se siente interesante. Se sienten... mejor cuando está él.

Vimes bajó la vista. Angua volvía a hacer dibujos sin sentido en la arena. Todos estamos cambiando en el desierto, pensó. No es como la ciudad, que te constriñe tus pensamientos. Aquí puedes sentir tu mente expandirse hacia los horizontes. Normal que sea aquí donde empiezan las religiones. Y de pronto aquí estoy, probablemente fuera de la ley, simplemente intentando hacer mi trabajo. ¿Por qué? Porque soy demasiado cazurro para pararme a pensar antes de echarme a la persecución, por eso. Hasta Zanahoria ha sido más sensato. Yo me habría lanzado detrás del barco de Ahmed sin pensarlo, pero él fue lo bastante listo como para volver a contármelo primero. Hizo lo que debería hacer un oficial responsable, mientras que yo...

—El terrier de Vetinari —dijo en voz alta—. Persigue primero y piensa después...

Su mirada captó la mole lejana de Gebra. Allí fuera había un ejército klatchiano, y en alguna parte por allá estaba el ejército de Ankh-Morpork, y él tenía a un puñado de gente y carecía de planes porque había perseguido primero y...

—Pero no tenía más remedio —dijo—. Ningún policía habría dejado que un sospechoso como Ahmed se...

Una vez más tuvo la sensación de que el problema que afrontaba en realidad no era ningún problema. Tenía que ser algo muy obvio. El problema era él. No estaba pensando como era debido.

Ahora que lo pensaba, en realidad no había pensado en absoluto.

Echó otro vistazo a la compañía atrapada. Los habían dejado en taparrabos y tenían un aspecto muy dócil, como les suele pasar a los hombres en ropa interior.

La túnica blanca de Zanahoria seguía ondeando en la brisa. No lleva ni un día aquí, pensó Vimes, y ya lleva el desierto puesto como si fuera un par de sandalias.

—Esto... ¿Bíngueli-bíngueli biip?

—¿Es su agenda demoníaca? —dijo Angua.

Vimes puso los ojos en blanco.

—Sí. Aunque me parece que está hablando de otra persona.

—Esto... tres pe eme... —murmuró el demonio lentamente— fecha no introducida... Comprobar Defensas de la Muralla...

—¿Lo ves? ¡Cree que estoy en Ankh-Morpork! Le costó trescientos dólares a Sybil y ni siquiera puede estar al día de dónde estoy.

Lanzó la colilla de su puro y se puso de pie.

—Será mejor que baje —dijo—. Al fin y al cabo, el jefe soy yo.

Bajó deslizándose por la duna y caminó tranquilamente hacia Zanahoria, que le hizo una reverencia klatchiana.

—El saludo de siempre ya sirve, capitán, gracias de todas maneras.

—Lo siento, señor, me he dejado llevar un poco.

—¿Por qué has hecho que se desnuden?

—Los convertirá un poco en objeto de burla cuando regresen, señor. Un golpe para su orgullo. —Se acercó y dijo en murmullos—: Pero he dejado que su comandante siga vestido. No hay que revelar el mando.

—¿En serio? —dijo Vimes.

—Y algunos quieren unirse a nosotros, señor. Están el chico de Goriff y unos cuantos más. Los obligaron a alistarse ayer mismo. Ni siquiera saben por qué están luchando. Así que les he dicho que podían quedarse con nosotros.

Vimes se llevó al capitán a un lado.

—Esto... no recuerdo haber sugerido que se nos uniera ningún prisionero —dijo en voz baja.

—Bueno, señor... he pensado que ahora que se acerca nuestro ejército, y como muchos de estos chicos vienen de diversos rincones del imperio y les caen tan mal los klatchianos como a nosotros, he pensado que una columna relámpago de guerrilleros...

—¡No somos soldados!

—Esto, yo creía que sí éramos soldados...

—Sí, sí, vale. En cierta manera... pero en realidad somos guardias, igual que siempre. No matamos a gente a menos...

¿Ahmed? Todo el mundo se pone un poco nervioso cuando él anda cerca, preocupa a la gente, saca información de todas partes, parece ir donde le da la gana y siempre está presente cuando hay problemas... Mierda mierda mierda...

Vimes corrió por entre la multitud hasta alcanzar a Jabbar, que estaba mirando a Zanahoria con la habitual sonrisa perpleja que Zanahoria provocaba en los espectadores inocentes.

—Tres días —dijo Vimes—. Tres días. ¡Eso son setenta y dos horas!

—¿Sí, offendi? —dijo Jabbar. Era la voz de alguien que tomaba nota del amanecer, el mediodía y la puesta de sol y a quien le parecía bien que todo lo de en medio pasara cuando mejor le viniera.

—¿Entonces por qué se llama Ahmed Hora 71? ¿Qué tiene de especial esa hora de más?

Jabbar sonrió con expresión nerviosa.

—¿Es que hizo algo al cabo de setenta y una horas? —preguntó Vimes.

Jabbar se cruzó de brazos.

—No lo diré.

—¿Y él os dijo que nos retuvierais aquí?

—Sí.

—Pero que no nos matarais.

—Oh, yo no mataría a amigo Sirsam Uh El...

—Y no me vengas con más patrañas como lo de los ojos —dijo Vimes—. Él quería tiempo para llegar a alguna parte y hacer algo, ¿verdad?

—No lo diré.

—No hace falta —dijo Vimes—. Porque nosotros nos marchamos. Y si nos matas... Bueno, es probable que puedas. Pero a Ahmed Hora 71 no le iba a gustar nada, supongo.

Jabbar tenía aspecto de estar tomando una decisión difícil.

—¡Va a regresar! —dijo—. ¡Mañana! ¡No problema!

—¡No pienso esperarlo! Y no creo que él quiera verme muerto, Jabbar. Me quiere vivo. ¿Zanahoria?

Zanahoria vino a toda prisa.

—¿Sí, señor?

Vimes era consciente de que Jabbar lo estaba mirando horrorizado.

—Hemos perdido a Ahmed —dijo—. Ni siquiera Angua puede seguirle el rastro con toda esta arena volando por todas partes. Aquí no tenemos nada que hacer. Aquí no nos necesitan.

—¡Pero sí nos necesitan, señor! —estalló Zanahoria—. Podemos ayudar a las tribus del desierto...

—Ah, ¿quieres quedarte a luchar? —dijo Vimes—. ¿Contra los klatchianos?

—Contra los klatchianos malos, señor.

—Ah, bueno, ahí está el truco, ¿no? Cuando uno de ellos te venga gritando y moviendo una espada, ¿cómo vas a juzgar su moralidad? Bueno, tú puedes quedarte si quieres y luchar por el buen nombre de Ankh-Morpork. Será una batalla bastante corta, digo yo. Pero yo me largo. Lo más probable es que Jenkins todavía no haya conseguido botar su barco. ¿De acuerdo, Jabbar?

El H'ez estaba mirando la arena del desierto que tenía entre los pies.

—Tú sabes dónde está ahora mismo, ¿verdad? —sugirió Vimes.

—Sí.

—Dímelo.

—No. Se lo juré.

—Pero los H'eces rompen sus promesas. Lo sabe todo el mundo.

Jabbar miró a Vimes con una sonrisa.

—Ah, promesas. Menuda tontería. Yo le di mi palabra.

—No la va a romper, señor —dijo Zanahoria—. Los H'eces son muy suyos para esas cosas. Es solamente si juran por los dioses y esas cosas cuando rompen sus juramentos.

—No diré dónde está —dijo Jabbar—. Pero... —volvió a sonreír, aunque esta vez sin ningún humor—. ¿Cómo de valiente es usted, señor Vimes?

\* \* \*

—Deja de quejarte ya, Nobby.

—No me estoy quejando. Solamente digo que a estos pantalones les entra la corriente, es lo único que digo.

—Pero te quedan bien.

—¿Y qué supone que hacen estos cuencos de hojalata?

—Se supone que protegen las partes que no tienes, Nobby.

—Tal como sopla esta brisa, me iría bien algo para protegerme un poco las partes que sí que tengo.

—Tú intenta actuar como una dama, ¿quieres, Nobby?

Y no va a ser fácil, tuvo que admitir el sargento Colon. La mujer para la que se había hecho aquella ropa era bastante alta y generosa en curvas, mientras que Nobby, si le quitabas la armadura, se podía esconder detrás de un palo corto siempre y cuando le sujetaras una reja de hornillo a unos dos tercios de su altura. Parecía un acordeón de gasa con un montón de joyas encima. En teoría, el vestido tendría que haber sido bastante revelador, si el cabo Nobbs fuera algo que alguien quisiera ver revelado, pero ahora había tantos pliegues y abombamientos que lo único que se podía decir con seguridad es que estaba allí dentro de alguna parte. Tenía la tarea de llevar al burro, a quien parecía caer bien. A los animales solía caerles bien Nobby. No había nada raro en su olor.

—Y esas botas no te quedan bien —continuó el sargento Colon.

—¿Por qué no? Tú llevas las tuyas.

—Sí, pero yo no se supone que soy una flor del desierto, ¿verdad? Una bella odalisca de ojos almendrados no tendría que arrancar chispas del suelo al andar, ¿o me equivoco?

—Eran de mi abuela, no pienso dejarlas tiradas por ahí para que me las mangue cualquiera y que conste que yo no soy ninguna lista de almendrados —dijo Nobby en tono huraño.

Lord Vetinari caminaba en cabeza del grupo. Las calles ya se estaban llenando de gente. A Al-Khali le gustaba empezar los negocios del día al fresco del amanecer, antes de que el día rociara las calles con sus lanzallamas. Nadie prestaba ninguna atención a los recién llegados, aunque había quien se giraba para mirar al cabo Nobbs. Las cabras y los pollos se apartaban para dejarlos pasar.

—Cuidado con la gente que intenta venderte postales guarras, Nobby —dijo Colon—. Mi tío estuvo aquí una vez y me contó que un tío intentó venderle un paquete de postales guarras por cinco dólares. Se quedó asqueado.

—Sí, porque en las Sombras se pueden comprar por dos dólares —dijo Nobby.

—Eso dijo él. Y además las de aquí eran traídas de Ankh-Morpork. ¿Conque intentando endiñarnos nuestras propias postales guarras? Me parece asqueroso, de verdad.

—¡Buenos días, sultán! —dijo una voz jovial y extrañamente familiar—. Recién llegado a la ciudad, ¿verdad?

Los tres se giraron hacia una figura que acababa de aparecer por arte de magia en la boca de un callejón.

—Pues sí —dijo el patricio.

—¡Ya me he dado cuenta! Últimamente, todo el mundo lo es. ¡Y es tu día de suerte, marajá! Estoy aquí para ayudar, ¿sabes? ¡Todo lo que puedas querer, yo lo tengo!

El sargento Colon había estado mirando al recién aparecido. Luego le dijo, con voz pensativa:

—Seguro que te llamas algo así como... Al-Juridiso o algo parecido, ¿verdad?

—Ah, ¿habéis oído hablar de mí? —dijo el mercader en tono alegre.

—Más o menos, sí —dijo Colon lentamente—. Eres asombrosamente... familiar.

Lord Vetinari lo empujó a un lado.

—Somos artistas ambulantes —dijo—. Confiábamos en que nos dieran empleo en el palacio del príncipe... ¿Tal vez podría ayudarnos usted?

El hombre se acarició la barba con aire pensativo, haciendo que diversas partículas cayeran en cascada sobre los cuenquecitos que llevaba en su bandeja.

—No estoy seguro de lo del palacio —dijo—. ¿A qué os dedicáis?

—Hacemos juegos malabares, tragamos fuego, cosas de esas —dijo Vetinari.

—¿Ah, sí? —dijo Colon.

Al-Juridiso señaló con la cabeza a Nobby.

—¿Y qué hace?

—... ella... —colaboró Vetinari.

—i... ella?

—Danzas exóticas —dijo Vetinari, mientras Nobby fruncía el ceño.

—Supongo que muy exóticas —dijo Al-Juridiso. —No se lo imagina.

Un par de hombres armados habían gravitado hacia ellos. En aquellas caras barbudas Colon se vio a sí mismo y a Nobby, que en Ankh-Morpork siempre deambulaban hacia cualquier cosa en la calle que pareciera interesante.

—Sois malabaristas, ¿verdad? —dijo uno de ellos—. Pues a ver vuestros malabares.

Lord Vetinari les devolvió una mirada inexpresiva y luego bajó la vista hacia la bandeja que Al-Juridiso llevaba alrededor del cuello. Entre los artículos comestibles más fáciles de identificar había varios melones verdes.

—Muy bien —dijo, y cogió tres.

El sargento Colon cerró los ojos con fuerza.

Al cabo de unos segundos los volvió a abrir porque un guardia acababa de decir:

—Vale, pero con tres todo el mundo lo puede hacer.

—En ese caso, a lo mejor el señor Al-Juridiso quiere lanzarme unos cuantos más —dijo el patricio, mientras las esferas giraban entre sus manos.

El sargento Colon volvió a cerrar con fuerza los ojos.

Al poco tiempo un guardia dijo:

—Siete no está mal. Pero no son más que melones.

Colon abrió los ojos.

El guardia klatchiano se apartó la túnica a un lado. Se vio el resplandor de media docena de cuchillos arrojadizos. Y también el de sus dientes.

Lord Vetinari asintió. Para sorpresa creciente de Colon, no parecía estar mirando en absoluto las volteretas que daban los melones.

—Cuatro melones y tres cuchillos —dijo—. Si es usted tan amable de darle los cuchillos a mi encantadora ayudante Beti...

—¿A quién? —dijo Nobby.

—¿Oh? ¿Y por qué no siete cuchillos, pues?

—Amables señores, eso sería demasiado simple —dijo lord Vetinari—. Yo no soy más que un humi[[13]](#footnote-13)lde volantinero. Por favor, déjenme practicar mi arte.

—¿Beti? —dijo Nobby, rabiando bajo sus velos.

Tres de las piezas de fruta salieron trazando gráciles parábolas del remolino verde y aterrizaron en la bandeja de Al-Juridiso.

Los guardias miraron con cautela, y a Colon le pareció que con nerviosismo, la figura travestida del cabo furioso.

—Ella no irá a hacer ninguna clase de danza, ¿verdad? —se aventuró a decir uno de ellos.

—¡No! —levantó la voz Beti.

—¿Prometido?

Nobby agarró tres de los cuch[[14]](#footnote-14)illos y los extrajo del cinturón del hombre.

—Ya se los doy yo a su sen... a él, ¿de acuerdo, Beti? —dijo Colon, repentinamente convencido de que mantener vivo al patricio era casi con toda certeza la única forma de evitar un breve cigarrillo bajo la luz del sol. También era consciente de que cada vez se acercaba más gente ociosa a ver el espectáculo.

—A mí, por favor... —dijo el patricio, asintiendo.

Colon le lanzó los cuchillos, despacio y con cuidado. Va a intentar acuchillar a los guardias, pensó. Es una estratagema. Y entonces la gente nos va a hacer pedazos.

Ahora el borrón giratorio resplandecía bajo el sol. Hubo un murmullo de aprobación procedente de la multitud.

—Sigue siendo un poco aburrido —dijo el patricio.

Y sus manos se movieron formando un esquema complejo que sugería que sus muñecas debían de haberse movido la una a través de la otra por lo menos un par de veces.

La bola intrincada de frutas y cubertería saltó hacia arriba en el aire.

Tres melones cayeron al suelo, limpiamente cortados por la mitad.

Tres cuchillos se clavaron en el polvo a pocos centímetros de las sandalias de su propietario.

Y el sargento Colon levantó la vista y vio una cosa verde que crecía y se expandía...

El melón estalló, y el público también, pero Colon no pudo entender del todo ni sus risotadas ni lo divertido de la situación mientras se sacaba pulpa de melón pasado de las orejas.

El instinto de supervivencia volvió a entrar en escena. Retrocede unos pasos dando tumbos, le dijo. Así que retrocedió unos pasos dando tumbos, agitando las piernas en el aire. Cáete pesadamente, le dijo. Así que se cayó de culo, y a punto estuvo de aplastar a un pollo. Pierde la dignidad, le dijo. De todas las cosas que tienes, es la que menos te perjudica perder.

Lord Vetinari lo ayudó a levantarse.

—Nuestras mismas vidas dependen de que parezca usted un idiota tonto y gordo —dijo entre dientes, volviendo a ponerle el fez en la cabeza a Colon.

—No se me da muy bien la interpretación, señor...

—¡Bien!

—Síseñor.

El patricio recogió tres mitades de melones y fue literalmente dando saltitos hasta un puesto callejero que una mujer acababa de montar, cogiendo un huevo de una cesta al pasar. El sargento Colon volvió a parpadear. Aquello no era... real. El patricio no hacía aquella clase de cosas...

—¡Damas y caballeros! ¡Vean ustedes... un huevo! ¡Y aquí tenemos... una corteza de melón! ¡Huevo, melón! ¡Melón, huevo! ¡Tapamos el huevo con el melón! —Sus manos volaron sobre las tres mitades, intercambiándolas a una velocidad apabullante—. ¡Van para aquí y van para allá, así de fácil! Y ahora... ¿dónde está el huevo? ¿Qué me dice usted, marajá?

Al-Juridiso sonrió con suficiencia.

—Está en el de la izquierda —dijo—. Siempre está en ese. Lord Vetinari levantó el mentón. La madera de debajo carecía de huevo.

—¿Y usted, noble agente de la Guardia?

—Tiene que ser en el del medio —dijo el Guardia.

—Sí, claro... oh, cielos, no es ahí...

El público miró el último melón. Eran gente de la calle. Conocían el percal. Cuando el objeto puede estar debajo de una de tres cosas, y ya se ha visto que no está debajo de dos de ellas, entonces el único sitio donde está claro que no va a estar es debajo de la tercera. Había que ser un tonto crédulo para pensar que iba a estar ahí. Por supuesto que iba a haber truco. Pero había que mirar de todos modos, para ver un truco bien hecho.

Lord Vetinari levantó el melón de todas maneras y el público asintió, satisfecho. Por supuesto que el huevo no estaba. Sería un mal día para los espectáculos callejeros si las cosas estuvieran donde se suponía que estaban.

El sargento Colon sabía lo que iba a pasar a continuación, y lo sabía porque durante el último minuto aproximadamente algo le había estado picoteando la cabeza.

Consciente de que aquel era probablemente su momento, se levantó el fez y reveló un pollito muy pequeño y mullido.

—¿Tiene una toalla? Me temo que acaba de ir al retrete en mi cabeza, señor.

Hubo risas, aplausos y, para su asombro, un tintineo de monedas a sus pies.

—Y finalmente —dijo el patricio—, la hermosa Beti hará una danza exótica.

El público quedó en silencio.

Luego alguien en las últimas filas dijo:

—¿Cuánto tenemos que pagar para que no lo haga?

—¡Muy bien! ¡Ya he aguantado bastante! —Con sus velos volando detrás de ella, las pulseras tintineando, los codos balanceándose frenéticamente y las botas arrancando chispas del suelo, la encantadora Beti se adentró en la multitud—. ¿Cuál de vosotros ha dicho eso?

La gente se apartó de ella, acobardada. Incluso un ejército se habría batido en retirada. Y allí, indefenso como una medusa abandonada al retirarse de pronto la marea, había un hombrecillo a punto de freírse en la cólera del ascendente Nobbs.

—¡No quería ofenderla, oh, doncella de mejillas de manzana!

—¡Oh! ¿Con que tengo cara de tarta? —Nobby lanzó un empujón que provocó un estrépito de pulseras y derribó al hombre—. ¡Tienes mucho que aprender sobre las mujeres, jovencito! —Y luego, debido a que un Nobbs nunca podía resistirse a un enemigo en el suelo, la menuda Beti echó hacia atrás una bota con puntera de acero...

—¡Beti! —se impuso el patricio.

—Oh, claro, sí, muy bien —dijo Nobby con velado desprecio—. Todo el mundo puede darme órdenes, ¿verdad? Solamente porque soy la mujer aquí ya se supone que tengo que aceptarlas todas, ¿no?

—No, es solo que no tienes que darle una patada en todas las partes —dijo Colon entre dientes mientras lo apartaba—. No queda bien. —Aunque no pudo evitar ver que las mujeres del público parecían decepcionadas por el repentino cierre del telón.

—¡Y os podemos contar muchas historias extrañas! —gritó el patricio.

—Está claro que Beti podría —murmuró Colon, y recibió una patada brusca en el tobillo.

—¡Y podemos mostraros muchas visiones extrañas!

—Está claro que Be... ¡Aargh!

—Pero por ahora vamos a buscar la sombra de ese caravasar...

—¿Que vamos a hacer qué?

—Nos vamos al bar.

El público se empezó a dispersar, aunque todavía se giraban de vez en cuando para echar miradas divertidas al trío.

Uno de los guardias se despidió con la cabeza de Colon.

—Bonito espectáculo —dijo—. Sobre todo la parte en que la dama no se ha quitado ningún velo... —Y se escondió detrás de su compañero mientras Nobby se giraba en redondo como un ángel vengador.

—Sargento —susurró el patricio—. Es muy importante que descubramos el paradero actual del príncipe Cadram, ¿lo entiende? En las tabernas la gente habla. Tengamos los oídos atentos.

La taberna no se parecía a la idea que tenía Colon de un bar. Para empezar, la mayor parte de la misma no tenía techo. Unas paredes con arcos rodeaban un patio. De una enorme urna agrietada salía una parra que alguien había cardado hacia las alturas con un enrejado. Se oía el rumor suave del agua cantarína, y a diferencia del Tambor Remendado no era porque el bar diera a los excusados, sino debido a una fuentecita que había en medio de los adoquines. Y se estaba fresco, mucho más que en la calle, aunque las hojas de parra apenas ocultaban el cielo.

—No sabía que supiera usted hacer juegos malabares, señor —le susurró Colon a lord Vetinari.

—¿Quiere decir que usted no sabe, sargento?

—¡Noseñor!

—Qué raro. No es nada difícil, ¿no? Basta con saber cuáles son los objetos y adonde quieren ir. A partir de ahí solamente se trata de dejarlos ocupar las posiciones correctas en el tiempo y en el espacio.

—Lo hace usted de narices, señor. ¿Ensaya a menudo?

—No lo había probado hasta hoy. —Lord Vetinari miró la cara de asombro de Colon—. Comparado con Ankh-Morpork, sargento, le aseguro que un puñado de melones volando presentan muy pocos problemas.

—Estoy pasmado, señor.

—Y en la política, siempre es importante saber dónde está el pollo.

Colon se levantó el fez.

—¿Este de aquí sigue encima de mi cabeza?

—Parece que se ha quedado dormido. Si fuera usted, yo no lo molestaría.

—Eh, tú, malabarista... ¡ella no puede entrar!

Levantaron la vista. Alguien con una cara y un delantal que decían «barman» en setecientos idiomas estaba plantando delante de ellos con una jarra de vino en cada mano.

—No se permite la entrada a mujeres —continuó.

—¿Por qué no? —dijo Nobby.

—Tampoco se permite que las mujeres hagan preguntas.

—¿Por qué no?

—Porque está escrito, por qué va a ser.

—¿Y adonde se supone que he de ir entonces? —El barman se encogió de hombros.

—¿Quién sabe adonde van las mujeres?

—Puedes irte, Beti —dijo el patricio—. Y... ¡busca información!

Nobby le cogió el vaso de vino a Colon y se lo bebió de un trago.

—No sé, no sé —gimió—. Solamente llevo diez minutos siendo una mujer y ya odio a los cabrones de los hombres.

—No sé qué le ha cogido, señor —susurró Colon después de que Nobby se marchara con pasos furiosos—. Normalmente no suele ser así. ¡Yo pensaba que las mujeres klatchianas hacían lo que se les decía!

—¿La esposa de usted hace lo que le dicen, sargento?

—Bueno, claro, obviamente, el hombre tiene que llevar el mando en su propia casa, es lo que digo siempre...

—¿Entonces cómo es que me cuentan que siempre está usted instalando muebles de cocina?

—Bueno, es obvio que hay que escuchar a...

—De hecho, la historia de Klatch está llena de famosos ejemplos de mujeres que hasta fueron a la guerra con sus maridos —dijo el patricio.

—¿Cómo? ¿En el mismo bando?

—La esposa del príncipe Arkven, Tistam, solía cabalgar a la batalla con su marido, y de acuerdo con la leyenda mató a diez mil millares de hombres.

—Eso son muchos hombres.

—Las leyendas son propensas a la inflación. De todos modos, creo que hay bastantes pruebas históricas de que la reina Sowawondra de Sumtri hizo matar a más de treinta mil personas durante su reinado. Dicen que podía ser bastante susceptible.

—Tendría que oír usted a mi mujer cuando no recojo los platos —dijo el sargento Colon en tono lúgubre.

—Ahora que nos hemos integrado en la población local, sargento —dijo el patricio— tenemos que averiguar qué está pasando. Aunque evidentemente se planea una invasión, estoy convencido de que el príncipe Cadram se habrá reservado parte de sus fuerzas en previsión de un posible ataque terrestre. Estaría bien saber dónde están, porque ahí es donde va a estar él.

—De acuerdo.

—¿Cree que puede encargarse de eso?

—Síseñor. Conozco a los klatchianos, señor. No se preocupe por eso.

—Tenga algo de dinero. Invite a la gente a copas. Mézclese.

—Sí.

—No demasiadas copas, pero tanta mezcolanza como pueda conseguir.

—Soy un buen mezcolanzador, señor.

—Pues ande, vaya.

—¿Señor?

—¿Sí?

—Estoy un poco preocupado por... Beti, señor. Por cómo se ha ido. Le puede pasar cualquier cosa, al po... a la pobre. —Pero no lo dijo muy convencido. Era difícil imaginar una gran variedad de cosas pasándole al cabo Nobbs.

—Estoy seguro de que si hay algún problema nos enteraremos —dijo el patricio.

—Ahí tiene razón, señor.

Colon se acercó con disimulo a un grupo de hombres que estaban sentados formando un círculo irregular en el suelo, hablando en voz baja entre ellos y comiendo de un plato muy grande.

Se sentó. Los hombres de ambos lados se corrieron obedientemente para dejarle espacio.

Muy bien, ¿cómo se...? Ah, bien... todo el mundo sabía cómo hablaban los klatchianos...

—Saludos, hermanos míos del desierto —dijo—. No sé vosotros, pero yo me zamparía un plato de ojos de cordero, ¿eh? Apuesto a que os morís de ganas de volver a montar en vuestros camellos, yo estoy igual. Escupo sobre los perros infieles de Ankh-Morpork. ¿A alguien le ha caído algún bakshish últimamente? Podéis llamarme Al.

\* \* \*

—Perdona, ¿eres la señora que está con los payasos?

El cabo Nobbs, que había estado pateando la calle con andares sombríos, levantó la vista. Quien se estaba dirigiendo a él era una joven de cara bonita. Que una mujer hablara con él por voluntad propia era toda una novedad. Que sonriera al hacerlo era algo nunca visto.

—Esto... sí. Eso es. Soy yo. —Tragó saliva—. Beti.

—Yo me llamo Baña. ¿Quieres venir y hablar con nosotras?

Nobby miró detrás de ella. Había un enorme grupo de mujeres de edades diversas sentadas alrededor de un pozo enorme. Una de ellas lo saludó tímidamente con la mano.

Nobby parpadeó. Aquello era territorio desconocido. Se miró la ropa, que ya se veía hecha unos harapos. La ropa de Nobby siempre se veía hecha unos harapos cinco minutos después de ponérsela.

—Oh, no te preocupes —dijo la chica—. Lo entendemos. Pero parecías muy sola. Y tal vez puedas ayudarnos...

Ya habían llegado hasta el grupo. Había mujeres de todos los tamaños y formas, y de momento ninguna de ellas había dicho «puaj», una experiencia sin precedentes hasta la fecha en toda la historia personal de Nobby. En cierta forma distante y aturdida, el cabo Nobbs tuvo la sensación de que estaba entrando en el Paraíso, y el único detalle desafortunado era que lo hacía por la puerta incorrecta.

—Estamos intentando reconfortar a Netal —dijo la chica—. Su prometido no va a casarse con ella mañana.

—Menudo canalla —dijo Nobby.

Una de las chicas, que tenía los ojos rojos de llorar, levantó la vista de golpe.

—Sí que quería —dijo entre sollozos—. ¡Pero se lo han llevado a combatir en Gebra! ¡Y todo por no sé qué isla de la que nadie ha oído hablar nunca! ¡Y toda mi familia está aquí!

—¿Quién se lo ha llevado? —preguntó Nobby.

—Se ha llevado él mismo —respondió en tono cortante una mujer mayor. Dejando de lado las diferencias indumentarias, había en ella algo poderosamente familiar, y Nobby se dio cuenta de que si la cortabas por la mitad tendría escrita la palabra «suegra» por todas partes.

—Oh, señora Atbar —dijo Netal—. Dijo que era su deber. Además, todos los jóvenes han tenido que ir.

—¡Hombres! —dijo Nobby, poniendo los ojos en blanco.

—Supongo que sabe usted mucho sobre los placeres de los hombres —dijo Suegra con acritud.

—¡Madre!

—¿Quién, yo? —dijo Nobby, saliéndose del personaje por un momento—. Oh, sí. Mucho.

—¿En serio?

—¿Por qué no? La cerveza es lo mejor —dijo Nobby—. Pero como un buen puro no hay nada, siempre que sea gratis.

—¡Ja! —Suegra recogió su cesta de la colada y se marchó con pasos airados, seguida de la mayoría de mujeres mayores. Las demás se rieron. Hasta la decepcionada Netal sonrió.

—Creo que no se refería a eso —dijo Baña. En medio de un coro de risitas, se inclinó y susurró al oído de Nobby.

La expresión de él no cambió pero sí pareció solidificarse.

—Ah, eso —dijo.

Había áreas completas de la experiencia que Nobby solamente había contemplado en un mapa, pero sabía a qué se estaba refiriendo ella. Por supuesto que en sus años mozos había patrullado ciertas zonas de las Sombras —aquellas en las que solían pasearse jovencitas sin demasiado que hacer, salvo quizá coger un resfriado—, pero aquellas parcelas del trabajo policial que en otros lugares podrían ser de interés para una brigada antivicio ahora solían estar a cargo del propio Gremio de Costureras. La gente que no obedecía la... no, no la ley como tal, sino lo que podría llamarse las reglas no escritas... que establecían la señora Palma y su comité de damas con mucho mundo, llamaba la atención del Consult[[15]](#footnote-15)orio Sentimental, formado por Dotsie y Sadie, y puede que se los volviera a ver o puede que no. Hasta el señor Vimes aprobaba aquel arreglo. No causaba papeleo.

—Ah, sí —dijo Nobby, aún con la mirada perdida en alguna pantalla interior.

Claro que sabía lo que...

—Oh, eso —balbuceó—. Bueno, he visto alguna cosilla que otra —añadió. Sobre todo en postales, tenía que admitirlo.

—Debe de ser maravilloso tener tanta libertad —dijo Baña.

—Ejem...

Netal rompió a llorar otra vez. Sus amigas se apiñaron alrededor de ella.

—No entiendo por qué los hombres tienen que marcharse así —dijo Baña—. Mi prometido también se ha ido.

Se oyó una risita procedente de una mujer muy anciana que estaba sentada junto al pozo.

—Yo os puedo contar por qué, queridas. Lo hacen porque es mejor que pasarse el día cultivando melones. Es mejor que las mujeres.

—¿A los hombres la guerra les parece mejor que las mujeres?

—Siempre es nueva, siempre es joven y se puede hacer que una buena pelea dure todo el día.

—¡Pero los matan!

—Dicen que es mejor morir en la batalla que en la cama. —Mostró una sonrisa sin dientes—. Pero existen formas agradables en que un hombre puede morir en la cama, ¿eh, Beti?

Nobby temió que el rubor de sus orejas le pudiese incendiar el velo. De pronto, sintió que había alcanzado su futuro. Sus malditos diez peniques de futuro le dieron en toda la cara.

—Perdonad —dijo—. ¿Alguna de vosotras es de Nubilia?

—¿Qué es Nubilia? —dijo Baña.

—Es un país de por aquí —dijo Nobby. Y añadió en tono esperanzado—. ¿Verdad?

Ni una sola cara sugirió que estuviera en lo cierto.

Nobby suspiró. Se llevó la mano a la oreja en busca de una colilla que fumar, pero la mano volvió vacía.

—Os lo digo de verdad, chicas —dijo—. Ojalá hubiera aceptado pagar la versión de diez dólares. ¿No os entran a veces ganas de sentaros y llorar?

—Parece más triste todavía que Netal —dijo Baña—. ¿No podemos animarte de alguna forma?

Nobby se la quedó mirando un momento y rompió a llorar.

\* \* \*

Todo el mundo estaba mirando a Colon, con la comida a medio camino de las bocas.

—¿De verdad acaba de decir lo que he oido, Faifal? ¿Para qué quiero yo subirme a un camello? ¡Si soy fontanero!

—Creo que es el payaso que va con el malabarista. El pobre no está en sus minaretes.

—O sea, los muy cabrones escupen y es jodidísimo hacer que suban las escaleras con la caja de herramientas...

—Vamos, hombre, no es culpa de él, seamos un poco caritativos. —El que acababa de hablar carraspeó—. Buenos días, amigo —dijo—. ¿Podemos invitarte a compartir nuestro cuscús?

El sargento Colon escrutó los contenidos del cuenco, luego hundió el dedo en el mismo y lo probó.

—¡Eh, si es crema de sémola! ¡Tenéis crema de sémola! ¡De la de toda la vid...! —Se detuvo y tosió—. Sí, vale. Gracias. ¿Tenéis mermelada de fresa?

El anfitrión miró a sus amigos. Estos se encogieron de hombros.

—No conocemos esa «mermelada de fresa» de la que hablas —dijo con cautela—. Nosotros lo preferimos con cordero. —Le ofreció a Colon una brocheta larga de madera.

—Oh, seguro que tenéis mermelada de fresa —dijo Colon, dejándose llevar—. Cuando éramos niños la removíamos y... y... —Echó un vistazo a sus caras—. Claro que eso era en Ur —dijo.

Los hombres se miraron, asintiendo. De pronto todo estaba claro.

Colon eructó con fuerza.

A juzgar por cómo lo miró todo el mundo, era el único que había oído hablar de aquella costumbre klatchiana tan extendida.

—Así pues —dijo—. ¿Dónde anda últimamente el ejército? ¿Más o menos?

—¿Por qué lo preguntas, oh depósito de gases?

—Bueno, se nos ha ocurrido que podríamos sacar algo de dinero entreteniendo a las tropas —dijo Colon. Estaba inmensamente orgulloso de aquella idea—. Ya sabéis... una sonrisa, una canción, una ausencia de danzas exóticas. Pero eso quiere decir que tenemos que saber dónde están, ¿lo entendéis?

—Perdóname, gordo pero ¿entiendes lo que estoy diciendo?

—Sí, es muy sabroso —se arriesgó Colon.

—Ah, no me lo parecía. O sea que es un espía. Pero ¿de quién?

—¿En serio? ¿Quién sería tan tonto para usar de espía a un chiste de tío como este?

—¿Ankh-Morpork?

—¡Oh, venga ya! Está fingiendo que es un espía de Ankh-Morpork tal vez. Pero por allí son muy astutos...

—¿Tú crees? ¿Una gente que hace curry con algo que se llama polvos de curry y tú crees que son listos?

—Supongo que es de Muntab. Siempre nos están vigilando.

—¿Y fingiendo ser de Ankh-Morpork?

—Bueno, si tú intentaras parecer un morporkiano de chiste que finge ser klatchiano, ¿no tendrías el aspecto que tiene él?

—Pero ¿por qué iba a fingir que es de allí?

—Ah... política.

—Pues llamemos a la Guardia.

—¿Estás loco? ¡Hemos estado hablando con él! Serán... inquisitivos con nosotros

—Tienes razón. Ya se...

Faifal le dedicó a Colon una amplia sonrisa.

—Yo he oído decir que el ejército entero se ha desplazado hasta En al Sans la Laisa —dijo—. Pero no se lo digas a nadie.

—¿En serio? —Colon miró a los demás. Ellos lo estaban mirando con unas caras de póquer más bien curiosas.

—Con un nombre así, debe de ser un sitio enorme —dijo.

—Oh, inmenso —dijo su vecino. Uno de los otros hombres hizo un ruido que se parecía a una risita ahogada.

—Está muy lejos, ¿no?

—No. Muy cerca. Estás prácticamente encima —dijo Faifal. Le dio un codazo a un colega, al que le temblaban los hombros.

—Vale, perfecto. Y el ejército es grande, ¿no?

—Es probable que sea muy grande, sí.

—Bien. Bien. —dijo Colon—. Ejem... ¿alguien tiene un lápiz? Podría jurar que tenía uno cuando...

Se oyó un ruido a las puertas de la taberna. Era el sonido de muchas mujeres riendo, que siempre es un sonido inquietante para los hombres. Los clientes miraron con recelo po[[16]](#footnote-16)r entre las parras.

Colon y el resto de parroquianos miraron desde detrás de una urna al grupo congregado junto al pozo. Había una anciana en el suelo, riendo a pleno pulmón, y varias mujeres más jóvenes apoyadas entre ellas para no caer al suelo.

Oyó que una de ellas decía:

—¿Y qué era lo que dijo?

—Dijo: «¡Qué raro, nunca ha hecho eso cuando lo he intentado yo!».

—Pues sí que es verdad —dijo la mujer entre risas—. ¡Nunca pasa!

—«¡Qué raro, nunca ha hecho eso cuando lo he intentado yo!» —repitió Nobby.

Colon gimió. Eran la voz y el tono que usaba el cabo Nobbs cuando estaba en modo cuentachistes, situación en que la madera podía chamuscarse a diez metros de distancia.

—Disculpad —murmuró, y se abrió paso entre la multitud apiñada en dirección a la entrada.

—¿Habéis oído el del re... el sultán que tenía miedo de que su mujer... de que una de sus mujeres le fuera infiel mientras él estaba fuera?

—¡Nunca hemos oído historias como esas, Beti! —jadeó Baña.

—¿En serio? Oh, pues tengo mil y una. Bueno, a lo que iba, pues se fue a visitar al viejo y sabio herrero, y él le dijo...

—No puedes ir por ahí contando esos chistes, cab... Beti —dijo Colon, resoplando al detenerse.

Nobby se dio cuenta de que el grupo acababa de experimentar un cambio. Ahora se encontraba rodeado de mujeres que estaban en presencia de un hombre. De un hombre sin disfrazar, se corrigió a sí mismo.

Varias de ellas se estaban ruborizando. No se habían ruborizado hasta entonces.

—¿Por qué no? —preguntó Beti en tono agrio.

—Porque vas a ofender a la gente —respondió Colon sin mucho convencimiento.

—Ejem, no estamos ofendidas, señor —dijo Baña, con una vocecilla humilde—. Las historias de Beti nos parecen muy... instructivas. Sobre todo la del hombre que entró en la taberna con un músico muy pequeño.

—Y esa ha sido bastante difícil de traducir —dijo Nobby—, porque en Klatch no saben lo que es un piano. Pero resulta que tienen una cosa con cuerdas...

—Y ha sido muy interesante la del hombre que tenía los brazos y las piernas escayolados —dijo Netal.

—Sí, y se han reído, y eso que aquí no tienen la misma clase de timbres —dijo Nobby—. Eh, no hace falta que os vayáis...

Pero el grupo que rodeaba el pozo ya se estaba dispersando. Las mujeres empezaron a recoger las jarras de agua y a llevárselas. Una especie de trajín preocupado las invadió.

Baña saludó con la cabeza a Beti.

—Esto... gracias. Ha sido muy... interesante. Pero tenemos que irnos. Has sido muy amable al hablar con nosotras.

—Esto, no, no os vayáis...

Un leve rastro de perfume quedó flotando en el aire. Beti fulminó con la mirada a Colon.

—A veces me entran ganas de darte un buen mamporro en toda la oreja —gruñó ella—. La primera jodida oportunidad que tengo en años y vas tú y...

Se detuvo. Detrás de Colon había una multitud de caras perplejas pero desaprobatorias.

Y las cosas podrían haber terminado de otra forma de no ser por los rebuznos de la burra sonando desde lo alto.

La burra robada, tras soltarse con facilidad del nudo inexperto de Nobby, se había puesto a deambular en busca de comida. Relacionaba vagamente la comida con la entrada de su establo y por tanto con las entradas en general, así que se metió por la primera que encontró abierta.

En el interior había una escalera en espiral muy estrecha, pero su compartimiento en el establo también era bastante estrecho, y las escaleras no preocupaban a una burra acostumbrada a las calles de Al-Khali.

Fue una gran decepción cuando las escaleras llegaron a su fin y siguió sin haber heno por ninguna parte.

—Oh, no —dijo alguien detrás de Colon—. Ya se ha vuelto a subir un burro al minarete.

Hubo una salva de gemidos.

—¿Y qué problema hay? Todo lo que sube tiene que bajar —dijo Colon.

—¿No lo sabes? —dijo uno de sus compañeros de comida—. ¿Es que no tenéis minaretes en Ur?

—Esto... —dijo Colon.

—Tenemos muchos burros —dijo lord Vetinari. Hubo risas generales, la mayoría dirigidas a Colon.

Uno de los hombres señaló el interior en penumbra del minarete.

—Mira... ¿lo ves?

—Una escalera de caracol estrecha —dijo el patricio—. ¿Y...?

—Al llegar arriba no hay sitio para girar, ¿entiendes? Oh, cualquier tonto puede hacer que un burro suba un minarete. Pero ¿alguna vez has intentado que un animal baje hacia atrás una escalera estrecha a oscuras? Es imposible.

—Las escaleras hacia arriba tienen algo —dijo alguien—. Atraen a los burros. Creen que van a encontrar algo arriba.

—Al último lo tuvimos que empujar al vacío, ¿verdad? —dijo uno de los guardias.

—Sí. Y salpicó —dijo su camarada de armas.

—Nadie va a empujar a Valerie a ningún vacío —gruñó Beti—. Como cualquiera de vosotros intente algo parecido, os lo juro, va a probar una buena tunda de... —Se detuvo, y detrás del velo apareció una sonrisa ancha y espantosa—. O sea, le daré un beso grande y húmedo.

Al fondo de la multitud varios hombres pusieron pies en polvorosa.

—No hace falta ponerse desagradable —dijo el guardia.

—¡Lo digo en serio! —dijo Beti, avanzando.

El guardia atemorizado se encogió de miedo.

—¿No pueden hacer nada con ella, señores?

—¿Nosotros? —dijo lord Vetinari—. Me temo que no. Oh, cielos... va a volver a pasar lo mismo que en Djelibeibi, Al.

—Oh, cielos —dijo Colon, siguiéndole la corriente a base de muecas. La multitud, o por lo menos aquella parte de la misma que se consideraba lo bastante lejos de Beti, empezó a sonreír. Aquello era teatro callejero.

—No sé si alguna vez consiguieron bajar a aquel hombre del palo de la bandera —continuó Vetinari.

—Oh, sí que bajaron la mayor parte —dijo Colon.

—Escuchad, escuchad —dijo el guardia a toda prisa—. ¿Y si atamos al burro con una cuerda...?

—... a la burra... —gruñó Beti.

—A la burra, eso, y entonces...

—¡Te harían falta por lo menos tres hombres ahí arriba y no hay sitio!

—Señor, tengo una idea —susurró uno de los guardias.

—Yo la diría deprisa —dijo Colon—. Porque cuando Beti se pone así no hay quien la pare.

Los guardias discutieron algo en voz baja.

—¡Si hacemos eso nos vamos a meter en líos! ¡Ya sabes todo eso que nos dijeron sobre las necesidades de la guerra! ¡Es por eso que las confiscaron todas!

—Nadie la va a echar en falta por cinco minutos de nada

—Si, pero ¿quieres explicarle tú al príncipe que hemos perdido una?

Los dos miraron a Beti.

—Y al fin y al cabo, son fáciles de dirigir —susurró uno de ellos.

—¿Valerie? —dijo el sargento Colon.

—¿Algún problema? —preguntó Beti en tono desafiante.

—¡No! No. Es un buen nombre para una burra, N... Beti.

—Que nadie haga nada —dijo uno de los guardias—. Ahora venimos.

—¿Qué están tramando esos? —dijo Colon, mirando cómo se iban.

—Oh, lo más seguro es que hayan ido a por una alfombra —dijo alguien.

—Muy bien, pero no sé para qué nos va a servir —dijo Beti.

—Una alfombra voladora.

—Ah, ya —dijo Colon—. Tienen una de esas en la universidad...

—¿Ur tiene universidad?

—Oh, ya lo creo —dijo el patricio—. ¿Cómo creéis que Al aprendió qué aspecto tiene un burro?

Una vez más, las risas disiparon el recelo. Colon sonrió con incertidumbre.

—Se me da muy bien esto de hacerme el idiota estúpido, ¿verdad? —dijo—. ¡Me sale sin pensarlo!

—Maravilloso —dijo lord Vetinari.

Se oyeron más rebuznos furiosos desde lo alto.

—El problema es que están bajo llave porque se necesitan para la guerra —dijo alguien detrás de ellos.

Un trozo de ladrillo de barro se hizo trizas en el suelo a pocos metros.

—Tal y como se está encabritando el bicho ahí arriba, se va a acabar cayendo de todas maneras.

—A lo mejor yo la puedo convencer de que baje —dijo el patricio.

—Es imposible, offendi. No puedes adelantarla en las escaleras, no puedes hacerla girar y no va a bajar de espaldas.

—Consideraré la situación —replicó el patricio.

Se fue caminando a la taberna un momento y volvió. Lo vieron entrar por la puerta y lo oyeron subir las escaleras.

—Esta va a ser buena —dijo un hombre detrás de Colon.

Al cabo de poco tiempo se detuvieron los rebuznos.

—No puede girar, ¿lo veis? Es demasiado estrecho —dijo el experto en burros elevados—. No puede girar y nunca va a ir de espaldas. Es un dato bien sabido.

—Siempre hay un sabihondo, ¿verdad, Beti? —dijo Colon.

—Sí. Siempre.

La torre estaba llena de silencio. Varios miembros del público empezaron a prestarle mucha atención sin poder evitarlo.

—A ver, si pudieras mandar escaleras arriba a tres o cuatro hombres, que no se puede, podrías ir moviendo un poco una pata cada vez, si no te importara morir por las patadas y los mordiscos...

—Muy bien, muy bien, apartaos de la torre, ¿queréis?

Los guardias estaban de vuelta. Uno de ellos llevaba una alfombra enrollada.

—Muy bien, muy bien, haced sitio.

—Oigo pezuñas —dijo alguien.

—Sí, claro, como que nuestro amigo del fez está haciendo bajar a la burra por las escaleras, ¿no?

—Espera, yo también las oigo —dijo Colon.

Ahora todas las miradas estaban clavadas en la puerta. Lord Vetinari salió, con una cuerda en la mano. La voz de detrás de Colon dijo:

—Bueno, no es más que una cuerda. Probablemente estuviera haciendo chocar dos cascaras de coco.

—¿Quieres decir que ha encontrado cascaras de coco en el minarete?

—Las llevaba con él, es obvio.

—¿O sea que siempre va por ahí con cascaras de coco encima?

—No se puede hacer que un burro dé la vuelta en... vale, eso es una cabeza de burro de pega...

—¡Pero si mueve las orejas!

—Lo hace con cuerdas o con... vale, es un burro, muy bien, pero no es el mismo burro. Es uno que llevaba dentro de un bolsillo oculto... eh, no hace falta mirarme así. He visto hacerlo con palomas...

Y entonces hasta el escéptico se quedó callado.

—Burra, minarete —dijo lord Vetinari—. Minarete, burra.

—¿Así de fácil? —dijo un guardia—. ¿Cómo lo has hecho? Ha sido un truco, ¿verdad?

—Claro que ha sido un truco —dijo lord Vetinari.

—Ya sabía yo que era un truco.

—Eso es, nada más que un truco —dijo lord Vetinari.

—Y entonces... ¿cómo lo has hecho?

—¿Quieres decir que no te das cuenta? —El público estiró el cuello para ver.

—Esto... ¿tenías un burro inflable?

—¿Se te ocurre alguna razón para que yo vaya por ahí con un burro inflable?

—Bueno, tal vez...

—¿Una razón que no te importara explicarle a tu querida madre?

—Si lo vas a poner así...

—Es fácil —dijo Al-Juridiso—. Hay un compartimiento secreto en el minarete. Tiene que ser eso.

—No, os equivocáis todos, eso es solo la ilusión óptica de un burro... Bueno, vale, es una ilusión bien hecha...

Para entonces la mitad de la gente ya estaba rodeando la burra y el resto estaba apelotonado en la puerta del minarete, buscando paneles secretos en las paredes.

—Creo, Al y Beti, que ahora es cuando tenemos que marcharnos —dijo lord Vetinari, desde detrás de Colon—. Caminando por este callejón de aquí. Y cuando doblemos esa esquina, echamos a correr.

—¿Y por qué tenemos que correr? —dijo Beti.

—Porque acabo de coger la alfombra mágica.

\* \* \*

Vimes ya se había perdido. Oh, tenía el sol, sí, pero eso solamente le indicaba una dirección. Lo notaba en el costado de la cara.

Y el camello se mecía de un lado a otro. No había ninguna forma real de calcular las distancias, salvo mediante las hemorroides.

Voy con los ojos vendados en la parte de atrás de un camello montado por un H'ez, que todo el mundo dice que son el pueblo más traicionero del mundo. Pero estoy casi seguro de que no me va a matar.

—Así pues —dijo, bamboleándose suavemente de un lado a otro—, ya no me importa que me lo digas. ¿Por qué Ahmed Hora 71?

—Mató a un hombre —dijo Jabbar.

—¿Y los H'eces ponen pegas a una cosilla como esa?

—¡En la propia tienda de ese hombre! ¡Cuando ya había sido su invitado casi tres días! Si hubiera esperado solamente un hora...

—Ah, ya veo. Desde luego, qué malos modales. ¿Y el hombre había hecho alguna cosa para merecerlo?

—¡Nada! Aunque...

—¿Sí?

—Es cierto que el hombre había dado muerte a El-Ysa. —El tono del H'ez sugería que aquella no era una gran circunstancia atenuante, pero que había que mencionarla para no dejar detalles fuera.

—¿Y quién era ella?

—El-Ysa era un pueblo. Envenenó un pozo. Había habido una disputa por cuestiones religiosas —añadió—. Una cosa llevó a la siguiente... pero aun así, romper la tradición de la hospitalidad...

—Sí, ya veo que es algo terrible. Casi... maleducado.

—La hora era importante. Hay cosas que no se deben hacer.

—En eso tienes razón, por lo menos.

A media tarde Jabbar le dejó quitarse la venda. Sobre la arena se elevaban moles de roca negra esculpidas por el viento. Vimes pensó que era el lugar más desolado que había visto en su vida.

—Dicen que hubo un tiempo en que era verde —dijo Jabbar—. Una tierra húmeda y rica.

—¿Qué pasó?

—Que cambió el viento.

Al crepúsculo llegaron a un wadi situado entre más rocas erosionadas por el viento, y fue únicamente la longitud de las sombras, que hacía más profundas las hendiduras desgastadas, lo que empezó a devolverles una forma antiquísima.

—Son edificios, ¿verdad? —dijo Vimes.

—Hace mucho tiempo había una ciudad aquí. ¿No lo sabías?

—¿Cómo iba a saberlo?

—La construyó tu gente. Se llamaba Tacticum. En honor a un guerrero vuestro.

Vimes se quedó mirando las paredes desmoronadas y las columnas caídas.

—Le pusieron su nombre a una ciudad... —le dijo a nadie en concreto.

Jabbar le dio un codazo.

—Ahmed te está mirando —dijo.

—Pues yo no lo veo por ninguna parte.

—Desde luego. Desmonta. Y espero que volvamos a vernos en cualquiera que sea tu Paraíso.

—Sí, sí...

Jabbar hizo girar a su camello. Se marchó mucho más deprisa de lo que había llegado.

Vimes se sentó un tiempo en una roca. No se oía nada más que el silbido del viento en las rocas y el chillido de algún pájaro a lo lejos.

Le pareció oír los latidos de su propio corazón.

—Bíngueli... bíngueli... biip... —El Des-organizador sonaba preocupado e inseguro.

Vimes suspiró.

—¿Sí? Cita con Ahmed Hora 71, ¿no?

—Esto... no... —dijo el demonio—. Ejem... Avistamiento de flota klatchiana... ejem...

—Los barcos del desierto, ¿eh?

—Esto... biip... código de error 746, inestabilidad temporal divergente...

Vimes zarandeó la caja.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó en tono irritado—. ¡Sigues dándome las citas de otra persona, caja idiota!

—Esto... las citas son las correctas para el comandante Samuel Vimes...

—¡Ese soy yo!

—¿Cuál de ustedes? —dijo el demonio.

—¿Cómo?

—... biip...

Y se negó a decir nada más. Vimes consideró la posibilidad de tirarlo, pero aquello heriría los sentimientos de Sybil si lo averiguaba. Se lo volvió a meter en el bolsillo y trató de volver a concentrarse en el escenario.

Puede que el sitio donde estaba sentado hubiera formado alguna vez parte de una columna. Vimes vio otros trozos un poco más allá, y luego se dio cuenta de que un montón de lo que parecían escombros era una pared caída. Siguió la pared, con sus pasos arrancando ecos de los acantilados, y se dio cuenta de que estaba caminando entre viejos edificios, o donde los edificios se habían alzado. Aquí estaban las ruinas de unas escaleras, allá el muñón de una columna.

Uno de ellos era un poco más alto que los demás. Se aupó encima de ese pilar y sobre su superficie plana encontró dos pies enormes. En aquel sitio debía de haber habido una estatua. Y probablemente, por lo que Vimes sabía de estatuas, había representado a alguien posando en actitud noble. Ahora ya no estaba, y no quedaban más que los pies, partidos a la altura de los tobillos. No resultaban excepcionalmente nobles.

Mientras volvía a bajar vio unas letras profundamente grabadas en el pedestal, preservadas porque aquel lado estaba resguardado del viento. Trató de distinguirlas bajo la luz cada vez más tenue.

AB HOC POSSUM VIDERE DOMUM TUUM

Veamos... «domum tuum» era «tu casa», ¿no? Y «videre» era «yo veo»...

—¿Cómo? —dijo en voz alta—. ¿«Desde aquí puedo ver tu casa»? ¿Qué clase de sentimiento noble es ese?

—Creo que se lo escribieron para ser jactancioso y amenazante, sir Samuel —dijo Ahmed Hora 71—. Algo bastante típico de Ankh-Morpork, o eso me ha parecido siempre.

Vimes se quedó muy quieto. La voz estaba justo detrás de él.

Y era la voz de Ahmed. Pero le fallaban las trazas gangosas de baba de camello y carraspera de gravilla que había tenido en Ankh-Morpork. Ahora hablaba en el tono suave de un caballero.

—Son los ecos de este sitio —continuó Ahmed—. Podría estar en cualquier sitio. Ahora mismo podría estar apuntándolo con una ballesta.

—Pero no va a disparar. Los dos tenemos demasiado en juego.

—Oh, ¿entonces existe el honor entre ladrones?

—No lo sé —dijo Vimes. Qué demonios... Era hora de averiguar si lo había clavado o si lo iban a clavar a él—. ¿Existe el honor entre policías?

\* \* \*

El sargento Colon abrió mucho los ojos.

—¿Que incline mi peso hacia un lado? —dijo.

—Así es como se dirigen las alfombras mágicas —dijo lord Vetinari en tono tranquilo.

—Sí, pero ¿y si me caigo por el lado?

—Tendremos mucho más espacio —dijo Beti sin mucho sentimiento—. Venga, sargento, no te comportes como un peso muerto.

—Eso es precisamente lo que no quiero ser —dijo Colon en tono firme. Estaba tumbado cuan largo era sobre la alfombra, agarrándola con ambas manos tan fuerte como podía—. No es natural que un poco de tela de alfombra sea lo único que nos separe de una salpicadura certera.

El patricio miró hacia abajo.

—No estamos volando sobre agua, sargento.

—¡Yo ya sé lo que digo, señor!

—¿Podemos ir un poco más despacio? —pidió Beti—. Esta brisa me está invadiendo mi intimidad, no sé si me entiende. —Lord Vetinari suspiró.

—Ya estamos yendo bastante despacio. Sospecho que esta es una alfombra bastante vieja.

—Aquí hay un trozo deshilachado —dijo Beti.

—Cállate —dijo Colon.

—Mira, puedo atravesarla con el dedo...

—Cállate.

—¿Ves cómo hace una especie de olas cuando te mueves?

—Cállate.

—Eh, mira lo pequeñas que se ven esas palmeras de ahí abajo.

—Nobby, tú tienes miedo a las alturas —dijo Colon—. Sé seguro que tienes miedo a las alturas.

—¡Eso es un estereotipo sexual!

—¡No lo es!

—¡Sí lo es! ¡Y también esperarás que me rompa mucho el tobillo y chille a todas horas! ¡Y no pararé hasta demostrarte que una mujer puede ser tan buena como un hombre!

—Prácticamente idéntica, en tu caso, Nobby. Te ha dado demasiado el sol, eso es lo que pasa. ¡Tú no eres una mujer, Nobby!

Beti se sorbió la nariz.

—Esa es la clase de comentario sexista que me podría esperar de ti.

—¡Es que no lo eres!

—Es una cuestión de principios.

—Bueno, por lo menos ahora tenemos transporte —dijo lord Vetinari, en un tono que sugería que se había terminado la función—. Por desgracia, no he tenido tiempo de averiguar dónde está el ejército.

—¡Ah, ahí le puedo ayudar, señor! —Colon intentó un saludo pero enseguida se volvió a agarrar a la alfombra—. ¡Lo he descubierto con astucia, señor!

—¿De verdad?

—¡Síseñor! Está en un sitio llamado... esto... En el Sams la Laisa, señor.

La alfombra siguió planeando un momento, en silencio.

—¿«El lugar donde el sol no brilla»? —dijo el patricio. Hubo más silencio. Colon intentaba no mirar a nadie.

—¿Hay algún sitio llamado Gebra? —preguntó Nobby, huraño.

—Sí, Be... cabo. Sí lo hay.

—Se han ido allí. Claro que tendrá que fiarse de la palabra de una mujer.

—Bien hecho, cabo. Seguiremos la costa.

Lord Vetinari se relajó. En una vida tan bulliciosa y compleja como la suya nunca había conocido a gente como Nobby y Colon. Se pasaban todo el tiempo hablando y sin embargo resultaban casi... relajantes.

Escrutó con atención el horizonte polvoriento mientras la vieja alfombra trazaba una curva. Debajo del brazo llevaba el cilindro de metal que Leonardo había fabricado para él.

Las épocas drásticas requerían medidas drásticas.

—¿Señor? —dijo Colon, con la voz amortiguada por la alfombra.

—¿Sí, sargento?

—Tengo que saberlo... ¿cómo consiguió... ya sabe... bajar a la burra?

—Persuasión, sargento.

—¿Cómo? ¿Hablando y nada más?

—Sí, sargento. Persuasión. Y bueno, lo admito, un palo afilado.

—¡Ah! Ya sabía yo...

—El truco para hacer bajar a los burros de los minaretes —dijo el patricio, mientras el desierto se desplegaba debajo de ellos— siempre es encontrar la parte del burro que realmente quiere bajar.

\* \* \*

El viento había amainado. El pájaro de los acantilados ya había echado el cierre por hoy. Lo único que oía Vimes era el susurro de las pequeñas criaturas del desierto.

Y la voz de Ahmed dijo:

—Estoy impresionado de verdad, sir Samuel.

Vimes respiró hondo.

—¿Sabe? Me tomó el pelo de verdad —dijo—. «Ojalá sus entrañas se llenen de frutos.» Esa sí que fue buena. Casi pensé que era usted solo... —Se detuvo. Pero Ahmed continuó por él.

—¿... un simple montacamellos con una toalla en la cabeza? Oh, cielos. Con lo bien que lo estaba haciendo hasta ahora, sir Samuel. El príncipe estaba muy impresionado.

—Eh, tampoco es eso. Lo único que faltó fue ponerse a hacer comentarios insinuantes sobre melones. ¿Qué querían que pensara yo?

—No se inquiete, sir Samuel. Lo considero todo un cumplido. Puede usted darse la vuelta. No se me ocurriría hacerle daño a menos que haga usted alguna... tontería.

Vimes se dio la vuelta. Apenas pudo distinguir una silueta bajo el arrebol.

—Estaba usted admirando este lugar —dijo Ahmed—. Los hombres de Tacticus lo hicieron construir cuando él intentó conquistar Klatch. No llega a ser una ciudad comparada con las de hoy en día, claro. Se trataba simplemente de hacer una declaración. «Aquí estamos y aquí nos quedamos», por decirlo de algún modo. Y entonces cambió el viento.

—Usted asesinó a Nevado Pendiente, ¿verdad?

—El término es «ejecuté». Puedo mostrarle la confesión que firmó de antemano.

—¿Por voluntad propia?

—Más o menos.

—¿Cómo?

—Digamos que le hice ver las alternativas que tenía a firmar la confesión. Y tuve la amabilidad de dejarle a usted el cuaderno. Al fin y al cabo quería mantenerlo interesado. Y no me mire con esa cara, sir Samuel. Yo lo necesito a usted.

—¿Cómo puede saber la cara que pongo?

—Me lo puedo imaginar. En todo caso, el Gremio de Asesinos tenía un contrato sobre él. Y se da la feliz coincidencia de que yo soy miembro del Gremio.

—¿Usted? —Vimes intentó poner todo su énfasis en la palabra. Pero en realidad ¿por qué no? La gente enviaba a sus niños a miles de kilómetros de sus casa para que estudiaran en la escuela del Gremio de Asesinos...

—Oh, sí. Los mejores años de mi vida, o eso se supone al menos. Era miembro de la Casa de la Víbora. ¡Arriba la escuela! ¡Arriba la escuela! ¡Hip hip arriba! —Suspiró como un príncipe y escupió como un camellero—. Si cierro los ojos todavía me acuerdo del sabor de aquellas natillas tan raras que nos daban los lunes. Cielos, qué recuerdos... me acuerdo de cada calle mojada. ¿Todavía vende el señor Escurridizo sus horribles salchichas-en-panecillo en la Calle de la Mina de Melaza?

—Sí.

—El mismo Escurridizo de siempre, ¿eh?

—Las mismas salchichas.

—Una vez las pruebas ya no las olvidas.

—Cierto.

—No, no se mueva tan deprisa, sir Samuel. Si lo hace, me temo que va a ir a la ruina. Usted no confía en mí y yo no confío en usted.

—¿Por qué me ha arrastrado hasta aquí?

—¿Arrastrado? ¡Si tuve que sabotear mi propio barco para que no me perdiera!

—Sí, pero... usted... sabía cómo reaccionaría yo. —Vimes sintió una desolación creciente. Todo el mundo sabía cómo reaccionaría Sam Vimes.

—Sí. ¿Quiere un cigarrillo, sir Samuel?

—Pensaba que masticaba usted esos malditos capullos de clavo.

—En Ankh-Morpork sí. Siempre hay que ser un poco extranjero allí donde vas, porque todo el mundo sabe que los extranjeros son un poco tontos. Además, estos son bastante buenos.

—¿Recién cogidos en el desierto?

—¡Ja! Sí, todo el mundo sabe que los cigarrillos klatchianos están hechos de caca de camello. —Una cerilla se encendió, y Vimes pudo vislumbrar fugazmente la nariz ganchuda mientras Ahmed encendía un cigarrillo para lanzárselo—. En ese terreno, lamento decirlo, los prejuicios tienen algunas pruebas de su parte. No, estos vienen de Sumtri. Una isla donde las mujeres no tienen alma, se dice. Yo personalmente lo dudo.

Vimes pudo distinguir una mano que sostenía el paquete. Durante un solo segundo se preguntó si podría agarrarla y...

—¿Qué tal va de suerte? —dijo Ahmed.

—Sospecho que se me está acabando.

—Sí. Un hombre debería saber hasta dónde llega su suerte. ¿Quiere que le explique cómo sé que es usted un buen hombre, sir Samuel? —A la luz de la luna cada vez más alta Vimes vio que Ahmed sacaba una boquilla, insertaba un cigarrillo y lo encendía con una lentitud casi exasperante.

—Cuéntemelo.

—Después del intento de asesinar al príncipe yo sospechaba de todo el mundo. Pero usted solamente sospechaba de los suyos. No fue capaz de pensar que lo pudieran haber hecho los klatchianos. Porque eso lo habría puesto del lado de gente como el sargento Colon y el resto de la brigada de los-pitillos-klatchianos-son-de-mierda-de-camello.

—¿De qué policía es usted miembro?

—Me gano la paga, digamos, como wali del príncipe Cadram.

—Pues no creo que ahora mismo lo tenga muy contento. Se suponía que estaba protegiendo a su hermano, ¿no?

—Y yo también, pensó Vimes. Pero qué demonios...

—Sí. Y los dos pensamos de la misma forma, sir Samuel. Usted pensó que fueron los suyos y yo pensé que fueron los míos. La diferencia es que yo tenía razón. La muerte de Khufurah se planeó en Klatch.

—¿En serio? Eso es lo que querían que pensara la Guardia...

—No, sir Samuel. Lo importante aquí es lo que alguien quería que usted pensara.

—¿Ah, sí? Bueno, en eso se equivoca. Todo el asunto del cristal y la arena del suelo, enseguida vi... que... era... falso...

Su voz se apagó gradualmente.

Al cabo de un momento Ahmed dijo, en tono comprensivo:

—Efectivamente.

—Mierda.

—Oh, en cierto sentido tenía usted razón. Es verdad que a Ossie le pagaron en dólares, originalmente. Y luego, más adelante, alguien se metió en su casa, se aseguró de tirar casi todo el cristal afuera y cambió el dinero. Y repartió la arena. Tengo que añadir que lo de la arena me pareció un poco exagerado. Nadie podría ser tan idiota. Pero querían asegurarse de que pareciera una chapuza.

—¿Quién lo hizo? —dijo Vimes.

—Oh, un ladrón de poca monta. Bob-Bob Yoyoduro. Ni siquiera sabía por qué lo estaba haciendo, solamente que alguien estaba dispuesto a pagarle. Me quito el sombrero ante su ciudad, comandante. Por el bastante dinero, puede encontrarse a alguien que haga cualquier cosa.

—Alguien tiene que haberle pagado.

—Un hombre que conoció en un bar.

Vimes asintió con expresión lúgubre. Era asombroso cuánta gente estaba dispuesta a hacer negocios con un hombre que conoció en un bar.

—Eso me lo creo —dijo.

—Ya lo ve, si hasta el formidable comandante Vimes, que es conocido hasta entre algunos políticos klatchianos de primera fila como un hombre inquebrantablemente honrado e íntegro, aunque tal vez algo falto de inteligencia... si hasta él defendiera que lo había hecho su propia gente... bueno, el mundo entero está mirando. Y el mundo no tardaría en enterarse. ¿Empezar una guerra por una roca? Bueno... es de esas cosas que ponen nerviosos a los países. Todos tienen rocas frente a su costa. Pero empezar una guerra porque algún perro extranjero ha matado a un hombre que iba en misión de paz... eso creo que el mundo lo podría entender.

—¿Falto de inteligencia? —dijo Vimes.

—Oh, no se deprima mucho, comandante. Aquel asunto del incendio en la embajada. Aquello fue pura valentía.

—¡Aquello fue puro acojone!

—Bueno, la línea que separa ambas cosas es fina. Aquello fue algo que no me esperaba.

En la mesa de billar amplia y llena de carambolas de la mente de Vimes, la bola negra cayó en un agujero.

—¿Entonces el incendio sí se lo esperaba?

—El edificio tendría que haber estado casi vacío...

Vimes se movió. Los pies de Ahmed se levantaron del suelo y su espalda dio contra una columna, mientras las manos de Vimes le rodeaban el cuello.

—¡Aquella mujer estaba atrapada dentro!

—¡Fue... necesario! —dijo Ahmed con voz ronca—. ¡Tenía... que... haber una... distracción! ¡La vida... del príncipe... estaba en peligro, tenía que sacarlo de allí! Yo no sabía... nada... de aquella... mujer hasta que fue demasiado tarde... le doy mi palabra...

A través del velo rojo de la furia Vimes fue consciente de un cosquilleo en la región del estómago. Bajó la vista y miró el cuchillo que acababa de aparecer por arte de magia en la otra mano del hombre.

—Escuche... —dijo entre dientes Ahmed—. El príncipe Cadram ordenó la muerte de su hermano... ¿Qué mejor forma de demostrar la... perfidia de los comedores de salchichas... que matar a un emisario de paz...?

—¿A su propio hermano? ¿Espera que me crea eso?

—Se enviaron mensajes a... la embajada... en código...

—¿Al viejo embajador? ¡No me lo creo!

Ahmed se quedó un momento muy quieto.

—No, realmente no se lo cree, ¿verdad? —dijo—. Sea generoso, sir Samuel. Trate a todos los hombres realmente por igual. Concédale a los klatchianos el derecho a ser unos cabrones conspiradores, ¿no? En realidad el embajador no es más que un idiota pomposo. Ankh-Morpork no tiene el monopolio sobre ellos. Pero su adjunto lee primero los mensajes. Es un... joven con ambición...

Vimes relajó su presa.

—¿El? ¡Ya me pareció que era poco de fiar en cuanto lo vi!

—Sospecho que le pareció que era klatchiano en cuanto lo vio, pero le sigo.

—Y usted sabía leer ese código, ¿me equivoco?

—Oh, vamos. ¿No lee usted los papeles de Vetinari del revés cuando está delante de su mesa? Además, yo soy el policía del príncipe Cadram...

—Así que él es su jefe, ¿no?

—¿Quién es el jefe de usted, sir Samuel? A la hora de la verdad. Los dos hombres seguían petrificados en su cuerpo a cuerpo. La respiración de Ahmed era un resuello. Vimes retrocedió.

—Esos mensajes... ¿están en su poder?

—Oh, sí. Con el sello del príncipe. —Ahmed se frotó el cuello.

—Por los dioses. ¿Los originales? Lo normal sería que estuvieran bajo siete llaves.

—Lo estaban. En la embajada. Pero en el incendio se necesitaron muchas manos para llevar documentos importantes a un lugar seguro. Fue un incendio muy... útil.

—Una orden de ejecución para su propio hermano... vaya, no se puede argumentar contra eso en un tribunal...

—¿Qué tribunal? El rey es la ley. —Ahmed se sentó—. Nosotros no somos como ustedes. Ustedes matan reyes.

—El término es «ejecutamos». Y solamente lo hicimos una vez, y fue hace muchísimo tiempo —dijo Vimes—. ¿Es eso para lo que me ha traído aquí? ¿Por qué tanto teatro? ¡Podría haber venido a verme en Ankh-Morpork!

—Es usted un hombre desconfiado, comandante. ¿Acaso me habría creído? Además, yo tenía que sacar de allí al príncipe Khu-furah, antes de que, já, «muriera a consecuencia de las heridas recibidas».

—¿Dónde está ahora el príncipe?

—Cerca. Y a salvo. Está más a salvo en el desierto de lo que estaría nunca en Ankh-Morpork, se lo puedo asegurar.

—¿Y está bien?

—Se está curando. Lo está cuidando una anciana en quien confío.

—¿La madre de usted?

—¡Por los dioses, no! ¡Mi madre es una H'ez! Se ofendería terriblemente si confiara en ella. Diría que no me ha criado como es debido.

Aquella vez vio la expresión de Vimes.

—¿Cree usted que me han educado como a un bárbaro?

—Digamos simplemente que yo le habría dado algo de ventaja a Nevado Pendiente.

—¿En serio? Mire a su alrededor, sir Samuel. Su... territorio... es una ciudad que puede cruzar andando en media hora. El mío son tres millones de kilómetros cuadrados de desierto y montañas. Mis compañeros son una espada y un camello y, francamente, ninguno de los dos es muy buen conversador, créame. Sí, los pueblos y las ciudades tienen sus guardias, más o menos. No son personas con la mente muy compleja. Pero mi trabajo consiste en ir a lugares desolados y perseguir a bandidos y asesinos, a setecientos kilómetros de cualquiera que pudiera estar en mi bando, así que tengo que inspirar terror y dar el primer golpe porque no voy a tener ocasión de dar un segundo. Creo que soy algo así como un hombre honrado. Sobrevivo. Sobreviví siete años en una escuela de Ankh-Morpork adonde iban los hijos de la nobleza. Comparado con eso, la vida entre los H'eces no inspira miedo alguno, se lo aseguro. Y administro justicia de forma eficaz y económica.

—He oído de dónde viene su nombre...

Ahmed se encogió de hombros.

—Aquel hombre había envenenado el agua. El único pozo en treinta kilómetros a la redonda. Aquello mató a cinco hombres, siete mujeres, trece crios y treinta y un camellos. Y algunos eran camellos muy valiosos, que conste. Me confirmó las sospechas el hombre que le vendió el veneno y también un testigo de confianza que lo había visto junto al pozo en aquella noche fatídica. En cuanto obtuve el testimonio de su propio sirviente, ¿para qué esperar ni que fuera una hora?

—A veces nosotros celebramos juicios —dijo Vimes con sorna.

—Sí, y su lord Vetinari decide. Bueno, a setecientos kilómetros de cualquier parte, la ley soy yo. —Ahmed hizo un gesto con la mano—. Oh, sin duda el hombre habría sugerido que hubo circunstancias atenuantes, que tuvo una infancia triste o que padecía el Desorden Compulsivo de Envenenar Pozos. Pero yo tengo la compulsión de decapitar a asesinos cobardes.

Vimes se rindió. Al razonamiento del hombre no le faltaba filo. Tampoco a su espada.

—Cada maestrillo tiene su librillo —dijo.

—Y se va a enterar si lo pillo —dijo Ahmed mientras se cruzaba el dedo índice por la garganta—. No ponga esa cara, era broma. Yo sabía que el príncipe estaba conspirando y pensé: esto no está bien. De haber matado a algún lord de Ankh-Morpork, no sería más que política. Pero esto... Así que pensé, ¿por qué me dedico a perseguir a un puñado de estúpidos por las montañas si yo mismo formo parte de un crimen enorme? Personalmente, me gustan las tribus y los países pequeños, hasta sus pequeñas guerras. Pero no me importa si todos luchan contra Ankh-Morpork porque así lo quieren, o por los horribles hábitos personales de ustedes, o por su arrogancia irreflexiva... hay muchas razones para luchar contra Ankh-Morpork. Una mentira no se cuenta entre ellas.

—Sé a qué se refiere —dijo Vimes.

—Pero ¿qué puedo hacer yo solo? ¿Arrestar a mi príncipe? Yo soy su policía, igual que usted es el de Vetinari.

—No. Yo soy un agente de la ley.

—Lo único que yo sé es que tiene que haber un policía, hasta para los reyes.

Vimes miró el desierto iluminado por la luna.

En alguna parte allí fuera estaba el ejército de Ankh-Morpork, si podía llamarse así. Y esperando en alguna parte estaba el ejército klatchiano. Y millares de hombres que se habrían caído bien entre ellos de haberse conocido en sociedad iban a lanzarse unos contra otros y se iban a poner a matarse, y después de esa primera carga ya tenías todas las excusas necesarias para repetirlo una y otra vez...

Recordaba haber escuchado, de niño, a los ancianos de su calle cuando hablaban de la guerra. En su época no había habido muchas guerras. Las ciudades-estado de las Llanuras Sto intentaban sobre todo arruinarse unas a otras, o bien el Gremio de Asesinos solucionaba las cosas a la cara, uno contra uno. La mayor parte del tiempo todo quedaba en riñas y altercados, y por muy molesto que resultase, era mucho mejor que tener una espada clavada en el hígado.

Lo que mejor recordaba, entre las descripciones de charcos llenos de sangre y extremidades volando por los aires, era una vez en que un anciano le dijo: «Y si te se enganchaba el pie en algo, siempre era mejor no mirar a ver qué era, si querías aprovechar lo que habías comido». Nunca explicó qué quería decir. Los demás ancianos parecían saberlo. En todo caso, nada que hubiera dicho podía ser peor que las explicaciones que se le ocurrían a Vimes. Y se acordaba de que los tres ancianos que pasaban la mayor parte del día sentados en un banco al sol tenían entre todos cinco brazos, cinco ojos, cuatro piernas y media y dos caras con tres cuartos. Y diecisiete orejas (Winston el Loco siempre enseñaba su colección a todo buen chavalín que se mostrara adecuadamente asustado).

—Quiere empezar una guerra... —Vimes tuvo que abrir la boca porque de otro modo no le cabía en la cabeza una idea tan descabellada. Aquel hombre que todo el mundo decía que era honrado, noble y bueno quería una guerra.

—Oh, por supuesto —dijo Ahmed—. Nada une tanto a la gente como una buena guerra.

¿Cómo se podía tratar con alguien que pensara así?, se preguntó Vimes. Con un simple asesino, bueno, había gran variedad de opciones. El sabía tratar con un simple asesino. Estaban los criminales y estaba la policía, y eso formaba una especie de balancín que se equilibraba en cierto modo extraño. Pero en el caso de un hombre que se sentaba a pensar y decidía empezar una guerra, ¿qué demonios de los siete infiernos ibas a equilibrar con él? Necesitarías a un policía del tamaño de un país entero.

A los soldados no se los podía culpar. Simplemente se habían alistado para que los apuntaran en la dirección correcta.

Algo repicó contra la columna caída. Vimes bajó la vista y se sacó la porra del bolsillo. Soltó un destello bajo la luz de la luna.

¿De qué leches servía una cosa como esta? Lo único que significaba realmente era que le estaba permitido perseguir a los pequeños criminales que cometían los pequeños delitos. Pero no había nada que pudiera hacer contra los crímenes que eran tan grandes que ni siquiera los veías. Porque vivías dentro de ellos. Así pues... mejor que te ciñas a los crímenes pequeños, Sam Vimes.

—¡MUY BIEN, HIJOS MÍOS! ¡VAMOS A ARREARLES EN TODA LA JOGRAFÍA!

Varias figuras saltaron por encima de las columnas caídas.

Hubo un zumbido metálico cuando Ahmed desenvainó su espada.

Vimes vio una alabarda que iba en su dirección —¡una alabarda de Ankh-Morpork!— y la reacción callejera se adueñó de él. No perdió tiempo en burlarse de alguien lo bastante estúpido como para usar una pica contra un soldado de a pie. Esquivó la hoja, agarró el asta y tiró de ella con tanta fuerza que su propietario cayó de narices sobre la trayectoria ascendente de su pie.

Se apartó bruscamente, luchando por desenredar su espada de aquella túnica poco familiar. Esquivó la estocada frenética de otra silueta oscura y consiguió hacer que su codo impactara en algo doloroso.

Al levantarse miró la cara de un hombre que tenía una espada en alto...

... se oyó un ruido de seda...

... y el hombre se balanceó hacia atrás, con una expresión sorprendida en su cabeza al separársele de los hombros.

Vimes se arrancó el turbante.

—¡Soy de Ankh-Morpork, gilipollas de mierda!

Una figura enorme se irguió delante de él con una espada en cada mano.

—¡TE VOY A ARRANCAR TODO EL TOLÓN, PEDAZO DE GRASIENTO...! Oh, ¿es usted, sir Samuel?

—¿Eh? ¿Willikins?

—El mismo, señor. —El mayordomo puso recta la espalda.

—¿Willikins?

—Tenga la bondad de disculparme un momento, señor. ESTAOS QUIETOS HIJOS SARNOSOS BASTARDOS DE UNA RAMERA, no tenía conocimiento de vuestra presencia, señor.

—¡Este de aquí está dando pelea, sargento!

Ahmed tenía la espalda contra una columna. Ya había un hombre tendido a sus pies. Otros tres estaban intentando acercarse lo bastante al wali y al mismo tiempo mantenerse lejos de la pared giratoria que estaba creando con su espada.

—¡Ahmed! ¡Son de los nuestros! —gritó Vimes.

—¿En serio? ¿Cómo no me he dado cuenta?

Ahmed bajó la espada y se sacó la boquilla de los labios. Saludó con la cabeza a uno de los soldados que había estado intentando atacarlo y dijo:

—Buenos días tengas.

—¿Qué pasa, también eres de los nuestros?

—No, soy uno de...

—Está conmigo —interrumpió Vimes—. ¿Qué está haciendo aquí, Willikins? Sargento Willikins, por lo que veo.

—Estábamos patrullando, señor, y hemos sido atacados por unos caballeros klatchianos. Después de las inconveniencias resultantes...

—... Tendría que haberlo visto, señor. ¡Le ha arrancado la nariz a un hijoputa de un mordisco! —explicó un soldado.

—Es verdad que me he esforzado para mantener el buen nombre de Ankh-Morpork, señor. En todo caso, después de que...

—... y a un tío el sargento, le metió un navajazo en todo el...

—Por favor, soldado Bourke, estoy poniendo a sir Samuel al corriente de los acontecimientos —dijo Willikins.

—¡Al sargento habría que darle una medalla, señor!

—Los pocos que sobrevivimos hemos intentado volver, señor, pero hemos tenido que escondernos de otras patrullas y estábamos considerando ocultarnos hasta el amanecer en estas edificaciones cuando les hemos atisbado aquí a usted y a este caballero.

Ahmed lo estaba mirando boquiabierto.

—¿Cuántos hombres había en esa patrulla klatchiana, sargento? —dijo.

—Diecinueve hombres, señor.

—Un recuento muy preciso, con esta luz.

—He tenido la oportunidad de enumerarlos de forma subsiguiente, señor.

—¿Quiere decir que han muerto todos?

—Sí, señor —dijo Willikins con tranquilidad—. Sin embargo, nosotros también hemos perdido a cinco hombres. Sin contar a los soldados Hobbley y Webb, señor, que por desgracia parecen haber pasado a mejor vida como consecuencia de este desafortunado malentendido. Con su permiso, señor, voy a retirar sus cuerpos.

—Pobres diablos —dijo Vimes, consciente de que aquello no bastaba pero que ninguna otra cosa bastaría tampoco.

—Los avatares de la guerra, señor. El soldado Hobbley, Panocha para sus amigos, tenía diecinueve años y vivía en la calle Ettecarp, donde hasta hace poco fabricaba cordones para botas. —Willikins cogió al muerto de los brazos y tiró de ellos—. Estaba cortejando a una joven dama llamada Grace, cuyo retrato tuvo la amabilidad de mostrarme anoche. Doncella en casa de lady Venturi, según tengo entendido. Si fuera usted tan amable de pasarme su cabeza, señor, me encargaré de esto LAMPARONES ¿QUIÉN TE HA DICHO QUE TE SIENTES? ¡LEVÁNTATE AHORA MISMO AGARRA LA PALA QUÍTATE EL CASCO TEN UN POCO DE RESPETO Y PONTE A CAVAR A LA VOZ DE YA!

Una nubecilla de humo pasó junto a la oreja de Vimes.

—Sé lo que está pensando —dijo Ahmed—. Pero esto es la guerra, sir Samuel. Despierte y huela la sangre.

—Pero... en un momento están vivos y al...

—Este amigo suyo sabe cómo funciona. Usted no.

—¡Es mayordomo!

—¿Y qué? Es matar o morir, hasta para los mayordomos. No tiene usted naturaleza de guerrero, sir Samuel. —Vimes le puso la porra en la cara.

—¡No tengo naturaleza de asesino. ¿Ve esto? ¿Ve lo que lleva escrito? ¡Se supone que me encargo de mantener la paz! ¡Si para hacerlo mato a gente, es que estoy leyendo el manual equivocado!

Willikins apareció en silencio, cargando con el otro cadáver.

—No tuve el privilegio de averiguar tanto sobre este joven —dijo, mientras lo llevaba detrás de una roca—. Lo llamábamos Araña, señor —continuó, poniéndose derecho—. Tocaba la armónica bastante mal y hablaba de su casa con añoranza. ¿Va a tomar té, señor? El soldado Smith está hirviendo agua. Ejem... —El mayordomo tosió cortésmente.

—¿Sí, Willikins?

—Soy reacio a sacar el tema, señor.

—¡Escúpalo ya, hombre!

—¿No tendrá aunque sea una galleta encima, señor? Me resisto a servir el té sin galletas, pero llevamos dos días sin comer.

—¡Pero si estaban de patrulla!

—Cuadrilla de aprovisionamiento, señor —Willikins parecía avergonzado.

Vimes se mostró perplejo.

—¿Quiere decir que Óxido ni siquiera esperó a tener reservas de comida?

—Oh, sí, señor. Pero tal y como resultaron las...

—Supimos que pasaba algo raro cuando los barriles de añojo empezaron a explotar —murmuró el soldado Bourke—. Las galletas también tenían bastante vidilla. Resulta que el mamón de Óxido había comprado un montón de cosas que no se comería ni un cabezatrapo...

—Y eso que nos comemos cualquier cosa —dijo Ahmed Hora 71 en tono solemne.

—SOLDADO BOURKE INDIVIDUO DESPRECIABLE COMO HABLE ASÍ DE SU OFICIAL AL MANDO LE VA A CAER UN BUEN PAQUETE, mis disculpas, señor, pero nos sentimos un poco débiles.

—Demasiado tiempo entre nariz y nariz, ¿eh? —dijo Ahmed Hora 71.

—Jajaja, señor —dijo Willikins.

Vimes suspiró.

—Willikins... cuando hayan terminado quiero que usted y sus hombres vengan conmigo.

—Muy bien, señor.

Vimes le hizo una señal con la cabeza a Ahmed.

—Y usted también —dijo—. Es la hora de la verdad.

\* \* \*

El viento caliente agitó los estandartes. La luz del sol arrancaba destellos de las lanzas. Lord Óxido examinó a su ejército y lo juzgó bueno. Aunque pequeño.

Se inclinó hacia su secretario privado.

—No olvidemos, sin embargo, que hasta el general Tacticus estaba en inferioridad numérica de diez a uno cuando tomó el paso de Al-Imón —dijo.

—Sí, señor. Aunque creo que sus hombres iban todos montados en elefantes, señor —dijo el teniente Avispón—. Y tenían provisiones abundantes —añadió con cierto retintín.

—Es posible, es posible. Pero la caballería de lord Pinwoe cargó una vez contra todas las fuerzas del ejército pseudopolitano y hoy son célebres en relatos y canciones.

—¡Pero los mataron a todos, señor!

—Sí, sí, pero fue una carga famosa, a pesar de todo. ¿Y acaso no conocen todos los niños la historia de los escasos cien efebios que derrotaron a todo el ejército de Tsort? Una victoria total, ¿eh? ¿Eh?

—Sí, señor —dijo el secretario en tono lúgubre.

—Ah, ¿lo admite?

—Sí, señor. Por supuesto, algunos cronistas opinan que el terremoto ayudó.

—Por lo menos admitirá usted que los Siete Héroes de Her-gen derrotaron a la Gente de Pies Grandes pese a tener una inferioridad numérica de cien a uno.

—Sí, señor. Eso es un cuento para poner a dormir a los niños, señor. Nunca sucedió de verdad.

—¿Está llamando mentirosa a mi niñera, joven?

—No, señor —se apresuró a decir el teniente Avispón.

—Entonces, me concederá que el barón Merabejorro derrotó con la única ayuda de sus propias manos a los ejércitos del País del Budín de Ciruela y se comió a su sultana, ¿no?

—Pues le envidio, señor. —El teniente volvió a mirar sus filas. Los hombres estaban muy hambrientos, aunque lo más probable es que Óxido los habría descrito como esbeltos. Las cosas podrían haber sido mucho peores de no ser por la fortuita lluvia de langostas hervidas que habían tenido de camino hacia allí—. Esto... ¿no cree usted, señor, que dado que tenemos un poco de tiempo, deberíamos examinar la disposición de los hombres, señor?

—A mí me parecen bien dispuestos. ¡Unos hombres con garra, ansiosos por llegar a la refriega!

—Sí, señor. Me refería... más... bien... a la posición, señor.

—Están bien puestos, hombre. ¡Forman unas filas preciosas! ¿Eh? ¡Una muralla de acero lista para lanzarse contra el negro corazón del agresor klatchiano!

—Sí, señor. Pero... y me doy cuenta de que es una posibilidad muy remota, señor... sería posible que mientras nos estemos lanzando contra el corazón del agresor klatchiano...

—... el negro corazón... —lo corrigió Óxido.

—... el negro corazón del agresor klatchiano, señor, los flancos del agresor klatchiano, esas compañías de allí y de allí, señor, nos rodeen con el clásico movimiento de pinza.

—¡Lanzar la muralla de acero nos sirvió de maravilla en la segunda guerra contra Quirm!

—Esa la perdimos, señor.

—¡Pero fue por muy poco, narices!

—Aun así perdimos, señor.

—¿A qué se dedica usted en su vida civil, teniente?

—Era agrimensor, señor, y sé leer klatchiano. Es por eso que me nombró usted oficial.

—¿O sea que no sabe combatir?

—Solamente sé contar, señor.

—¡Bah! Tenga un poco de bravura, hombre. Aunque apuesto a que no le va a hacer falta. Los klatchianos no tienen agallas para la batalla. ¡En cuanto prueben nuestro acero, pondrán pies en polvorosa!

—Tomo buena nota de lo que dice, señor —dijo el secretario privado, que había estado examinando las líneas klatchianas y se había formado su propia opinión sobre el asunto.

Y su opinión era la siguiente: la fuerza principal del ejército klatchiano se había pasado los últimos años luchando contra todo el mundo. Aquello le sugería a su mente simple que a estas alturas los soldados supervivientes eran los que tenían por costumbre quedar vivos al final de las batallas. Y también tenían mucha experiencia en afrontar a toda clase de enemigos. Los tontos estaban muertos.

El ejército actual de Ankh-Morpork, por otro lado, nunca se había enfrentado con ningún enemigo, aunque la experiencia cotidiana de vivir en la ciudad podía resultar de cierta ayuda, por lo menos en las zonas más escabrosas. Él estaba de acuerdo con el general Tacticus en que el coraje, la valentía y el indómito espíritu humano eran cosas que estaban bien, pero que sin embargo tendían a quedar en segundo plano frente a la combinación de coraje, valentía, indómito espíritu humano y una superioridad numérica de seis a uno.

En Ankh-Morpork todo había sonado bastante sencillo, pensó, íbamos a navegar hasta Klatch y estaríamos en Al-Khali para la hora del té, bebiendo sorbete en compañía de jovencitas complacientes en el Rhoxi. Los klatchianos echarían un vistazo a nuestras armas y se irían corriendo.

Pues buueno, los klatchianos ya habían echado un buen vistazo aquella mañana. Y de momento no se habían ido corriendo. Parecían estar riéndose bastante.

\* \* \*

Vimes puso los ojos en blanco. Funcionaba... pero ¿cómo es que funcionaba?

Había oído a muchos buenos oradores, y el capitán Zanahoria no era uno de ellos. Vacilaba, perdía el hilo, se repetía y en pocas palabras se hacía un lío tremendo con todo.

Y sin embargo...

Y sin embargo...

Miró las caras que estaban mirando a Zanahoria. Estaban los H'eces, y algunos de los klatchianos que se habían quedado atrás, y Willikins con su reducida compañía. Y estaban escuchando.

Era una especie de magia. Le decía a la gente que eran unos buenos tipos, y ellos sabían que no lo eran, pero la forma en que él se lo decía conseguía que se lo creyeran durante un rato. De pronto tenías delante a alguien que se creía que eras una persona noble y digna de aprecio, y de alguna forma resultaba impensable decepcionarlo. Era un discurso que funcionaba como un espejo, devolviéndote el reflejo de lo que querías oír. Y Zanahoria ponía el corazón en lo que decía.

Aun así, de vez en cuando los hombres levantaban la vista para mirar a Vimes y a Ahmed y él los veía pensar, cada uno a su manera: «Debe de estar bien si ellos dos están metidos». Aquella, comprendió avergonzado, era una de las ventajas de los ejércitos. La gente miraba a otra gente en busca de órdenes.

—¿Es un truco? —preguntó Ahmed.

—No. Él no conoce ningún truco de esos —respondió Angua—. De verdad. Oh, oh...

Había una escaramuza entre las filas.

Zanahoria se acercó dando zancadas y se inclinó para levantar en volandas al soldado Bourke y a un H'ez, cada uno agarrado del cuello de la ropa por un puño enorme.

—¿Qué os pasa a vosotros dos?

—¡Me ha llamado hermano de un cerdo, señor!

—¡Mentira! ¡Tú me has llamado sucio cabeza-gamuza!

Zanahoria negó con la cabeza.

—Con lo bien que os estabais portando los dos —dijo en tono triste—. Y vais y hacéis esto. Ahora quiero que tú, Hashel, y tú, Vincent, os deis la mano, ¿de acuerdo? Y que os disculpéis, ¿vale? Todos hemos tenido unos días bastante difíciles, pero sé que los dos sois buenas personas en el fondo...

Vimes oyó que Ahmed murmuraba.

—Oh, vaya, ahora sí que se ha acabado todo...

—... así que si os dais la mano ya no hablaremos más del tema.

Vimes echó un vistazo a Ahmed Hora 71. El hombre tenía una especie de sonrisa congelada en la cara.

Los dos protagonistas de la escaramuza se tocaron las manos con desgana, como si esperaran que entre ambas saltara una chispa.

—Y ahora, Vincent, discúlpate con el señor Hashel...

Se oyó un «rdón» a regañadientes.

—¿Y por qué pedimos perdón? —le apuntó Zanahoria.

—... perdón por llamarle sucio cabeza-gamuza...

—Así se habla. Y tú, Hashel, pídele perdón al soldado Bourke.

Los ojos del H'ez bailaron dentro de sus cuencas, buscando una salida que permitiera escabullirse a su cuerpo también. Por fin se rindió.

—'rdón...

—¿Por?

—... por llamarle hermano de un cerdo...

Zanahoria bajó a los dos hombres.

—¡Bien! Estoy seguro de que os llevaréis de maravilla en cuanto os conozcáis mejor...

—No es verdad lo que acabo de ver, ¿no? —dijo Ahmed—. No puede ser que ese hombre le haya hablado como un maestro de escuela a Hashel, que una vez, y lo sé de primera mano, pegó a un hombre tan fuerte que su nariz terminó dentro de una oreja...

—Sí es verdad —dijo Angua—. Y ahora, míralos.

Cuando el resto de hombres volvió a prestar atención a Zanahoria, los protagonistas de la riña se miraron entre ellos, como dos pobres desgraciados que habían pasado por el mismo bautizo de vergüenza inenarrable.

El soldado Bourke le ofreció torpemente un cigarrillo a Hashel.

—Solamente funciona cuando está él —dijo Angua—. Pero ya ves que funciona.

Que continúe funcionando, rezó Vimes.

Zanahoria caminó hasta un camello que estaba arrodillado y se subió a la silla de montar.

—¡Ese es Cuñado Maligno de un Chacal! —se sorprendió Ahmed—. ¡El camello de Jabbar! ¡Muerde a todo el mundo que intenta montar en él!

—Sí, pero ese otro es Zanahoria.

—¡Hasta muerde a Jabbar!

—¿Y se da cuenta de que sabe subirse a un camello? —dijo Vimes—. ¿Y de cómo lleva la túnica? Encaja perfectamente. Y al chico lo criaron en una mina de enanos. Tardó como un mes en conocer mi maldita ciudad mejor que yo mismo.

El camello se puso de pie. Ahora la bandera, pensó Vimes, dadle la bandera. Cuando se va a la guerra, ha de haber una bandera.

Como si lo hubiera oído, el agente Shoe le pasó la lanza con el trozo de tela fuertemente enrollado alrededor. El agente parecía orgulloso. La había cosido él mismo bajo medidas de gran secretismo media hora antes. Un punto a favor de los zombis es que nunca te faltaban aguja e hilo si había uno cerca.

Pero no la despliegues, pensó Vimes. No dejes que la vean. Les basta con saber que están marchando debajo de una bandera.

Zanahoria alzó la lanza sobre su cabeza.

—Y os prometo esto —gritó—. Si triunfamos, nadie lo recordará nunca. ¡Y si fracasamos, nadie lo olvidará!

Probablemente uno de los peores gritos de guerra, pensó Vimes, desde el famoso «¡Vamos a que nos rebanen el cuello, chicos!» del general Pidley, pero obtuvo una ovación enorme. Y una vez más especuló con la posibilidad de que hubiera magia funcionando a algún nivel profundo. La gente seguía a Zanahoria por pura curiosidad.

—Muy bien, ya tiene un ejército, supongo —dijo Ahmed—. ¿Y ahora qué?

—Yo soy policía. Usted también. Va a haber un crimen. Monte su camello, Ahmed.

Ahmed hizo una reverencia.

—Me alegra seguir las órdenes de un oficial blanco, offendi.

—No he querido decir...

—¿Ha ido alguna vez en camello, sir Samuel?

—¡No!

—¿No? —Ahmed esbozó una sonrisa débil—. Entonces dele en el costado con los pies para que arranque. Y cuando quiera que pare, dele muy fuerte con el palo y grite: «¡Jutjutjut!».

—¿Hay que darle con un palo para que pare?

—¿Hay alguna otra forma? —dijo Ahmed Hora 71.

Su camello miró a Vimes y acto seguido le escupió en el ojo.

\* \* \*

El príncipe Cadram y sus generales estaban escrutando al enemigo lejano a lomos de sus caballos. Los diversos ejércitos klatchianos estaban desplegados delante de Gebra. Comparados con ellos, los regimientos de Ankh-Morpork parecían un grupo de turistas que hubieran perdido el carruaje.

—¿Eso es todo? —dijo.

—Sí, señor —dijo el general Ashal—. Verá, resulta que ellos creen que la fortuna sonríe a los valientes.

—¿Esa es razón para alinear a un ejercitucho tan despreciable?

—Ah, mi señor, pero es que creen que daremos media vuelta y echaremos a correr en cuanto probemos un poco de acero frío.

El príncipe volvió a contemplar los estandartes lejanos.

—¿Por qué?

—No sabría decirle, mi señor. Parece ser un dogma de fe.

—Qué raro. —El príncipe hizo una señal con la cabeza a uno de los guardaespaldas—. Tráeme un poco de acero frío.

Después de una breve discusión le entregaron una espada con mucho cuidado, y con la empuñadura por delante. El príncipe la escrutó con el ceño fruncido y luego la lamió con una concentración teatral. Los soldados, atentos, se rieron.

—No —dijo por fin—. No, he de decir que no me provoca ninguna aprensión. ¿Esto es todo lo frío que puede estar el acero?

—Lo más probable es que lord Óxido hablara en sentido metafórico, mi señor.

—Ah. Es típico de alguien como él. Bien, avancemos pues y conozcámosle. Al fin y al cabo, tenemos que ser civilizados.

Espoleó a su caballo. Los generales lo siguieron.

El príncipe volvió a inclinarse hacia el general Ashal.

—¿Y por qué vamos a conocerlo antes de que comience la batalla?

—Es un... es un gesto de buena voluntad, mi señor. Respeto y honor entre guerreros.

—¡Pero si el hombre es un completo incompetente!

—Ciertamente, mi señor.

—Y los dos estamos a punto de mandar a millares de compatriotas los unos contra los otros, ¿no?

—Ciertamente, mi señor.

—¿Y qué es lo que quiere ese maníaco? ¿Decirme que no me guarda rencor?

—En pocas palabras, mi señor... sí. Tengo entendido que el lema de su vieja escuela era: «No importa si ganas o pierdes, lo importante es participar».

Los labios del príncipe se movieron mientras repetía aquello para sí mismo un par de veces. Por fin dijo:

—Y sabiendo esto, ¿la gente sigue aceptando órdenes de él?

—Eso parece, mi señor.

El príncipe Cadram negó con la cabeza. Podemos aprender de Ankh-Morpork, había dicho su padre. A veces podemos aprender qué es lo que no hay que hacer. Así que él se había dedicado a aprender.

Primero había aprendido que en tiempos Ankh-Morpork había dominado una buena parte de Klatch. Había visitado las ruinas de una de sus colonias. Y así es como había averiguado el nombre del hombre que había sido lo bastante audaz como para hacer aquello, y había puesto agentes en Ankh-Morpork para averiguar todo lo que pudieran sobre él.

General Tacticus, ese había sido su nombre. Y el príncipe Cadram había leído mucho y lo había aprendido todo, y la «táctica» le había sido muy, muy útil a la hora de ampliar el imperio. Por supuesto, la ampliación tenía sus inconvenientes. Tú tenías una frontera, y por esa frontera entraban los bandidos. Así que mandabas una fuerza para controlar a los bandidos, y si querías asegurarte de que no volverían tenías que conquistar su país, y pronto tenías otro pequeño estado vasallo revoltoso que gobernar. Y ahora aquel lugar tenía una frontera por la que, en un abrir y cerrar de ojos, entraba un nuevo contingente de bandoleros. Con lo que tus recientes subditos, a quienes cobrabas tributo, exigían que los protegieras de sus hermanos bandoleros, se hacían los remolones con los impuestos y se dedicaban ellos mismos al bandolerismo de poca monta en los ratos muertos. Así que de nuevo estirabas tus fuerzas más allá, quisieras o no...

Suspiró. Para un constructor de imperios dedicado no existía el concepto de frontera final. Lo único que existía era un nuevo problema. Si la gente estuviera dispuesta a entenderlo...

Tampoco existía el concepto de juego de la guerra. El general Tacticus lo sabía. Averigua cuántas tropas tiene el enemigo, de acuerdo, y respeta sus capacidades si es que las tiene, sin duda. Pero nunca finjas que después vas a quedar para una copa y una repetición de las mejores cargas.

—Es posible que esté loco, mi señor —continuó el general.

—Oh, bien.

—Sin embargo, me han dicho que hace poco se refirió a los klatchianos como los mejores soldados del mundo, mi señor.

—¿En serio?

—Y añadió «cuando los dirigieron oficiales blancos», mi señor.

—¿Eh?

—Y le vamos a ofrecer un desayuno, señor. Sería de lo más grosero por su parte rechazarlo.

—Qué idea más buena. ¿Tenemos un suministro adecuado de ojos de cordero?

—Me he tomado la libertad de decir a los cocineros que guarden unos cuantos para esta misma circunstancia, mi señor.

—Entonces tenemos que ocuparnos de que los reciba. Al fin y al cabo, va a ser nuestro honorable invitado. En fin, hagamos las cosas como es debido. Por favor, haz ver que odias el sabor del acero frío.

Los klatchianos habían instalado una tienda con un costado abierto en la arena entre los dos ejércitos. Al amparo de la sombra habían colocado una mesa. Lord Óxido y su compañía ya estaban esperando, y llevaban así más de media hora.

Se pusieron de pie e hicieron una reverencia incómoda al entrar el príncipe Cadram. En la tienda, los guardias de honor klatchianos y ankh-morporkianos se inspeccionaron mutuamente con recelo, cada hombre intentando anticipar cualquier movimiento del bando enemigo.

—Diganme... ¿alguno de ustedes habla klatchiano, caballeros? —preguntó el príncipe Cadram después de las largas presentaciones.

La sonrisa de lord Óxido permaneció inmutable.

—¿Avispón? —dijo entre dientes.

—No estoy muy seguro de lo que ha dicho, señor —dijo el teniente, nervioso.

—¡Creí que sabía klatchiano!

—Lo sé leer, señor. No es lo mismo...

—Oh, no se preocupe —dijo el príncipe—. Como decimos en Klatch, ¿este payaso está al cargo de un ejército?

En la tienda, los generales klatchianos de repente pusieron cara de póquer.

—¿Avispón?

—Esto... algo sobre... poseer, controlar... ejem... —Cadram sonrió a lord Óxido.

—No estoy del todo familiarizado con esta costumbre —dijo—. ¿Es habitual con sus enemigos antes de la batalla?

—Se considera honorable —dijo lord Óxido—. Tengo entendido que la noche antes de la famosa batalla de Pseudópolis los oficiales de ambos bandos asistieron a un baile en casa de lady Selachii, por ejemplo.

El príncipe dirigió una mirada interrogativa al general Ashal, que asintió.

—¿En serio? Es obvio que tenemos mucho que aprender. Como dice el poeta Mosheda,"no puedo creer a este hombre".

—Ah, sí —dijo lord Óxido—. El klatchiano es un idioma muy poético.

—Perdone, señor —dijo el teniente Avispón.

—¿Qué pasa, hombre?

—Esto... está... ocurriendo algo...

Había una columna de humo a lo lejos. Algo se estaba acercando deprisa.

—Un momento —dijo el general Ashal.

Regresó de su silla de montar con un tubo de metal ornamentado, cubierto de la ondulada caligrafía klatchiana. Acercó un ojo a uno de los extremos y con el otro apuntó a la nube.

—Jinetes —dijo—. Camellos y también caballos.

—Eso es un aparato de Hacerlo-Más-Grande, ¿no? —dijo lord Óxido—. Caramba, sí que están ustedes al día. Solamente hace un año que se inventaron.

—Esto no lo compré, milord. Lo heredé de mi abuelo... —El general volvió a mirar por el ocular—. Unos cuarenta hombres, diría yo.

—Vaya, vaya —murmuró el príncipe Cadram—. ¿Refuerzos, lord Óxido?

—Tienen... el jinete que va en cabeza lleva un... creo que es un estandarte, sin desplegar...

—¡Por supuesto que no, señor mío! —dijo lord Óxido. Detrás de él, lord Selachii puso los ojos en blanco.

—... ah, ahora lo está desplegando... es... una bandera blanca, mi señor.

—¿Alguien se quiere rendir?

El general bajó su telescopio.

—No es... yo no... parecen tener mucha prisa por hacerlo, mi señor.

—Mande un pelotón a apresarlos —ordenó el príncipe Cadram.

—Nosotros haremos lo mismo —añadió a toda prisa lord Óxido, haciéndole una señal al teniente.

—Ah, una misión conjunta —dijo el príncipe.

Segundos más tarde sendos grupos de hombres se separaron de sus ejércitos respectivos y salieron al galope en trayectoria de interceptación.

Todo el mundo vio los repentinos destellos de la luz de sol sobre la nube que se acercaba. Se acababan de desenvainar las armas.

—¿Luchar bajo una bandera de rendición? Eso es... ¡inmoral! —exclamó lord Óxido.

—Ciertamente es original —dijo el príncipe.

Las tres compañías se habrían encontrado de no ser porque hasta a los expertos les resulta difícil juzgar cuánto terreno puede recorrer un camello a la carrera. Para cuando los dos comandantes se dieron cuenta de que deberían empezar a girar, ya deberían haber estado girando.

—Parece que su gente ha malinterpretado la situación, milord —dijo lord Óxido.

—Ya sabía yo que tendría que haberlos puesto bajo el mando de oficiales blancos —dijo el príncipe—. Pero... oh, cielos, parece que los hombres de usted han tenido idéntica mala suerte...

Se detuvo. Se había producido cierta confusión. Las partidas de reconocimiento habían recibido sus instrucciones, pero nadie les había dicho qué hacer en caso de toparse con la otra partida de reconocimiento. Y al fin y al cabo, el otro grupo estaba formado por hombres con los que se disponían a luchar en breve, y todo el mundo sabía que eran unos traicioneros cabezatoallas grasientos o bien unos pérfidos comesalchichas locos. Y todo el mundo estaba asustado y, por tanto, furioso. Y todo el mundo iba armado.

Sam Vimes oyó los gritos detrás de él pero en aquel momento tenía otras cosas en la cabeza. Es imposible montar un camello a la carrera sin concentrarte en tu hígado y tus riñones con la esperanza de que no te vayan a salir disparados del cuerpo.

Las patas de aquella cosa no se estaban moviendo como deberían, de aquello estaba seguro. Nada que tuviera patas normales podía estar dándole semejantes sacudidas. El horizonte se agitaba adelante y atrás y arriba y abajo.

¿Qué era lo que había dicho Ahmed?

Vimes golpeó con fuerza al camello y gritó: «¡Jutjutjut!».

El animal aceleró. Las sacudidas se juntaron entre ellas, de forma que su cuerpo ya no las recibía por separado sino que en la práctica se encontraba en un estado de sacudida permanente.

Vimes volvió a atizarlo y trató de gritar: «¡Jutjutjut!», aunque la palabra que le salió fue más bien «¡Jhgngngn!». En todo caso, el camello encontró en alguna parte un juego de rodillas adicional.

Se oyeron más gritos detrás de él. Giró la cabeza tanto como se atrevió y vio que varios de los H'eces que los acompañaban habían acelerado para mantener la formación tras él. Le pareció oír que Zanahoria gritaba, pero no podía estar seguro porque sus propios gritos no le dejaban oír bien.

—¡Para, maldito cabrón! —gritó.

La tienda de campaña se acercaba a toda velocidad. Vimes volvió a utilizar el palo y tiró de las riendas y, claramente juzgando ahora con sensibilidad especial camelluna que aquel era el momento más embarazoso para detenerse, el camello se detuvo. Vimes resbaló hacia delante, rodeó con los brazos un cuello que parecía estar tapizado con felpudos viejos y por fin medio cayó y medio se dejó caer sobre la arena.

Los demás jinetes se estaban deteniendo y descabalgando a su alrededor. Zanahoria lo agarró del brazo.

—¿Se encuentra bien, señor? ¡Ha sido increíble! ¡Ha dejado impresionadísimos a los H'eces con esos gritos de desafío! ¡Y le seguía chillando al camello para que fuera más deprisa cuando ya iba a pleno galope!

—¿Gngn?

Los guardias que rodeaban la tienda estaban confundidos, pero no lo iban a estar mucho tiempo.

El viento se enzarzó con la bandera blanca que Zanahoria llevaba en la lanza y la hizo restallar.

—Señor, esto es correcto, ¿verdad? Es que normalmente una bandera blanca...

—Ya puestos, mejor que mostremos por qué luchamos, ¿no?

—Supongo que sí, señor.

Los H'eces habían rodeado la tienda. El aire estaba lleno de polvo y gritos.

—¿Qué ha pasado ahí atrás?

—Un pequeño altercado, señor. Nuestros... —Zanahoria vaciló y luego se corrigió a sí mismo—. O sea, los soldados de Ankh-Morpork y los klatchianos han empezado a combatir, señor. Y los H'eces están luchando contra ambos.

—¿Cómo? ¿Antes de que se declare oficialmente la batalla? ¿No te pueden descalificar por eso?

Vimes volvió a mirar a los guardias y señaló la bandera.

—¿Sabéis qué es esta bandera? —dijo—. Pues bueno, quiero que vosotros...

—¿Usted no es el señor Vimes? —dijo uno de los morporkianos—. Y ese es el capitán Zanahoria, ¿verdad?

—Ah, hola, señor Tablilla —dijo Zanahoria—. Le están dando bien de comer, espero.

—¡Síseñor!

Vimes puso los ojos en blanco. Ya estaba otra vez Zanahoria, conociendo a todo el mundo. Y el hombre lo había llamado «señor»...

—Solamente tenemos que pasar —dijo Zanahoria—. No tardamos ni un minuto.

—Bueno, señor, estos cabez... —Tablilla vaciló. Ciertas palabras no salían tan fácilmente cuando sus destinatarios estaban cerca del hablante, fornidos y bien equipados—. Estos klatchianos también están de guardia, ya lo ve.

Alguien soltó una bocanada de humo azul junto a la oreja de Vimes.

—Buenos días, caballeros —dijo Ahmed Hora 71. Tenía una ballesta H'ez en cada mano—. Os dais cuenta de que los soldados que tengo detrás también están bien armados, ¿verdad? Bien. Me llamo Ahmed Hora 71. Dispararé al último hombre que tire sus armas. Tenéis mi palabra.

Los morporkianos parecían perplejos. Los klatchianos iniciaron una ronda intensa de susurros.

—Soltadlas, chicos —dijo Vimes.

Los morporkianos tiraron las espadas a toda prisa. Los klatchianos tiraron las suyas al cabo de muy poco.

—Empate entre el caballero de la izquierda y el alto que bizquea —dijo Ahmed Hora 71, levantando ambas ballestas.

—Eh —dijo Vimes—. No puede...

Las ballestas hicieron «twang». Los hombres cayeron al suelo, gritando.

—Sin embargo —dijo Ahmed, pasándole sus ballestas a un H'ez que tenía detrás, que le dio a cambio otra cargada—, por deferencia a la sensibilidad del comandante Vimes aquí presente, me conformo con una flecha en el muslo y otra en la punta del pie. Al fin y al cabo, estamos en misión de paz.

Se volvió hacia Vimes.

—Lo siento, sir Samuel, pero es importante que la gente sepa a qué atenerse conmigo.

—Estos dos ya no se atienen —dijo Vimes.

—Vivirán.

Vimes se acercó al wali.

—¿Jutjutjut? —susurró—. Me dijo que significaba...

—Se me ocurrió que sería un buen ejemplo para los demás que fuera usted en cabeza —susurró Ahmed—. Los H'eces siempre siguen a un hombre que tiene prisa por entrar en la refriega.

Lord Óxido salió a la luz del sol y fulminó con la mirada a Vimes.

—¿Vimes? ¿Qué demonios está haciendo?

—No mirar para otro lado, milord.

Vimes lo apartó de en medio y entró en la penumbra del interior. Allí estaba el príncipe Cadram, todavía sentado. Y un montón de hombres armados. Que por lo que pudo ver casi de pasada, no tenían pinta de soldados normales. Tenían ese aspecto mucho más duro de los guardaespaldas leales.

—Así pues —dijo el príncipe—, ¿entra usted aquí armado bajo una bandera de paz?

—¿Es usted el príncipe Cadram? —preguntó Vimes.

—¿Y tú también, Ahmed? —dijo el príncipe, sin hacer caso a Vimes.

Ahmed asintió con la cabeza y no dijo nada. Oh, ahora no, pensó Vimes. Áspero como el cuero y cruel como una avispa, pero ahora está en presencia de su rey.

—Queda detenido —dijo.

El príncipe soltó un ruidito a medio camino entre una tos y una risa.

—¿Que quedo qué?

—Lo detengo por conspiración para asesinar a su hermano. Y puede que haya otros cargos.

El príncipe se tapó la cara con las manos un momento y luego las bajó hasta la barbilla, el gesto de un hombre cansado que intenta asumir una situación molesta.

—¿Señor...? —empezó a decir.

—Sir Samuel Vimes, Guardia de la Ciudad Ankh-Morpork —dijo Vimes.

—Bien, señor Samuel, cuando yo levante la mano los hombres que tengo detrás lo van a pasar por la esp...

—Mataré al primer hombre que se mueva —dijo Ahmed.

—¡Entonces el segundo hombre que se mueva te matará a ti, traidor! —gritó el príncipe.

—Tendrán que moverse muy deprisa —dijo Zanahoria, desenvainando la espada.

—¿Algún voluntario para ser el tercer hombre? —dijo Vimes—. ¿Nadie?

El general Ashal se movió, pero muy suavemente, para levantar la mano. Los guardaespaldas se relajaron un poco.

—¿Qué es esa... mentira que acaba de proferir sobre un asesinato? —dijo.

—¿Te has vuelto loco, Ashal? —dijo el príncipe.

—Oh, mi señor, antes de poder rechazar esas mentiras perniciosas, necesito conocerlas.

—Vimes, usted sí que se ha vuelto loco —dijo Óxido—. ¡No puede detener al comandante de un ejército!

—En realidad, señor Vimes, creo que sí podríamos —dijo Zanahoria—. Y también al ejército. Quiero decir, no hay razón por la que no podamos. Podemos acusarlos de comportamiento susceptible de causar una ruptura de la paz, señor. Eso es precisamente lo que es la guerra.

La cara de Vimes se dobló para formar una sonrisa maníaca.

—Me gusta.

—Pero para ser justos, nuestro... o sea, el ejército de Ankh-Morpork... también...

—Entonces será mejor que los detengan también —dijo Vimes—. Arréstelos a todos. Conspiración para causar una refriega —empezó a contar con los dedos—, merodear con fines delictivos, obstrucción, conducta amenazadora, incitación a la contienda, incitación con tienda, ja, viajar con el propósito de cometer un crimen, contumacia maliciosa y llevar armas ocultas.

—Ese último no creo yo que... —empezó a decir Zanahoria.

—Yo no las veo —dijo Vimes.

—¡Vimes, le ordeno que recobre el sentido común ahora mismo! —rugió lord Óxido—. ¿Es que le ha dado una insolación?

—Eso añade la conducta ofensiva a los cargos contra milord —dijo Vimes.

El príncipe seguía mirando fijamente a Vimes.

—¿En serio cree que puede arrestar a un ejército? —dijo—. ¿Tal vez cree usted que tiene un ejército más grande?

—No me hace falta —dijo Vimes—. Concentrar el poder en un solo punto, eso es lo que dice Tactitus. Y aquí lo tienen, en la misma punta de la ballesta de Ahmed. A un H'ez no lo asustaría, pero a ustedes... sospecho que ustedes no piensan como ellos. Dígales a sus hombres que depongan las armas. Quiero que la orden salga de aquí ahora mismo.

—Ni siquiera Ahmed dispararía a su príncipe a sangre fría —dijo el príncipe Cadram.

Vimes le quitó la ballesta a Ahmed.

—¡Ni yo se lo pediría tampoco! —Apuntó—. ¡Dé esa orden!

El príncipe lo miraba.

—¡Cuento hasta tres! —gritó Vimes.

El general Ashal se inclinó y le susurró algo al príncipe. La expresión del hombre se volvió más rígida y al poco devolvió su atención a Vimes.

—Es cierto —dijo Vimes—. Es cosa de familia.

—¡Sería asesinato!

—¿De verdad? ¿En tiempo de guerra? Soy de Ankh-Morpork. ¿No se supone que estoy en guerra con usted? Si estamos en guerra no puede ser asesinato. Está escrito en alguna parte.

El general se inclinó y susurró.

—Uno —dijo Vimes.

Ahora hubo una discusión apresurada.

—Dos.

—Mipríncipequierequelediga... —empezó a decir el general.

—Muy bien, puede hablar despacio —dijo Vimes.

—Si eso le hace feliz, mandaré la orden —dijo el general—. Que partan los mensajeros.

Vimes asintió y bajó la ballesta. El príncipe se movió nervioso en su asiento.

—Y el ejército de Ankh-Morpork también va a deponer las armas —dijo Vimes.

—Pero Vimes, usted está de nuestro lado... —dijo Óxido.

—Joder, hoy voy a disparar a alguien y muy bien podrías ser tú, Óxido —gruñó Vimes.

—¿Señor? —El teniente Avispón tiró de la chaqueta de su comandante—. ¿Puedo hablar un momento con usted?

Vimes les oyó susurrar y luego el joven se marchó.

—Muy bien, ya estamos todos desarmados —dijo Óxido—. Ya estamos «bajo arresto». ¿Y ahora qué, comandante?

—Tengo que leerles sus derechos, señor —dijo Zanahoria.

—¿De qué estás hablando? —dijo Vimes.

—A los hombres de ahí fuera, señor.

—Ah, sí. Ya. Hazlo, pues.

Oh, dioses, acabo de detener a todo un campo de batalla, pensó Vimes. Y eso no se puede hacer.

Pero yo lo he hecho. Y solamente tengo seis celdas allá en el Yard, y una la usamos para guardar el carbón. No se puede hacer.

¿Es este el ejército que ha invadido su país, señora? No, señor agente, eran más altos...

¿Y qué tal este otro? No estoy segura, ¿puede hacer que desfilen un poco...?

Desde fuera venía la voz de Zanahoria, un poco amortiguada.

—A ver... ¿me oyen todos? ¿También los caballeros del fondo? Cualquiera que no me oiga, por favor que levante... muy bien, ¿alguien tiene un megáfono? ¿Algún cartón que pueda enrollar? En ese caso gritaré...

—¿Y ahora qué? —dijo el príncipe.

—Me los llevaré a ustedes a Ankh-Morpork...

—Me temo que no. Eso sería un acto de guerra.

—¡Está usted convirtiendo todo este asunto en un chiste, Vimes! —dijo lord Óxido.

—Me alegro de estar haciendo algo bien, pues. —Vimes le hizo una señal con la cabeza a Ahmed.

—Y entonces podrá responder por sus crímenes aquí, mi señor —dijo.

—¿En qué tribunal? —dijo el príncipe.

Ahmed se acercó a Vimes.

—¿Cuál era su plan a partir de este punto? —susurró.

—¡Nunca pensé que llegaríamos tan lejos!

—Ah. Bueno... ha sido interesante, sir Samuel.

El príncipe Cadram sonrió a Vimes.

—¿Le gustaría tomar un café mientras piensa usted en su siguiente movimiento? —dijo. Hizo un gesto en dirección a una jarra de plata ornamentada que había sobre la mesa.

—Tenemos pruebas —dijo Vimes. Pero sentía que el mundo se le desplomaba encima. El punto clave a la hora de quemar tus naves era no estar de pie en ellas cuando dejabas caer la cerilla.

—¿En serio? Fascinante. ¿Y a quién le enseñará usted esas pruebas, sir Samuel?

—Tendremos que encontrar un tribunal.

—Apasionante. ¿Un tribunal de Ankh-Morpork, quizá? ¿O uno de aquí?

—Alguien me dijo que el mundo entero está mirando —dijo Vimes.

Se hizo el silencio salvo por el ruido amortiguado de la voz de Zanahoria, fuera, y el zumbido ocasional de una mosca.

—... Bíngueli-bíngueli biip... —la voz del Des-organizador había perdido su musiquilla risueña y ahora sonaba soñolienta y perpleja.

Las cabezas se giraron.

—... Siete a eme... Organizar defensores en la Puerta del Río... Siete veinticinco... Combate cuerpo a cuerpo en la Calle de la Tarta de Melocotón... Siete cuarenta y ocho ocho ocho... reunir supervivientes en plaza Sator... Cosas Por Hacer Hoy: Construir Construir Construir barricadas...

Vimes fue consciente de un movimiento subrepticio a su espalda y luego de una ligera presión. Ahmed tenía la espalda pegada a la de él.

—¿De qué está hablando ese chisme?

—Que me registren. Parece que está en un mundo distinto, ¿no?

Sentía que los acontecimientos se precipitaban contra un muro lejano. El sudor le bañaba los ojos. No se acordaba de la última vez que había dormido como era debido. Sentía punzadas en las piernas. Los brazos le dolían, bajo el peso de la enorme ballesta.

—... Bíngueli... Ocho cero dos a eme, Muerte de la cabo Culoculopequeño... Ocho cero tres a eme... Muerte del sargento Detritus... Ocho cero trestrestres a eme y siete segundos segundos... Muerte del agente Visita... Ocho cero tres a eme y nuevenuevenueve segundos... Muerte de muerte de muerte de...

—Dicen que en Ankh-Morpork uno de sus antepasados mató a un rey —dijo el príncipe—. Y que él tampoco acabó bien.

Vimes no estaba escuchando.

—... Muerte del agente Dorfl... Ocho cero tres a eme y catorcetorce segundos...

La figura sentada en el torno pareció ocupar el mundo entero. —... Muerte del capitán Zanahoria Fundidordehierroson... biip...

Y Vimes pensó: «A punto estuve de no venir. A punto estuve de quedarme en Ankh-Morpork».

Siempre se había preguntado cómo se habría sentido el Viejo Carapiedra, aquella mañana gélida en que levantó su hacha sin la bendición de la ley porque el rey no iba a reconocer un tribunal aunque se hubiera podido reunir un jurado, aquella mañana gélida en que se preparó para cercenar lo que la gente creía que era un vínculo entre hombres y dioses...

—... biip... Cosas Por Hacer Hoy Hoy Hoy: Morir...

La sensación le inundó las venas como nueva sangre caliente. Era esa sensación que se tiene al alcanzar el final de la ley y observar la cara burlona que hay al otro lado y decidir que no se puede continuar viviendo si no se cruza la línea y se hace al menos una cosa justa...

Se oyeron gritos fuera. Vimes parpadeó para quitarse el sudor de los ojos.

—Ah... comandante Vimes... —dijo una voz desde el lado de la frontera que él acababa de abandonar.

Mantuvo su mirada dolorida alineada con el canal de la ballesta.

—¿Sí?

Una mano se movió muy deprisa y arrancó la flecha de la ranura del arma. Vimes parpadeó. Su dedo apretó el gatillo de forma automática. La cuerda se destensó de golpe con un ruido seco.

Y la mirada que hubo por un instante en los ojos del príncipe, lo supo bien, le daría calor en las futuras noches frías, si es que alguna vez volvía a haber noches frías.

Había oído cómo morían todos. Pero no estaban muertos.

Y sin embargo el maldito chisme había sonado tan... preciso...

Lord Vetinari dejó caer la flecha con fastidio, como una dama de sociedad que ha tenido que coger algo pegajoso.

—Bien hecho, Vimes. Veo que tiene usted el burro en lo alto del minarete. Buenos días, caballeros. —Le dedicó una sonrisa feliz a la compañía—. Veo que no llego demasiado tarde.

—¿Vetinari? —dijo Óxido, pareciendo despertar en aquel momento—. ¿Qué está haciendo usted aquí? Esto es un campo de batalla...

—¿En serio? —El patricio le dedicó una sonrisa muy breve a él en exclusiva—. Ahí fuera parece haber un montón de hombre sentados. Muchos de ellos parecen estar tomando lo que creo que en el argot militar se conoce como un café de perola. Y el capitán Zanahoria está organizando un partido de fútbol.

—¿Que está haciendo qué? —dijo Vimes, bajando la ballesta. De pronto el mundo tenía que volver a ser real. Si Zanahoria estaba haciendo una tontería como aquella, es que las cosas eran normales.

—Me temo que llevan ya un buen número de faltas. Pero yo no lo llamaría un campo de batalla.

—¿Quién va ganando?

—Creo que Ankh-Morpork. Por dos patadas en los tobillos y una nariz rota.

Por primera vez en una eternidad Vimes sintió una leve punzada de patriotismo. Puede que todo lo demás en la vida se hubiera ido al garete, pero cuando se trataba de hincar rodillas y dar patadas sabía de qué equipo era.

—Además —continuó Vetinari—. Creo que hay una gran cantidad de gente que está técnicamente bajo arresto. Y los hechos indican que en la práctica no nos hallamos en estado de guerra. Nos hallamos meramente en estado de fútbol. Por tanto, creo que podemos decir que... he vuelto. Discúlpeme, alteza, pero esto no nos llevará ni un minuto.

Sostuvo en alto un cilindro de metal y comenzó a desenroscar el extremo.

Por alguna razón Vimes sintió el impulso de alejarse unos pasos del mismo.

—¿Eso qué es?

—Pensé que podía ser necesario —dijo Vetinari—. Ha requerido ciertos preparativos, pero estoy seguro de que va a funcionar. Espero que sigan siendo legibles. Hemos hecho todo lo que hemos podido para mantenerlos a salvo de la humedad.

Un grueso rollo de papel cayó al suelo.

—Comandante, ¿no tiene nada que debería estar haciendo? —añadió—. ¿Arbitrar, tal vez?

Vimes recogió el rollo y leyó las primeras líneas.

—Por la presente... por el poder que etcétera etcétera... Ciudad de Ankh-Morpork... Rendición

—¿Cómo? —dijeron Óxido y el príncipe al unísono.

—Sí, nos rendimos —dijo Vetinari en tono jovial—. Un papelito de nada y todo se acabó. Creo que verán ustedes que está todo en orden.

—No puede usted... —empezó a decir Óxido.

—No puede usted... —dijo el príncipe.

—¿Sin condiciones? —inquirió el general Ashal.

—Sí, eso creo —dijo Vetinari—. Renunciamos a todas nuestras aspiraciones a Leshp a favor de Klatch, retiramos las tropas de Klatch y a nuestros ciudadanos de la isla, y en cuanto a indemnización... ¿digamos un cuarto de millón de dólares? Además de varios acuerdos favorables, el estatus de nación más favorecida, etcétera, etcétera. Está todo aquí. Adelante, léalo a conciencia.

Pasó el documento por encima de la cabeza del príncipe y lo puso en manos del general, que se puso a hojearlo.

—Pero si ni siquiera tenemos... —comenzó a protestar Vimes. Tal vez sí que me mataron, pensó. Estoy en el otro lado, o a lo mejor alguien me ha dado un buen trastazo en la cabeza y todo esto es un espejismo o algo así...

—¡Es una falsificación! —se enfureció el príncipe—. ¡Es un truco!

—Bueno, mi señor, este hombre ciertamente parece ser lord Vetinari y estos parecen ser los sellos oficiales de Ankh-Morpork —dijo el general—. «Por la presente... por consiguiente... sin perjuicio... ratificación antes de cuatro días... intercambios comerciales...». Sí, tengo que decir que esto parece auténtico.

—¡No pienso aceptarlo!

—Ya veo, mi señor. Sin embargo, cubre todos los puntos que usted en su discurso de la semana pasada...

—¡Yo desde luego no lo aceptaré! —gritó Oxido. Le puso un dedo bajo la nariz a Vetinari—. ¡Será usted desterrado por esto!

Pero si ni siquiera tenemos tanto dinero, repitió Vimes, aunque esta vez para sí mismo. Somos una ciudad muy rica, pero no tenemos ningún dinero de verdad. La riqueza de Ankh-Morpork está en su gente, nos dicen. Y no se la puedes sacar ni con unas tenazas así de grandes.

Sintió que el viento cambiaba.

Y que Vetinari lo estaba mirando.

Y había algo en el general Ashal. Cierto aire hambriento...

—Estoy de acuerdo con Óxido —dijo—. Esto es arrastrar por el barro el buen nombre de Ankh-Morpork. —Le sorprendió un poco ser capaz de decir aquello sin que se le escapara una sonrisa.

—No perdemos nada, mi señor —insistió el general Ashal—. Se retiran de Klatch y de Leshp...

—¡Y un cuerno! —exclamó lord Óxido.

—¡Eso! ¿Y que todo el mundo sepa que nos han derrotado? —dijo Vimes—. ¿Qué nos han tomado el pelo?

Se fijó en el príncipe, cuya mirada intentaba seguir aquel intercambio, pero que de vez en cuando se enfocaba hacia la nada, como si estuviera teniendo alguna clase de visión interior.

—Un cuarto de millón no es bastante —dijo el príncipe.

Lord Vetinari se encogió de hombros.

—Lo podemos discutir.

—Necesito comprar muchas cosas.

—Cosas de naturaleza metálica y afilada, sin duda —dijo Vetinari—. Por supuesto, si hablamos de productos en lugar de dinero, hay margen para ser... flexibles...

Y ahora también vamos a armar su ejército, pensó Vimes.

—¡Estará usted fuera de la ciudad dentro de una semana! —chilló Óxido.

A Vimes le pareció que al general se le escapaba una sonrisa breve. Ankh-Morpork sin Vetinari... gobernada por gente como Óxido. El futuro prometía ser realmente muy luminoso.

—La rendición tendrá que ser ratificada formalmente en presencia de testigos, sin embargo —dijo Ashal.

—¿Puedo sugerir que se haga en Ankh-Morpork? —dijo lord Vetinari.

—No. En territorio neutral, por supuesto —dijo el general.

—Pero ¿dónde hay tal lugar, entre Ankh-Morpork y Klatch? —dijo Vetinari.

—Supongo... que está Leshp —dijo el general en tono pensativo.

—Qué buena idea —dijo el patricio—. A mí no se me habría ocurrido.

—¡Al fin y al cabo, el sitio es nuestro! —alzó la voz el príncipe.

—Lo será, mi señor. Lo será —dijo el general en tono tranquilizador—. Tomaremos posesión. Todo será legal. Y con el mundo entero de testigo.

—¿Y eso es todo? ¿Qué pasa con mi detención? —dijo Vimes—. No pienso...

—Esto son asuntos de estado —dijo Vetinari—. Y hay... consideraciones diplomáticas. Me temo que el correcto ordenamiento de los asuntos internacionales no puede depender de las preocupaciones de usted por los actos de un solo hombre.

Una vez más Vimes tuvo la sensación de que las palabras que oía no eran las palabras que se estaban diciendo.

—No pienso... —empezó a decir.

—Hay asuntos más importantes sobre la mesa.

—Pero...

—Un trabajo excelente, eso sí hay que decirlo.

—Hay delitos grandes y pequeños, ¿no es eso? —dijo Vimes.

—¿Por qué no se toma un merecido descanso, sir Samuel? Es usted —Vetinari le lanzó una de sus sonrisas relámpago— un hombre de acción. Su fuerte son las espadas, las persecuciones y los datos. Ahora, sin embargo, es el momento de los oradores, cuyo fuerte son las promesas, la desconfianza y las opiniones. Para usted la guerra se ha terminado. Disfrute del sol. Confío en que todos regresaremos pronto a casa. Me gustaría que se quedara usted, lord Óxido...

Vimes se dio cuenta de que lo acababan de desactivar. Dio media vuelta y salió a buen paso de la tienda.

Ahmed lo siguió.

—Ese es tu amo, ¿verdad?

—¡No! ¡No es más que el hombre que paga mi salario!

—A veces cuesta de ver la diferencia —dijo Ahmed, comprensivo.

Vimes se sentó sobre la arena. No estaba seguro de cómo había conseguido mantenerse de pie todo aquel tiempo. Ahora existía alguna clase de futuro. No tenía ni la más remota idea de qué había en él, pero por lo menos existía. Hacía cinco minutos no había existido. Ahora quería hablar. Así no tendría que pensar en el censo de defunciones del Des-organizador. Había sonado tan... preciso...

—¿Qué te va a pasar ahora? —dijo, para sacarse aquella idea de la cabeza—. Quiero decir, cuando esto se haya acabado. Tu jefe sí que no va a estar contento contigo.

—Bueno, el desierto se me puede tragar.

—Mandará a gente a buscarte. Parece de esos.

—El desierto se los tragará.

—¿Sin masticar?

—Créeme.

—¡No tendría por qué ser así! —gritó Vimes, dirigiéndose al cielo en general—. ¿Sabes? A veces sueño que nos enfrentamos a los grandes crímenes, que podemos hacer una ley para los países y no solo para la gente, y que la gente como él tendrá que...

Ahmed lo ayudó a ponerse de pie y le dio una palmada en el hombro.

—Ya sé cómo va la cosa —dijo—. Yo también tengo sueños.

—¿En serio?

—Sí. Por lo general sueño con peces.

Se oyó un clamor procedente de la multitud.

—Suena como si alguien hubiera marcado una falta convincente —dijo Vimes.

Subieron por el costado de una duna, resbalando y tropezando, y contemplaron el partido desde lo alto.

Alguien se separó de la melé y, dando puñetazos y patadas, se acercó dando tumbos a la portería klatchiana.

—¿Ese hombre no es tu mayordomo? —preguntó Ahmed.

—Sí.

—Uno de vuestros soldados dijo que le arrancó la nariz a un hombre de un mordisco.

Vimes se encogió de hombros.

—Tiene una mirada asesina cuando no uso las pinzas de los azucarillos, eso te lo aseguro.

Una figura blanca desfiló con aire de autoridad entre el revuelo de jugadores, haciendo sonar un silbato.

—Y ese de ahí, sospecho, es vuestro rey.

—No.

—¿En serio? Entonces yo soy la reina Punjitrum de Sumtri.

—Zanahoria es un policía, igual que yo.

—Un hombre como él podría inspirar a un puñado de hombres reventados para que conquistaran un país.

—Pues muy bien. Siempre y cuando lo haga en su día libre.

—¿Y también él obedece tus órdenes? Eres un hombre notable, sir Samuel. Pero no creo que hubieras matado al príncipe.

—No. Pero si lo hubiera hecho, tú me habrías matado a mí.

—Oh, sí. Asesinato flagrante delante de testigos. Al fin y al cabo soy un policía.

Llegaron a donde estaban los camellos. Uno de ellos miró por encima del hombro mientras Ahmed se preparaba para montarlo, decidió que era mejor no escupirle y en su lugar escupió a Vimes. Con gran precisión.

Ahmed volvió a mirar a los futbolistas.

—En el Klatchistán los nómadas tienen un juego que se parece mucho a ese —dijo—. Pero a caballo. La meta es pasar el objeto por detrás de la portería.

—¿Objeto?

—Probablemente sea mejor llamarlo «objeto», sir Samuel. Y ahora creo que me iré en aquella dirección. En las montañas hay ladrones. Y el aire está limpio. Como bien sabes, siempre hay trabajo para un policía.

—¿Crees que volverás alguna vez a Ankh-Morpork?

—¿Te gustaría verme allí, sir Samuel?

—Es una ciudad abierta. Pero acuérdate de hacer una visita a Pseudópolis Yard cuando llegues.

—Ah, así podremos recordar los viejos tiempos.

—No. Así podrás dejar bajo nuestra custodia esa espada. Te daremos un recibo y podrás recogerla cuando te marches.

—Me tendrás que convencer un poco mejor, sir Samuel.

—Vaya, y yo que había pensado decirlo solo una vez.

Ahmed se rió, saludó con la cabeza a Vimes y se marchó a lomos de su camello.

Durante unos minutos fue una silueta al pie de una columna de polvo, luego un punto que se movía a través de la neblina del calor, y por fin el desierto se lo tragó.

\* \* \*

El día siguió su curso. Varios oficiales klatchianos y alguna gente de Ankh-Morpork fueron convocados al interior de la tienda. Vimes se paseó unas cuantas veces por las inmediaciones y oyó el ruido de gente levantando la voz para discutir.

Entretanto, los ejércitos se atrincheraron. Alguien ya había levantado un letrero bastante tosco cuyos brazos señalaban en dirección a los diversos hogares de los soldados. Como todos estaban en alguna parte de Ankh-Morpork, todos los brazos señalaban exactamente en la misma dirección.

Encontró a la mayoría de agentes de la Guardia sentados a resguardo del viento, mientras una mujer klatchiana arrugada cocinaba algo bastante complicado en una minúscula fogata. Todos parecían estar completamente vivos, con el ligero interrogante de costumbre en el caso de Reg Shoe.

—¿Dónde se había metido, sargento Colon? —dijo Vimes.

—He jurado que lo guardaría en secreto, señor. Me lo ha hecho jurar su señoría.

—Ya veo. —Vimes no insistió. Sacarle información a Colon era como escurrir el agua de una bayeta. Aquello podía esperar—. ¿Y Nobby?

—¡Aquí, señor! —La mujer arrugada saludó en medio de un estruendo de pulseras.

—¿Esa eres tú?

—¡Síseñor! ¡Haciendo el trabajo sucio que es lo que nos toca a las mujeres en la vida, señor, y eso que hay presentes guardias menos veteranos, señor!

—No seas así, Nobby —dijo Colon—. Jovial no sabe cocinar, no podemos dejar que lo haga Reg porque se le caen trozos en la sartén y Angua...

—... Angua no cocina —dijo Angua tumbada sobre una roca con los ojos cerrados. La roca era el cuerpo dormido de Detritus.

—Además, tú te has puesto a cocinar como si esperaras que te iba a tocar hacerlo —dijo Colon.

—¿Kebab, señor? —dijo Nobby—. Hay mucho.

—Está claro que habéis conseguido mucha comida en alguna parte —dijo Vimes.

—Del intendente klatchiano, señor —dijo Nobby, sonriendo por debajo de su velo—. He usado mis artimañas sexuales con él.

El kebab de Vimes se detuvo a medio camino de su boca y dejó caer varias gotas de grasa de cordero sobre sus piernas. Vio que los ojos de Angua se abrían como platos de golpe y miraban horrorizados al cielo.

—Le dije que si no me daba algo de papeo me quitaría la ropa y gritaría, señor.

—Eso a mí me dejaría temblando, ya lo creo —dijo Vimes. Vio que Angua volvía a respirar.

—Sí, sospecho que si jugara bien mis cartas podría ser una de esas fems fatales —dijo Nobby—. Solamente tengo que guiñarle el ojo a un hombre y echar a correr como una bala. Podría ser útil.

—Ya le he dicho que podía volver a ponerse el uniforme, pero dice que está más cómodo así —le susurró Colon a Vimes—. La verdad, me estoy preocupando un poco.

No sé cómo tratar con esto, pensó Vimes. Esto no viene en el reglamento.

—Esto... ¿cómo podría explicarlo...? —empezó a decir.

—No hace falta que me suelte ninguna contradirecta de esas —dijo Nobby—. Lo único que digo es que a veces va bien probarse los zapatos de otro.

—Bueno, mientras solamente sean los zap...

—He estado poniéndome en contacto con mi lado más sensible, ¿vale? Mirar desde el punto de vista de otro hombre, más o menos, aunque él sea una mujer.

Miró las caras de los demás e hizo un gesto vago con las manos.

—Muy bien, muy bien, ya me pongo el uniforme, cuando termine de limpiar el campamento. ¿Ya estáis contentos?

—¡Algo huele muy bien!

Zanahoria llegó corriendo y haciendo botar su pelota de fútbol. Se había desnudado de cintura para arriba. El silbato botaba sujeto con un cordel alrededor de su cuello.

—He pitado el descanso de media parte —dijo, sentándose—. Y he aprovechado para mandar a algunos chicos a Gebra a buscar cuatro mil naranjas. Dentro de un rato las bandas de los regimientos combinados de Ankh-Morpork harán una exhibición de contramarcha mientras tocan una selección de música de desfile.

—¿Han ensayado alguna vez la contramarcha? —preguntó Angua.

—No creo.

—Entonces va a estar bien.

—Zanahoria —dijo Vimes—. No quiero meterme donde no me llaman, pero ¿de dónde has sacado una pelota de fútbol en medio del desierto? —Y la voz que sonaba en el fondo de su mente insistió: has oído su muerte, has oído las muertes de todos ellos... en otro lugar.

—Ah, últimamente llevo siempre una desinflada en la mochila, señor. Es un objeto muy pacificador, una pelota de fútbol. ¿Se encuentra bien, señor?

—¿Eh? ¿Cómo? Oh. Sí. Solamente un poco... cansado. ¿Quién va ganando? —Vimes se dio unas palmadas en los bolsillos y encontró su último puro.

—A grandes rasgos hay empate, señor. Aunque he tenido que expulsar a cuatrocientos setenta y tres hombres. Ahora Klatch va bastante por delante en faltas, lamento decirlo.

—El deporte como sustituto de la guerra, ¿eh? —dijo Vimes. Hurgó con un palo en las cenizas del fuego de Nobby y sacó un trozo medio consumido de... bueno, era mejor pensar en ello como carbón del desierto.

Zanahoria lo miró con cara solemne.

—Sí, señor. Nadie está usando armas. ¿Y se ha dado cuenta de que el ejército klatchiano se va haciendo más pequeño? Algunos jefes tribales de los sitios más alejados se están llevando a sus hombres. Dicen que si no va a haber guerra no tiene sentido quedarse. Tampoco creo que antes les hiciera mucha gracia estar aquí, para serle sincero. Y no creo que vaya a ser fácil conseguir que vengan alguna otra vez...

Se oyeron gritos detrás de ellos. Había hombres abandonando la tienda, enzarzados en una discusión. Entre ellos estaba lord Rust. Miró a su alrededor mientras hablaba con sus compañeros. Enseguida localizó a Vimes y salió disparado como un cohete furioso en su dirección.

—¡Vimes!

Vimes levantó la vista, con la mano a medio camino de su puro.

—Habríamos ganado, ¿lo sabe? —gruñó Óxido—. ¡Habríamos ganado! ¡Pero hemos sido traicionados cuando teníamos el éxito al alcance de la mano!

Vimes se limitó a mirarlo.

—¡Y es culpa suya, Vimes! ¡Vamos a ser el hazmerreír de Klatch! ¡Ya sabe el valor que da esta gente al orgullo, y nosotros ya no tenemos ninguno! ¡Vetinari está acabadol ¡Y usted también! ¡Y también esa guardia mestiza, cobarde y estúpida que dirige! ¿Qué me dice a eso, Vimes? ¿Eh?

Los guardias permanecieron sentados como estatuas, esperando a que Vimes dijera algo. O a que se moviera al menos.

—¿Eh? ¿Vimes?

Óxido olió el aire.

—¿Qué es ese olor?

Vimes bajó la vista lentamente hasta sus dedos. Salía humo de ellos. Se oyó un débil chisporroteo.

Se puso de pie y le puso los dedos delante de la cara a Óxido.

—Cójalo —dijo.

—Eso es... algún truco...

—Cójalo —dijo Vimes.

Pasmado, Óxido se lamió los dedos y cogió con cuidado el rescoldo.

—No duele...

—Sí que duele —dijo Vimes.

—Pues... ¡Aargh!

Oxido retrocedió de un salto, dejó caer el rescoldo y se chupó los dedos llenos de ampollas.

—El truco es que no te importe el dolor —dijo Vimes—. Ahora vayase.

—No durará mucho —dijo Óxido, despectivo—. Espere a que estemos de vuelta en la ciudad. Espere y verá. —Y se alejó dando zancadas y cogiéndose la mano herida.

Vimes regresó junto al fuego y se sentó. Al cabo de un tiempo dijo:

—¿Adonde se ha ido ahora?

—De vuelta con la tropa, señor. Creo que está ordenando a los hombres que se vayan a casa.

—¿Nos puede ver?

—No.

—¿Seguro?

—Hay demasiada gente de por medio, señor.

—¿Seguro del todo?

—A menos que pueda ver a través de los camellos, señor.

—Bien. —Vimes se embutió los dedos en la boca. Le caía el sudor por toda la cara—. ¡Mierda mierda mierda! ¿Alguien tiene agua fría?

\* \* \*

El capitán Jenkins había vuelto a botar su embarcación. Había sido necesario cavar mucho, además de un trabajo minucioso con vigas de madera y la ayuda de un capitán klatchiano que había decidido que el patriotismo no tenía por qué entrometerse en sus beneficios.

Jenkins y su tripulación estaban descansando en la orilla cuando se oyó un saludo por encima de sus cabezas.

Miró directamente al sol con los ojos entrecerrados.

—No puede... no puede ser Vimes, ¿verdad? —La tripulación también miró.

—¡Todos a bordo ahora mismo!

Una figura empezó a bajar la ladera de una duna. Se movía muy deprisa, mucho más deprisa de lo que ningún hombre podía correr sobre arenas inestables, y avanzando en zigzag. A medida que se acercaba vieron que era un hombre de pie sobre un escudo.

La figura se detuvo derrapando a un par de metros del asombrado Jenkins.

—¡Qué amable por esperarnos, capitán! —dijo Zanahoria—. ¡Muchísimas gracias! Los demás llegarán dentro de un minuto.

Jenkins volvió a mirar la cima de la duna. Ahora había allí otras figuras más oscuras.

—¡Son H'eces! —gritó.

—Ah, sí. Una gente encantadora. ¿Los ha conocido alguna vez?

Jenkins se quedó mirando a Zanahoria.

—¡Habéis ganado! —dijo.

—Oh, sí. A los penaltis, al final.

\* \* \*

Una luz verdeazulada se colaba por los diminutos ojos de buey del Bote.

Lord Vetinari tiró de las palancas que gobernaban el aparato hasta estar bastante seguro de que se dirigían a una embarcación adecuada y dijo:

—¿Qué es eso que huelo, sargento Colon?

—Es Bet... es Nobby, señor —dijo Colon, pedaleando concienzudamente.

—¿Cabo Nobbs?

Nobby estuvo a punto de ruborizarse.

—He comprado una botella de perfume, señor. Para mi joven dama.

Lord Vetinari tosió.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso de «su joven dama»? —dijo.

—Bueno, para cuando consiga una —dijo Nobby.

—Ah. —Hasta lord Vetinari pareció aliviado.

—Por la razón de que me supongo que ahora encontraré una, después de haberme explorado toda la naturaleza sexual y ahora que ya me encuentro cómodo con mí mismo —dijo Nobby.

—¿Se encuentra cómodo consigo mismo?

—¡Síseñor! —dijo Nobby en tono feliz.

—Y cuando encuentre usted a esa dama afortunada, le dará ese frasco de...

—Se llama «Noches de la Casbah», señor.

—Por supuesto. Muy... floral, ¿verdad?

—Síseñor. Es por el jazmín y los ungulantes exóticos que lleva, señor.

—Y sin embargo, al mismo tiempo es curiosamente... penetrante.

Nobby sonrió.

—Buena relación calidad-precio, señor. Con poco se puede llegar muy lejos.

—¿No lo bastante, quizá?

Pero Nobby oxidaba hasta la ironía.

—Lo saqué de la misma tienda donde el sargento se ha comprado la joroba, señor.

—Ah... sí.

El interior del Bote no era muy espacioso, y estaba ocupado en su mayor parte por los souvenirs del sargento Colon. Le habían permitido una breve expedición para hacer compras, «para llevar algo a la parienta, señor, o me lo estará recordando toda la vida».

—¿Y a la señora Colon le va a gustar una joroba de camello disecada, sargento? —dudó el patricio.

—Síseñor. Puede poner cosas encima, señor.

—¿Y el juego de mesillas de latón?

—Para poner cosas encima, señor.

—Y el... —se oyó un tañido— juego de cencerros, la cafetera ornamental, la silla de montar camellos en miniatura y este... extraño tubo de cristal con franjas de arena de colores distintos dentro... ¿para qué son estas cosas?

—Para dar conversación, señor.

—¿Quiere decir que la gente diga cosas como «para qué sirve esto»?

El sargento Colon pareció complacido consigo mismo.

—¿Lo ve, señor? Ya estamos hablando de ellas.

—Extraordinario.

El sargento Colon tosió y señaló con un movimiento de la cabeza la figura encorvada de Leonardo, que estaba sentado en la popa con la cabeza apoyada en las manos.

—Está un poco callado, señor —murmuró—. No puedo sacarle ni palabra.

—Tiene muchas preocupaciones —dijo el patricio.

Los agentes de la Guardia siguieron pedaleando un rato, pero los confines cerrados del Bote promovían una confidencialidad que nunca se habría dado en tierra firme.

—Siento que le vayan a dar la patada, señor —dijo Colon.

—No me diga.

—Yo lo votaría a usted seguro, si hubiera elecciones.

—Espléndido.

—Yo personalmente creo que a la gente le gusta un gobierno firme y con mano dura.

—Bien.

—Su predecesor, lord Espasmo, ese sí que estaba chiflado. Pero como digo yo siempre, con lord Vetinari la gente sabe qué terreno pisa...

—Bien dicho.

—Puede que no les guste el terreno que pisan, claro...

Lord Vetinari levantó la vista. Ahora estaban debajo de un barco que parecía ir en la dirección correcta. Timoneó el Bote hasta que oyó el golpe sordo de un choque entre casco y casco, y le dio unas cuantas vueltas a la broca.

—¿Me van a dar la patada, sargento? —dijo, acomodándose contra el respaldo.

—Bueno, eh, he oído a la gente de lord Óxido decir que si usted rati... rati...

—Ratifico —dijo lord Vetinari.

—Eso, si ratifica esa rendición la semana que viene, lo mandarán al exilio, señor.

—Una semana es mucho tiempo en política, sargento.

La cara de Colon se ensanchó para formar lo que a él le parecía una sonrisa de astucia. Se dio un golpecito en el costado de la nariz.

—Ah, política —dijo—. Tendría que haberlo dicho antes.

—Sí, ya veremos quién se ríe mejor, ¿eh? —dijo Nobby.

—Tiene un plan secreto, me juego lo que sea —dijo Colon—. Ya sabe muy bien dónde está el pollito.

—Veo que no se puede engañar a unos observadores tan hábiles de ese carnaval que es la vida —dijo lord Vetinari—. Sí, ciertamente tengo intención de hacer algo.

Ajustó la posición de su puf de joroba de camello, que en realidad olía a cabra y estaba empezando a perder arena, y se reclinó.

—Voy a no hacer nada. Despiértenme si pasa algo interesante.

\* \* \*

Pasaron cosas náuticas. El viento cambió tantas veces de dirección que de haber una veleta la habrían podido uncir a un molino de maíz. En un momento dado hubo un chaparrón de anchoas.

Y el comandante Vimes intentó dormir. Jenkins le mostró una hamaca y Vimes se dio cuenta de que aquello era otro ojo de cordero. Era del todo imposible dormir en una cosa así. Lo más probable era que los marineros las tuvieran allí para exhibirlas y guardaran las camas de verdad escondidas en algún sitio.

Intentó ponerse cómodo en la bodega y dormitó mientras los demás hablaban en un rincón. Estaban teniendo la cortesía de no molestarlo.

—... noria no renunciaría a todo así como así, ¿verdad? ¿Para qué hemos estado luchando?

—No le va a ser fácil conservar el trabajo después de esto, eso está claro. Es arrastrar el buen nombre de Ankh-Morpork por el barro, como dijo el señor Vimes.

—Para Ankh-Morpork, el barro sería una mejora —dijo Angua.

—Por la otra parte, todo el mundo sigue respirando. —Aquel era Detritus.

—Eso ha sido un comentario vitalista...

—Lo siento, Reg. ¿Qué te estás rascando?

—Creo que he pillado una asquerosa enfermedad extranjera.

—¿Perdón? —Era Angua otra vez—. ¿Qué puede pillar un zombi?

—Prefiero no hablar de...

—Está hablando con alguien que conoce todas las marcas de polvos antipulgas que venden en Ankh-Morpork, Reg.

—Bueno, ya que te empeñas en saberlo... ratones, cabo. Es vergonzoso. Yo me paso el día limpiándome, pero ellos siempre encuentran la forma...

—¿Lo has intentado todo?

—Menos los hurones.

—Si su señoría se marcha, ¿quién se pondrá al mando? —Aquella era Jovial—. ¿Lord Óxido?

—Duraría cinco minutos.

—Tal vez los gremios se juntarán y...

—Se pelearían como...

—... hurones —dijo Reg—. El remedio es peor que la enfermedad.

—Animaos, seguirá existiendo la Guardia —dijo Zanahoria.

—Sí, pero al señor Vimes lo pondrán de patitas en la calle. Por la política.

Vimes decidió mantener los ojos cerrados.

\* \* \*

Cuando por fin la embarcación amarró había una multitud silenciosa esperando junto al muelle. El público miró cómo Vimes y sus hombres bajaban por la pasarela. Hubo un par de carraspeos y luego alguien gritó:

—¡Diga que no es verdad, señor Vimes!

Al pie de la pasarela el agente Dorfl saludó rígidamente.

—El Barco De Lord Óxido Ha Llegado Esta Mañana, Señor —dijo el gólem.

—¿Alguien ha visto a Vetinari?

—No, Señor.

—¡Tiene miedo de dar la cara! —gritó alguien.

—Lord Óxido Ha Dicho Que Tenía Usted Que Cumplir Con Su Deber, Maldito Sea —dijo Dorfl. Los gólems tenían una forma bastante literal de hablar.

Le ofreció un papel a Vimes. Vimes se lo arrancó de las manos y leyó las primeras líneas.

—¿Qué es esto? ¿«Consejo de Emergencia»? ¿Y esto? ¿... Traición? ¿Contra Vetinari? ¡Esto no lo pienso cumplir!

—¿Me deja verlo, señor? —dijo Zanahoria.

Fue Angua quien vio la ola, mientras los demás seguían mirando el decreto. Hasta en su forma humana las orejas de una mujer lobo eran muy sensibles.

Regresó caminando al muelle y miró río abajo.

Un muro de agua blanca de medio metro de alto estaba remontando el río Ankh. A su paso los barcos se alzaban y se mecían.

La ola rompió frente a ella, y la resaca hizo temblar el embarcadero y agitó un momento el barco de Jenkins. A bordo se oyó un estruendo de vajilla al romperse.

Y desapareció en forma de una línea de espuma que se dirigía hacia el próximo puente. Durante un momento el aire no olió al eau de latrine del Ankh, sino a vientos marinos y a sal.

Jenkins salió de su camarote y se asomó por un costado del barco.

—¿Qué ha sido eso? ¿El cambio de marea? —gritó Angua.

—Hemos venido con la marea —dijo Jenkins—. Ni idea. Uno de esos fenómenos raros, supongo.

Angua regresó con el grupo. Vimes ya tenía la cara roja.

—Está firmada por casi todos los gremios importantes, señor —estaba diciendo Zanahoria—. De hecho, todos menos el de Mendigos y el de Costureras.

—¿En serio? ¡Bueno, pues que les den! ¿Quiénes son ellos para darme a mí una orden como esta?

Angua vio la expresión de dolor que pasó por la cara de Zanahoria.

—Eh... alguien tiene que darnos órdenes, señor. En general. Se supone que no tenemos que inventárnoslas nosotros. Esa es... más o menos, esa es la idea.

—Sí... pero... no como...

—Y supongo que ellos representan la voluntad del pueblo...

—¿Esa pandilla? ¡No digas chorradas! ¡Si hubiéramos combatido nos habrían masacradol Y entonces estaríamos exactamente en la misma posición que...

—Esto parece legal, señor.

—¡Es... ridículo!

—No somos nosotros quienes lo estamos acusando, señor. Solamente tenemos que asegurarnos de que se presente en la Cámara de las Ratas. Mire, señor, lleva usted unos días muy difíciles.

—Pero... ¿detener a Vetinari? No puedo...

Vimes se calló, porque sus orejas acababan de ponerse al día. Y porque ahí estaba la cuestión, ¿no? Si podías detener a cualquiera, entonces eso era lo que había que hacer. No podías darte media vuelta y decir «pero a ese no». Ahmed se mofaría. El Viejo Carapiedra se revolvería en sus cinco tumbas.

—Sí que puedo, ¿verdad? —dijo con tristeza—. Oh, de acuerdo. Emite una descripción, Dorfl.

—No Va A Ser Necesario, Señor.

La multitud se hizo a un lado mientras lord Vetinari se acercaba por el muelle, seguido de Nobby y de Colon. Por lo menos, si no era el sargento Colon era un camello con una deformación muy extraña.

—Creo que he oído bastante de lo que decían, comandante —dijo lord Vetinari—. Por favor, cumpla con su deber.

—Lo único que tiene que hacer es ir a palacio, señor. Hagamos...

—¿No me va a esposar?

Vimes se quedó boquiabierto.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—La traición es casi el peor crimen que hay, sir Samuel. Creo que tengo que exigir las esposas.

—Muy bien, si insiste. —Vimes le hizo una señal con la cabeza a Dorfl—. Espósalo.

—¿No tendrán ustedes grilletes, por casualidad? —dijo lord Vetinari, mientras Dorfl sacaba unas esposas—. Ya que estamos, hagamos esto como es debido...

—No. No tenemos ningún grillete.

—Solamente estaba intentando ayudar, sir Samuel. ¿Nos vamos ya?

No hubo ovaciones de la muchedumbre. Aquello casi daba miedo. Se limitaron a permanecer expectantes, como un público que mira para ver cómo iban a hacer el truco. La multitud se abrió de nuevo mientras el patricio se dirigía al centro de la ciudad. Se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Qué era lo otro...? Ah, sí... ¿no me tendrían que arrastrar atado a un marco de madera?

—Solamente si lo van a ejecutar, milord —explicó Zanahoria, voluntarioso—. Tradicionalmente, a los traidores los arrastran al patíbulo en un marco con maderas entrecruzadas. Y luego los cuelgan, los desentrañan y los descuartizan. —Zanahoria pareció avergonzado—. Entiendo lo de colgar y lo de descuartizar, pero no tengo muy claro cómo se hace lo de desentrañar, señor.

—¿Se le da bien resolver misterios, capitán? —dijo lord Vetinari en tono inocente.

—¡No, nada bien! —dijo Vimes.

—Pero ¿tienen un marco o no?

—¡No! —vociferó Vimes.

—¿No? Bueno, creo que hay una tienda de complementos del hogar en la calle Abrupta. Solamente por si acaso, sir Samuel.

\* \* \*

Una figura que iba caminando por la arena pisoteada de las inmediaciones de Gebra se detuvo cuando oyó a una voz esperanzada muy cerca del nivel del suelo decir: —¿Bíngueli-bíngueli biip?

El Des-organizador notó que alguien lo recogía de la arena.

¿QUÉ CLASE DE COSA ERES?

—¡Soy el Des-organizador Modelo II, con muchas y muy prácticas funciones difíciles de usar, Inserte Nombre Aquí!

¿POR EJEMPLO?

Hasta la mente minúscula del Des-organizador se sintió algo incómoda. La voz con la que estaba hablando no era normal.

—Sé qué hora es en todas partes —se aventuró a decir.

YO TAMBIÉN.

—Esto... puedo mantener un directorio de contactos actualizado al minuto... —El Des-organizador sintió movimientos que sugerían que su nuevo propietario acababa de montar a caballo.

¿EN SERIO? YO TENGO MUCHÍSIMOS CONTACTOS.

—Pues ahí lo tiene —dijo el demonio, intentando aferrarse a un entusiasmo que se le estaba escurriendo rápidamente—. Yo tomo nota, y cuando usted quiera contactar otra vez con ellos...

ESO NO SUELE SER NECESARIO. LA MAYORÍA PERMANECEN CONTACTADOS.

—Bueno... ¿tiene usted muchas citas? —Se oyó un ruido de cascos y luego nada más que el soplido del viento.

MÁS DE LAS QUE TE PUEDES IMAGINAR. NO... CREO QUE TAL VEZ TUS TALENTOS SE PUEDEN APLICAR MEJOR EN OTRA PARTE...

Hubo más soplido del viento, y enseguida un chapoteo de agua.

\* \* \*

La Cámara de las Ratas estaba abarrotada. Los líderes de los Gremios tenían derecho a estar allí, pero había mucha otra gente que también consideraba lícita su presencia en la ejecución. Hasta había algunos miembros del claustro de los magos. Todo el mundo quería poder decir a sus nietos «Yo estuve allí».

—Estoy convencido de que debería ir más[[17]](#footnote-17) cargado de cadenas —dijo Vetinari, mientras se detenían un momento en la puerta y miraban al público congregado.

—¿Se está tomando esto en serio, señor? —dijo Vimes.

—Increíblemente en serio, comandante, se lo aseguro. Pero si por casualidad sobrevivo, le autorizo a que compre unos cuantos grilletes. Tenemos que aprender a hacer estas cosas como es debido.

—Los tendré a mano, se lo aseguro.

—Bien.

El patricio saludó con la cabeza a lord Óxido, que estaba flanqueado por el señor Boggis y lord Downey.

—Buenos días —dijo—. ¿Podemos hacer esto deprisa? Va a ser un día ajetreado.

—Veo que le divierte a usted continuar convirtiendo Ankh-Morpork en un hazmerreír —empezó a decir Óxido. Su mirada se desvió un breve instante hacia Vimes y enseguida lo borró del universo—. Esto no es un juicio formal, lord Vetinari. Es una comparecencia para que se den a conocer las acusaciones. Me dice el señor Slant que pasarán antes de que se pueda montar un juicio completo.

—Unas semanas muy caras, sin duda. ¿Podemos empezar? —dijo Vetinari.

—El señor Slant leerá las acusaciones más adelante —dijo Oxido—. Pero en pocas palabras, tal como sabe usted bien, Havelock, se le acusa de traición. Se ha rendido de la forma más ignominiosa...

—...no lo he hecho...

—... y sin ningún respaldo legal ha renunciado a nuestro derecho de soberanía sobre el país conocido como Leshp...

—...que no existe.

Lord Óxido hizo una pausa

—¿Está usted cuerdo del todo, señor?

—Los términos de la rendición tienen que ratificarse en la isla de Leshp, lord Óxido. Y ese sitio no existe.

—¡Pero si hemos pasado justo por delante de camino aquí, hombre!

—¿Ha mirado alguien hace poco?

Angua le dio un golpecito a Vimes en el hombro.

—Justo después de que llegáramos, ha subido por el río una ola muy extraña, señor...

Hubo una conversación apresurada entre los magos y el archicanciller Ridcully se puso de pie.

—Parece que hay un pequeño problema, milords. El Decano dice que es verdad que no está ahí.

—Es una isla. ¿Está usted sugiriendo que la ha robado alguien? ¿Está seguro de que saben dónde está, hombre?

—Sí que sabemos dónde está, y no está allí. No hay más que un montón de algas y restos flotando —dijo fríamente el Decano. Se puso de pie, con una pequeña bola de cristal en la mano—. La hemos estado mirando casi todas las tardes. Para ver las peleas, ya sabe. Por supuesto, a esta distancia la imagen es bastante mala...

Óxido se lo quedó mirando. Pero el Decano era demasiado grande para borrarlo de la escena.

—Pero una isla entera no puede desaparecer sin más —dijo Óxido.

—En teoría tampoco puede aparecer, milord, pero esta lo hizo.

—Tal vez se haya vuelto a hundir —dijo Zanahoria.

Ahora Óxido fulminó con la mirada a Vetinari.

—¿Sabía usted esto? —exigió saber.

—¿Cómo iba yo a saber algo así?

Vimes miró las caras que había en la sala.

—¡Sí que sabía algo de esto! —lo acusó Óxido. Miró de reojo al señor Slant, que hojeaba a toda prisa un grueso volumen.

—Lo único que sé, milord, es que el príncipe Cadram, en un momento político peligroso para él, ha renunciado a una ventaja militar enorme a cambio de una isla que parece haberse hundido en el mar —dijo lord Vetinari—. Los klatchianos son una gente orgullosa. Me pregunto qué van a pensar.

Y Vimes pensó en el general Ashal, de pie junto al trono del príncipe Cadram. A los klatchianos les gustan los líderes con éxito, pensó. Me pregunto qué ocurre a los que no tienen éxito. Es más, mira lo que hacemos nosotros cuando creemos...

Alguien le dio un codazo.

—Somos nosotros, señor —dijo Nobby—. Han dicho que no tenían marcos de madera pero que nos dejan las estanterías por diez dólares. También lo podríamos arrastrar en un sofá, pero el sargento cree que sería un poco ridículo.

Vimes salió de la sala llevando a rastras a Nobby y empujó al hombrecillo contra la pared.

—¿Adonde fuisteis con Vetinari, cabo? Y recuerda que me doy cuenta si me dices mentiras. Se te mueven los labios.

—Fuimos... fuimos... fuimos... a dar un viajecito, señor. ¡Él me dijo que no dijera que fuimos debajo de la isla, señor!

—¿Entonces fuis... debajo de Leshp?

—¡Noseñor! ¡No fuimos allí abajo! Y menudo agujero apestoso. ¡Apestaba a huevos podridos, toda la puta cueva, y era tan grande como la ciudad entera, créame!

—Seguro que te alegras de no haber ido, pues.

Nobby pareció aliviado.

—Eso mismo, señor.

Vimes olió el aire.

—¿Estás usando alguna loción para después del af...? —Se corrigió a sí mismo—. ¿Alguna loción en lugar del afeitado, Nobby?

—No, señor. ¿Por?

—Algo huele a flores fermentadas.

—Ah, eso es solo un souvenir que me traje del extranjero, señor. Le gusta quedarse en los sitios, ya me entiende.

Vimes se encogió de hombros y regresó a la Cámara de las Ratas.

—... y por encima de todo me repugna la insinuación de que yo habría negociado con su alteza sabiendo de antemano que... ah, sir Samuel. Las llaves de las esposas, por favor.

—¡Usted lo sabía! ¡Lo supo todo el tiempo! —gritó Óxido.

—¿Pesa alguna acusación sobre lord Vetinari? —dijo Vimes.

El señor Slant estaba buscando algo en otro volumen. Parecía bastante nervioso para ser un zombi. Su tono gris verdoso de piel se veía acusadamente más verde.

—No como tal... —murmuró.

—¡Pero pesarán! —dijo lord Óxido.

—Bueno, cuando descubran de qué cargos se trata acuérdense de decírmelo y ya iré a detenerlo por ellos —dijo Vimes, abriendo las esposas.

Oyó una ovación en el exterior. En Ankh-Morpork nada permanecía mucho tiempo en secreto. La maldita isla ya no estaba allí. Y de alguna manera, todo había salido bien.

Su mirada encontró la de Vetinari.

—Vaya suerte ha tenido, ¿eh? —dijo Vimes.

—Oh, siempre hay un pollito, sir Samuel. Solamente hay que buscarlo bien.

\* \* \*

El día resultó ser casi tan ajetreado como si hubiera guerra. Por lo menos una alfombra hizo el recorrido desde Klatch, y hubo un flujo continuo de mensajes entre el palacio y la embajada. Delante de palacio seguía pululando una multitud. Algo estaba pasando, y aunque ellos no supieran qué era, no tenían intención de perdérselo. Si iba a tener lugar algo de Historia, ellos querían verlo.

Vimes se fue a casa. Para su asombro, Willikins fue quien le abrió la puerta. Tenía las mangas enrolladas y llevaba un delantal largo y verde.

—¿Tú? ¿Cómo demonios has llegado tan deprisa a casa? —preguntó Vimes—. Lo siento. No quería ser maleducado.

—Conseguí colarme en el barco de lord Óxido en medio de la confusión general, señor. No quería dejar que las cosas cayeran en el abandono y la ruina aquí. La plata se encuentra en un estado lamentable, me temo. El jardinero no tiene ni la más remota idea de cómo se limpia. Permítame que me disculpe de antemano por la condición espantosa en que está la cubertería.

—¡Hace unos días estabas arrancando narices a mordiscos!

—Oh, no debe creer usted al soldado Bourke, señor —dijo el mayordomo, mientras Vimes entraba—. Solo fue una nariz.

—¿Y has vuelto corriendo para sacar brillo a la plata?

—No hay que dejar que se relajen las buenas costumbres, señor. —Hizo una pausa—. ¿Señor?

—¿Sí?

—¿Hemos ganado?

Vimes miró aquella cara redonda y rosada.

—Ejem... no hemos perdido, Willikins —dijo.

—No podíamos dejar que un déspota extranjero levantara la mano a Ankh-Morpork, ¿verdad, señor? —dijo el mayordomo. Había un ligero temblor en su voz.

—Supongo que no...

—Así que lo que hicimos estaba bien.

—Supongo que sí...

—El jardinero estaba diciendo que lord Vetinari les ha colado una buena a los klatchianos, señor...

—No veo por qué no. Nos la ha colado a todos los demás.

—Eso sería muy satisfactorio, señor. Lady Sybil está en el Salón Ligeramente Rosado, señor.

Su esposa estaba cosiendo de forma inexperta cuando entró Vimes, pero se levantó y le dio un beso.

—He oído las noticias —dijo ella—. Buen trabajo. —Lo miró de arriba abajo. Por lo que podía ver, estaba todo entero.

—No estoy seguro de que hayamos ganado...

—Que vuelvas vivo ya cuenta como una victoria, Sam. Aunque por supuesto, no diría eso delante de lady Selachii. —Sybil le mostró lo que estaba cosiendo—. Ha organizado un comité para coser calcetines y mandarlos a nuestros valientes muchachos en el frente, pero resulta que ya habéis vuelto. Y yo aún no he averiguado ni siquiera cómo hacer el talón. Probablemente no le va a gustar nada.

—Esto... ¿cómo de largas crees que tengo las piernas?

—Hum... —Miró el resultado de su trabajo con la aguja—. ¿Necesitas una bufanda?

Él la volvió a besar.

—Voy a darme un baño y luego a comer algo —dijo.

El agua solamente estaba tibia. Vimes tuvo la vaga sospecha de que Sybil pensaba que los baños calientes de verdad podían ser una muestra de deslealtad en tiempos de guerra.

Estaba tumbado en la bañera con la nariz justo por encima de la superficie del agua cuando oyó, con el añadido de ese «gloing-gloing» peculiar que llega si se escucha con las orejas sumergidas, una conversación lejana.

—Acaba de venir Fred. Vetinari te reclama —dijo Sybil.

—¿Ya? Pero si ni siquiera hemos empezado a cenar.

—Voy a ir contigo, Sam. No puede seguir llamándote a todas horas, ¿sabes?

Sam Vimes intentó parecer todo lo serio que puede parecer un hombre con una esponja vegetal en la mano.

—Sybil, yo soy el comandante de la Guardia y él es el gobernante de la ciudad. No es como ir a quejarse al maestro porque no saco buenas notas en geografía...

—He dicho que voy contigo, Sam.

\* \* \*

El Bote se deslizó por sus raíles y se sumergió en el agua. Salió a la superficie un chorro de burbujas.

Leonardo suspiró. Se había abstenido cuidadosamente de poner el tapón de corcho. La corriente podía llevársele la embarcación a donde quisiera. Confiaba en que se la llevara a la fosa más profunda del océano, o que la despeñara por el Borde.

Caminó por entre la multitud sin que nadie se fijara en él hasta llegar a palacio. Entró por el pasillo secreto y evitó las diversas trampas sin pensarlo, ya que las había diseñado él mismo.

Llegó a la puerta de su espaciosa habitación y la abrió con la llave. Una vez dentro la volvió a cerrar y pasó la llave por debajo de la puerta. Y entonces suspiró.

Así que aquello era el mundo, ¿verdad? Claramente un lugar descabellado y lleno de chiflados. Bueno, de ahora en adelante tendría cuidado. Estaba claro que había gente que intentaría convertir cualquier cosa en un arma.

Se preparó una taza de té, un proceso que se alargó ligeramente mientras él diseñaba una cucharilla mejor que la actual y un pequeño mecanismo para mejorar la circulación del agua hirviendo.

Luego se reclinó en el respaldo de su sillón especial y tiró de una palanca. Cayeron varios contrapesos. En algún lugar el agua fluyó de un tanque a otro. Varias partes del sillón chirriaron y se desplazaron a una posición más cómoda.

Leonardo miró por la claraboya con ánimo lúgubre. Unas cuantas gaviotas giraban perezosas en el cuadrado azul, volando en círculos, sin apenas mover las alas...

Al cabo de un rato, mientras se le enfriaba el té, Leonardo se puso a dibujar.

\* \* \*

—¿Lady Sybil? Qué sorpresa tan inesperada —dijo lord Vetinari—. Buenas noches, sir Samuel, y déjeme decirle que lleva una bufanda muy bonita. Y el capitán Zanahoria. Por favor, siéntense. Tenemos muchos asuntos que concluir.

Se sentaron.

—En primer lugar —dijo lord Vetinari—. Acabo de hacer el esbozo de una proclamación para los pregoneros. Hay buenas noticias.

—La guerra ha terminado oficialmente, ¿no? —aventuró Zanahoria.

—La guerra, capitán, nunca tuvo lugar. Fue un... malentendido.

—¿Que nunca tuvo lugar? —dijo Vimes—. ¡Ha habido muertos!

—Ciertamente —dijo lord Vetinari—. ¿Y acaso eso no sugiere que deberíamos intentar comprendernos unos a otros en la medida de lo posible?

—¿Y qué pasa con el príncipe?

—Oh, estoy seguro de que podemos hacer negocios con él, Vimes.

—¡Yo diría que no!

—¿Con el príncipe Khufurah? Yo creía que le caía bien.

—¿Cómo? ¿Qué le ha pasado al otro?

—Parece que ha emprendido una larga visita a sus dominios —dijo el patricio—. Con cierta velocidad.

—¿Se refiere a una de esas visitas donde uno no se para ni a hacer las maletas?

—Una de esas visitas, sí. Parece que ha molestado a su gente.

—¿Sabemos a qué parte del país se ha ido? —dijo Vimes.

—Creo que al Klatchistán... Lo siento, ¿he dicho algo gracioso?

—No, no. Me ha pasado algo por la cabeza, simplemente.

Vetinari se recostó en su asiento.

—Así que una vez más la paz extiende su tranquilo manto.

—No creo que los klatchianos estén muy contentos, sin embargo.

—Forma parte de la naturaleza de la gente volverse contra sus líderes cuando a estos les falla la suerte —añadió Vetinari, sin cambiar de expresión—. Oh, va a haber problemas, sin duda. Simplemente tendremos que... discutirlos. El príncipe Khufurah es un hombre amigable. Muy parecido a la mayoría de sus antepasados. Una botella de vino, una hogaza de pan y alguien especial, o en su caso una selección de álguienes especiales, y ya no le interesará demasiado la política.

—Son tan listos como nosotros —dijo Vimes.

—Entonces tendremos que anticiparnos a ellos —dijo Vetinari.

—Una especie de carrera de cerebros —dijo Vimes.

—Mejor que la carrera armamentística. Y más barata —dijo el patricio. Removió los papeles que tenía delante—. Vamos a ver pues, ¿qué iba yo a...? Ah, sí. ¿El asunto del tráfico?

—¿Tráfico? —El cerebro de Vimes trató de dar un giro de ciento ochenta grados.

—Sí. Nuestras calles vetustas se están congestionando mucho últimamente. He oído que hay un carretero en el Camino de los Reyes que se ha asentado y ha tenido una familia mientras estaba en un atasco. Y la responsabilidad de mantener las calles despejadas es, de hecho, una de las más antiguas que atañen a la Guardia.

—Tal vez, señor, pero en los tiempos que corren...

—Así pues, establecerá usted un departamento, Vimes, para regular este asunto. Para solucionar los problemas. Los carros robados y esas cosas. Y para mantener los cruces principales despejados. Y tal vez para multar a los carreteros que aparcan demasiado tiempo e impiden el flujo de vehículos. Todo eso, ya sabe. El sargento Colon y el cabo Nobbs serían, en mi opinión, eminentemente adecuados para esa tarea, que sospecho que se autofinanciaría con facilidad. ¿Qué opina usted?

La posibilidad de estar autofinanciados y que no les disparen ninguna flecha, pensó Vimes. Van a creer que se han muerto y están en el cielo.

—¿Es esto alguna clase de recompensa para ellos, señor?

—Digamos, Vimes, que allí donde uno descubre que tiene una pieza cuadrada, ha de buscar un agujero cuadrado.

—Supongo que está bien, señor. Por supuesto, eso quiere decir que tendré que ascender a alguien...

—Estoy seguro de que puedo dejar los detalles en sus manos. No estaría de más un pequeño aumento de sueldo para cada uno de ellos. Digamos diez dólares. Oh, y hay otra cosa que quería comentarle, Vimes. Y estoy particularmente contento de que esté aquí lady Sybil para oírlo. Estoy persuadido de cambiar su título de oficio.

—¿SÍ?

—«Comandante» es demasiado largo. Así que se me ha refrescado la memoria, y una palabra que originalmente significaba lo mismo que «comandante» era «dux».

—¿Dux Vimes? —dijo Vimes. Oyó que Sybil ahogaba un grito.

Fue consciente de un silencio expectante a su alrededor, como el que se producía entre el encendido de una mecha y la explosión. Le dio vueltas y más vueltas a la palabra en su mente.

—¿Duque? —dijo—. Oh, no... Sybil, ¿puedes esperar fuera?

—¿Por qué, Sam?

—Necesito discutir esto de forma muy personal con su señoría.

—O sea, ¿tener bronca?

—Discutir.

Lady Sybil suspiró.

—Oh, muy bien. Es cosa tuya, Sam. Ya lo sabes.

—Hay... cuestiones asociadas —continuó lord Vetinari cuando la puerta se cerró detrás de ella.

—¡No!

—Tal vez tendría usted que oírlas.

—¡No! ¡Ya me ha hecho esto antes! ¡Tenemos la Guardia montada, ya casi nos salen los números, el fondo para viudas y huérfanos es tan grande que los hombres hacen cola para ir de ronda por los barrios peligrosos, y el tablero de dardos que tenemos es casi nuevo! ¡Esta vez no me puede sobornar para que lo acepte! ¡Ya no queremos nada

—Siempre he creído que a Carapiedra Vimes se lo ha calumniado sin razón —dijo Vetinari.

—No pienso aceptar... ¿qué? —Vimes derrapó en pleno ataque de furia.

—Yo también lo he creído siempre —dijo Zanahoria, leal.

Vetinari se puso de pie y caminó hasta la ventana, desde donde miró la Vía Ancha con las manos unidas detrás de la espalda.

—Se me ocurre que ha llegado la hora de... reconsiderar ciertos hechos que se han dado por sentados desde tiempos antiguos —dijo Vetinari.

La insinuación envolvió a Vimes como una niebla helada.

—¿Me está ofreciendo cambiar la historia? —dijo—. ¿Es eso? ¿Reescribir el...?

—Oh, mi querido Vimes, la historia cambia a todas horas. Está siendo constantemente reexaminada y reevaluada; de otra manera ¿cómo íbamos a poder mantener ocupados a los historiadores? No podemos permitir que una gente con esa clase de mentes ronde por ahí sin nada que hacer. El Presidente del Gremio de Historiadores está plenamente de acuerdo conmigo, me consta, en que el rol crucial del antepasado de usted en la historia de la ciudad está listo para... ser analizado de nuevo.

—¿Ya lo ha discutido con él?

—Todavía, no.

Vimes abrió la boca y la cerró varias veces. El patricio regresó a su escritorio y cogió una hoja de papel.

—Y por supuesto, habría que ocuparse también de otros detalles... —dijo.

—¿Como por ejemplo? —dijo Vimes con voz ronca.

—Habría que resucitar el escudo de armas de los Vimes, claro. Sería necesario. Sé que lady Sybil se quedó muy disgustada cuando se enteró de que no tenía usted derecho a tener uno. Y también una corona ducal, pienso, con florones en...

—Puede usted coger la corona ducal con los florones y...

—... que confío en que llevará usted en las ocasiones formales, como por ejemplo, el desvelamiento de la estatua que lleva tanto tiempo deshonrado la ciudad con su ausencia.

Por una vez, Vimes consiguió adelantarse a la conversación.

—¿Otra vez el Viejo Carapiedra? —dijo—. ¿Eso es parte del trato? ¿Una estatua al viejo Carapiedra?

—Eso es —dijo lord Vetinari—. No de usted, por supuesto. Hacerle una estatua a alguien que ha intentado parar una guerra es muy poco, um, estatuesco. Por supuesto, si hubiera masacrado usted a quinientos de sus propios hombres por puro descuido arrogante, ya estaríamos fundiendo el bronce. No. Yo estaba pensando en el primer Vimes que intentó construir un futuro y solamente pudo hacer historia. He pensado que tal vez en alguna parte de la Calle de la Tarta de Melocotón...

Se miraron entre ellos como gatos, como jugadores de póquer.

—Al principio de la Vía Ancha —dijo Vimes con voz ronca—. Delante mismo de palacio.

El patricio miró por la ventana.

—De acuerdo. Me gustaría mirarla.

—Y cerca de la muralla. Para que no le dé el viento.

—Por supuesto.

Vimes pareció perplejo durante un momento.

—Hemos perdido a gente...

—A diecisiete, caídos en escaramuzas de distintos tipos —dijo lord Vetinari. —Quiero...

—Se harán arreglos financieros para las viudas y otras personas a su cargo.

Vimes se rindió.

—¡Muy bien, señor! —dijo Zanahoria.

El recién nombrado duque se rascó la barbilla.

—Pero eso quiere decir que tendré que estar casado con una duquesa —dijo—. Menuda palabreja rimbombante, «duquesa». Y a Sybil nunca le han interesado mucho esas cosas.

—Me quito el sombrero ante su conocimiento de la psique femenina —dijo Vetinari—. Me imagino la cara que pondrá su esposa. Seguro que la próxima vez que tome el té con sus amigas, entre quienes creo que están la duquesa de Quirm y lady Selachii, mantendrá la cabeza fría y por nada del mundo se mostrará petulante.

Vimes vaciló. Sybil era una mujer asombrosamente sensata, por supuesto, y una cosa como aquella... Ella lo había dejado por completo en sus manos, ¿no?... Una cosa como aquella no... Vaya,por supuesto que ella no lo haría, ella no... Pero claro que lo haría, vaya si no. No se pavonearía, simplemente se sentiría muy cómoda sabiendo que las demás sabían que ella sabía que las demás sabían...

—Muy bien —dijo—. Pero oiga, yo creía que solamente un rey podía nombrar duque a alguien. No es como todos esos caballeros y barones, eso no es más que, bueno, política, pero algo como un duque necesita...

Miró a Vetinari. Y luego a Zanahoria. Vetinari había dicho que le habían refrescado la memoria...

—Estoy seguro de que si alguna vez vuelve a haber rey en Ankh-Morpork, elegirá ratificar mi decisión —dijo Vetinari con tranquilidad—. Y si no vuelve a haberlo jamás, bueno, no veo ningún problema práctico.

—Me maneja a su antojo, ¿verdad? —dijo Vimes, negando con la cabeza—. A su antojo.

—En absoluto —dijo Vetinari.

—Sí lo hace. A mí y a todos. Hasta a Óxido. Y a todos esos pobres gilipollas que fueron a que los aniquilaran. No tenemos nada que decir al respecto, ¿verdad? Somos simples peones.

De pronto Vetinari estaba delante de Vimes y su silla golpeaba el suelo detrás de su mesa.

—¿Ah, sí? Los hombres se fueron desfilando, Vimes. Y han vuelto desfilando. ¡Cuan gloriosas habrían sido las batallas que no tuvieron que luchar! —Vaciló y luego se encogió de hombros—. ¿Y dice que se siente manipulado? Muy bien. Pero creo que no ha sido desperdiciado sin motivo. —El patricio dejó escapar una de esas sonrisitas fugaces y afiladas destinadas a indicar que algo que no era muy gracioso sin embargo le había divertido—. «Veni, vici... Vetinari.»

\* \* \*

Las corrientes sin rumbo se llevaban flotando las algas. Aparte de los despojos de madera, no quedaba nada que dejara ver que Leshp había existido alguna vez.

Las gaviotas volaban en círculos, pero sus chillidos quedaban más o menos ahogados por la discusión que estaba teniendo lugar justo por encima del nivel del mar.

—¡Toda esa madera es nuestra, conocido de vista de un perro!

—¿Ah, en serio? Porque está en vuestro lado de la isla, ¿verdad? ¡Pues creo que no!

—¡Ha salido a flote!

—¿Cómo sabes que no teníamos madera de deriva en nuestro lado de la isla? ¡Además, nosotros todavía tenemos un barril de agua limpia, aliento de camello!

—¡Muy bien! ¡Compartiremos! ¡Podéis quedaros la mitad de la balsa!

—¡Aja! ¡Aja! Ahora queréis negociar, ¿eh? ¡Os tenemos cogidos con lo del barril!

—¿No podemos decir que sí y ya está, papá? ¡Estoy harto de flotar en el agua!

—Y tendréis que remar igual que todo el mundo.

—Claro.

Los pájaros planeaban y daban vueltas, como trazos blancos sobre el papel azul claro del cielo.

—¡A Ankh-Morpork!

—¡A Klatch!

Debajo, mientras la montaña sumergida de Leshp se asentaba más y más en el fondo marino, los calamares curiosos volvían a surcar a toda velocidad sus curiosas calles. No tenían ni idea de por qué, a intervalos enormes, la ciudad desaparecía hacia el cielo, pero nunca pasaba mucho tiempo allí. Era una de esas cosas. Las cosas pasaban y punto, o a veces no. Los calamares curiosos simplemente daban por sentado que tarde o temprano todo tendría algún sentido.

Pasó nadando un tiburón. Si alguien se hubiera arriesgado a acercarle una oreja al costado, habría oído: «¡Bíngueli-bíngueli biip! Tres pe eme... Comer, Hambre, Nadar. Cosas Por Hacer: Nadar, Hambre, Comer. Tres cero cinco pe eme: fiebre alimenticia.

No era el más interesante de los horarios, pero al menos era muy fácil de organizar.

\* \* \*

Cosa poco habitual, el sargento Colon se había apuntado a sí mismo a la lista de turnos de patrulla. Era bueno salir al aire fresco. Además, por alguna razón se había difundido la noticia de que la Guardia había tenido algo que ver con lo que, de alguna forma indefinible, parecía ser una victoria, lo cual implicaba que probablemente un uniforme de la Guardia no fuera mal para conseguir alguna que otra pinta en la puerta de atrás de algún bar.

Estaba patrullando con el cabo Nobbs. Caminaban con esos andares seguros de los hombres que habían visto mundo y habían vivido la vida.

Con verdadero instinto policial, sus pasos los llevaron por delante de Manduca Mundana. El señor Goriff estaba limpiando los escaparates. Cuando los vio dejó su trabajo y corrió adentro.

—¿A eso lo llamas gratitud? —Colon chasqueó la lengua.

El hombre reapareció llevando dos paquetes grandes.

—Mi esposa ha hecho esto especialmente para ustedes —dijo. Y añadió—: Ha dicho que sabía que se pasarían por aquí.

Colon apartó el papel de cera.

—Caray —dijo.

—Curry especial de Ankh-Morpork —dijo el señor Goriff—. Contiene polvos amarillos de curry, trozos grandes de nabo, guisantes y jugosas pasas sultanas del...

—¡...del tamaño de huevos! —dijo Nobby.

—Muchas gracias —dijo Colon—. ¿Cómo está su chaval, señor Goriff?

—Dice que han sido ustedes un ejemplo para él y que se va a hacer guardia cuando crezca.

—Ah, muy bien —dijo Colon en tono feliz—. El señor Vimes se alegrará. Usted dígale al chico...

—En Al-Khali —dijo Goriff—. Está viviendo con mi hermano.

—Ah. Bueno... pues entonces nada. Ejem... gracias por el curry.

—¿A qué clase de ejemplo crees que se refería? —dijo Nobby, mientras se alejaban.

—A uno bueno, obviamente —dijo Colon, masticando un trozo de nabo levemente especiado.

—Sí, vale.

Masticando despacio, y andando todavía más despacio, se dirigieron a los muelles.

—Pensaba escribirle una carta a Baña —dijo Nobby al cabo de un rato.

—Sí, pero... ella creía que eras una mujer, Nobby.

—Ya. Así que vio como... como mi yo interior, libre de... —Nobby movió los labios mientras se concentraba—. Libre de comosellamen superficiales. Eso es lo que dijo Angua. Además, luego me dio por pensar, su novio va a volver, así que voy a ser noble y renunciar a ella.

—Porque además puede que sea un tío grande y peleón —dijo el sargento Colon.

—Eso no lo había pensado, sargento.

Los dos caminaron un rato.

—Esto que hago ahora es mejor, mucho mejor que cuanto hice en la vida —dijo Nobby.

—Pues sí —dijo el sargento Colon. Siguieron caminando un momento en silencio y luego añadió—: Claro que tampoco es difícil.

—Todavía tengo el pañuelo que ella me dio, mira.

—Muy bonito, Nobby.

—De seda klatchiana auténtica, ¿eh?

—Sí, muy bonito.

—No lo voy a lavar nunca, sargento.

—Menudo sensiblero estás hecho, Nobby —dijo Fred Colon. Miró cómo el cabo Nobbs se sonaba las narices.

—Entonces... ¿vas a dejar de usarlo o qué? —dijo en tono de duda.

—Todavía se dobla, sargento. ¿Lo ves? —Nobby se lo demostró.

—Sí, vale. Soy tonto por preguntar, la verdad.

En lo alto, las veletas empezaron a dar vueltas chirriantes.

—Es una experiencia que me ha ayudado a entender mucho mejor a las mujeres —dijo Nobby.

Colon, que era un hombre muy casado, no dijo nada.

—Esta tarde he ido a ver a Verity Empujacarrito —continuó Nobby—. Y le he dicho que por qué no sale conmigo esta noche y que no me importa que sea bizca y que tengo un perfume exótico y caro que puede tapar toda la peste que echa, y ella me ha dicho que me vaya a la mierda y me ha tirado una anguila.

—O sea que no ha ido bien —dijo Colon.

—Oh, sí, sargento, porque antes cuando me veía solamente me decía palabrotas. Y además, me he quedado con la anguila y me da para comer varios días, así que yo lo veo como un paso muy positivo.

—Puede ser. Puede ser. Lo importante es que le des pronto ese perfume a alguien, ¿eh? Porque se está empezando a quejar hasta la gente del otro lado de la calle.

Sus pies, moviéndose como abejas hacia una flor, habían encontrado el camino de los muelles. Levantaron la vista hacia La Cabeza del Klatchiano, ensartada en su estaca.

—Es solo de madera —dijo Colon.

Nobby no dijo nada.

—Y además, es como parte de nuestra herencia cultural y tal —siguió diciendo Colon, pero vacilando, como si no se creyera su propia voz.

Nobby se volvió a sonar las narices, un ejercicio que, con todos sus pequeños arpegios y fiorituras, duró un buen rato.

El sargento se rindió. Tenía que admitir que había ciertas cosas que ya no parecían lo mismo.

—En realidad nunca me ha gustado este sitio. Vamos al Puñado de Uvas, ¿te parece?

Nobby asintió.

—Además, la cerveza de aquí parece meado —dijo Colon.

\* \* \*

Lady Sybil sostuvo su pañuelo delante de su marido.

—¡Escupe! —le ordenó.

Y le limpió con cuidado una mancha de la mejilla.

—Hala. Ahora pareces mucho más...

—... ducal —dijo Vimes, decaído—. Creía que esto ya lo había hecho una vez...

—Después de todo aquel jaleo al final no hicieron el Convivium —dijo lady Sybil, quitándole una pelusa microscópica del jubón—. Se tiene que celebrar.

—Lo normal sería pensar que si soy duque es para no tener que llevar este uniforme estúpido de las narices, ¿no?

—Bueno, ya te comenté que podías vestir tus galas oficiales de duque, cariño.

—Sí, ya he visto ese otro traje. Las medias de seda blancas no están hechas para mí.

—Bueno, tienes las pantorrillas perfectas...

—Creo que seguiré llevando el uniforme de comandante —dijo Vimes enseguida.

El archicanciller Ridcully llegó corriendo.

—Ah, ya puede venir usted, lord Vi...

—Llámeme sir Samuel —dijo Vimes—. Eso puedo soportarlo.

—Bueno, hemos encontrado al Tesorero en un desván, así que creo que ya podemos empezar. Si quiere usted ocupar su lugar...

Vimes caminó hasta la cabecera de la procesión, notando todas las miradas puestas en él y oyendo los murmullos. ¿Tal vez lo podían echar a uno de la nobleza? Tenía que consultarlo. Aunque, considerando las cosas que habían llegado a hacer los lores en el pasado, tendría que ser por algo muy, pero que muy horrible.

Con todo, los bocetos de la estatua tenían buena pinta. Y había visto lo que iban a poner en los libros de historia. Resultaba que escribir la historia era bastante fácil. La historia era lo que se escribía. Tan simple como eso.

—Muy bien —vociferó Ridcully, por encima del murmullo—. Ahora, si todo el mundo camina con elegancia y siguen ustedes a lor... al com... a sir Samuel, tendríamos que estar de vuelta para el almuerzo a la una y media como muy tarde. ¿Está listo el coro? ¿Nadie le está pisando la túnica a nadie? ¡Pues todos en marcha!

Vimes arrancó al paso lento obligatorio del desfile. Oyó que detrás de él la procesión empezaba. Había problemas, sin duda, igual que en todos los actos públicos donde tiene que participar gente vieja y sorda y gente joven y estúpida. Posiblemente ya habría varias personas caminando en la dirección equivocada.

Mientras salía a la plaza Sator se oyeron los abucheos y los diversos ruidos de pedorretas y murmullos de «míralo, ¿quién se cree que es?» que constituyen las tradicionales respuestas del público en esas ocasiones. Pero también hubo un par de aplausos.

Intentó mirar al frente.

Medias de seda. Con ligas. Bueno, quedaban descartadas. Había muchas cosas que haría por Sybil, pero si las ligas figuraban en algún lugar de la relación no iba a ser él quien las llevara. Y todo el mundo decía que tenía que llevar una túnica púrpura con forro de piel de vermín. De eso también se podían olvidar.

Había pasado una hora desesperada en la biblioteca y había descubierto que todo aquello de los florones de oro y las medias de seda era morcilla pura. ¿La tradición? Ya les enseñaría a ellos lo que era tradicional. Lo que llevaban los duques originales, por lo que él había podido ver, era cota de malla de la de toda la vida con manchas de sangre, preferiblemente ajena...

Se oyó un grito procedente de la multitud. Volvió la cabeza de golpe y vio a una mujer corpulenta sentada en el suelo y agitando los brazos.

—¡Me ha chorizado el bolso! ¡Y no me ha enseñado ninguna insignia del Gremio de Ladrones!

La procesión se detuvo de sopetón mientras Vimes contemplaba la figura que estaba cruzando por piernas la plaza Sator.

—¡Quieto parado, Sidney Pickens! —gritó, y se lanzó tras él.

Y por supuesto, muy poca gente sabe de verdad en qué consiste la tradición. Tiene siempre un cierto elemento de ridiculez misteriosa por su misma naturaleza: una vez hubo una razón para llevar un ramillete de prímulas en el Martes del Pastel del Alma, pero ahora se hacía porque... porque era Lo Que Se Hacía. Además, la inteligencia de la criatura conocida como muchedumbre es la raíz cuadrada del número de gente que la compone.

Vimes estaba corriendo, por lo que el coro de la universidad aceleró el paso detrás de él. Y la gente que iba detrás del coro veía el hueco que se le abría delante y respondió al impulso de llenarlo. Y finalmente todo el mundo estaba corriendo porque todos los demás corrían.

De vez en cuando se oían los gemidos de aquellos cuyo corazón, pulmones o piernas no estaban para aquella clase de trotes, además de un alarido del archicanciller, que había intentado mantenerse en su sitio frente a la estampida frenética y ahora sufría repetidos pisotones en la cabeza contra los adoquines.

Y el aprendiz de ladrón Sidney Pickens corría porque había echado un vistazo por encima del hombro y había visto a la alta sociedad de Ankh-Morpork echándosele encima, y esas cosas siempre tienen un efecto terrible en un chaval que está creciendo.

Y Sam Vimes corrió. Se arrancó la capa y lanzó a volar su sombrero con plumas y corrió y corrió.

Los problemas llegarían más tarde. La gente haría preguntas. Pero aquello sería más tarde: por ahora, gloriosamente simple y maravillosamente limpia, y ojalá que no llegara nunca a su fin, bajo un cielo despejado, en un mundo sin mácula... solamente estaba la persecución.

1. Las palmas de las manos se colocan formando ángulo recto entre ellas y se golpean rítmicamente más que aplaudir propiamente, mientras que el que las golpea mira fijamente al público como diciendo: «Vamos a tener un aplauso aquí o la escuela entera está castigada». [↑](#footnote-ref-1)
2. Las mujeres siempre hacen esto. [↑](#footnote-ref-2)
3. La posibilidad de que no fueran culpables de nada ni siquiera le pareció digna de consideración. [↑](#footnote-ref-3)
4. Término inventado por el mago Cloacento Bota\*\*, que mediante un sistema de premios y castigos había encontrado la forma de adiestrar a un perro para que, cuando sonaba un timbre, se comiera de inmediato un merengue de fresa.

   \*\*Sus padres, que eran gente sencilla de pueblo, habían querido una niña. Teman pensado llamarla Clotilde. [↑](#footnote-ref-4)
5. El problema era la ropa de paisano. Los dos hombres llevaban toda la vida acostumbrados al uniforme. El único traje que tenía el sargento Colon lo había comprado un hombre doce kilos más delgado y diez años más joven, así que los botones chirriaban bajo la tensión, mientras que la idea que tenía Nobby de la ropa de paisano era el traje engalanado con cintas y cascabeles que se ponía como miembro más destacado de la Sociedad de Canciones y Bailes Tradicionales de Ankh-Morpork. Mientras bajaban por la calle los niños los habían seguido para ver dónde era el espectáculo. [↑](#footnote-ref-5)
6. El agente Visita-Al-Infiel-Con-Panfletos-Explicativos era un buen poli, decía siempre Vimes, y aquel era su elogio más alto. Era un omniano que compartía el interés casi patológico de sus conciudadanos por la religión evangélica y que se gastaba el sueldo entero en panfletos. Hasta tenía su propia imprenta, cuyos productos repartía a todo el mundo que estuviera interesado y también a todos los que no lo estaban. Ni siquiera Detritus podía dispersar a una multitud tan deprisa como Visita, decía Vimes. Y en sus días libres se lo podía ver pateándose las calles con su colega Golpea-Al-Descreído-Con-Astutos-Argu-mentos. Hasta el momento no habían convertido ni a una sola persona. A Vimes le parecía probable que Visita fuera en realidad un buen hombre en el fondo de todo, pero de alguna forma nunca podía afrontar la tarea de descubrirlo. [↑](#footnote-ref-6)
7. Y que, por lo tanto, no podía ser desvalijado oficialmente. Ankh-Morpork tenía un punto de vista muy directo sobre el concepto de los seguros. Recortar los intermediarios no era ninguna frase hecha. [↑](#footnote-ref-7)
8. Entre cierta clase de pensadores militares existe la antigua tradición de creer que las bajas numerosas son lo más importante. Si se producen en el otro bando, mejor que mejor. [↑](#footnote-ref-8)
9. Una de las reglas universales de la felicidad es: ten cuidado siempre con cualquier objeto útil que pese menos que su manual de instrucciones. [↑](#footnote-ref-9)
10. Por raro que parezca, inventar buenos nombres era un área donde a Leonardo de Quirm le solía fallar la genialidad. [↑](#footnote-ref-10)
11. Salvo en el caso particular de Sidney el Cuellituerto, al que se pagaba dos dólares al día de los fondos de la Ciudad para que llevara la cabeza dentro de un saco. No es que estuviera espectacularmente deformado como tal, era simplemente que todos los que lo veían pasaban el resto del día con la sensación desconcertante de estar cabeza abajo. [↑](#footnote-ref-11)
12. Sidney el Cuellituerto de nuevo. [↑](#footnote-ref-12)
13. Los malabaristas siempre dicen que hacer juegos malabares con objetos que son idénticos siempre es más fácil que con una mezcla de distintas formas y tamaños. Esto pasa incluso con las motosierras, aunque por supuesto cuando el malabarista falla la primera motosierra eso es solamente el comienzo de sus problemas. Le caerán algunos más encima muy, muy pronto. [↑](#footnote-ref-13)
14. El aspecto del cabo Nobbs podría resumirse muy bien de la siguiente forma.Una de las leyes menores del universo narrativo es que cualquier hombre de rasgos poco agraciados que por alguna razón se tenga que disfrazar de mujer se volverá aparentemente atractivo para otros hombres por lo demás perfectamente cuerdos, y los resultados de esto serán, según afirman los antiguos pergaminos, hilarantes.En este caso, las leyes combatieron contra el hecho del cabo Nobby Nobbs y acabaron por rendirse. [↑](#footnote-ref-14)
15. Y el señor Harris, del Club del Gato Azul. Su admisión causó una gran discusión en el Gremio, que reconocía la competencia en cuanto la veía, pero la señora Palma rechazó toda la oposición basándose en que los actos antinaturales eran lo más natural del mundo. [↑](#footnote-ref-15)
16. Normalmente porque sospechan que la broma es sobre ellos. [↑](#footnote-ref-16)
17. Aunque por supuesto los magos no podían, porque no les estaba permitido tener nietos. [↑](#footnote-ref-17)